

*Melodía  
silenciosa*

*Manij  
Balogh*

TITANIA

*Melodía  
silenciosa*

*Melodía  
silenciosa*

*Mány  
Balogh*

# TITANIA

Argentina • Chile • Colombia • España  
Estados Unidos • México • Perú • Uruguay

Titulo original: *Silent Melody*

Editor original: Berkley Publishing

Traducción: Ana Isabel Domínguez Palomo y M.<sup>a</sup> del Mar Rodríguez Barrena

1.<sup>a</sup> edición Noviembre 2018

Todos los personajes de esta novela son ficticios, y por tanto son producto de la imaginación de la autora. Cualquier semejanza con personas vivas o fallecidas o con acontecimientos es mera coincidencia.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Copyright © Mary Balogh 1997

Published by arrangement with Maria Carvainis Agency, Inc. and Julio F. Yáñez, Agencia Literaria.

First published in the United States by Berkley Publishing

All Rights Reserved

© de la traducción 2018 by Ana Isabel Domínguez Palomo y M.<sup>a</sup> del Mar Rodríguez Barrena

© 2018 by Ediciones Urano, S.A.U.

Plaza de los Reyes Magos 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid

[www.titania.org](http://www.titania.org)

[atencion@titania.org](mailto:atencion@titania.org)

ISBN: 978-84-17312-91-6

Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.

ESTIMADA LECTORA:

De todos mis libros, *Melodía silenciosa* parece haberse convertido en uno de los más queridos, gracias sobre todo a la heroína. Emily es una muchacha sordomuda que vive en el siglo XVIII, cuando no había un lenguaje de signos estandarizado y a los sordos se les solía considerar locos y acababan recluidos en manicomios. Lady Emily Marlowe tiene muchísima suerte de pertenecer a una familia que la quiere y la acepta, y de haber aprendido sola a leer los labios. Sin embargo, vive la mayor parte del tiempo en su mundo interior. No la consideré discapacitada ni tampoco una víctima. Intenté mostrar lo plena que es su vida, aunque no pueda compartir dicha plenitud... hasta que conoce a lord Ashley Kendrick.

Cuando Emily y Ashley se enamoran, él tiene mucho que ofrecerle. Dado que Emily oía durante los primeros años de vida, él puede enseñarle a hablar. Y también es capaz de protegerla de todos los peligros que la acechan a lo largo de la historia. Emily, por su parte, le aporta cosas en la misma medida. Le enseña a Ashley que el silencio es precioso y que está cuajado de vida, de color y de alegría, y también le enseña que el compañerismo y el amor no necesitan de palabras.

Escribir una historia de amor sin unos diálogos reales entre los protagonistas fue todo un desafío, pero también muy satisfactorio.

# Prólogo

1756

Costaba marcharse. Y al mismo tiempo era imposible quedarse. Se iba por propia elección, porque era joven, vital y aventurero, y porque llevaba mucho tiempo deseando labrarse un futuro él solo.

Se marchaba en pos de nuevas posibilidades, de nuevos sueños. Sin embargo, dejaba atrás lugares y personas. Y aunque, al ser joven, estaba seguro de que volvería a verlos algún día, sabía que podían pasar muchos años antes de que eso sucediera.

No le resultaba fácil marcharse.

Lord Ashley Kendrick era hijo de un duque. El hijo menor y, por tanto, alguien que necesitaba un empleo. Sin embargo, ni la Iglesia ni el ejército, las profesiones adecuadas para los hijos menores, lo atraían, de modo que no había hecho nada más productivo a lo largo de sus veintitrés años de vida que dedicarse a cometer unas cuantas locuras de juventud y administrar Bowden Abbey, la propiedad de su hermano Luke, el duque de Harndon, durante los últimos meses. Los negocios siempre lo habían atraído, pero su padre le había prohibido que se involucrara en algo que consideraba indigno de un aristócrata, aunque dicho aristócrata fuera un hijo menor. Luke no era de la misma opinión. De modo que Ashley, con la renuente bendición de su hermano, se marchaba a la India para ocupar un puesto en la Compañía de las Indias Orientales.

Estaba ansioso por marcharse. Por fin iba a ser su propio dueño, iba a hacer lo que quería, iba a demostrar que podía capitanear su destino. Se moría de

ganas por comenzar esa nueva vida, por llegar a la India, por liberarse de la dependencia que tenía de su hermano.

Sin embargo, costaba despedirse. Lo hizo el día anterior a su marcha y les suplicó a todos que le permitieran marcharse solo al día siguiente, alejarse de Bowden Abbey como si fuera a hacer un recado. Se despidió de Luke; también de Anna, la esposa de su hermano; de Joy, su hija pequeña; de Emmy...

Ah, pero no se había despedido de Emmy en realidad. La buscó y le dijo que se marchaba al día siguiente, algo que era verdad. No obstante, cuando le puso las manos en los hombros y le regaló una sonrisa alegre, le dijo que fuera buena y se fue antes de que ella pudiera replicar.

Claro que Emmy no habría podido replicar verbalmente, aunque hubiera querido hacerlo. Era sordomuda. Sabía leer los labios, pero no tenía forma de comunicar lo que pensaba a excepción de la mirada de esos enormes ojos grises... y de las expresiones faciales y de los gestos a los que se había acostumbrado a lo largo del año que hacía que se conocían, además de otros métodos que habían convenido hasta formar una especie de lenguaje íntimo, secreto y no del todo apropiado. Emmy no sabía leer ni escribir. Era hermana de Anna y se había mudado a Bowden Abbey poco después de que esta se casara con Luke.

Emmy era una niña. Aunque ya tenía quince años, su afección y su apasionado sentido de la libertad, que se apreciaba en el hecho de que rara vez se vistiera o se comportara como una dama de alcurnia, hacía que pensara en ella como en una niña. Una niña maravillosa por la que sentía mucho cariño y con quien había desarrollado la costumbre de desahogar todas sus frustraciones y sueños. Una niña que lo quería con locura. No se trataba de una apreciación motivada por el ego. Emmy pasaba todo el tiempo libre en su compañía, mirándolo fijamente y con la vista clavada en el ventanal de la estancia donde él estuviera trabajando, escuchándolo con esos increíbles y



expresivos ojos, siguiéndolo por la propiedad. Nunca lo molestaba. El afecto que sentía por ella no era algo que pudiera expresar debidamente con palabras.

Tuvo miedo de los ojos de Emmy la víspera de su partida. No encontró el valor para despedirse de ella. Se limitó a decir unas palabras y a alejarse corriendo de ella, como si no fuera más que una niña a la que le tenía cierto cariño indulgente.

Lamentó su cobardía al día siguiente. Pero detestaba las despedidas.

Se levantó temprano. Fue incapaz de dormir, ya que en su mente bullían todas las aventuras que lo esperaban y su cuerpo estaba ansioso por emprender el camino, si bien sus emociones se debatían entre la impaciencia por marcharse y la pesadumbre por abandonar todo lo que le era familiar y querido.

Se levantó muy temprano para admirar por última vez Bowden Abbey, su hogar desde que era pequeño. Claro que no era suyo en realidad. Ciertamente era el heredero de todo, dado que el primer descendiente de Luke y de Anna había sido una niña. Pero ya tendrían hijos varones, no le cabía la menor duda. Ojalá que los tuvieran. Ser el heredero no le importaba, por más apego que le tuviera a Bowden Abbey. Quería tener su propia vida. Quería amasar su propia fortuna y escoger su casa y perseguir sus sueños.

Sin embargo, en ese momento quería a Bowden Abbey con locura, justo cuando se marchaba y no sabía cuándo volvería a ver la propiedad. Si alguna vez lo hacía. Rodeó la mansión para observar cómo el rocío de la mañana le mojaba las botas, mientras el frío viento le agitaba el gabán y el tricorne. No echó la vista atrás hasta que llegó a la cima de la colina, desde la que tenía una vista panorámica de la mansión, de los prados y de la arboleda que se extendía en todas direcciones.

Su casa. En Inglaterra. Iba a echar de menos ambas cosas.

Bajó por la ladera occidental de la colina y recorrió el corto trayecto que lo

separaba de la arboleda, en la que se internó hasta llegar a la cascada, esa parte del río que caía en un alto salto sobre las empinadas rocas antes de retomar su sinuoso curso y rodear la fachada de la mansión.

Había pasado muchas horas de ese último año en la cascada, en busca de paz y soledad. En busca de una meta. Tal vez en busca de sí mismo. Hacía poco más de un año estaba en Londres. Sin embargo, Luke había regresado de una larga estancia en París, lo había liberado de ingentes deudas y le había ordenado que volviera a Bowden Abbey hasta que decidiera que quería hacer con su vida.

Se subió a la roca plana que sobresalía de la cascada y clavó la vista en el agua mientras borboteaba sobre las rocas del fondo. Emmy había pasado muchas horas allí con él. Sonrió. Una vez le dijo que sabía escuchar. Era cierto, aunque no pudiera oír una sola palabra de lo que le decía. Escuchaba con los ojos y lo consolaba con sus sonrisas y con el cálido apretón de su manita.

Su queridísima y dulce Emmy. Tal vez la echara de menos más que a ninguna otra persona. Sentía una opresión muy extraña en el pecho, cerca del corazón, al pensar en ella, en su cervatilla, como un elemento de la naturaleza, salvaje y pura. Rara vez usaba tontillo bajo el vestido, y nunca se ponía cofia. De hecho, no solía ni recogerse el pelo, sino que lo llevaba suelto, toda esa melena rubia y ondulada que le llegaba por la cintura. Siempre que podía, iba descalza. No sabía cómo habría sobrevivido a ese año sin Emmy para poder hablar, sin su comprensión y su felicidad para aliviar sus sentimientos heridos. Se había sentido odiado y repudiado por Luke, su querido hermano, y su propio sentimiento de culpa no lo había ayudado a aceptar lo que había considerado en su momento como una demostración de tiranía injustificada.

Tomó una honda bocanada de aire y lo soltó despacio. Había llegado la hora de regresar a la mansión. Desayunaría mientras llevaban el carruaje a la

puerta principal y cargaban su equipaje, y luego se marcharía. Regresó a través de la arboleda en dirección a la casa. Ojalá que todo el mundo cumpliera la promesa de no bajar a despedirlo. Ojalá que pudiera chasquear los dedos y verse a bordo del barco, lejos de las costas inglesas.

Ojalá que no fuera el momento de partir.

Ashley le había dicho que ese día se iba. No había sido algo inesperado. Llevaba semanas muy emocionado por la idea de unirse a la Compañía de las Indias Orientales y de marcharse a la India. Vio un renovado brillo en sus ojos y también un renovado brío en sus pasos, y supo que lo había perdido. Que ya no la necesitaba. Claro que no la había evitado ni le había dado la espalda. Claro que no había dejado de hablar con ella, de sonreírle o de permitirle acompañarlo durante sus paseos por la propiedad o mientras trabajaba en su gabinete. Claro que no había dejado de cogerle la mano ni de llamarla su «cervatilla». Claro que no había dejado de tratarla con cariño.

Sin embargo, se marchaba. Se marchaba en busca de una nueva vida, una vida que ansiaba. Una vida que necesitaba. Se alegraba por él. Se alegraba muchísimo por él. Sí, por supuesto que se alegraba. Oh, sí, por supuesto que se alegraba.

Lady Emily Marlowe se sentó en el alféizar acolchado de la ventana de su dormitorio y clavó la vista en el paisaje gris y lúgubre. Intentó calmarse contemplando los árboles y el prado. Intentó que la imagen calmara su dolorido corazón.

Su corazón roto.

No quería verlo ese día. No soportaría tener que verlo marchar. Le dolería demasiado.

Sin embargo, en vez de calma, solo sentía el pánico que la atenazaba. ¿Se había marchado ya? No podía ver el camino de entrada ni las cocheras desde su dormitorio. Tal vez en ese momento el carruaje estuviera delante de la

puerta principal. Tal vez en ese momento estuviera subiéndose al carruaje después de abrazar a Anna y a Luke... ¿Le habrían llevado a Joy para que se despidiera de la niña con un beso? Ashley la estaría buscando. Se llevaría una decepción al no verla. ¿Creería que le daba igual? Tal vez se estuviera alejando... en ese momento. En ese preciso instante.

Bien podría ser que se fuera para siempre.

Cabía la posibilidad de que no volviera a verlo. En la vida.

Dio un brinco de repente y entró en su vestidor. Se puso unos zapatos y cogió la primera capa que encontró, la roja. Se la echó sobre los hombros y corrió escaleras abajo. ¿Todavía estaba a tiempo? Tenía la sensación de que se iba a morir si no era así.

Ashley. Oh, Ashley.

Solo había un criado en el vestíbulo. Y un montón de cajas y de baúles junto a la puerta principal, que estaba abierta. No había carruaje alguno en el exterior.

El alivio la consumió. No era demasiado tarde. Ashley estaría desayunando. Dio unos pasos en dirección al comedor matinal y el criado se apresuró a adelantarla para abrirle la puerta. Sin embargo, se detuvo de nuevo. No. En el fondo, sería incapaz de verlo cara a cara. Se pondría en evidencia. Se echaría a llorar. Haría que él se sintiera incómodo, infeliz. Y vería la lástima en los ojos de Anna y de Luke.

Salió corriendo a la terraza superior que daba acceso a los jardines formales. Atravesó corriendo tres bancales de los jardines y luego recorrió el prado en pendiente hasta llegar al puente de dos ojos que salvaba el río. Cruzó el puente a la carrera y se internó en los vetustos árboles que flanqueaban y le daban sombra al largo y serpenteante camino de entrada hasta llegar a los postes de piedra y también más allá, hasta el pueblo. Sin embargo, no siguió corriendo hasta el pueblo. Se detuvo a medio camino, jadeando, sin aliento.

Pegó la espalda al ancho tronco de un vetusto roble y esperó. Vería su carruaje al pasar. Podría despedirse en la intimidad. No lo vería, se percató. Solo vería el carruaje. Ashley no la vería. No sabría que había salido a despedirse. Pero era mejor así. Por más afecto que le tuviera, para Ashley solo era una hermana menor a la que consentir.

Recordaba el día que lo conoció, cuando llegó a Bowden Abbey para vivir con Anna, sintiéndose muy rara y asustada. Luke le cayó bien de inmediato, aunque sabía que a su hermana Agnes le daban pavor sus exquisitos modales y su elegante aspecto. Sin embargo, había sido amable con ella y le había hablado como si fuera una persona normal, con orejas que podían oír. Y por increíble que pareciera, *había* entendido casi todo lo que Luke le había dicho: él había movido los labios con precisión y la había mirado a la cara en todo momento. Muchas personas olvidaban hacerlo. No obstante, se había sentido muy incómoda en el salón, durante el té, hasta que Ashley llegó, más tarde de lo debido, y exigió que se la presentaran. Y luego él le hizo una reverencia, le sonrió y le dijo:

—Caramba, una belleza. A su servicio, señorita.

Había visto todas y cada una de las palabras.

Su alto, apuesto y encantador Ashley. Después de aquello, se sentó junto a su hermana Doris y procedió a charlar con ella tras guiñarle un ojo a Emily. Le había robado el corazón. Así de sencillo. Lo quiso desde aquel preciso instante como no había querido a nadie en la vida, ni siquiera a Anna.

Ashley tenía un corazón enorme. Quería a Luke, aunque habían estado enfadados durante casi un año. Quería a su madre y a su hermana, que en ese momento estaban en Londres, y quería a Anna y a Joy. A ella también la quería. Pero no más que lo que quería a los demás. Ella era su Emmy, su cervatilla. Solo era una niña a sus ojos. No sabía que era una mujer.

Se olvidaría de ella en un mes.

No, no lo creía posible. El amor de Ashley no era banal, ni por asomo. La

recordaría con cariño, como recordaría a cualquier otro miembro de la familia.

Ella atesoraría su recuerdo en el corazón, en lo más hondo, durante el resto de la vida. Para ella, Ashley representaba la vida. Lo era todo. La vida estaría vacía sin Ashley. No tendría sentido. Lo quería con toda la pasión y la fidelidad de una muchacha de quince años. No lo quería como una niña quería a otra persona, lo quería como una mujer quería a su alma gemela.

Tal vez con más intensidad de lo que amaban la mayoría de las mujeres. Tenía muy pocas cosas con las que llenar su mente y su corazón, salvo por la imagen del mundo que la rodeaba. De alguna manera, había hecho de sus sueños una vida antes de conocer a Ashley. No siempre había sido fácil. Conocía la frustración, incluso había tenido algún que otro berrinche cuando era más joven, cuando tal vez recordaba el sonido lo suficiente como para que su ausencia la aterrara. No tenía recuerdos conscientes del sonido desde que desapareció por completo tras la peligrosa fiebre a la que sobrevivió a duras penas antes de cumplir los cuatro años. Solo atisbos, anhelos. Ni siquiera sabía muy bien qué eran. Siempre se le habían escapado de entre los dedos.

Ashley se había convertido en su sueño. Les había dado un sentido a sus días y a sus noches, dulces fantasías. No sabía lo que quedaría de ella una vez que el sueño desapareciera... Ese día, esa misma mañana.

Empezaba a creer que, después de todo, se había marchado ya. Que tal vez hubiera emprendido el viaje antes y que su equipaje lo seguiría después. Estaba aterida de frío. El viento la azotaba con fuerza. Pero por fin oyó que el carruaje se acercaba. Aunque no lo oyó en el sentido literal de la palabra, y a veces se preguntaba qué se percibiría con el sonido. Lo que sí hacía era sentir las vibraciones de un carruaje que se acercaba. Pegó la espalda al tronco del árbol cuando la pena le atenazó el estómago y sintió un enorme nudo en su interior. Se marchaba para siempre y ella solo vería el carruaje de Luke, que

lo trasladaba a Londres.

El pánico se apoderó de ella al ver el carruaje y, muy a su pesar, se inclinó hacia delante, desesperada por tener una última imagen suya.

Sin embargo, el carruaje pasó de largo y ella no vio nada. Emitió sonidos incoherentes.

Y, entonces, aminoró la marcha y se detuvo. Y la puerta que estaba más cerca de ella se abrió de repente.

Había experimentado una mezcla de tristeza y alivio cuando el carruaje se puso en movimiento, se alejó de la casa y enfiló el camino de entrada, dejando atrás los adoquines de la terraza para descender por la pendiente que había junto a los jardines formales y que atravesaba el prado y llevaba al puente.

Ya estaba de camino. Pronto dejaría atrás la propiedad, el pueblo y las tierras de Bowden Abbey. Podía mirar hacia delante con placer y emoción. Ashley apoyó la cabeza en el respaldo del cómodo asiento del carruaje de su hermano y cerró los ojos con un suspiro aliviado. Había sido más fácil de lo que creyó en un principio.

Sin embargo, no mantuvo los ojos cerrados. Cuando oyó el traqueteo de las ruedas sobre el puente, los abrió para echar un último vistazo a la mansión. Miró los árboles que flanqueaban el camino y más allá. Vio un grupo de ciervos, pastando, a su izquierda.

Y algo rojo que se agitaba por el aire.

Le llamó la atención justo cuando el carruaje estaba a su misma altura y, por un instante, no supo de qué se trataba. Pero luego lo supo.

¡La capa de Emmy!

Se inclinó hacia delante sin pensar y golpeó el panel de madera para indicarle al cochero que detuviera el carruaje. Antes de que las ruedas dejaran de girar del todo, abrió la portezuela de par en par y saltó al camino. Miró

hacia atrás.

Ah. No se había equivocado. Y en ese momento, justo cuando ya era demasiado tarde, se dio cuenta de que tal vez hubiera sido mejor seguir camino. No iba a librarse del todo de las dolorosas despedidas.

Emmy estaba de pie, con la espalda pegada al tronco de un árbol, aferrándolo con ambas manos como si temiera caerse. Los ojos le dominaban la cara, una cara cenicienta pese al rubor que le teñía las mejillas por el aire. Se acercó a ella despacio y se detuvo a un palmo de ella. Se sentía culpable. Se marchaba en pos de aventuras, deseando comenzar su vida de adulto. Tenía el mundo, toda la vida, por delante. Sin embargo, Emmy, su más fiel compañera durante todo un año, se quedaba atrás para... ¿Para qué? ¿Qué le depararía la vida a una niña que se convertiría en una mujer que no siempre comprendía a los demás ni podía comunicarse con ellos?

—Cervatilla —le dijo en voz baja. Ella se abrazó y se estremeció. «Seguro que tienes frío», le dijo con uno de sus gestos, como si estar bien físicamente significara algo en ese momento.

Ella no contestó. Se limitó a mirarlo a la cara... con los ojos llenos de lágrimas.

Ah, Emmy.

Se inclinó hacia delante hasta que la acorraló contra el tronco del árbol. Deseó... Ah, Dios, deseó no haberse percatado de su capa roja. ¿Qué podría decirle, ya fuera con palabras o con gestos? Sabía que Emmy era muy infeliz, y su infelicidad nublaba la emoción que él había estado sintiendo. Apretó los puños a los costados. Debería haberlo hecho como era debido el día anterior en vez de limitarse a decirle con voz cantarina que fuera buena.

Cuando levantó la cabeza y abrió los ojos, se la encontró mirándolo. Con la cara a escasa distancia de la suya.

No había palabras. Y tampoco gestos, salvo uno, aunque no formaba parte de su lenguaje privado. Solo había una forma de despedirse.



Notó esos labios fríos, suaves e inmóviles bajo los suyos. Estaba helada tras haber esperado el paso del carruaje. Se los calentó con su boca, despacio, con tiento. Se los calentó hasta que sintió que se pegaban a los suyos y, de repente, se dio cuenta de que estaban compartiendo un beso en toda regla.

Un beso, no entre hermanos, sino entre un hombre y una mujer. El cuerpo que se pegaba contra él, se percató una vez que fue consciente de ese hecho, era delgado, esbelto y delicado por las curvas que empezaba a demostrar.

Sintió un ramalazo de deseo, cierta tensión en la entrepierna.

Alzó la cabeza, desorientado. Era Emmy. Era una niña que necesitaba consuelo. Necesitaba un gesto de afecto por su parte, algo con lo que envolverse hasta que se acostumbrara a su ausencia. Desde luego que no necesitaba... Le tomó la cara entre las manos y luego dejó una inmóvil mientras que con la otra le echaba el pelo hacia atrás.

—Volveré, cervatilla —le dijo, moviendo los labios con precisión, tal como siempre le hablaba, al reparar en que ya no tenía los ojos llenos de lágrimas y podía leerle los labios—. Volveré para enseñarte a leer y a escribir, y para enseñarte un lenguaje que puedas utilizar... No solo conmigo, sino con todo el mundo. Algún día, Emmy. Pero para entonces ya tendrás a más amigos a quienes querer, amigos que te querrán y que aprenderán a entender tus silencios. No debes tomarte mi marcha muy a pecho, no. Ya sabes que soy un hombre muy despreocupado. Habrá otros mucho más merecedores de tu afecto. —Le sonrió con cariño.

Emmy lo miró de tal forma que tuvo la sensación de que era su alma quien lo observaba. Vio cómo cerraba la mano derecha, hasta formar un puño, y que se lo llevaba al corazón, que se golpeó varias veces. «Tengo sentimientos profundos. Serios. Mi corazón está lleno», le decía. Era un gesto que él solía usar a veces, uno que usaba al hablar de emociones profundas nacidas del corazón. Era un gesto que ella había adoptado y que había añadido a su lenguaje tan poco apropiado. Se preguntó si el gesto que Emmy hacía no era

involuntario en ese preciso momento.

—Ah —repuso él—. Lo sé, Emmy. Lo sé. Volveré. No te olvidaré. Te llevo aquí. —Por fin se apartó de ella y se llevó una mano al corazón.

Y luego se dio la vuelta y regresó al carruaje. Entró de un salto, cerró la portezuela con fuerza y se repantingó en el asiento mientras el carruaje se ponía en marcha. Soltó el aire con fuerza.

Emmy. Su preciosa cervatilla. Su dulce niña.

Intentó convencerse de que así era como la veía, como la había tratado hasta el último momento. Había pegado el cuerpo al suyo, había unido sus labios a los suyos en un gesto casi instintivo para consolarla. De hermano a hermana, de tío a sobrina, de hombre a niña. Sin embargo, no podía quitarse de la cabeza que el método que había escogido para ofrecer consuelo había sido imprudente e inapropiado. Había descubierto el cuerpo y los labios de quien pronto se convertiría en mujer.

No quería que Emmy se convirtiera en mujer..., aunque era una tontería pensar así. Quería que siempre fuera la niña indómita y feliz que le había brindado paz en un momento en que su vida era un torbellino. Quería recordarla como una niña.

Se avergonzaba del hecho de que su cuerpo hubiera respondido a su cercanía como un hombre. La quería. Pero no como un hombre quería a una mujer. Lo que sentía por ella era algo que desafiaba su experiencia. No quería a nadie más como quería a Emmy. Ojalá... Ah, *ojalá* no hubiera mancillado lo que sentía por ella con la reacción física de un hombre a la cercanía de una mujer. No la recordaría de esa forma. La recordaría de pie, en la roca plana sobre la cascada, con la falda alrededor de las piernas, lo bastante corta para mostrar los pies y los tobillos, y con la larga melena rubia al viento, cayendo por su espalda, con una sonrisa enorme mientras sus preciosos ojos le decían que, por increíble que pareciera, había encontrado paz y armonía en su mundo silencioso.

Ya había dejado el pueblo atrás, advirtió. Ya estaba en camino. Su futuro ya había echado a rodar. Empezó a pensar en la India y en su nueva vida. ¿Cómo sería? ¿Cómo se enfrentaría al desafío? Percibía la emoción de la juventud y el ansia de aventuras corriéndole por las venas.

Emily se quedó donde estaba mucho rato después de sentir que el carruaje se ponía en marcha de nuevo. Tenía la cabeza apoyada en el tronco del árbol. Y los ojos cerrados. Al cabo de un rato, se apartó del árbol y echó a correr como una loca, sin dirección, a través de la arboleda y luego atravesó el puente y se internó de nuevo en la arboleda, corriendo cada vez más, como si la persiguieran todos los demonios del infierno.

Se detuvo cuando llegó a la cascada y subió por las rocas hasta poder tumbarse, boca abajo, en la roca plana que sobresalía sobre el agua. Enterró la cara en los brazos y lloró hasta que le dolió el pecho por los sollozos y ya no le quedaron ni lágrimas ni fuerzas para seguir.

Podía verlo tras los párpados cerrados al saltar del carruaje, antes de que se le nublara la vista por las lágrimas, tan alto, delgado y guapo, con el largo pelo oscuro recogido con una cinta de seda y sin empolvar, como de costumbre. Iba muy elegante con el gabán, la casaca, el chaleco y los calzones. Claro que estaba elegante a su manera descuidada, nada que ver con Luke y su esplendor parisino.

Se quedó tumbada sobre la roca plana junto a la cascada, agotada e inmóvil, durante horas, hasta que sintió una mano en el hombro. No había visto ni percibido que nadie se acercara, pero tampoco se sorprendió. Volvió la cabeza y vio a Luke sentado a su lado, mirándola fijamente con expresión compasiva. Enterró de nuevo la cara en los brazos mientras él le daba palmaditas en el hombro.

Ya no tenía nada por lo que vivir. Ashley se había ido. Tal vez para siempre. Llevándose consigo su corazón, su vida entera, con él.

Sin embargo, estaba Anna, su hermana mayor, que durante toda la vida había sido más una madre para ella. Y también su hermano, Victor, el conde de Royce... Y Charlotte, su otra hermana, aunque los dos vivían lejos, con sus respectivos cónyuges. Y Agnes, lady Severidge, la hermana que tenía una edad más parecida a la suya, que viviría cerca, en Wycherly Park, después de regresar de su luna de miel. También estaba Joy, su sobrina, a quien quería con locura. Y estaba Luke.

Quería muchísimo a Luke. Él quería a Anna y a Joy, y Anna lo quería a su vez. Emily querría a cualquiera que quisiera a Anna. Y era el hermano de Ashley, si bien no era tan alto como él ni su cara era tan risueña o tan apuesta... Al menos, no a sus ojos, que no eran nada imparciales. Pero era el hermano de Ashley.

Cuando Luke por fin se volvió hacia ella y la acunó en su regazo como si fuera una niña pequeña, se acurrucó contra él en un intento por encontrar consuelo. Él también debía de detestar el hecho de ver cómo Ashley partía esa mañana. Ashley decía con frecuencia que Luke era frío y que no lo quería. Pero ella sabía que nunca había sido verdad. Luke no era frío ni insensible.

Luke había hecho posible que Ashley encontrara un propósito en la vida. Lo había organizado todo para que se incorporase a la Compañía de las Indias Orientales. Y le había dado un hogar a ella, con Anna, en vez de obligarla a vivir con Victor y con Constance, que se sentían incómodos con su silencio por mucho que la quisieran.

Sintió que su cuerpo recuperaba cierto calor mientras Luke le murmuraba palabras reconfortantes. Sabía que estaba hablando por las vibraciones de su pecho.

Quería a Luke. Quería a su familia. Pero le iba a costar mucho seguir viviendo. Ashley había encontrado un propósito en la vida. ¿Cómo iba ella a hacer lo mismo? ¿Podría su vida tener sentido sin él?

Claro que sabía, una vez que salió del abismo de la desesperación, que debía seguir viviendo y que debía hacerlo sin él. Porque tal vez no regresara jamás. Lo sabía. Tal vez regresara en un futuro lejano. Pero el Ashley que ella conocía y quería habría cambiado. Y ella también cambiaría.

Cambiaría, sí. Se convertiría en la mujer que ya la estaba transformando física y emocionalmente. Y aprendería a vivir sin él. No se pasaría la vida llorando por los rincones ni la malgastaría añorando algo que no podía tener.

No podía tener a Ashley. La quería, pero ella no era el centro de su mundo, algo sin cuya presencia él no podía vivir. Pronto la reduciría a un agradable recuerdo. Lo sabía. No se hacía ilusiones respecto a lo que sentía por ella.

Creería sin él. Viviría sin él. Nadie sabría jamás lo mucho que había formado parte de ella. Viviría como si el amor que sentía por él no le hubiera destrozado el corazón, aunque lo había hecho.

Siempre lo querría, pero a partir de ese momento recuperaría su vida y la viviría con la misma plenitud que antes de ver por primera vez a Ashley hacía un año..., antes de que todo lo demás se redujera a la nada. Y *había* sido una vida plena, aunque la necesidad había impuesto que también fuera prácticamente solitaria.

Incluso en los peores momentos, la vida era un don preciado.

# 1

1763

—Vamos, niña —dijo lady Sterne—, si estás tan guapa como todas tus hermanas juntas. Sin ánimo de ofender a las susodichas, aquí presentes. —Se echó a reír y se llevó las manos al pecho, mientras sus ojos recorrían a la jovencita que se encontraba en el centro del vestidor.

—Desde luego que lo está —convino lady Severidge con entusiasmo—. Está *preciosa*. —A sus veintiséis años, después de siete años de matrimonio y de dos niños, Agnes seguía siendo bonita, aunque estaba entradita en carnes.

—Por supuesto que es tan guapa como nosotras juntas —terció Anna, la duquesa de Harndon, con su afectuosa y deslumbrante sonrisa—. Mucho más. ¡Ay, Emmy, estás divina! —Aunque la verdad era que Anna estaba igual de bonita que ella. Si bien había cumplido los treinta y tan solo hacía tres meses que había dado a luz a su cuarto hijo, su rostro seguía siendo joven y terso, y su figura seguía tan delgada como antes de casarse.

—Esta noche serás la sensación del baile, estoy segura —sentenció lady Sterne. Se encontraba en el vestidor por el derecho que le otorgaba su condición de madrina de Anna. Aunque no eran familia en realidad, había asumido el papel de tía preferida tanto para Anna como para sus hermanas. Al fin y al cabo, y como siempre les recordaba, cuando una mujer no tenía hijas propias, no le quedaba más remedio que adoptar unas cuantas—. Es una lástima que no puedas bailar, niña. Pero no importa. El baile solo consigue que las damas acaben ruborizadas y sudorosas..., con su correspondiente mal

olor.

—¡Tía Marjorie! —exclamó Anna, escandalizada.

Lady Emily Marlowe siguió la conversación leyendo los labios de las presentes durante un rato, pero era una actividad pesada y sabía que se había perdido al menos la mitad de lo que habían dicho, que era lo que sucedía siempre que presenciaba una conversación donde hubiera más de una persona. Pero no importaba. Había entendido el meollo del asunto y le agradaba que la tildaran de guapa, tan guapa como las demás. Volvió la cabeza para echarse otro vistazo en el espejo de pared del vestidor de Anna. Apenas se reconocía. Llevaba un vestido a la francesa de color verde claro, su color preferido, pero todo lo demás era una novedad. La saya, con sus tres volantes, quedaba apartada de sus piernas por el tontillo. La bata estaba adornada desde el escote hasta el bajo con festones plisados y bordados con hilo dorado. El peto, muy escotado, también iba profusamente bordado con el mismo hilo. Los tres volantes de encaje que remataban las mangas de la camisola caían en cascada por debajo del codo y de las mangas de la bata. Los zapatos eran dorados. El pelo... ¡Oh! El pelo era lo más novedoso de todo.

La doncella de Anna la había peinado a la última moda, con un alto recogido en la parte superior y tirabuzones en la parte posterior. En el espejo atisbaba la frívola cofia de encaje que le había sujetado en algún punto del recogido, y cuyas tiras caían por detrás hasta rozarle la espalda. Llevaba el pelo empolvado. Era la primera vez que lo permitía.

Debajo del vestido sentía la desconocida e incómoda presión de la cotilla.

Estaba a punto de asistir a su primer baile de verdad a la venerable edad de veintidós años. Bueno, de vez en cuando, y siempre por insistencia de Luke, su cuñado y duque de Harndon, lo había acompañado a él y a su hermana a los eventos locales donde a veces se bailaba, si bien ella acostumbraba a sentarse y a observar. Y siempre había asistido a los escasos bailes que se

organizaban en Bowden Abbey, aunque normalmente se había ocultado en la galería de los trovadores. El baile era algo que siempre la había fascinado.

Siempre había deseado bailar, casi más que cualquier cosa.

Pero no podía bailar. Era sorda. No oía la música. Aunque, en ocasiones, imaginaba que alguna vez la oyó. No recordaba la música en sí, no recordaba ningún sonido en concreto, pero sí había una sensación, la convicción interna de que la música debía de ser más hermosa, más conmovedora que cualquier cosa que pudiera percibir con la vista.

Esa noche iba a asistir a un baile y todos se comportaban como si fuera un evento en su honor. Casi como si fuera su presentación en sociedad. En realidad, el baile era en honor de Anna. Siempre se celebraba un baile en Bowden Abby unos meses después de que Anna diera a luz a un hijo, coincidiendo con su bautizo. Se celebraron bailes después del nacimiento de Joy, hacía siete años, y más recientemente después de los bautizos de George y de James. En esa ocasión, celebrarían el bautizo de Harry. Emily había visto a Luke decir en una ocasión, mientras le hacía una reverencia a Anna y le besaba la mano, que necesitaba demostrarles a sus vecinos que su duquesa seguía siendo tan guapa tres meses después del parto como lo era antes de engordar durante los nueve meses de embarazo.

—¡Por Dios! —exclamó lady Sterne al mismo tiempo que tomaba a Emily de las manos y la obligaba a apartar tanto los ojos como la mente de la imagen que le devolvía el espejo—. Niña, no has oído una sola palabra de lo que estamos diciendo. Juraría que la belleza se te ha subido a la cabeza.

Emily se ruborizó y deseó que la tía Marjorie hablara más despacio.

—Emmy, Luke aprobará tu aspecto —le dijo Anna con su cálida sonrisa al mismo tiempo que le cogía la barbilla con delicadeza y la obligaba a mirarla a la cara para que le leyera los labios.

Eso sería un todo un logro. Aunque sabía que Luke la quería de forma incondicional, también sabía que su cuñado no siempre aprobaba su



comportamiento. Siempre la halagaba tratándola como si no tuviera impedimento alguno. A menudo la obligaba a hacer cosas que ella no deseaba hacer, asegurándole que era capaz de hacer cualquier cosa que se propusiera, aunque tuviera que hacerlo en silencio. En ese sentido, era muy distinto de Anna, de ahí que a menudo mantuvieran acaloradas discusiones por su culpa. Anna era de la opinión de que debían permitirle vivir a su manera, aunque eso la convirtiera en una persona poco convencional y esquiva. La implicación, por más teñida de cariño que estuviera, era que Anna la veía incapaz de ser como las demás mujeres. Luke la obligaba a serlo.

Por ejemplo, cuando tenía quince años, Luke decidió que había llegado la hora de que aprendiera a leer y a escribir. Y aprendió. Fue un proceso lento y dificultoso, con algunas fases de rebeldía, y Luke hizo las veces de maestro paciente, pero implacable. Después de la primera semana, le prohibió a Anna la entrada a la habitación infantil y nunca revocó esa orden. Ya estaba bien de lágrimas tontas, le dijo. Emily aprendió para demostrarle algo a su cuñado y también para demostrárselo a sí misma, que era más importante si cabía. Durante aquella dolorosa fase de su vida, tenía muchas cosas que demostrarse a sí misma.

Se había demostrado que podía aprender, como las demás muchachas. Pero había aprendido que su mundo tenía unos límites severos. Los libros le habían revelado universos de experiencia y pensamiento que jamás había imaginado y que jamás lograría entender en su totalidad. Porque ella era distinta. Muy distinta. Pero, al mismo tiempo, creía firmemente que había algo único en su intensa relación con el mundo que la rodeaba.

Merecía la pena contar con la aprobación de Luke, pensó en ese momento mientras le devolvía la sonrisa a su hermana mayor. A veces casi lo odiaba, pero siempre lo quería. Había sido un padre y un hermano durante los casi ocho años que habían pasado desde su llegada a Bowden Abbey.

—¡Lord Powell se quedará *prendado*! —exclamó Agnes—. Ay, Emmy, es

un caballero muy distinguido. Y parece no molestarle en absoluto tu afección.

A lord Powell le gustaba hablar. Emily sospechaba que más bien disfrutaba mucho de la novedad de tener una oyente silenciosa. Pero desde luego que era un hombre guapo, de modales refinados y simpático. Claro que no era de extrañar. Luke había elegido con meticulosidad a sus pretendientes. Los cuatro eran adecuados en todos los aspectos. Emily había rechazado a los tres primeros sin hacer el menor esfuerzo por relacionarse con ellos..., o eso afirmaba Luke. Su cuñado la había mirado con un rictus severo en los labios y una mirada a caballo entre la exasperación y la sorna después de que los despachara, uno a uno.

—Emily —le dijo en una de dichas ocasiones—, querida, si cultivaras una imagen distinta mientras te cortejan... Si hicieras el favor de *no* presentarte delante de la flor y nata masculina soltera y sin compromiso como si fueras la bruja del bosque...

Era injusto, le habría replicado de haber podido contar con la ventaja del habla. Podría haberlo escrito, pero no le gustaba mucho mantener ese tipo de conversaciones tan incómodas. Era injusto, porque fue ella quien los rechazó. Ninguno de los tres caballeros se marchó espantado al verla. Además, no parecía una bruja. Pero daba igual.

Y, en ese momento, era lord Powell quien la cortejaba. Llevaba cinco días con sus correspondientes noches en Bowden Abbey. Luke había decidido invitarlo aprovechando la presencia del resto de los invitados que iban a asistir al bautizo de Harry y al baile posterior. Tal vez la formalidad del evento obligaría a su cuñada a mantenerse en compañía de los demás y a comportarse de una forma más convencional que de costumbre, había imaginado Luke. Emily estaba segura de que era así, porque conocía muy bien su forma de pensar.

De manera que se había mantenido en compañía, se había comportado bien, se había puesto la cotilla, el tontillo, los zapatos y la cofia y se había rizado el

pelo. Aunque nada tan exagerado como lo que llevaba esa noche, desde luego. Claro que no solo se debía a la presencia de los invitados o a la celebración del bautizo.

En esa ocasión, se había permitido que la cortejaran.

—De verdad que será extraño si no se declara esta noche —afirmó lady Sterne—. Niña, te pedirá matrimonio y Harndon lo anunciará antes de que la velada llegue a su fin. ¡Por el amor de Dios! Casi se me olvidaba que Victor está aquí. Será Victor quien haga el anuncio, ya lo veréis.

Victor, el conde de Royce, era el hermano de Emily. Estaba en Bowden Abby con Constance, su esposa, y su hijo para asistir al bautizo. También estaba Charlotte, su otra hermana, con el reverendo Jeremiah Hornsby, su marido, y sus tres hijos. Charlotte se encontraba en la habitación infantil, amamantando al más pequeño antes de que comenzara el baile.

—¿Le dirás que sí, Emmy? —Agnes la miró con gesto emocionado—. William dice que lord Powell ha hablado en privado tanto con Victor como con Su Excelencia. Y eso solo puede significar una cosa. Será espléndido celebrar otra boda en la familia. Pero ¿se oficiará aquí o en Elm Court? Estoy segura de que Victor querrá celebrarla en Elm Court. Es así de irritante. ¿Dirás que sí?

Emily sintió un repentino ahogo y una oleada de pánico al ver en los labios de su hermana y en los de lady Sterne lo que ella ya presentía. Lord Powell había ido para cortejarla, tal como Luke lo había organizado durante una visita a Londres. Habían paseado juntos, se habían sentado juntos, habían hablado y parecía agradaarle su compañía. Ella no había desalentado sus atenciones. Esa noche iba a celebrarse un gran baile. Y estaba al tanto de la reunión privada que esa misma tarde habían mantenido lord Powell, Victor y Luke. Todos estaban al tanto.

Esa noche seguramente le pidieran que tomara una decisión definitiva. Claro que no tenía que tomar decisión alguna. Ya había decidido aceptarlo.

Sería lady Powell. Iba a casarse y a tener un hogar propio donde no dependería de nadie. Tendría hijos propios. Tendría un bebé tan tierno y precioso como Harry al que abrazar, pero sería suyo.

Iba a cambiar... de nuevo. Sería más que respetable a medias. Sería completamente respetable. Anna, Luke y el resto de su familia se enorgullecerían de ella.

Anna la abrazó de repente, en la medida que se lo permitía el tontillo. Después, se apartó para que le viera los labios y dijo:

—La estáis asustando. Emmy no está obligada a hacer nada que no quiera hacer. Es diferente, pero muy especial. Su lugar está aquí. La queremos. No tienes que casarte solo porque creas que debes hacerlo, Emmy. Puedes quedarte siempre aquí. Espero que lo hagas. ¿Cómo voy a vivir sin ti?

Muy bien, pensó Emily, mientras veía a su hermana parpadear entre lágrimas. Anna tenía a Luke, a quien amaba con locura y quien le correspondía en la misma medida, y tenía cuatro hijos a los que adoraba. Ella no tenía a nadie. No pertenecía a ningún sitio. Era cierto que su hermano y sus otras dos hermanas la invitaban con frecuencia y la animaban a quedarse con ellos durante todo el tiempo que quisiera. Y era cierto que Luke le había explicado, justo antes de la llegada de su primer pretendiente, que Bowden Abbey era su hogar en la misma medida que era el suyo, el de Anna y el de sus hijos, que él solo pensaba en su felicidad, pero que solo ella sabía dónde encontrarla.

—Jamás creas que insisto en que te cases porque quiero librarme de ti —le dijo, mirándola con seriedad—. Aunque tu hermana, mi esposa, me haya acusado de eso. —Miró a Anna con gesto severo, porque había protestado por la idea de los pretendientes—. Querida, te presentaré distintos candidatos a esposo porque creo que es mi deber hacerlo. Tú decidirás si deseas el matrimonio y todo lo que conlleva, o si prefieres quedarte aquí con nosotros, formando parte de la familia en la misma medida que Joy, George o James.

¿Me he expresado con claridad, Emily? ¿Anna?

En aquel momento, las obligó a contestar.

—Pero lord Powell es muy guapo —dijo Agnes—. Emmy, no sé cómo vas a poder resistirte. Te aseguro que yo no podría si todavía fuera una jovencita soltera y él me cortejara. —Esbozó una sonrisa afable. Pero Agnes, que había tenido múltiples opciones, se había casado enamorada del orondo y anodino William, lord Severidge, y hacía mucho tiempo que se había sumido en la felicidad doméstica a su lado.

—¡Por Dios! —exclamó lady Sterne, que dio una palmada—. Si nos quedamos aquí mucho más tiempo, admirando a la jovencita y emocionadas por su inminente compromiso, el baile llegará a su fin y lord Powell se irá a su casa. Y nadie verá a Emily en todo su esplendor.

—Vamos, Emmy. —Anna sonrió y la cogió de la mano—. Esta noche nos acompañarás a Luke y a mí mientras recibimos a los invitados. Y acabaré con la nariz apuntando al techo porque todos te mirarán a ti y a mí no me harán ni caso.

—¡Bah! —exclamó lady Sterne mientras echaba a andar hacia la puerta para así liderar la marcha escaleras abajo hasta el salón de baile—. Harndon solo tiene ojos para ti, niña. No ha mirado a nadie más desde el día que te conoció, precisamente en un baile.

Anna se echó a reír mientras tomaba del brazo a Emily, que reparó en la felicidad que resplandecía en sus ojos. Emily estaba un tanto confundida. La conversación entre ellas había sido larga y no había podido seguirla en su totalidad, aunque no había parado de mover la cabeza entre las presentes, decidida a enterarse de lo que decían. A menudo se percataba del hecho de que el resto de las personas no encontraba agotadoras las conversaciones y no parecía compartir su frecuente necesidad de estar sola, sin distracciones. Era otra de las cosas que la diferenciaban de los demás...

Inspiró hondo varias veces para tranquilizarse. Esa noche era tan distinta de

todo lo que había vivido hasta el momento que su mente solo alcanzaba a verla como un vacío completo y aterrador. Se había vestido con tanta elegancia y esplendor como Anna. Iba a asistir a un baile formal. Recibiría a los invitados al lado de Anna y de Luke, y tendría que sonreírles y saludarlos. Y recibiría las atenciones de lord Powell y, posiblemente, ¡probablemente!, también recibiría su proposición matrimonial. Que iba a aceptar.

Cuando regresara a su dormitorio, varias horas después, su vida habría cambiado en muchos aspectos. Todo habría cambiado. Estaría comprometida. Prácticamente casada.

La idea le provocó algo semejante al pánico.

Ashley. ¡Oh, Ashley!

Ashley había olvidado el frío que hacía en Inglaterra. Empezó a tiritar y se arrebujó con el gabán. Estaba sentado en el oscuro interior de un carruaje, mirando por la ventanilla el paisaje nocturno, aunque no estaba del todo negro como si fuera la boca de un lobo. La luz de la luna y las estrellas iluminaban el camino. Pese a la renuencia inicial, el cochero había accedido a continuar el viaje después de que anoheciera. Incluso había comentado lo cálida que era la noche para estar tan solo a finales de abril.

¡Cálida! Se estremeció de nuevo. Había tenido tiempo para acostumbrarse al frío durante el larguísimo viaje de regreso a casa desde la India, por supuesto, pero de alguna manera había pensado que cuando pisara tierra firme de nuevo entraría en calor.

Tal vez, pensó mientras apoyaba la cabeza en el respaldo acolchado, nunca más entraría de nuevo en calor.

Sin embargo, lord Ashley Kendrick se negaba a desterrar la idea de que entraría en calor nuevamente. Cuando llegara a Bowden Abbey. Si acaso llegaba. Llevaba meses deseando que se produjera ese momento que estaba tan solo a una hora, como mucho. Casi debía de estar en los terrenos de la

propiedad, concluyó. La idea de llegar a Bowden Abbey lo había sustentado durante todos los meses de viaje, durante las tempestades y durante la calma, durante las noches en vela.

Luke, pensó. Ojalá pudiera llegar junto a su hermano. Luke era un pilar de fuerza. Y Anna. La dulce y cariñosa Anna. Y sus hijos, tres ya. Joy tendría siete años. George, cinco. Y James, tres. Luke le había anunciado con tono casi de disculpa la llegada al mundo de George, marqués de Craydon, el heredero del ducado. Ashley se había alegrado muchísimo y mucho más que se alegró cuando le llegaron las noticias del nacimiento de James, dos años después. Luke había asegurado la descendencia. Ya no recaería sobre él la sospecha de andar detrás del título.

Ansiaba llegar a Bowden Abbey y estar con Luke y Anna. Como si ellos pudieran arreglar las cosas. Como si no fuera un hombre capaz de tomar las riendas de su vida, de controlar sus emociones y de expiar sus culpas. Como si a su lado pudiera recuperar el calor. Y la paz.

Movió la cabeza sobre el respaldo como si buscara una postura cómoda para dormir. Pero no tardó en abrir los ojos para contemplar de nuevo la oscuridad. Sobre todo, la oscuridad interior.

¡Paz! Había albergado la extraña certeza de que la encontraría en Bowden Abbey. Solo allí. Y mientras se acercaba a su destino, porque estaba seguro de que habían llegado a los terrenos de la propiedad y de que no tardarían en atravesar el pueblo, no le quedó más remedio que enfrentarse a la verdad. No encontraría la paz en ningún sitio. Ni siquiera en Bowden Abbey. ¿Por qué había creído lo contrario? ¿Qué tendría la propiedad que siempre llevaba asociada la idea ilusoria de la paz? Como si fuera un lugar distinto del resto del mundo. Un lugar donde evadirse, un refugio, un hogar, el sitio al que pertenecía.

¿Qué tendría Bowden Abbey?

Había regresado de la India con la idea desesperada de que todo se

solucionaría cuando llegara a casa. En ese momento, sin embargo, antes incluso de llegar, mientras el carruaje atravesaba la calle principal del pueblo y tomaba despacio la curva para pasar entre los dos pilares de piedra que señalaban la entrada a la propiedad y al serpenteante camino de acceso, comprendió que se había estado engañando.

No tenía hogar alguno. El suyo era un viaje sin fin. No encontraría el arcoíris al final del camino.

De todas formas, se descubrió inclinándose hacia delante en el asiento, ansioso por captar la primera imagen de la mansión mientras el carruaje abandonaba la espesura y atravesaba el puente situado a los pies de la suave colina que había que ascender para llegar a los jardines formales, a la terraza adoquinada y, por último, a la mansión.

No obstante, se echó hacia atrás de nuevo en cuanto las ruedas del carruaje comenzaron a traquetear sobre el puente de piedra.

Qué mala sombra, ¡estaban celebrando una fiesta! El interior de la mansión parecía estar iluminado por miles de velas. Había una hilera de carruajes junto a las cocheras y las caballerizas.

Maldita suerte la suya.

Debería haberse quedado en Londres unos días, pensó. Debería haber avisado de su llegada. ¡Caray! Si ni siquiera sabían que regresaba de la India... Ni siquiera sabían...

Apoyó de nuevo la cabeza en el asiento y cerró los ojos una vez más.

No, ni siquiera lo sabían.

—Bueno, querida —le dijo el duque de Harndon a su esposa una vez que cumplieron con la obligación de dar la bienvenida a los invitados junto con su madre y Emily, mientras se preparaban para llevar a cabo la segunda obligación de la noche, que no era otra que la de inaugurar el baile con una contradanza—, como es habitual, puedes disfrutar de la satisfacción de



saberte la dama más hermosa de la fiesta. Es casi bochornoso, teniendo en cuenta que Harry tan solo tiene tres meses y que tú ya has cumplido los... Esto... ¿Veintinueve van ya?

—Es el cuarto año que los cumpla, sí —contestó ella entre carcajadas—. Luke, has vuelto a comprar en París. Tu casaca es de un maravilloso azul oscuro, y los bordados de la chupa son tan impresionantes que mi vestido desmerece en comparación.

—Ah, pero es la mujer que lleva el vestido la que deslumbra, señora mía —replicó él.

Anna rio de nuevo.

—Me alegro de que no hayas olvidado el abanico —comentó—. Todavía sigue escandalizando a algunas personas.

Él se abanicó la cara.

—Querida, abandoné con gran renuencia el uso de mis cosméticos —repuso— por deferencia a los gustos de este país. Pero un hombre debe mantener parte de su orgullo intacto. Sin un abanico, me sentiría desnudo en un baile, te lo aseguro.

—Esa es la consecuencia de haber pasado diez años en París —sentenció Anna—. Luke, ¿qué va a hacer Emmy?

—Emily —respondió él— está tan elegante que el resto de las damas presentes, exceptuándote a ti, están verdes de la envidia. Tal como le dije a ella antes, si se vistiera así de forma habitual, a estas alturas me encontraría impidiéndoles la entrada a mi casa a todos los soldados de Su Majestad y a una buena parte de la población civil masculina. Tal vez debería agradecerle su tendencia a parecer la bruja del bosque.

—¡Oh, Luke! —exclamó Anna a modo de reproche.

—Si quieres discutir conmigo —replicó él—, que sea después. Mucho después. En tus aposentos. Pero te advierto de que no tendré compasión.

—¿Lo aceptará? —insistió Anna, con un deje preocupado en la voz.

—Sería tonta si no lo hiciera —contestó Luke—. En mi opinión, Powell posee los requisitos necesarios para satisfacer a cualquier mujer, a menos que esta sea una princesa: apostura, fortuna y buena educación. Además, parece ansioso por llevar el asunto a su conclusión natural. La dote de Emily y los contactos sociales que aporta le resultan muy atractivos, y ha expresado abiertamente su determinación de complacer a su madre y de cumplir con su obligación de tomar esposa y asegurar la descendencia. Creo que también le cautiva la idea de tener una esposa que no parlotee. Claro que eso nos deja con el insignificante detalle de si existe o no amor, y la experiencia me ha demostrado que, en la práctica, no es insignificante en absoluto. Pero, querida, creo que podemos confiar en que tu hermana se encargará de tomar las riendas de su destino. Emily no tiene nada de lo que sentirse avergonzada. Esperemos que Powell no la vea como a una mujer sumisa y obediente, pobre hombre. Los músicos y los invitados esperan mi señal para que empiece el baile. ¿Los complacemos o prefieres darte el gusto de sufrir un soponcio?

—Nadie más entenderá a Emmy como la entendemos nosotros —protestó Anna—. ¿Y si no le gusta cuando la conozca más a fondo? Tal como acabas de decir...

—En eso consiste el matrimonio, querida —la interrumpió—. ¿Acaso no te has dado cuenta? Consiste en descubrir las facetas desconocidas del carácter de la pareja, sus experiencias y sus gustos, y en aprender a amoldarse a ellas. Consiste en confiar en que la pareja esté haciendo lo mismo. Y eso es algo que solo pueden hacer las dos personas interesadas. Vamos a bailar. —Miró al director de la orquesta, enarcó las cejas y levantó un dedo.

La música comenzó a sonar.

—¡Válgame Dios! —exclamó Theodore, lord Quinn, tío materno de Luke, dirigiéndose a lady Sterne, su amiga y amante de toda la vida—. Las jovencitas están más guapas con cada año que pasa. Y las maduras. Marj,

querida, llevas un peinado nuevo la mar de elegante. Te quita diez años de encima.

—Que el Señor nos asista —replicó ella—. Si es así, debo parecer diez años más joven de la cuenta para ti, Theo.

Él echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada estentórea antes de hablar de nuevo.

—Bueno, ¿lo aceptará? —preguntó.

Estaban sentados, en vez de estar bailando la primera pieza de la noche, que era demasiado animada para sus vetustos huesos, en opinión de ambos. Miraron hacia el extremo opuesto del salón del baile, donde estaban sentados Emily y lord Powell en un sofá, hablando pese a la música y al bullicio de las conversaciones.

—¿Verdad que hacen una pareja espléndida? —preguntó lady Sterne—. Y su afección no la afecta en absoluto, Theo. Al pobre hombre le encanta hablar, y Emily es capaz de escuchar con los ojos. No tenía la menor idea de que fuera capaz de vestirse con semejante elegancia, aunque durante estos últimos días ha lucido un aspecto estupendo, la verdad.

—¡Caray! —exclamó lord Quinn—. Será duro verse atado a una mujer incapaz de responderte, Marj. Esperemos que no sea ese el mayor atractivo para él. Creo que Emily tiene un poco más que ofrecer además de esa atención silenciosa. Pero ¿cómo es posible interpretar lo que está diciendo con esos ojazos?

—Mi querida Anna siempre ha vivido preocupada por ella —dijo lady Sterne, cuya mirada se suavizó al mirar a su ahijada, sonriente y animada mientras bailaba con su duque—. Siempre ha cargado con la responsabilidad de sus hermanos, aunque el cabeza de familia sea Royce. Será bueno para ella saber que por fin todas sus hermanas están casadas. Por fin podrá ser plenamente feliz.

Lord Quinn le dio unas palmaditas en la mano, aunque no se la cogió. Eran

discretos cuando se encontraban en público.

—Y tú también, Marj —apostilló—. Anna es como la hija que nunca has tenido. La quieres con locura. Casi me siento celoso.

—Pero no lo estás. —Volvió la cabeza para sonreírle.

—Pero no lo estoy —convino él—. Marj, yo también quiero mucho a la muchacha, y a Luke. Siempre ha sido mi sobrino preferido, aunque se supone que no hay que tener preferidos.

—Ah, míralos —dijo lady Sterne, con la vista de nuevo clavada en Emily y en lord Powell—. Theo, te aseguro que su sonrisa lo tiene tan deslumbrado que no puede ni mirarla. Es igual que la sonrisa de mi Anna, la verdad. Ojalá puedan ser la mitad de felices que lo son Anna y Harndon.

Lord Quinn volvió a darle unas palmaditas en la mano.

—Deja que el amor siga su curso —le aconsejó—. Para la hora de la cena, él habrá reunido el valor necesario para hablar, ella le habrá dado su respuesta con esos ojazos y por fin se hará el anuncio. Así, nuestra Anna será feliz y tú también. Y que me aspen, Marj, querida mía, pero es tu felicidad lo que más me importa.

Ella le sonrió de nuevo.

## 2

Emily estaba sentada en el sofá junto a lord Powell y anhelaba bailar. Claro que nadie la había invitado a bailar nunca y suponía que nadie lo haría jamás. Las personas tenían unas ideas muy extrañas acerca de la sordera. Suponían que como la persona en cuestión no podía oír, tampoco era capaz de ver. Más aún, no parecían darse cuenta de lo mucho que se transmitía el sonido a través de vibraciones que se podían percibir. El sonido no solo era algo que se percibiera con los oídos. Afectaba a todo el cuerpo.

Podía sentir el ritmo del baile. Y se conocía todos los pasos de todas las piezas posibles. Había observado con un anhelo feroz durante muchísimos años.

Lord Powell le estaba hablando de su madre y de sus hermanos menores, una señal inequívoca, o eso suponía ella, de que estaba a punto de declararse. Había un montón de hermanos, según palabras textuales del hombre. Tres de sus seis hermanas estaban casadas, al igual que uno de sus tres hermanos. Tenía dos sobrinas y un sobrino. Consideraba que la familia, el compromiso con su hogar y los deberes domésticos eran algo importante. Se había percatado de lo querida que era lady Emily por sus propios sobrinos y lo mucho que le gustaba a ella jugar con los niños. Los niños, comentó él, nunca necesitaban de palabras cuando podían ver el cariño. Y los niños casi nunca correspondían el amor que solo se expresaba con palabras.

Era un halago por la forma en la que sobrellevaba su sordera, supuso Emily. Sonrió. De hecho, no había dejado de sonreír desde que saliera del vestidor de Anna.

Había muchos motivos para sonreír, aunque sentía la presión de tener que concentrarse en los labios de un hombre cuando anhelaba mirar a su alrededor, y aun así se perdió algún que otro detalle que él quería compartir acerca de su familia.

Tenía las cejas oscuras y pobladas. Tal vez demasiado gruesas para que su aspecto fuera perfecto, pero eran el único e insignificante defecto de unos rasgos muy apuestos. Su nariz era bonita, aunque un poco prominente. Sus ojos eran oscuros y penetrantes. Su pelo, suponía, era oscuro. No lo había visto sin la pulcra peluca empolvada, pero sin duda llevaba el pelo muy corto debajo. Tenía buenos dientes, un poco torcidos, aunque eso no le restaba atractivo.

Se había percatado de que varias de las muchachas presentes lo miraban a él con admiración y a ella, con envidia. Era un hombre guapo, de una altura aceptable y de cuerpo bien formado. Vestía con elegancia. Esa noche lo hacía en tonos marrones y dorados.

—Voy a bailar la segunda pieza con Su Excelencia —dijo lord Powell mientras se inclinaba un poco hacia ella, como si quisiera hacerse oír por encima del ruido que ella no oía— y la tercera con lady Severidge. No he reservado la pieza previa a la cena con nadie, lady Emily. ¿Le apetece acompañarme durante media hora? Tal vez después de cenar le apetezca que mande llamar a su doncella para que le traiga una capa y así poder pasear juntos por la terraza.

Emily abrió el abanico. De repente, hacía un calor sofocante en el salón de baile. Mantuvo la vista clavada en los labios de lord Powell. Eran unos labios carnosos, bien formados. Había hablado con movimientos precisos para que se diera cuenta de que la última frase era de vital importancia para él, supuso.

—Me he percatado —continuó él, como si creyera que su sugerencia necesitaba una explicación— de que hace una preciosa noche de primavera.

Emily asintió con la cabeza y sonrió.

—Tal vez —le dijo él— me permita hablarle de un asunto de vital importancia... Cuando estemos en la terraza, por supuesto.

Ella siguió sonriendo y asintió de nuevo con la cabeza.

—Espléndido —repuso él, antes de seguir contándole lo despótica que era su hermana mayor con su institutriz en el aula. Emily no era capaz de comprender la mitad de las cosas que le estaba diciendo. Sintió el repentino e ilógico deseo de estar sola. En cualquier parte, pero sola—. Creo que le caería bien, lady Emily. Y creo que ella también... le caerá bien.

Le gustaba lord Powell, decidió Emily. No solo porque estaba decidida a que fuera así, sino porque era un joven agradable y sincero. Pero ojalá no hablara tanto. ¿Les resultaba tan antinatural el silencio a las personas que podían oír que se sentían en la obligación de llenarlo sin parar? Pero ¿cómo detestar a cualquier hombre que quisiera a su madre y a sus hermanos? A un hombre que, además, estaba dispuesto a aceptar a una esposa con una afección, aunque ella sentía curiosidad por el motivo. Ojalá pudiera preguntarle por qué quería casarse con ella. ¿La consideraba guapa? ¿Le gustaba el hecho de que fuera la hermana de Victor, la cuñada de Luke? ¿Le intrigaba su misteriosa personalidad?

Le miró un instante las manos. Tenía los dedos anchos, unas manos que parecían capaces. Se las imaginó tocándola, tocándole el cuerpo... por debajo de la ropa. Se imaginó esa boca contra la suya, y también su cuerpo. La imaginación le falló después de eso. No estaba muy segura de lo que...

Levantó la vista y descubrió que él seguía hablándole de su hermana, a quien le había exigido que se disculpara con la institutriz, le decía en ese momento. Parecía creer que podía entender todo lo que le decía porque sabía leer los labios. ¿Se llevaría una decepción al descubrir que no era así?

Se había preguntado a menudo por el amor físico. ¿Era algo que añadía otra dimensión a la vida? ¿O era una intromisión, la invasión más absoluta de la intimidad? Tanto por necesidad como por inclinación, siempre había sido

muy reservada. Sabía lo suficiente para estar al tanto de que su marido entraría en su cuerpo.

Ese hombre. Lord Powell. Todavía no sabía su nombre de pila, cayó en la cuenta en ese momento.

En su noche de bodas, tendría que permitir que la penetrara. Porque solo así sería su esposa. Solo así podría tener los hijos que ansiaba. ¿Sería maravilloso, mágico? ¿O sería humillante?

A veces, durante el desayuno sabía si Luke y Anna se habían amado la noche anterior. Se quedarían espantados si supieran que ella lo sabía, pero así era. Tal vez fuera la ausencia de uno de sus cinco sentidos lo que había aguzado los demás. Desde luego, no se debía a algo especialmente obvio. Solo algo en la expresión, más dulce, de Anna; algo en los párpados entornados de Luke. O tal vez no fuera nada tan evidente. Fuera lo que fuese, era algo que le indicaba que lo que compartían era más maravilloso que lo que ella era capaz de imaginar.

Tal vez lo supiera pronto. O tal vez se llevara una decepción. ¿Marcaría la diferencia, se preguntó, el hecho de que ella no lo quisiera, aunque sí lo respetaba y le caía bien?

Sin embargo, tenía más cosas que imaginar. Ese hombre le sería tan familiar como su propia imagen en el espejo. Sería su compañero durante el resto de la vida. Su amigo, quizá. Viviría en su casa. Dicha casa se convertiría en la suya, al igual que lo haría su familia. Aprendería a administrarla. ¿Sería capaz de hacerlo? Había observado a Anna administrar Bowden Abbey. Tendría que escribir sus órdenes, supuso. Visitaría a sus arrendatarios y a sus vecinos. No podría permitirse acobardarse por el hecho de que no podría hablar con ninguno ni comprender siquiera lo que le decían. De hecho, la emoción del desafío era uno de los mayores alicientes para aceptar la proposición que estaban a punto de hacerle.

Se convertiría en alguien como Anna. Tendría un matrimonio como el de



Anna. ¿O se estaba engañando? ¿Sería posible algo así para ella? Claro que tendría una oportunidad para ser feliz. Por fin. Después de tanto tiempo. Y sería feliz. Había aprendido por las malas que la voluntad era algo muy poderoso. Se obligaría a ser feliz y lo sería.

—El baile ha terminado —le decía lord Powell en ese momento, inclinado un poco hacia ella de nuevo—. Y por mi vida que lo siento. Bailaré todas las piezas hasta que llegue la anterior a la cena, lady Emily, pero miraré con envidia a todos los caballeros que ocupen mi lugar en este sofá, a su lado.

Era lo más cerca que había estado de una declaración apasionada, aunque Emily, muy sensible al lenguaje corporal, supuso que le estaba diciendo lo que él creía que quería que le dijera. Lo miró con una sonrisa.

Sin embargo, algo iba mal. La música había cesado, por supuesto. Lo percibió antes de que lord Powell se lo dijera. Se trataba de otra cosa. Sintió algo muy parecido al pánico y miró por encima del hombro hacia la puerta.

Había un hombre allí. Parecía que nadie más había reparado en su presencia. Llevaba un gabán oscuro y se estaba quitando el tricornio en ese preciso momento, aunque debía de haber entrado en la casa por la planta baja y haberse cruzado con muchos criados antes de subir los dos tramos de escalera que llevaban al salón de baile. Era alto y delgado. Bajo su pelo oscuro y sin empolvar, recogido con dos elegantes canelones a ambos lados de la cara y también en una bolsa de seda por detrás, su rostro se veía delgado y pálido. Pálido hasta el punto de parecer demacrado. Lucía una expresión preocupada, taciturna.

No lo reconoció con los ojos. Solo con el corazón. El corazón le dio un vuelco y el pulso empezó a latirle de forma irregular en el cuello y en las sienes. La dejó jadeante, sin aire en los pulmones. Se puso en pie, se dio la vuelta y permaneció inmóvil, con la vista fija.

Lord Powell, todos los presentes, todo lo demás, dejó de existir.

Solo Ashley.

Ashley estaba en casa.

Mientras el carruaje se acercaba a la mansión, su intención era la de evitar lo que fuera que se estuviera celebrando en su interior y, a juzgar por la cantidad de luz y de carruajes, se trataba nada más y nada menos que de un baile. Su intención era la de que lo condujeran a un dormitorio, a ser posible el que ocupara antaño, y permanecer allí hasta el día siguiente. Desde luego que no era su intención hacer una entrada triunfal y grandiosa.

Sin embargo, Cotes, el mayordomo de su hermano, estaba en el vestíbulo cuando entró, dándole órdenes a uno de los criados que había allí, al parecer. Cotes se tensó por el recelo al ver al desconocido que había llegado tan mal vestido para la ocasión, luego se sorprendió cuando reconoció al recién llegado y, por último, recuperó su habitual expresión digna y pétrea. Cotes le confirmó, cuando se lo preguntó, que efectivamente se estaba celebrando un gran baile y que el motivo era el bautizo del hijo de Su Excelencia, lord Harry Kendrick.

Ah, otro vástago. Otro hijo varón. Ashley inclinó la cabeza y cerró los ojos, tras lo cual se tambaleó un poco. Uno de los criados había dado un paso hacia él, con un brazo extendido, cuando los volvió a abrir. Levantó una mano para detenerlo.

Pero estaba cerca. Muy cerca. ¿Iba a encerrarse en su dormitorio y posponerlo todo hasta el día siguiente?

—¿Están en el salón de baile? —preguntó.

—Sí, milord —contestó Cotes—. Si tiene la amabilidad de pasar al salón recibidor, iré a buscar a Su Excelencia.

Sin embargo, Ashley se dio la vuelta como si no lo hubiera oído y echó a andar hacia el arco que conducía a la escalinata. No esperaría en un salón recibidor. No se retiraría a un dormitorio. Luke estaba cerca.

—¿Milord? —Cotes parecía sorprendido, incluso un poco alarmado, tal

vez.

Era un gran baile, desde luego, teniendo en cuenta que se celebraba en la campiña y que la mayoría de los invitados debía de haber realizado un largo viaje. El salón de baile parecía rebosante de luz, de ruido y de risas, de color y de movimiento. Ashley se detuvo al llegar a la puerta, sin reparar en lo inapropiada que era su vestimenta, con el gabán, la ropa arrugada por el viaje y las botas altas. Se quitó el sombrero, más por instinto que de forma consciente. Escudriñó la multitud. No se dio cuenta de que varios de los invitados empezaban a mirarlo con curiosidad. Buscaba a una persona en concreto.

Y, en ese momento, lo vio. Acababa de terminar una pieza y él le hacía una reverencia a su pareja antes de llevarse su mano a los labios. Luke, con una apariencia tan elegante y espléndida como cuando regresó de París ocho años antes. Luke, con un aspecto tan familiar, tan fuerte y tan seguro. Ashley se quedó petrificado.

Luke alzó la cabeza y miró hacia la puerta. Y enarcó las cejas con esa expresión altiva tan propia de él. Ashley observó cómo dicha expresión se quedaba congelada en su cara. Acto seguido, Luke dio un paso hacia él, se detuvo, frunció el ceño y después cruzó el salón de baile a toda prisa. No se detuvo en ningún momento y extendió los brazos cuando estuvo más cerca, antes de envolverlo con ellos, cual bandas de acero. Ashley le devolvió el abrazo y cerró los ojos con fuerza.

—¡Dios Santo! —exclamó Luke al cabo de lo que a Ashley le parecieron minutos pero que seguramente solo fueron unos segundos—. ¡Por lo más sagrado! ¡Ash! —Parecía aturdido, emocionado.

—Sí. —Ashley tragó saliva. No quería abrir los ojos.

Sin embargo, Luke lo soltó y retrocedió un paso. Le puso las manos en los hombros.

—Por Dios, Ash, eres tú de verdad. Qué diantres... —Le dio unas

palmaditas en los hombros a su hermano como si quisiera asegurarse de que era real—. Qué demonios... —Era evidente que no recordaba dónde estaba.

Ashley, que estaba de frente al salón de baile, recordó de repente el lugar. El ruido o, mejor dicho, la sorprendente ausencia de ruido, teniendo en cuenta la situación y la cantidad de personas reunidas, lo asaltó. Era consciente de las personas, de la naturaleza tan pública de esa reunión. Era consciente de Anna, que corrió a acercarse a Luke y que apenas parecía un día mayor que cuando se marchó y parecía tan guapa, tan dulce y tan alegre como siempre.

—Ashley —dijo ella, y Luke se apartó para que ella pudiera abrazarlo—. Ay, Ashley, querido, estás en casa.

Acto seguido apareció su madre, con ese aire tan formal y compuesto, si bien tenía los ojos como platos por la sorpresa. Ashley había recuperado algo de compostura y le hizo una reverencia antes de besarla en las mejillas.

—Señora —le dijo—, la encuentro muy bien.

Y luego una dama vestida de rosa y encaje plateado cruzó la estancia a la carrera y se arrojó a sus brazos, y él volvió a cerrar los ojos un instante mientras abrazaba a su hermana.

—Ashley. —Ella repetía su nombre una y otra vez—. Ay, Ashley, bribón. No nos has escrito a ninguno durante más de un año y estábamos muertos de la preocupación. Y, mientras tanto, habías emprendido el viaje de regreso a casa. ¡Eres de lo peor!

Doris, lady Weims, parecía una mujer encantadora y vivaracha más que la muchachita guapa y a veces consentida que era cuando él se marchó. Se había casado con Andrew, el conde de Weims, hacía cinco años. Tenían dos hijos.

Sin embargo, Luke estaba recuperando el control de sus propias emociones y de la situación. Se volvió hacia los invitados reunidos en el salón de baile y levantó los brazos, si bien era un gesto innecesario. La atención de casi todos ya se centraba en la escena de la puerta.

—Les pido disculpas por el retraso en la celebración —les dijo—. Como pueden ver, lord Ashley Kendrick ha regresado de la India sin previo aviso. Tendrán que disculpar a mi familia por retirarnos unos minutos. La música volverá a sonar en cuanto se formen las líneas para el baile. —Le hizo un gesto con la cabeza al director de la orquesta.

—Ashley. —Anna se había cogido de su brazo y lo conducía fuera del salón de baile—. ¿Dónde has dejado a lady Ashley, a Alice? ¿Y a Thomas? ¿Están abajo? ¿O les has dicho a Cotes o a la señora Wynn que los lleven a una habitación?

Era consciente de que su familia lo rodeaba. Un desconocido se había acercado a Doris, seguramente Weims. Todos sonreían por la felicidad. Estaban en mitad de la celebración de un baile por un bautizo. Y él estaba cansado. Exhausto. No podía ni con su alma.

—Mi esposa y mi hijo están en un hotel de Londres —contestó—. Estaban agotados después de un viaje tan largo. He venido solo. Quería volver a casa.

El cansancio lo abrumaba. Tal vez al día siguiente encontrara paz. Pero esa noche no. Esa noche sentía demasiada agitación.

Tal vez al día siguiente.

Una mano le tocó el codo y Emily regresó desde un lugar muy lejano para descubrirse, de pie, en el salón de baile de Bowden Abbey. Lord Powell le sonreía y le señalaba el sofá que tenía junto a ella. Se sentó.

Él permaneció de pie y la miró fijamente con las manos entrelazadas a la espalda. Ella se fijó en que la empuñadura de su espada de gala tenía rubíes engastados. No combinaban con su casaca. Pero tal vez, a diferencia de Luke, no tenía una espada que combinara con cada traje. O tal vez, a diferencia de Luke, no era tan puntilloso con esos detalles.

Se inclinó hacia ella y esperó a que clavara la vista en sus labios.

—Su Excelencia no podrá bailar conmigo —le dijo—. Puedo pasar este

rato hablando con usted, lady Emily.

Ella asintió con la cabeza, aunque no estaba muy segura de a qué estaba accediendo.

—Si así lo desea —continuó él—. Si no lo considera inapropiado. O una imposición. Si no ha prometido pasar esta pieza con otro caballero.

Negó con la cabeza y él volvió a sentarse a su lado. Lord Powell le sonrió. Parecía muy complacido consigo mismo. Ojalá se fuera, deseó ella. Ojalá pudiera estar sola. Los labios se movían allá donde mirase, pero era incapaz de comprender una sola palabra. Era como una extranjera en un país extranjero.

No quería que Ashley estuviera en casa. No en ese momento. Ni en ningún otro.

—¿Lord Ashley Kendrick? —le estaba preguntando lord Powell—. ¿De la India? Es el hermano de Su Excelencia, ¿no es así?

Asintió con la cabeza. Sí, Ashley. Sí. Pero ella no quería que fuera Ashley.

—Qué feliz casualidad —dijo lord Powell— que haya llegado precisamente esta noche. Todos parecían muy contentos.

Asintió con la cabeza. Quería cerrar los ojos, cerrarse a todo el mundo.

—Me he dado cuenta de que forman una familia muy unida, lady Emily —continuó él—. Debe de sentirse muy afortunada por pertenecer a ella.

Sí. Sí, Ashley estaba en casa.

Lord Powell se inclinó un poco más hacia ella.

—Me recuerda a mi propia familia —le dijo—. Va a encontrar... Podría encontrar una unión muy parecida con nosotros, lady Emily.

Sonrió, las comisuras de sus labios esbozaron la sonrisa con un esfuerzo físico muy consciente. Lord Powell volvía a hablar de su familia. Intentó concentrarse, intentó recordar lo que le había contado de sus miembros. Intentó pensar en sus labios mientras seguía moviéndolos. E intentó no pensar.

No quería que Ashley estuviera en casa. Quería ser capaz de mirar a ese hombre y ver en él a su futuro marido y compañero. Quería tomar una decisión racional sobre su futuro. Quería un marido, un hogar y un lugar propio en la sociedad. Quería hijos. Y tal vez, más allá de toda razón, quería esperanza, quería la esperanza de que naciera el afecto, tal vez incluso el amor. Quería tener control sobre su propio destino. Quería lo imposible: quería ser *normal*.

Y quería la esperanza de que su alma se recompusiera, se curara y volviera a estar completa. Para así poder aceptar a ese hombre dentro de ella.

Se vio obligada a parpadear de repente, y cuando pudo volver a ver con claridad se dio cuenta de que él la miraba con preocupación.

—Sí, lo haría usted, ya lo creo que sí —le dijo lord Powell al mismo tiempo que le cogía una mano entre las suyas—. Y ellos la aceptarían en su seno, lady Emily. Lo sé. Me quieren y la querrán a usted. Es decir, la *querrían* si...

Emily se preguntó si se habría enamorado de él durante esa semana si su corazón estuviera intacto, si no le hubieran destrozado el alma hacía mucho tiempo. Lo creía muy posible. Sin embargo, el corazón y el alma no se podían remendar con la voluntad. Era algo que había descubierto a lo largo de siete años. De modo que aceptó la realidad y pasó página. Vio cómo lord Powell se llevaba su mano a los labios y la sostenía contra ellos unos segundos. Era consciente de que varias personas los estaban observando, seguramente con indulgencia, y de que él lo sabía. También era muy consciente de que el anuncio de su compromiso debía de ser algo esperado por muchos.

Y después, antes de que el baile terminase, Anna llegó y lord Powell se puso de pie de un brinco para hacerle una reverencia. Anna lo miró con expresión afable y se sentó en el lugar que él acababa de dejar libre. Le cogió ambas manos a su hermana.

—Ashley ha vuelto a casa —dijo Anna sin necesidad—. Compró el pasaje

desde la India sin avisar. Lo hizo guiado por un impulso, nos ha dicho. Echaba de menos su hogar. Ha dejado a lady Ashley y a su hijo en Londres. Luke no cabe en sí de la alegría. Es una maravillosa sorpresa para él, Emmy.

Sí. Siempre había existido un vínculo especial entre los dos hermanos, aunque hubieran estado peleados gran parte del año transcurrido desde que Luke volvió de París hasta que Ashley se fue a la India. Sí, Luke estaría loco de contento.

Sin embargo, Anna la observaba con atención, y Emily supo por qué su hermana había regresado al salón de baile antes que el resto de la familia. Lo había hecho para hablar con ella. Anna lo sabía. Al igual que Luke, si bien no había dicho una sola palabra al respecto desde el espantoso día que la encontró en la cascada y la consoló.

—Luke tiene pensado enviar el carruaje ducal a buscarlos por la mañana —continuó Anna—. Supongo que es posible que vaya él mismo a recogerlos. Será estupendo conocer por fin a Alice. Y a Thomas. Los niños tendrán a otro primo con quien jugar. Aunque no me cabe la menor duda de que Harry no se despertará ni una sola vez. Parece contento con pasarse la vida durmiendo, salvo a las tres de la madrugada, cuando cree que es el momento perfecto para comer y jugar un ratito. Su padre tuvo una charla muy seria con él anoche mismo, pero Harry se limitó a bostezar, a hacer pompitas de saliva y a tirarle de la nariz. Luke dice que tiene que aprender a respetar a sus mayores. —Se echó a reír, pero sus ojos seguían clavados en los de Emily con una expresión muy ansiosa.

Emily sonrió. Anna estaba hablando más que de costumbre. Estaba preocupada por ella, por cómo se iba a comportar, por lo que iba a sentir.

—Lord Ashley Kendrick debe de estar cansadísimo —dijo lord Powell—. Pero, al mismo tiempo, seguro que se siente muy complacido por haber vuelto con su familia.

—Sí. —Anna le sonrió con calidez—. Pero está cansado. Y tan delgado y



pálido que parece casi demacrado. Viajar desde tan lejos por mar debe de ser espantoso, no me cabe duda. Mi esposo lo ha acompañado a su habitación. Sin duda, volverá pronto con sus invitados. Ashley querrá dormir.

Emily quiso morirse tres años antes, cuando llegó la noticia de que Ashley se había casado con Alice Kersey, la hija de sir Alexander Kersey, su superior en la Compañía de las Indias Orientales. Quiso morirse, literalmente. No quiso seguir viviendo. No le quedó nada por lo que seguir viviendo. La facilidad con la que volvió a la autocompasión y a la sensación de aislamiento que la abrumaron el día de su marcha fue aterradora.

Había soñado durante esos cuatro años. Por supuesto, sabía la diferencia existente entre sueño y realidad. En el fondo, siempre supo que Ashley nunca la quiso como ella lo quiso, que nunca volvería a casa para buscarla, que nunca habría un final feliz con él. Sin embargo, fue un sueño muy dulce. La había sustentado en medio del dolor, de la soledad y del vacío que sentía por dentro, aunque por fuera pareciera llevar una vida plena y activa. Su yo más íntimo habría podido seguir viviendo de ese sueño toda la vida, aunque pasaran diez, veinte, cincuenta años y él no hubiera regresado.

No obstante, la noticia de su matrimonio hizo añicos el sueño. Y la vida sin el sueño se le antojó insoportable. Sencillamente, era incapaz de vivir sin él. Se quiso morir. Tuvo que empezar de cero una vez más la lección de ser independiente.

Poco después, Luke le presentó a su primer pretendiente. Luke, se percató ella, lo entendía. La conocía muy bien. Mejor, tal vez, que Anna. Luke nunca le había ofrecido su compasión, salvo quizá durante aquella espantosa hora en la cascada. Luke le ofreció soluciones y luego se hizo a un lado para que ella pudiera aceptarlas o rechazarlas, según creyera conveniente.

Lord Powell le había vuelto a coger la mano y se la llevaba a los labios una vez más.

—Volveré para la pieza previa a la cena, lady Emily —le dijo, despacio. La

orquesta había concluido una y los bailarines se preparaban para la siguiente —. Esperaré ansioso a que llegue el momento.

—Qué hombre más agradable —comentó Anna una vez que lord Powell se fue.

Emily sonrió y asintió con la cabeza.

—Y también es muy apuesto —continuó su hermana—. ¿Podrías ser feliz con él, Emmy?

Ella asintió con la cabeza.

Anna le tocó el brazo.

—Podrías quererlo, Emmy —le aseguró—. Ay, querida, cástate con él si sientes algo por lord Powell. Te he repetido hasta la saciedad que no tienes que casarte con nadie, que puedes quedarte aquí el resto de la vida y ser tan bienvenida como mis propios hijos. Luke también te lo ha dicho. Los dos lo decimos en serio. Pero, Emmy, te perderás muchas cosas si no te enamoras y no te casas. La cercanía y la felicidad, la... Vamos, mejor lo dejo, que no es el momento ni el lugar más indicado. Quiero que seas feliz. Ya lo sabes. Quiero que seas tan feliz como lo soy yo.

La expresión de Anna era apasionada. Hablaba con una sinceridad que, en otras circunstancias, jamás demostraría en una situación tan pública, y Emily lo entendió, aunque no había visto todas las palabras. Ashley había vuelto a casa. Pero Ashley estaba casado. Era padre. Y durante esos momentos en los que estuvo en la puerta del salón de baile, mirando a su alrededor para luego abrazar a Luke y a Anna, y a todos los demás miembros de su familia, no la había mirado ni una sola vez. Tras saludarlos a todos ellos, se había dado por contento. Ya no había seguido mirando a su alrededor.

No la había buscado.

Anna temía que ella olvidara la realidad.

No la olvidaría. Puesto que ya había tenido tiempo para recuperarse, no volvería a olvidarla. Buscó con expresión decidida por el salón hasta que sus

ojos se clavaron en lord Powell, que conducía a Agnes a la pista de baile para la siguiente pieza. Sonrió y supo que Anna se percató tanto de a quién miraba como de a quién sonreía.

Estaba en casa. Estaba en Bowden Abbey. Estaba en la planta superior, preparándose para dormir.

Estaba delgado y demacrado. Exhausto por el largo viaje.

Al día siguiente, volvería a verlo.

Ashley estaba en casa.

### 3

—Esto es una locura, por el amor de Dios —dijo Luke, expresando su opinión mientras observaba con una pierna cruzada elegantemente sobre la otra la nube de polvo que se elevaba sobre la cabeza de su hermano, tras lo cual clavó la vista en el ayuda de cámara que se disponía a apartar con renuencia el peinador que le había puesto sobre casaca de gala de brocado color vino tinto.

Ashley le sonrió.

—Uno no vuelve todos los días a casa tras siete años de ausencia —replicó — para reunirse con su hermano, su hermana y su madre y descubrir que se está celebrando un baile en honor del nacimiento de otro sobrino. Tres por delante de mí en la línea de sucesión, Luke. Bien hecho.

Luke enarcó las cejas.

—Es la naturaleza del matrimonio —comentó—. Tal como has descubierto tú mismo. La progenie tiene la tendencia de aumentar.

Ashley se echó a reír mientras se ponía de pie y se colocaba la espada de gala al cinto, tras lo cual introdujo los pies cubiertos por las medias en los zapatos de tacón con hebillas. Se sentía muy audaz y temerario. ¿Qué sentido tenía acostarse, tal como su madre, Luke y Anna lo habían animado a hacer? De todas formas, no iba a dormir. Rara vez conciliaba el sueño. Y el insomnio empeoraba cuando estaba a solas, acostado en una habitación oscura. No, bajaría al salón y bailarían.

—Estoy deseando que llegue mañana para conocer a tus hijos y a los de Doris —dijo—. Y ver a Joy. Era un bebé cuando me fui.

—Y ahora es una niña que se parece tanto a su madre —repuso Luke— que tiene a su padre comiéndole de la palma de la mano y bien que lo sabe. Espera a tener una hija, Ash.

Ashley soltó una carcajada alegre.

—Vamos al salón de baile —dijo—. No es apetecible llegar a una fiesta demasiado tarde para bailar. Bailaré con las jovencitas más guapas. ¿Hay alguna?

Luke torció el gesto y lo miró de forma penetrante.

—Las hay —contestó.

—En ese caso, preséntame primero a la más guapa —le pidió Ashley mientras abría la puerta con una sonrisa y una reverencia con burlona cortesía mientras le indicaba con un gesto que lo precediera—. ¿Quién es?

—Ash, eso depende del gusto de cada cual —respondió su hermano—. En mi caso, no veo a nadie más que a Anna. Pero es una afección que no aflige a todos los hombres, y bien que me alegra. No sería muy saludable para ninguno de ellos.

Ashley rio de nuevo.

—En ese caso, descartaremos a Anna —dijo—. Tendré que conformarme con la segunda más guapa.

El cansancio había desaparecido. De repente, se sentía rebosante de energía. De repente, tenía ganas de bailar toda la noche y todo el día siguiente. Quería ruido, risas, movimientos y coqueteo. Sobre todo, coqueteo.

Unos minutos después, se encontraba de nuevo en el vano de la puerta del salón de baile, junto a su hermano. La orquesta tocaba una alegre contradanza. Se enfurruñó por la idea de tener que esperar a que la pieza llegara a su fin para poder bailar. Se sentía ebrio por la emoción y la alegría. Echó un vistazo a su alrededor, con interés. Reparó en los miembros de su familia, que parecían sorprendidos de verlo de punta en blanco para asistir al baile, aunque acabaron por sonreírle. Reconoció a unos cuantos vecinos. Vio

a Agnes, una de las hermanas de Anna, que estaba bailando. Recordó que era lady Severidge desde que se casó y se mudó a Wycherly Park, una propiedad cercana. Había engordado.

Y después sus ojos se detuvieron sobre una jovencita que estaba sentada en un sofá, un tanto apartado, casi de espaldas a la puerta, aunque tenía la impresión de que había apartado la vista después de mirar en su dirección. Sonrió. Se había percatado de que muchos de los presentes habían hecho lo mismo. Sin duda, era la sensación de la noche.

—¡Aquella, válgame Dios! —exclamó, dirigiéndose a Luke, para señalarle a la dama del sofá—. La que está sentada con... Will Severidge, ¡caramba! Ha engordado más con los años. Por favor, no me des el disgusto de decirme que está casada.

Luke no habló, de manera que Ashley lo miró y se echó a reír.

—¡Caray! —exclamó—. Desembucha ya. ¿Quién es? Preséntamela, Luke. Quiero bailar con ella. Sin demora. La contradanza está llegando a su fin, por cierto.

—Es Emily —dijo Luke—. Sería mejor que...

Ashley no oyó lo que sería mejor. Emily. Emily. ¿Emily?

—¿Emmy? —preguntó con un hilo de voz—. ¿Es Emily? ¿La pequeña Emily?

—Sí —contestó Luke.

La miró sin dar crédito. Estaba totalmente irreconocible. Aunque ese no era el motivo de que le resultara imposible dejar de mirarla. Era la única persona en la que no había pensado durante el viaje de vuelta a casa. Llevaba años sin pensar en ella. Sin embargo, acababa de recordar de golpe lo... *importante* que había sido para él en otra época. La había llevado en su corazón durante muchos meses después de su marcha, con una mezcla de placer y de tristeza, hasta que la tristeza desterró el placer. La había echado de menos. La había deseado. No sexualmente, porque solo era una niña. Pero de todas formas la

había necesitado. Había necesitado su compañía, su aceptación, su devoción, su felicidad, su paz. Pero había desterrado esa necesidad, asqueado, porque solo era una niña. Y esa realidad le había dejado un mal sabor de boca, cierto sentimiento de culpa. Ya no recordaba por qué se había sentido culpable. El caso era que la había desterrado por completo de sus pensamientos.

Y justo después conoció a Alice y se enamoró de ella. Y se casó cuando descubrió que sus sentimientos eran correspondidos. Fue un amor basado en la necesidad, tal vez por ambas partes, de la misma manera que lo fue su amor por Emily. Pero con Alice fue desde un principio de índole sexual. Ella era una mujer, no una niña. Apretó los labios un instante, asaltado por los recuerdos.

Pero, por Dios, ¿cómo podía haber olvidado a Emmy? ¿Cómo era posible que no le hubiera dedicado ni un solo pensamiento durante el viaje de regreso? ¿Cómo era posible que no hubiera imaginado que la vería en el salón de baile de Luke? Era como si la hubiera desterrado de su mente de forma radical y la hubiera enterrado por completo. Ya no recordaba por qué lo había hecho.

—Llévame a su lado —dijo mientras veía cómo un hombre se acercaba a ella y la cogía de la mano. William Webb, lord Severidge, se puso en pie.

—Esperamos hacer un anuncio esta noche —repuso Luke—. El de su compromiso. Con Powell, el hombre que está ahora mismo con ella. Ha hablado tanto con Royce como conmigo. Parece enamorada de él.

—¡Caramba! ¿Lo está? —Ashley no podía quitarle los ojos de encima. De perfil, era una belleza arrebatadora. Aún le resultaba increíble que fuera Emmy. Emmy, ya crecida, convertida en una mujer. Ya no era una niña—. Llévame a su lado.

Ni siquiera se percató de la renuencia de su hermano. O, si reparó en ella, le hizo caso omiso. Había bajado para bailar. Para bailar con la jovencita más guapa del salón de baile. Y ella era la más guapa, por Dios. Emmy. Bailaría

con ella. Se le había olvidado su sordera.

Ella pareció ser consciente de su llegada. Se puso de pie y se volvió para verlo acercarse. Pero Emmy, recordó con repentina sorpresa, siempre había parecido poseer ese poder extrasensorial. Siempre había parecido saber cuándo se le acercaba, aunque fuese por detrás. Pese a su sordera. Sí, por fin lo recordaba. Súbitamente, y con gran sorpresa. Emmy era sorda. Y muda. No podía comunicarse salvo con la mirada y con ciertos gestos que él había aprendido a interpretar. ¿No habían ideado algo parecido a una lengua entre ellos? ¡Caray, cuántas cosas había olvidado!

—Querida —dijo Luke—, Ashley ha vuelto a casa.

Era Emmy, desde luego que sí. Emmy, disfrazada de dama elegante e interpretando el papel a la perfección. Pero era Emmy. Esos eran sus ojos, enormes y expresivos, que nada más mirarlos provocaban la sensación de poder sumergirse en ellos hasta llegar a su alma. Pero era una *mujer*. Sintió una extraña tristeza.

—Emmy. —Le cogió la mano que ella tenía lacia a un costado. Estaba gélida al tacto. Sonrió—. Hola, cervatilla. —Había olvidado el antiguo apodo por el que la llamaba hasta que lo oyó surgir de sus propios labios. Qué inapropiado le parecía. Era una mujer elegante, a la moda y hermosa. Lo abrumó otra oleada de tristeza. El nombre le iba como anillo al dedo en el pasado.

La vio esbozar la más fugaz de las sonrisas, pero estaba pálida y seria. Se llevó su mano a los labios.

—Dime que te alegras de verme —dijo, hablándole de forma instintiva tal como lo hacía antaño, articulando las palabras con más cuidado y más despacio de lo normal—. He venido desde la India. Ha sido un viaje agotador. Dime que te alegras.

Ella lo miraba en silencio, y Ashley no veía en sus ojos nada que le resultara reconocible por instinto. Ah. No se alegraba. Habían pasado siete



años. Deseó de forma irrazonable que ella, de entre todas las personas y lugares, hubiera permanecido inmutable: una niña desinhibida, preciosa y feliz. ¡Qué pensamiento más egoísta!

—Ash, ¿me permites presentarte a lord Powell? —le preguntó Luke—. Powell, mi hermano, lord Ashley Kendrick.

Ashley lo saludó con una reverencia, que Powell se apresuró a corresponder con la irritación pintada en la cara. ¿Así que ese iba a ser el futuro marido de Emmy? ¿Y ya demostraba ese afán tan posesivo? ¿Tal vez incluso estuviera celoso? Miró de nuevo a Emily con una sonrisa.

—Han intentado que me acostara —dijo—. Han intentado convencerme de que estaba cansado. Pero quería bailar, Emmy. Estoy decidido a hacerlo. Le he prometido a mi hermano que bailaríamos con la jovencita más guapa del salón. Y eres tú. Ven a bailar conmigo. —Aún tenía su mano en la suya. La cubrió con la mano libre—. ¿Ves? Ya se están formando las filas.

—Esta pieza es mía —terció lord Powell con tirantez—. Lady Emily ha accedido a sentarse conmigo.

—Además, Ash —apostilló Luke—, Emily no puede bailar.

—¿Porque es sorda? —Ashley la miró con una sonrisa—. ¿Es cierto eso, Emmy? ¿Tu sordera te impide bailar? ¿No conoces los pasos? ¿No puedes imitar a los otros bailarines? ¿No deseas bailar?

Sus ojos habían adoptado una expresión intensa y comprendió con cierta satisfacción que aún podía interpretar sus emociones, como si no hubieran pasado siete años desde la última vez que los miró. Sí, por supuesto que deseaba bailar. Siempre lo había hecho. Lo sabía con tanta claridad como si Emmy hubiera convertido sus emociones en palabras. ¿Acaso nadie se había percatado de ese deseo durante la noche? El deseo de bailar al son de la melodía silenciosa que oía en su corazón. Él mismo estaba ebrio por ese deseo.

—Ashley... —La voz de su hermano había adoptado un firme deje

autoritario—. Emily no oye la música. Además, le ha concedido esta pieza a lord Powell. Vamos, permíteme que te busque otra pareja.

Pero Ashley estaba mirando a Emily a los ojos.

—Dejemos que sea Emmy quien elija —replicó a la vez que le sonreía—. Emmy, ¿a quién eliges? ¿Prefieres quedarte aquí, donde me apuesto lo que quieras a que te pasarás toda la noche sentada? ¿O prefieres bailar conmigo? ¿Quieres bailar conmigo?

Durante un instante, Emily se limitó a mirarlo sin más. Después, asintió con la cabeza de forma casi imperceptible. Pero todos vieron el gesto.

—Emily —dijo Luke, aunque ella no lo estaba mirando porque tenía los ojos clavados en Ashley—. Ash... —Sin embargo, su hermano no le hizo el menor caso. Estaba mirando a Emily con una sonrisa y una expresión triunfal y temeraria.

Lord Powell hizo una reverencia.

—Regresaré para acompañar a lady Emily al comedor cuando llegue la hora de la cena —dijo.

—Vamos —la invitó Ashley mientras le daba un apretón a la gélida mano que aún no había soltado—. Emmy, vamos a bailar. Les demostraremos a estos descreídos que un hombre exhausto y una mujer que no oye ni la música ni ninguna otra cosa pueden bailar sin dar un solo paso en falso.

Emily lo acompañó hasta una de las filas de bailarines. Se percató de que su altura era la misma que cuando tenía quince años. En aquel entonces ya superaba la media, y era delgada y ágil como una potrilla. Desde entonces había desarrollado unas curvas muy femeninas, acentuadas por el uso de la cotilla y del tontillo. Pero, por lo demás, no había cambiado en nada. Al menos, no físicamente.

Se preguntó si de verdad la habían domesticado durante los siete años que él había estado ausente. Si le habían impuesto la parafernalia de las buenas costumbres. Esperaba que no. Por Dios, esperaba que no.

Ella alzó la cabeza para mirarlo y Ashley le sonrió mientras la orquesta empezaba a tocar. Ah, sí. Su rostro ya no era el de una niña bonita, sino el de una joven preciosa.

Sabía que acababa de incurrir en una vileza. La había apartado del hombre que, al parecer, iba a proponerle matrimonio y a anunciar su compromiso esa misma noche. Se había apoderado de la pieza que dicho hombre se había reservado. Se la había robado arrastrado por la tentación de hacer realidad un sueño que estaba segurísimo de que Emily siempre había tenido. Porque seguro que siempre había soñado con bailar. Llegó a la conclusión de que cualquiera que la conociese debía de entenderlo. Llevaba siete años sin verla, pero la recordaba como a una niña que había nacido para bailar. Se sentía abrumado por las emociones. No se detuvo a analizar ese extraño pensamiento.

Había cometido una vileza. Otra pesada carga que añadir a la aterradora y larga lista de las que llevaba encima.

Sin embargo, le importaba un comino. Esa noche había llegado a casa. Esa noche iba a divertirse. Esa noche quería bailar con Emmy. Y Emmy quería bailar. Y bailarían, sí, señor. Juntos.

Fue mucho más tarde cuando Emmy comprendió lo que había hecho, lo grosera que había parecido. En ese momento se arrepintió de su actitud, del egoísmo que había exhibido, y se arrepintió también por lord Powell, quien debía de haberse sentido humillado. Pero todo eso lo sintió mucho más tarde.

Porque antes se vio atrapada en una especie de hechizo y la realidad dejó de existir. Tenía a Ashley allí delante y le estaba hablando; sosteniéndole una mano que estaba heladísima con la suya, tan cálida; sonriéndole; llamándola «cervatilla» como hacía antes, como si hubieran retrocedido siete años en el tiempo y fueran como antaño. Había regresado, lo tenía delante, en carne y hueso.

Ashley.

Parecía el mismo y, al mismo tiempo, parecía otro. Sus ojos eran los mismos, esos ojos azules que buscaban con desesperación el sentido de las cosas, la paz. Su sonrisa era la misma: juvenil, traviesa, temeraria. Su inagotable energía era la misma. Era el Ashley que había conocido y adorado. Pero había cambiado. La paz lo había abandonado, y junto con ella..., ¿la esperanza? ¿Era la desesperación lo que lo impulsaba a esas alturas? A sus penetrantes ojos parecía desesperación. Y ya no era un joven al que se le pudieran perdonar la temeridad y el entusiasmo. Era un hombre, brusco y adusto detrás de esa fachada alegre. Estaba delgado, demacrado. Y no se trataba de la palidez de un hombre que había realizado un largo viaje desde tierras lejanas, sino de la palidez de un hombre que había sufrido más de lo que podía soportar.

Parecía un hombre casi destrozado, un hombre que bien podía acabar destrozado.

¡Ashley!

Sin embargo, lo tenía delante. Había regresado a casa. Y necesitaba que bailara con él. No solo lo quería, lo necesitaba. Percibía su necesidad como algo tangible. Algo tan insignificante como su rechazo podría haberlo partido en dos.

No obstante, y pese a esa realidad, había magia. Una magia maravillosa e irresistible. Ashley la había invitado a bailar. No había dudado ni un solo instante de que ella fuera capaz de hacerlo. Y sabía por instinto que lo deseaba, que siempre había deseado bailar. Casi se le había olvidado lo bien que la había entendido siempre. Tal vez fuera uno de los motivos por los que lo había querido tanto. Le había parecido casi la otra mitad de su alma.

La había invitado a *bailar*.

¿Cómo podía resistirse? ¿Cómo iba a decirle que no? La tentación era demasiado poderosa. Aunque, en el momento, no le pareció una tentación. De

haber sido así, se habría parado a pensar que tal vez fuera un error aceptar. Pero no se percató de ese hecho... hasta más tarde.

Así que bailó. Un minué. Con Ashley.

No era tan fácil como suponía. Una vez que empezó a moverse, ya no podía mirar a los demás como siempre hacía cuando se sentaba en un lateral del salón de baile, a veces con los ojos entrecerrados mientras veía el ritmo y los pasos del baile como si fuera un organizado caleidoscopio visual. Los sentía en los latidos del corazón. Aunque conocía los pasos, dentro del caleidoscopio no podía estar segura del ritmo. Pero Ashley le sonrió para animarla y la magia la atrapó de nuevo. Cerró los ojos un instante, abandonados los intentos por mirar a los demás, y se limitó a sentir la vibración de los pies de los bailarines en el suelo y de los instrumentos musicales. Y, a partir de ese momento, le resultó casi sencillo. Podía sentir el ritmo reverberando en su cuerpo. Movía los pies al compás de ese ritmo latente, siguiendo los pasos y las figuras del minué. Como si se hubiera colado en un cuadro y formara parte de la perfecta simetría de la composición.

Era, pensó, el momento más glorioso de su vida. Estaba bailando. Con Ashley. Y en ese instante le sonrió, sintió que la felicidad la desbordaba y salía de su cuerpo hacia él, sintió toda la alegría de la música que jamás había oído y que nunca oiría.

—Ah, Emmy —dijo Ashley después de media hora, cuando el minué llegó tristemente a su fin—, tienes que despojarte de este disfraz de mujer elegante y convertirte de nuevo en mi cervatilla. Aunque jamás podrás volver a serlo. Ya has crecido. ¿Es un disfraz lo que llevas? ¿O es esto lo que te han hecho? ¿Te han domesticado y tu corazón no ha protestado por la pérdida de su naturaleza indómita? ¿Te obligan a cantar como si fueras un jilguero en una jaula?

Emily vio sus palabras. Además, veía la severidad y la amargura de su

expresión. El rostro de Ashley, también disfrazado. Oculto tras una grotesca máscara de la que necesitaba deshacerse.

—Ashley —dijo Doris, que se había acercado a ellos y había entrelazado el brazo con el de su hermano. Soltó una carcajada—. Has bajado. Creía que estabas exhausto. Y, Emily, ¡puedes *bailar*! Qué prodigio. ¿Cómo eres capaz de hacerlo sin oír la música?

—Emmy siente la música —contestó Ashley—. Está en su interior, Doris, mientras que en el exterior solo estamos tú y yo.

—¡Por Dios! —exclamó su hermana entre carcajadas—. Qué cosas más raras dices, Ashley. Vas a ser mi acompañante durante la cena. Tengo miles de preguntas que hacerte, y ochocientas de ellas son sobre el pequeño Thomas. Aquí llega lord Powell en busca de Emily.

Fue en ese momento cuando Emily vio que lord Powell se acercaba y la magia desapareció. Fue en ese momento cuando comprendió lo que había hecho. Se volvió para mirar a su prometido con una sonrisa insegura.

—¡Válgame Dios! Ese muchacho tiene la energía de un veinteañero —le dijo lord Quinn a lady Sterne una vez que estuvieron sentados a la mesa de la cena, mientras veían a Ashley hablar y reírse con su hermana y su cuñado, con su madre, con Agnes y con William—. Cuando llegó, Marj, habría jurado que estaba a punto de caerse por el agotamiento. Es evidente que se alegra de haber vuelto a casa.

—Por Dios, pero qué delgado está —se lamentó lady Sterne—. Theo, parece enfermo, aunque admito que cuando sonrío está guapísimo.

—Sí, pero tiene ese aspecto por culpa del largo viaje —la tranquilizó lord Quinn—. Unas cuantas cenas inglesas y unas cuantas pintas de buena cerveza del país y verás como coge peso y abulta más.

—¿Ha venido para quedarse? —preguntó lady Sterne—. Anna y Luke se alegrarán mucho si es así. Lo han echado muchísimo de menos.

—Supongo que sí —aventuró lord Quinn—. Se dice que ha amasado una fortuna en la India y que se ha casado con una mujer rica cuyo padre murió, legándose todo, y por tanto dejándose también a mi sobrino. Te aseguro que han venido para quedarse, Marj. Al fin y al cabo, deben pensar en el niño. Inglaterra es el lugar donde deben criarse los hijos.

—Sí —dijo lady Sterne con una sonrisa—. Y así yo podré disfrutar de mi vejez, con la certeza de que mi familia adoptiva y la tuya son felices, Theo. Es una sensación agradable. Cuando esta noche llegue a su fin, todos estarán bien situados, ¿no te parece? —Enarcó las cejas y señaló hacia la puerta del comedor con un gesto de la cabeza. Lord Powell y Emily, que habían acabado de cenar, abandonaban la estancia juntos.

—Sí, que me aspen —respondió lord Quinn—. Una boda en junio, ¿no crees, Marj? Y lady Powell dará a luz a su primogénito nueve meses después de la noche de bodas.

Lady Sterne suspiró, demasiado acostumbrada ya a la franqueza de las palabras de su amante como para escandalizarse por la falta de delicadeza del comentario.

—Ojalá sea así —repuso—. Mi pequeña Emily por fin con hogar propio. Theo, jamás pensé que llegaría el día. Nunca creí que hubiera un hombre dispuesto a pasar por alto su afección.

—La muchacha es una preciosidad, Marj —replicó él mientras le ofrecía un enorme pañuelo de lino con el que ella se enjugó las lágrimas. Lord Quinn rio entre dientes—. Y no la abrumba su afección. ¡Puede bailar! ¡Válgame Dios! La audacia de mi sobrino al sacarla a bailar de esa manera...

—Mi querida Emily —repuso lady Sterne—. Y mi querida Anna. Theo, ¿quién crees que hará el anuncio después de la cena, Luke o Victor? ¡No veo la hora de que lo hagan!

## 4

—¿Luke? —Anna le tocó el brazo y señaló hacia la puerta del comedor con un gesto de la cabeza—. Se marchan.

Luke dejó de abanicarle la cara un momento.

—Efectivamente —replicó—. Ninguno de los dos tiene hambre y el comedor les resulta agobiante, de manera que necesitan aire y estirar las piernas. No hay motivos para alarmarse, querida. Se llama «juventud» y «amor juvenil», si no me equivoco. —Le sonrió.

Ella lo miró como si en sus ojos pudiera hallar todas las respuestas a las preocupaciones de la vida.

—¿Crees que lo aceptará? —le preguntó—. ¿Siente algo por él, Luke? ¿Será feliz a su lado?

Luke enarcó las cejas.

—Tus preguntas son cada vez más difíciles de contestar, Anna —respondió—. En mi opinión, la respuesta a las tres es un sí. Pero son Emily y Powell quienes pueden contestarlas con seguridad, y solo con el paso del tiempo. ¿Tu intención es la de arrugarme la manga de la casaca y por eso aprietas tanto?

Ella lo soltó de inmediato.

—Luke —dijo—, ¿por qué ha bajado otra vez Ashley? Estaba cansadísimo.

—Creo que precisamente por eso —respondió él—. Estaba demasiado cansado para dormir. Demasiadas emociones, tal vez, provocadas por la vuelta a casa después de tanto tiempo. Yo mismo tendría problemas para conciliar el sueño, Anna..., a menos que pudiera convencerte de que me



ayudaras, por supuesto. —La miró con los párpados entornados un instante.

—¿Por qué ha bailado con Emmy? —preguntó Anna—. ¿Y por qué ha bailado ella con él, Luke? ¡Ha *bailado* con él! No tenía la menor idea de que podía bailar.

Luke se encogió de hombros de forma exagerada.

—Deseaba bailar con la joven más guapa de la fiesta —contestó—. Emily es la más guapa... después de ti. Al parecer, ella ha bailado con él porque llevaba toda la vida deseando bailar. Y lo ha hecho maravillosamente bien, querida. No ha dado el menor espectáculo.

—Luke —dijo, y lo interpeló con la mirada. Sin embargo, parecía incapaz de encontrar las palabras para expresarse—. Luke...

Luke le acarició el brazo con el abanico hasta llegar a las puntas de sus dedos.

—Emily está recibiendo su proposición de matrimonio ahora mismo —le recordó—. Parece enamorada de él hasta cierto punto, querida. Desde luego, se ha convertido en una jovencita sensata, renuente a pasarse la vida dependiendo de Victor o de mí. Ya no es la criatura indómita de antaño. La esposa y el hijo de Ashley están alojados en un hotel de Londres. Mañana iré a por ellos y los traeré a casa. Lo convenceré de que se quede aquí y descanse en vez de acompañarme. No debes preocuparte innecesariamente. La realidad dicta el comportamiento que cada cual debe demostrar.

—Estoy muy contenta de verlo otra vez en casa —afirmó ella—. Contenta por ti, Luke, porque es tu único hermano varón con vida y hay un vínculo fuerte entre vosotros. Y contenta por él. Me resulta difícil creer que la India sea un lugar donde uno pueda vivir más de un par de años. Desde luego, no es el lugar ideal para criar a los niños. Estoy contenta.

—Pero desearías que se hubiera presentado en otro momento más oportuno —concluyó él con una sonrisa—. Que hubiera llegado dentro de unos días o, a ser posible, dentro de unas semanas.

—Sí —reconoció ella sin más.

—Querida, siempre has sobreprotegido a Emily —repuso Luke—. Insistes en verla como a una criatura delicada y más vulnerable de lo normal, solo porque le falta uno de los cinco sentidos que la mayoría de nosotros apenas tenemos en cuenta. Emily no es delicada. Solo es distinta; muy distinta, lo reconozco. Pero creo que tiene el carácter más fuerte que he conocido en una mujer. Desde que mi hermano se marchó, ¿ha dado muestras de no poder vivir sin él?

Anna negó con la cabeza.

—Pero sabíamos que... —empezó a decir.

Él la interrumpió:

—¿Ni siquiera el día que llegó la carta en la que nos anunciaba su boda?

—Recuerdo que evitaste leérsela durante horas —señaló ella a la vez que cerraba los ojos un instante.

—¿O el día que llegó la carta en la que nos anunciaba el nacimiento de Thomas? —preguntó Luke.

Ella negó con la cabeza de nuevo.

—Sí —dijo—, por supuesto que lo sabíamos, querida. Pero Emily es una persona fuerte. Puedes permitirle vivir la vida a su manera.

Anna le regaló una sonrisa renuente.

—Es horrible verlo tan pálido y delgado.

—Sí —convino él.

—Espero que Alice y Thomas se encuentren bien —añadió Anna.

—Sin duda —replicó—. Si han regresado a Inglaterra para quedarse, seguramente deseen instalarse en Penshurst sin mucha dilación, ya que es el hogar de Alice y ahora pertenece a Ashley. Entre tanto, amor mío, los convencerás de que se queden con nosotros, los cuidarás, los alimentarás y los arroparás por la noche hasta que te quedes tranquila. Cuando se marchen, volverán a parecer seres humanos.

Ella sonrió.

—Mejor así —dijo él—. Creía que el sol se había ocultado detrás de una nube. Y, por supuesto, querida, también tendrás que preparar una boda. Royce parece comprender que este es el mejor lugar para celebrarla. Puedes hacer los planes más fastuosos que se te ocurran. No pienso pedirte cuentas.

—Luke. —Anna se inclinó hacia él. Tenía las mejillas sonrosadas y los ojos le brillaban de nuevo, su expresión más habitual—. Todo saldrá bien, ¿verdad que sí?

—Todo saldrá bien —le aseguró él, que le cubrió una mano con la suya—. Pero, señora, está usted descuidando a nuestros invitados. ¿Regresamos al salón de baile para que nos sigan?

—Lady Emily —lord Powell se inclinó hacia ella mientras estaban sentados a una de las mesas del comedor, hasta que ella le miró los labios—. ¿Le ordeno a alguna doncella que le traiga su capa? ¿Le apetece salir a dar un paseo conmigo?

Emily tenía el corazón abrumado por la culpa y por otras cosas. Apenas había picoteado la comida. Y, ya estuviera en lo cierto o no, tenía la impresión de que había muchas personas pendientes de ella. Estaba en lo cierto, probablemente. Había dos razones para haberse convertido en el centro de atención. Se esperaba que lord Powell le pidiera matrimonio esa noche. Y acababa de bailar por primera vez en la vida. Además, se sentía agobiada. Era muy consciente del grupo de personas que se arremolinaba en torno a Ashley, no muy lejos del lugar que ella ocupaba, y también era muy consciente de Ashley, que conversaba alegremente con ellos.

Aún no acababa de asimilar la idea de su retorno.

Darí­a cualquier cosa, pensó, por escabullirse a su dormitorio. O mejor todavía, por escabullirse sola al exterior. Las multitudes y las conversaciones siempre le habían parecido abrumadoras. Porque se perdía muchas cosas.

Siempre era consciente de su diferencia, de su incapacidad para entender algo más que una fracción de lo que se decía, de la imposibilidad de comunicar sus pensamientos con algo más que simples asentimientos de cabeza y sonrisas. Pero no podía escabullirse. No pensaba hacerlo. Se había jurado que sería como las demás mujeres en la medida de lo posible.

Sonrió y asintió con la cabeza. Lord Powell le retiró la silla mientras ella se ponía en pie y le ofreció el brazo. Ella lo aceptó y sintió que todos los ojos los seguían mientras echaban a andar hacia la puerta y dejaban atrás el comedor. O eso le pareció.

Fuera no hacía mucho frío, aunque estaban en abril y era muy tarde. La ligera brisa resultaba agradable y refrescante. Pasearon hasta llegar al otro extremo de la terraza adoquinada y dieron la vuelta. No había nadie más fuera. Él se detuvo al llegar a los escalones de acceso a los jardines formales, tal vez pensando que estaba demasiado oscuro allí como para que ella pudiera leerle los labios. Se volvió para mirarla.

—Lady Emily —dijo—. Creo que debe de estar al tanto del motivo de mi visita a Bowden Abbey tras recibir la invitación de Su Excelencia.

Ella lo miró en silencio. Si pudiera detener ese momento, aunque solo fuera un día o dos, lo haría. Tenía un dolor palpitante en la cabeza, justo detrás de los ojos. Pero no podía demorar el asunto. Todos los momentos que se habían sucedido desde la llegada de lord Powell los habían llevado a ese instante. De repente deseó tener voz, poder disculparse por el comportamiento tan grosero del que había hecho gala al bailar con Ashley tras haberle prometido la pieza a él. Lord Powell era tan educado que ni siquiera se había permitido sacar el tema a colación durante la cena.

—He venido sin conocerla —siguió él—. Sin saber si... Es usted hermosa. Serena, elegante y perfecta en todos los sentidos.

Y un fraude. Y sin un corazón que entregar. Pero tal vez él no quisiera su corazón.

—No puede hablar —siguió lord Powell—. Algo que muchos hombres verían como un obstáculo insalvable en una esposa. Pero yo no. Siempre me han gustado las mujeres calladas. Mi madre seguirá gustosa administrando mi hogar y ejercerá el papel de anfitriona, lo que mejor se le da. Usted solo tendrá que conquistar a los demás con su belleza y sus sonrisas. —Le sonrió.

No. Ay, no. Así que solo sería otra niña protegida en otra casa que podría funcionar perfectamente sin ella. Lord Powell no buscaba más que un adorno para su hogar, una..., ¿una hembra de cría con la que tener descendencia? ¿La había elegido porque era callada y sumisa, y porque ella permitiría que su madre siguiera manejando su hogar? ¿Acaso creía que lo que veía, lo que había visto en apenas cinco días, era todo lo que podía ofrecer como persona? Sintió el aguijonazo del miedo. ¿Lord Powell solo veía en ella una mujer sonriente, tranquila, simpática y sensata? ¿Eso era lo único que podía ser para él?

No obstante, cuando se hizo la pregunta de lo que él significaba para ella... ¿qué significaba él para *ella*? ¿Qué sabía de él a ciencia cierta salvo los datos que había leído de sus labios? ¿Lo estaba usando tan solo para otorgarle a su vida un propósito y cierto grado de independencia? ¿Eso era suficiente? ¿Acaso era justo?

Hasta ese momento pensaba que había sopesado su decisión de forma sensata y cuidadosa. Pero, de repente, tenía la impresión de que no había reflexionado a fondo.

—Lady Emily. —Lord Powell se había apropiado de su mano. Se percató, muy a su pesar, de la diferencia entre su contacto y el de Ashley. La mano de lord Powell carecía de la calidez, de la fuerza de la de Ashley. Desterró el inoportuno pensamiento—. ¿Me hará el honor de casarse conmigo?

No había mencionado el amor. Esa conclusión le provocó, al menos, cierto alivio. Le estaba ofreciendo todo lo demás: su apellido, su hogar, su familia, un lugar a su lado durante toda la vida. La veía como a una mujer serena,

elegante y perfecta.

«¿Te han domesticado y tu corazón no ha protestado por la pérdida de su naturaleza indómita?»

Veía claramente la imagen de la boca de Ashley mientras pronunciaba esas palabras.

Pero Ashley estaba casado. La había olvidado o, más bien, jamás la había considerado importante como mujer y se había casado con otra. Llevaba tres años casado. El hecho de que hubiera regresado a casa y hubiera bailado con ella no cambiaba absolutamente nada. Había aprendido a vivir sin él. Había recuperado su vida y la había recompuesto. La había enriquecido, porque había conseguido vivirla con más plenitud que antes incluso de conocerlo. El hecho de que Ashley fuese a formar parte de sí misma mientras viviera solo le importaba a ella.

Quería casarse. Quería tener un hogar propio. Quería hijos. ¡Quería ser *normal*! Podía luchar por el derecho a dirigir su casa y a ejercer de anfitriona para sus invitados. Podía demostrarles que era capaz de hacer ambas cosas. Sería el nuevo reto que se impondría en la vida. Y no encontraría a nadie mejor que lord Powell. Luke había elegido bien.

—¿Lady Emily? —Lord Powell la estaba mirando con nerviosismo desde muy cerca, dada la oscuridad—. ¿Me aceptará? ¿Entiende lo que acabo de decirle? ¿Está demasiado oscuro aquí fuera?

Para haber tomado una decisión durante los últimos cinco días, las dudas que sentía eran alarmantes, reflexionó. No había motivos para dudar. Aunque, al mismo tiempo, era lógico que lo hiciera. No tenía motivos para sentirse culpable. Su corazón seguía tan destrozado como lo estaba cinco días antes. Su amor por Ashley era algo que solo le incumbía a ella, siempre lo había sido y siempre lo sería. Lord Powell no le había ofrecido su corazón ni le había pedido el suyo. Se había limitado a ofrecerle un acuerdo que podía ser cómodo para los dos. En cuanto a la soledad derivada del hecho de que no

la conocieran realmente... Bueno, nadie había llegado a conocerla realmente. Aunque Ashley había estado a punto, susurró a su pesar una parte de su mente. Asintió a medias con la cabeza.

—¿Lo hará? —Lord Powell sonrió de oreja a oreja—. ¡Caray, me tenía usted en vilo! No tenía clara su respuesta en absoluto. ¿Se casará conmigo?

Emily asintió con más firmeza, aunque los labios de lord Powell se movían con más rapidez llegados a ese punto y era incapaz de ver todas las palabras. Sin embargo, parecía muy complacido. Resistió la tentación de cerrar los ojos, de bloquearlo todo para quedarse a solas. Se había esforzado al máximo durante los últimos años para vivir en el exterior en la misma medida que vivía en su interior, para formar parte de la sociedad en la que le había tocado vivir.

Lord Powell le había cogido la otra mano, y procedió a besarle los nudillos de ambas antes de llevárselas al pecho con los dedos extendidos.

—Lady Emily, acaba de convertirme en el hombre más feliz del mundo —le aseguró—. Mi madre estará encantada. Igual que el resto de mi familia. Verá usted, es que todos me han hecho comprender durante los últimos dos años que mi obligación es la de contraer esposa y engend... En fin —se corrigió, azorado.

No obstante, Emily había cejado en el empeño de seguir los rápidos movimientos de sus labios.

—Tan pronto como Harndon me buscó para abordar el tema —dijo—, supe que sería usted la elección perfecta. Es hija y hermana de un conde, cuñada de un duque, y su dote es decente. Tiene la edad adecuada. —Sonrió—. Discúlpeme, pero no quería una jovencita recién salida del aula. Quería a una mujer que hubiera demostrado saber comportarse en sociedad. Tengo una posición que mantener. Tengo hermanos y hermanas aún por casar. Quería una mujer en quien pudiera confiar. —Su sonrisa adoptó un cariz casi infantil—. Quería una mujer callada. No podría haber elegido mejor en ese aspecto,

¿verdad?

Desde esa noche, su vida sufriría un drástico cambio, pensó Emily. Pero ¿sería capaz de seguir viviendo día tras día como había vivido durante los pasados cinco años? ¿Sería capaz de llevarlo a cabo? ¿Sería capaz de habitar permanentemente en el agotador mundo de los demás solo porque deseaba..., en fin, solo porque lo *deseaba*?

—Y además de todo eso —añadió lord Powell y Emily volvió a mirarlo a los labios—, le he cogido cariño.

Vaya. Eso no era lo que ella buscaba. Bajó la mirada hasta esas manos que aún aferraban las suyas. No obstante, era lo que debía buscar, tanto para él como para ella. Una relación sin cariño no prosperaría. Podría haber cariño, aunque no hubiera amor. De forma deliberada y lenta, volvió las manos para aferrar las de lord Powell y darles un apretón.

Él esperó a que ella alzara la vista.

—¿Puedo decirle a su hermano que anuncie el compromiso esta noche? —le preguntó—. ¿Ahora mismo?

Emily tragó saliva de forma involuntaria. Esa noche. En ese momento. Una vez que se hiciera el anuncio, sería irrevocable. Sería como estar casada. No podría echarse atrás después de que se hubiera anunciado el compromiso. Estaría atada a él de por vida. Pero eso era lo que quería. Eso era lo que había decidido para su futuro. Un buen futuro. El mejor que podía esperar. Luke la había ayudado a planearlo. Podía confiar en su cuñado. Además, ya había dado su consentimiento.

Pero cuando lo miró a los ojos para asentir con la cabeza, descubrió que, en vez de asentir, negaba.

—¿Lady Emily? —le preguntó él, con el ceño fruncido—. ¿Esta noche no? Negó de nuevo con la cabeza.

—¿Mañana, entonces? —quiso saber lord Powell.

Al día siguiente, sí. Al día siguiente. Esa noche, no, no con tanta gente. Al



día siguiente, cuando solo estuviera la familia... y Ashley, le recordó una parte traicionera de su mente. Desterró la idea al fondo de sus pensamientos.

Asintió con la cabeza y sonrió. Sí, al día siguiente. Para entonces, su mente se habría serenado. El sentido común habría regresado. Para entonces, habría olvidado que había bailado esa noche. Con Ashley.

Jamás olvidaría que había bailado con él. Lo llevaría grabado en la memoria como llevaba el día que partió hacia la India. Como la primera vez que lo vio. Pero al día siguiente ya lo habría enterrado todo de nuevo en esa sima profunda de su interior donde no la molestaba en el día a día ni le causaba sufrimiento a nadie, salvo a sí misma.

—Mañana, entonces —sentenció él—. Tal vez sea mejor así. No me apetecía mucho la idea de regresar al salón de baile y de convertirnos en el centro de atención. Tiene usted frío.

Se había estremecido, a pesar de no tener frío.

—Permítame acompañarla al interior —se ofreció lord Powell—. Ansío que llegue la mañana. Para poder escribirle a mi madre. Para saber que el futuro por fin está organizado.

Emily se preguntó qué se sentiría cuando esos labios se posaran sobre los suyos. Pero se alegró de que no la besara. No esa noche. Pronto conocería sus besos y mucho más. Al día siguiente, lo pensaría. Al día siguiente, empezaría a prepararse. Esa noche estaba cansada. Muy cansada.

Esperar al día siguiente tal vez no hubiera sido una buena idea después de todo, pensó Emily mientras yacía despierta en la cama. Era muy temprano, o muy tarde, según la perspectiva desde la que cada cual interpretara el tiempo. Había pasado pocas horas en la cama, el baile había acabado muy tarde y se había obligado a no marcharse hasta el final. No había pegado ojo.

Ya había amanecido. Ya no dormiría.

Cuando regresaron al salón de baile, percibió la vergonzosa emoción que

flotaba en el ambiente. Temió haber avergonzado terriblemente a lord Powell con la insistencia de posponer el anuncio. Tal vez los invitados de Luke pensarán que lo había rechazado. Todavía desconocía su nombre de pila, pensó. Sin embargo, estaban comprometidos.

Sí, lo estaban. Le había dicho que sí. Aunque no se lo habían comunicado a nadie y no se había producido el anuncio, le había dicho que sí. Estaban comprometidos. Seguramente, lord Powell querría casarse antes de que el verano llegara a su fin.

Deseó haberle permitido que hablara con Victor para así anunciar el compromiso. Porque de esa manera sería del todo irrevocable.

De todas formas, ya lo era.

Apartó las sábanas y atravesó el dormitorio en dirección a la ventana. Era la mejor hora del día, cuando nadie estaba despierto, salvo tal vez algunos mozos en las caballerizas. Era el momento del día que más le gustaba, el momento del día en el que más libre se sentía.

Se lo había prometido, pensó, pero de todas formas se sentía tentada. Miró con anhelo hacia el otro extremo del prado, hacia la linde de la arboleda. No veía el río ni la cascada, pero sabía que estaban allí, más allá de donde alcanzaba su vista. Su lugar preferido del mundo. El refugio donde hallaba la paz.

Así era como se manifestaba su diferencia con los demás. En la necesidad de estar sola, de sentirse rodeada por los seres vivos de la naturaleza que se conformaban con comunicarse sin exigir respuesta, tal como hacía ella. Dar y recibir sin obligación. Ella se contentaba con eso. Esa era su felicidad.

Su *soledad*. ¿Por qué había tenido que crecer? ¿Por qué tenía que experimentar *anhelos*?

¿Había sido Ashley quien le había enseñado sin querer lo que era la soledad? ¿Los anhelos de una mujer?

Se había prometido que no iría a la cascada mientras lord Powell estuviera

en la propiedad. Porque no era una actividad normal. Se lo había prometido... Pero era muy temprano. Y nadie se levantaría antes de mediodía después de haberse acostado tan tarde. Además, no dispondría de muchas oportunidades más para disfrutar de su libertad. Una vez que se casara, tendría que esmerarse mucho más para comportarse de forma respetable..., de forma normal. Se lo debía a lord Powell.

Pero por esa vez seguro que...

Menos de diez minutos después, Emily salía de la mansión y echaba a andar hacia la linde de la arboleda y la cascada. Solo se había detenido un momento para ponerse un viejo vestido a la francesa y para cepillarse el pelo. Había titubeado con los zapatos. Sabía que, por muy agradable que pareciera el día desde el interior del dormitorio, en realidad haría mucho frío a esa hora de la mañana. La hierba estaría mojada por el rocío. Pero no soportaba la idea de ir calzada. Tenía que sentir la tierra bajo los pies. Tenía que sentir esa conexión.

Bajo un brazo y en las manos llevaba el caballete, el lienzo, las pinturas y los pinceles. Había entrado de puntillas en la habitación infantil para cogerlo todo, con la esperanza de no hacer ruido y no despertar a los niños que descansaban en el dormitorio adyacente.

Iba a pintar.

Había descubierto la pintura hacía muy poco. Mucho tiempo antes, una institutriz competente le había enseñado a pintar bonitas acuarelas, por supuesto. Pero en su opinión los ejercicios y la práctica eran tediosos. ¿Por qué pintar algo que, aunque bonito, era incapaz de rivalizar con la realidad? ¿Por qué intentar reproducir lo que solo Dios en Su majestad podía crear? Sin embargo, desde que descubrió el verdadero arte de la pintura se había obsesionado con él. Se había convertido en algo tan necesario para ella que se preguntaba cómo podría abandonarlo después de casarse con lord Powell.

Tendría que dejarlo a un lado, al menos la mayor parte del tiempo. Pero esa

mañana era suya. Más tarde le diría a Victor que había aceptado la proposición de matrimonio y Victor les comunicaría a todos los presentes en Bowden Abbey que estaban comprometidos. Más tarde dejaría de ser libre. Cambiaría la libertad por el conformismo y por la mayor independencia que le ofrecería su condición de mujer casada. Pero esa mañana aún era libre. O, si eso no era del todo cierto, haría una pequeña trampa.

Robaría una hora más de libertad.

Una vez que llegó a la cascada, dejó las cosas en el suelo y se quedó de pie un buen rato tal como acostumbraba a hacer, mirando, escuchando con su cuerpo, oliendo, sintiendo. Lo absorbió todo, la belleza, el portento, el milagro de todo lo que la rodeaba. Bajo sus pies desnudos, fríos y mojados por el rocío, sentía el latido del mundo. El latido de la vida.

La ociosidad se percibía en muchas ocasiones como un vicio. Todos los momentos debían estar ocupados con una actividad y llenos de palabras, aunque nadie se preguntara qué propósito concreto tenía la tarea o la conversación. La ociosidad solía despreciarse. Sin embargo, era en los momentos ociosos cuando se llegaba al entendimiento y a la paz, ella lo sabía bien. A veces llamaba «Dios» a eso que ella alcanzaba, pero era un nombre que evocaba demasiadas reglas, restricciones, pecados y culpas. En la Biblia, que había tratado de leer desde que Luke le enseñó a hacerlo, había captado con interés que el entendimiento y la paz que estaban detrás de todo habían ordenado a Moisés que no le pusiera nombre. Se había limitado a llamarse «YO SOY». Eso le gustaba. Era en la ociosidad cuando se enfrentaba al «YO SOY». A ese Ser simple y elemental.

Siguió sin moverse durante más de quince minutos antes de colocar el caballete y empezar a pintar. Empezó despacio, como si titubeara, sin saber qué iban a mostrarle ese día el lienzo, la pintura y el pincel que tenía en la mano. Pero pronto se sumergió en lo que estaba haciendo. Y todo lo demás desapareció.

Era libre. Había descubierto la manera de expresar todas las pasiones que moraban en su interior y a las que no podía dar forma con las palabras.

## 5

Ashley había dormido unas dos horas y se despertó desorientado, con la sensación de que seguía en la India. Se sorprendió por haber dormido, aunque fuera un poco. Todavía lo abrumaba una energía nerviosa cuando se acostó.

Se deleitó con la frescura de la mañana. La bendita frescura. A través de la ventana que había abierto antes de acostarse oía los trinos de los pájaros. Y en algún lugar, a lo lejos, seguramente en las caballerizas o en las cocheras, el lejano golpeteo de un martillo contra el metal.

Estaba en Inglaterra. Estaba en casa. Tomó una honda bocanada del fresco aire inglés por la nariz y lo soltó muy despacio por la boca. Acto seguido, apartó la ropa de cama y se levantó de un salto. Se estremeció mientras se acercaba a la ventana. Siempre había dormido desnudo, pero tal vez no fuera tan buena idea una vez que había regresado a un clima más frío.

Estaba en su antiguo dormitorio, una de las pocas habitaciones con ventanas en la fachada de la mansión. Los bancales del jardín formal seguían cuajados de flores primaverales. Más allá, el extenso prado se extendía hasta el puente de piedra y los árboles que había a lo lejos. Los árboles lucían frondosas copas.

Estaba allí, donde ansiaba estar. Pensar en Bowden Abbey lo había sustentado durante todo el largo y tedioso viaje. Si pudiera llegar allí sin más, se había dicho. En su locura, había esperado encontrar paz en ese lugar. Había esperado ser capaz de dejarlo todo atrás. Incluido él mismo. O tal vez no. La verdad era que siempre había sabido que no había manera de encontrar paz... en ninguna parte.

Debería vestirse, pensó, y salir a cabalgar. Luke debía de contar con caballos decentes en sus caballerizas. Una buena cabalgada le despejaría la cabeza, cuando menos. De repente ansiaba la imprudencia de la velocidad, ansiaba sentir un buen caballo entre los muslos. Era temprano. Dudaba de que se fuera a encontrar con alguien, sobre todo ese día, después del baile. Ninguno de ellos se acostó hasta altas horas de la madrugada.

Se dio la vuelta para dirigirse al vestidor, pero no tiró de la campanilla para llamar a su ayuda de cámara. El pobre Bevins había estado despierto hasta muy tarde, aunque le dio órdenes de que no lo esperase levantado.

Una hora después ya había terminado su paseo. Había ensillado un semental nervioso y fuerte, que Su Excelencia reservaba para uso exclusivo, según le explicó con seriedad el mozo de cuadra de más antigüedad. ¿Por el hecho de que era peligroso?, le preguntó Ashley.

—Sí, milord —confirmó el hombre.

Ashley se echó a reír y sacó al caballo de su cuadra para llevarlo al patio y así poder ensillarlo él mismo. Y así empezó un duelo de voluntades que duró toda una hora. Sin embargo, el semental y él se entendían a la perfección al cabo de ese tiempo, pensó mientras le daba unas palmaditas en la grupa antes de entregarle las riendas a un mozo de cuadra y salir de las caballerizas.

Se preguntó si alguien se habría levantado ya. Se quedó de pie, con la vista clavada en la casa, dándose golpecitos en una bota con la fusta. No tenía ganas de volver. No tenía ganas de enfrentarse a nadie. Había algo que comunicar esa mañana.

Tomó una honda y lenta bocanada de aire.

Y luego recordó algo..., un lugar. Un sitio que había desaparecido de su memoria hasta ese preciso instante. Por completo, casi como si lo hubiera borrado deliberadamente. Algo muy raro, por supuesto, teniendo en cuenta que había sido su lugar preferido de todo Bowden Abbey, el sitio en el que había pasado muchas horas en soledad. El sitio en el que era más probable

que encontrase la paz. Sobre todo, durante aquel último año...

La cascada. Volvió la cabeza hacia los árboles que tenía a la izquierda y empezó a golpearse la bota con más rapidez y más fuerza. Tampoco tenía ganas de ir allí, por raro que pareciera. Aunque su conciencia había olvidado ese lugar, por fin sabía que siempre había sido el centro de atención de su anhelo durante el viaje de regreso a casa. Toda su esperanza de encontrar la paz, el perdón y el olvido se centraba en la cascada. Una idea muy absurda. Una esperanza absurda.

Era una esperanza vana. Pero, mientras no fuera a ese sitio...

Apretó los dientes con gesto sombrío.

Iba a llevarse una decepción mayor de la que esperaba y para la que se había preparado, pensó unos minutos después mientras caminaba entre los árboles y se dio cuenta de que había llegado alguien antes que él. Podía oír una voz. ¿La de Luke? Cuando se detuvo para aguzar el oído, el hombre había dejado de hablar. Tal vez solo fuera un jardinero que pasaba por allí y le hablaba a su perro. Sin embargo, retomó la marcha con más cuidado. No quería que lo vieran, no quería verse obligado a mantener una conversación antes de haberse preparado como era debido. Ni siquiera con Luke. Sobre todo, con Luke.

Vio a Powell en primer lugar. Iba immaculado para ser tan temprano, con una casaca azul oscuro y calzones del mismo color, y con una chupa bordada de algodón beige. Llevaba la peluca pulcramente peinada y empolvada. Y no parecía ser la de la noche anterior.

Estaba de pie, en silencio, delante de un caballete, con las manos entrelazadas a la espalda. Fruncía el ceño. El caballete estaba de espaldas a Ashley, de modo que no podía ver lo que mostraba.

Ashley se ocultó detrás de un árbol. No deseaba toparse con el hombre al que había tratado tan mal la noche anterior. El prometido de Emmy. Aunque, la verdad fuera dicha, no habían anunciado el compromiso, si bien Luke



había predicho que lo harían.

Y luego la vio. Estaba de pie a cierta distancia, sobre las rocas que subían por la orilla, junto a la cascada. Sobre la roca plana que sobresalía por encima del agua. Tenía la vista clavada en el río y parecía una estatua. Una ráfaga de viento le pegó el vestido al cuerpo y lo hizo ondear a su espalda. La melena también ondeaba tras ella.

Dios, pensó. Dios Santo, Emmy. Llevaba un vestido a la francesa holgado. Muy holgado. Sin forma. Parecía que en otro tiempo fuera de un azul vivo, pero a esas alturas era de una tonalidad más grisácea. Debía de haber encogido por la infinidad de lavados, ya que se alzaba al menos cinco centímetros por encima de sus tobillos. Iba descalza. El pelo rubio, sin recoger y sin empolvar, le caía suelto y ondulado por debajo de la cintura.

Dios, pensó, mientras los recuerdos lo asaltaban. Su cervatilla. Salvo que ya no era una niña. Sin embargo, tampoco parecía una mujer. Era más una ninfa que una niña o una mujer. Era más una elegante y preciosa criatura del bosque.

¿Cuántas veces había visto a Emmy de pie o sentada en esa roca plana? Y, sin embargo, había olvidado todas y cada una de esas ocasiones. De la misma manera que había olvidado la cascada. No obstante, no había podido olvidar lo que había sido tan importante en su vida. ¿Por qué había reprimido esos recuerdos?

Era un encuentro entre amantes, pensó. Sintió una punzada de resquemor al pensar que su primera visita a la cascada se había estropeado de esa forma. Claro que casi mejor así. Al fin y al cabo, solo era un lugar cualquiera. No había magia en ese sitio. Y tenían derecho, los dos, de encontrarse donde quisieran. Iban a casarse. Y Emmy ya era mayor de edad. Habían pasado siete años desde los días que habitaban en su memoria. Sí, por supuesto que era mayor de edad. Tenía quince años cuando él se marchó, ¿no?

Una niña en aquel entonces. Una mujer en ese.

Sin embargo, en vez de dar media vuelta de inmediato, como sabía que debía hacer, observó cómo Powell se sacaba un pañuelo del bolsillo, se lo llevaba a la frente y se volvía para acortar la escasa distancia que lo separaba de las rocas.

—¿Lady Emily? —la llamó lord Powell.

Ella no podía oírlo, por supuesto, pero debió de captar su presencia con el rabillo del ojo y darse cuenta de que le estaba hablando. No volvió la cabeza para averiguar qué le decía.

Se hizo un breve silencio. Ashley se dio la vuelta. No le apetecía oír una conversación entre enamorados. Y le apetecía todavía menos ver cómo se abrazaban.

—Lady Emily —repitió lord Powell, en voz alta y clara, como si creyera que podía oír un poco—. Me vuelvo a la casa. ¿La veré durante el desayuno? La... ¿Tal vez debemos hablar un poco más?

Muy a su pesar, Ashley se detuvo y echó la vista atrás. Ella no se había movido. Powell se quedó donde estaba unos instantes y luego echó a andar hacia los árboles. Seguía frunciendo el ceño y tenía la vista clavada en el suelo. No vio a Ashley.

¿Una discusión entre enamorados? Pero ¿cómo podía alguien discutir con Emmy?, se preguntó. ¿Qué podría decir ella para hacer enfadar a otra persona? Por supuesto, bien podía desentenderse de su interlocutor cuando quería. Emmy era capaz de hacerlo mejor que cualquier otra mujer. Solo tenía que negarse a mirar a dicha persona. Sería un poco irritante, por decirlo suavemente.

Ashley sonrió y apoyó un hombro en el tronco de un árbol. Cruzó las piernas a la altura de los tobillos. La buena de Emmy. Parecía que no iba a permitir que la avasallaran solo porque era sorda. La observó.

No se movió salvo para apretar los puños a los costados y echar la cabeza hacia atrás mientras cerraba los ojos. El pelo le cayó por debajo del trasero.

Parecía, pensó Ashley, muchísimo más guapa que la noche anterior, con el recogido empolvado, las sedas, el encaje, los volantes y el tontillo. Y, sin embargo, incluso la noche anterior había sido la dama más guapa del baile.

Su cervatilla había crecido, se dijo con pesar. Qué raro que uno regresara después de siete años, total y dramáticamente cambiado, pero imaginara que todo, y todos, lo que había dejado atrás había permanecido congelado en el tiempo. Si había pensado en Emmy a lo largo de esos años, fue como una niña delgada e indómita.

No emitió sonido alguno. De haberlo hecho, ella no habría podido oírlo. Y se encontraba muy lejos de su ángulo de visión. Sin embargo, tras un minuto de silencio, abrió los ojos, levantó la cabeza y miró por encima del hombro, clavando la vista en él. Cómo no; al tratarse de Emmy, había percibido su presencia. Sabía que estaba allí. Sabía que no era Powell, porque para él se había negado a volver la cabeza.

Emmy sabía que estaba allí.

Al final, los años retrocedieron de alguna manera. Por primera vez, pareció sentir algo de calidez esa la mañana.

Por regla general, solía percibir cuándo alguien se le acercaba por la espalda, sobre todo si estaba sola. Pero, en ocasiones, la intuición le fallaba. Sobre todo, le sucedía cuando estaba absorta en alguna actividad y perdía la noción del tiempo y del espacio. Pintar había tenido ese efecto sobre ella a lo largo del último año.

Se volvió con un respingo culpable solo cuando quienquiera que estuviese a su espalda se encontraba ya muy cerca. Esperaba ver a Anna o a Luke. Anna se limitaría a sonreír y a abrazarla antes de alabar su cuadro y fingir que no se daba cuenta de su atuendo. Tal vez Anna no se daba cuenta de que seguía tratándola como a una niña. Luke enarcaría ambas cejas y frunciría los labios antes de examinar su cuadro y hacer algún comentario mordaz acerca

de las brujas del bosque.

Sin embargo, se encontró con lord Powell a su espalda, en todo su esplendor. Incluso se había retocado los polvos de la peluca, advirtió ella. Ojalá hubiera oído que se acercaba, porque así al menos podría haber ocultado el cuadro. A ser posible, también se habría ocultado ella. De repente, se sintió desnuda. No físicamente, sino en un plano emocional. Lord Powell se había topado de improviso con su otro yo. Con la parte más íntima de su ser que era incapaz de explicarle a nadie.

Esa mañana parecía más guapo que de costumbre. Incluso con el ceño fruncido y la expresión sorprendida de sus ojos. Parecía muy... civilizado.

—Es usted, por el amor de Dios —dijo él. Sus impecables modales parecían haberse quedado en la casa, al menos de momento. Su mirada la recorrió de arriba abajo, desde la coronilla hasta las uñas de los pies. Era una mirada de espanto absoluto.

Emily se vio a través de los ojos de lord Powell. Vio el vestido ajado y sin forma, y sin enaguas ni tontillo debajo. Y también vio los tobillos desnudos y los pies descalzos. Y el pelo enredado. Avergonzada como estaba, sintió el inapropiado impulso, aunque lo contuvo, de echarse a reír. Ese era su mundo, le habría dicho de haber podido. Muy distinto del suyo. ¿Por qué tenía que ser ella quien hiciera todos los cambios?

Sin embargo, durante cinco días había tenido mucho cuidado. Había actuado con determinación.

Sonrió.

Lord Powell recuperó los buenos modales y se apresuró a hacerle una reverencia formal.

—Lady Emily —la saludó.

Intentó imaginárselo sin la peluca, con el pelo oscuro y muy corto. Creía que estaría más guapo si cabía. Aunque no estuviera del todo vestido según los cánones de la moda y de la decencia, por supuesto. Ella detestaba la moda

y la decencia. La noche anterior se sintió obnubilada, y también hastiada, por ambas cosas. Esa mañana las detestaba.

—Hay criados que ya están de un lado para otro —continuó él—. Criados, lacayos y jardineros. El mayordomo de Su Excelencia ha sido quien me ha informado de que estaba usted aquí y de que Su Excelencia y lord Ashley Kendrick ya estaban levantados. Alguien podría verla, lady Emily.

Alguien la había visto. Él. No sabía si sus palabras eran una advertencia por la vergüenza que ella podría sentir o si eran más un reproche.

Volvió a sonreír y levantó los hombros para reconocer que la habían sorprendido y que, tal vez, lo lamentara. Sí, lo lamentaba. Esa mañana era un canto a la libertad, le habría dicho de poder disponer de las palabras. Tenía que inventar alguna clase de lenguaje para comunicarse con él, pensó de repente. Como había hecho con Ashley. Sin embargo, tal vez no quería que ninguna otra persona la conociera. Tal vez se ocultaba de forma deliberada tras su sordera y su mudez. Tal vez esa diferencia la asustaba, o le gustaba, demasiado para exponerla a cualquiera, a alguien que quizá no la entendería ni la aceptaría. Sin embargo, ese hombre iba a convertirse en su *marido*.

—¡Caray, claro que importa! —Lord Powell volvía a fruncir el ceño, de modo que sus pobladas cejas casi se unían sobre el arco de la nariz—. Ese encogimiento de hombros no es propio de usted. Las apariencias importan, sobre todo cuando se es la hija de un conde y se está a punto de convertirse en baronesa y en la esposa del cabeza de familia. Tengo hermanas menores que la considerarán un modelo en cuanto a apariencia y comportamiento. No creo que su sordera pueda servir de excusa para tamaña desfachatez.

Emily frunció el ceño, sin comprender lo que pasaba. ¿Por qué se había enfadado? Lo miró a los ojos y alzó la barbilla. No solía enfadarse, pero en ese instante lo hizo en respuesta al enfado de lord Powell. Aunque se daba perfecta cuenta de que su apariencia *era* inapropiada y de que, después los últimos cinco días, debía de haberse llevado una sorpresa enorme al verla así

al sexto. Lord Powell estaba hablando sin pensar, sin darse tiempo para asimilar lo que había visto y para reaccionar de forma más racional.

Vio cómo tomaba una bocanada de aire antes de que el ceño se relajara. Tal vez se había percatado de su error. Tal vez se disculparía por esas dolorosas palabras y le pediría perdón. Tal vez le sonreiría y ella le correspondería. Tal vez incluso se echarían a reír juntos. Y tal vez ella volvería corriendo a la casa para llegar antes que él y ponerse una ropa más aceptable, y así darían por zanjado tan desafortunado encuentro.

Sin embargo, los ojos de lord Powell se concentraron en un punto por encima de su hombro, en su cuadro. El instinto quiso que se plantara delante, que le impidiera verlo. Aunque no lo hizo. De repente, se dio cuenta de que podría comunicarse a través de su cuadro por primera vez, más allá de las sonrisas y de los gestos de cabeza. Podría mostrarle una parte íntima de su persona. Sintió un miedo atroz y una expectación casi jadeante. Se hizo a un lado y clavó la vista en la cara de lord Powell.

Él volvió a fruncir el ceño con fuerza. Miraba su cuadro como si se tratara de una serpiente venenosa. Se volvió hacia ella después de haberlo observado largo y tendido.

—¿*Usted* lo ha pintado? —le preguntó.

Asintió con la cabeza. ¿Por qué se había enfadado?

—Pero ¿qué *es*? —Sus impecables modales parecían haberlo abandonado una vez más.

¿Eso quería decir que no saltaba a la vista? ¿Su cuadro no podía sustituir a las palabras? Levantó los brazos para abarcar los árboles que los rodeaban. Luego alzó los brazos al cielo, estirando los dedos todo lo que pudo, y cerró los ojos. Y, por último, lo miró a la cara de nuevo.

—No veo árboles ni cielo alguno en el cuadro —le dijo—. ¿Acaso Su Excelencia no contrató a un profesor de pintura o a una institutriz capaz de enseñarle a usar las acuarelas cuando estaba en el aula, lady Emily?

Asintió con la cabeza.

—Mis hermanas han tenido la suerte de disfrutar de los servicios de unas institutrices magníficas —siguió él—. Todas pintan de maravilla. Tengo cuadros suyos colgados en mi gabinete y en mis aposentos. Les han enseñado a crear una belleza gentil del mundo que las rodea.

Lo observó con atención. Parecía muy importante que viera todas y cada una de las palabras que estaba pronunciando.

*Dios* había creado una belleza gentil. Y también una belleza feroz. Emily no tenía el menor interés en copiar con fruición lo que ya se había hecho. Sin embargo, tal vez para las personas que podían oír, y hablar no era tan importante poder hablar a través de la pintura. Se preguntó si lord Powell lo comprendería si se lo explicaba. La asaltó la alarmante sospecha de que tal vez no lo hiciera. Siempre era ella quien tenía que cargar con la responsabilidad de comprender a los demás. Ella era la rara, la que carecía de habla y de inteligencia. O eso parecía a veces. No obstante, estaba siendo injusta con Luke, con Anna y con unas pocas personas más.

—Esto —dijo él, señalando el cuadro antes de volver la cara hacia la pintura— son los desvaríos de una loca.

No estaba segura de si lord Powell quiso que le leyera los labios. Pero lo había hecho. Lo estaba observando con detenimiento y puso los ojos como platos, dolida y furiosa.

—Le pido disculpas —añadió él, demasiado tarde, mirándola una vez más—. Tal vez la culpa no sea exclusivamente suya. Empiezo a comprender que tal vez Su Excelencia ha sido muy indulgente con usted, lady Emily, por su afección.

Recordó a Luke, inclinado sobre su escritorio mientras ella aprendía a leer, firme e implacable pese a sus frecuentes llantos y algún que otro berrinche, diciéndole que el esfuerzo bien podría costarle la vida e incluso su matrimonio, pero que iba a aprender a leer y a escribir, y que perseverarían

una hora más antes de pedir el té. Y nunca, en ningún momento, aunque no sabía muy bien cómo lo había conseguido Luke, puso en duda que la quería muchísimo. De haberlo dudado, seguramente no habría aprendido.

—Es comprensible —le dijo lord Powell, que la miró con una expresión algo más dulce—. Debe tenerle compasión por dicha afección. Mi madre la ayudará cuando nos casemos.

Sin embargo, se había llevado una sorpresa demasiado grande, le había dolido demasiado, como para aceptar sus disculpas o sus palabras para tranquilizarla, aunque vio que movía los labios para ofrecerle ambas cosas. Y, además, también sentía indignación. ¿Su *madre* la ayudaría a aprender el qué? Como si fuera una provinciana ignorante, una niña malcriada. O una tonta, tal vez.

Le dio la espalda de repente, aunque sabía que volvía a hablarle, y recorrió la orilla del río para escalar las rocas que la llevaban hasta casi la cima de la cascada. Se subió a la más alta, con la vista clavada en el agua que corría a toda velocidad por debajo y que caía por la escarpada pendiente hasta abajo. Mantuvo la cara apartada con toda intención, aunque sabía muy bien que lord Powell seguía allí. Quería que se fuera.

Por suerte, no intentó seguirla.

Luke habría comprendido su explicación del cuadro, pensó. Tal vez no le hubiera gustado e incluso habría dicho algo acerca de una bruja, pero la habría entendido. Y de no haberlo hecho, se habría limitado a encogerse de hombros y tal vez habría sugerido que era hora de desayunar. No le habría echado un sermón. Sobre todo, no la habría tratado con condescendencia. Luke la trataba como si fuera una persona real.

Y Ashley. Ashley la había invitado a bailar, aunque sabía muy bien que era incapaz de oír la música. Sin embargo, no quería pensar en Ashley. No en ese momento.

Lord Powell, lo advirtió, aunque no volvió la cabeza, se había apartado del



caballete y estaba al pie de las rocas. Le ordenó mentalmente que no subiera. Necesitaba recuperarse de la herida antes de poder sonreírle de nuevo. Él necesitaba verla de nuevo como la había visto durante los últimos cinco días antes de decir nada más. Los dos necesitaban tiempo.

«Váyase», le dijo en silencio, sin mirarlo. «Por favor, váyase.»

Y, a la postre, él se fue. Tuvo la impresión de que antes había dicho algo, pero no sentía la menor curiosidad por enterarse de qué se trataba.

Tenía muy claro, más claro que antes si cabía, que su vida cambiaría por completo al casarse. Aunque la boda no se llevaría a cabo de inmediato, aunque todavía disponía de tiempo para pasarlo en compañía de Luke, de Anna y de sus sobrinos, debía aceptar que la vida iba a cambiar, se dijo. Debía prepararse para dicho cambio. No podía haber escenas parecidas tras la boda. Ninguna.

La verdad, no había esperado que los cambios serían tan absolutos. Tendría que deshacerse de mucho. De esa libertad, de esa comunión con la naturaleza que la rodeaba. De sus paseos en solitario. De su pintura. De todo lo que más quería en la vida. De todo lo que le había dado sentido y profundidad a su vida. Eso era lo que se llamaba «madurar», suponía. Y seguramente ya fuera hora. Anna vivía muy bien dentro de los límites de los convencionalismos y de la decencia. Al igual que les pasaba a Agnes, a Charlotte y a Doris. Al igual que le pasaba a la mayoría de las mujeres que conocía. Se podía hacer. Se *haría*, aunque ella tuviera una afección que no hacía comparables sus situaciones.

Pero ¿*debería* hacerse?, se preguntó. ¿Debía sacrificarse para conformarse, para conseguir la respetabilidad y la relativa independencia que ofrecía el matrimonio? ¿Tal era la naturaleza de la feminidad que la mujer tenía que amputarse por el bien del hombre? Supuso que así debía ser.

Apretó los puños a los costados, cerró los ojos y alzó la cara hacia el sol matutino. Sí, cambiaría a partir de ese momento. Todo su pasado tenía que

desaparecer y aceptaría el desafío del futuro. Encajaría. Sería normal. Aprendería a sonreír, a asentir con la cabeza y a leer los labios sin desfallecer.

Sin embargo, todo desaparecería...

Ashley...

Nada más pensar en su nombre, antes de que pudiera apartarlo de su mente, lo percibió. Estaba allí. No solo en Bowden Abbey. Estaba allí, cerca, observándola. Solo tenía que abrir los ojos y volver la cabeza para verlo.

Titubeó un momento. Si no miraba, tal vez se fuera. Y así se acabaría. Porque, una vez que abandonara la cascada, nunca debía mirar atrás, bien que lo sabía. En más de un sentido, nunca regresaría. Ashley se marcharía. Se marcharía para siempre, aunque lo vería en la casa a lo largo de los siguientes días, con su esposa y su hijo.

De modo que ese era el final. O no del todo. Quedaba ese momento, ese último instante. Y era incapaz de resistirse. No era todavía lo bastante fuerte con esa nueva determinación. Abrió los ojos, volvió la cabeza y lo miró.

Llevaba ropa de montar e iba vestido con la habitual elegancia desenfadada que siempre lo había caracterizado. Llevaba el largo pelo oscuro, sin empolvar, recogido en la nuca con una cinta negra. Y el tricornio, en una mano. Se apoyaba con pose indolente contra un árbol y la miraba con una sonrisa.

No obstante, era consciente de que, bajo esa fachada relajada y despreocupada, había un cansancio macilento que se había traducido la noche anterior en una desenfrenada alegría. Su cuerpo enjuto y demacrado fingía exudar una salud esa mañana que habría engañado a cualquiera, menos a ella.

Y no se dejó engañar en ese momento.

## 6

No se movió. Siguió donde estaba, sin sonreír. Pero no había nada en su actitud que indicara un rechazo a su presencia. Emmy lo miraba sin más.

Recordó en ese momento que la primera vez que la vio fue a solas, tras correr a ese mismo lugar en busca de soledad y de tranquilidad. Pero ella había llegado antes que él. Y bajó por las rocas para tenderle una mano y enseñarle el camino a fin de que subiera hasta donde estaba ella. Después, se sentaron en la roca plana y ella le pidió que le hablara. Sí, lo hizo, aun cuando no podía expresarse con palabras. Así que le habló.

El recuerdo tenía un tinte melancólico: el de la amistad perdida.

En ese momento, Emmy no bajó a recibirlo. Ni lo invitó a reunirse con ella. Pero tampoco le dijo que se marchara, tal como había hecho con Powell. Ashley apartó el hombro del tronco del árbol y acertó la distancia que los separaba. Se detuvo al llegar a la base de las rocas.

—Debería haber imaginado que te encontraría aquí —le dijo—. ¿Dónde, si no, ibas a estar en una preciosa mañana de primavera?

Pero ella no estaba de humor para bromas. Sus ojos, que lo observaban sin flaquear, adoptaron una expresión más profunda, pero siguió sin sonreír.

—Emmy —dijo al tiempo que le tendía una mano—, baja.

Sin embargo, lo que él quería era subir para colocarse a su lado. ¿Cuántas horas habían pasado sentados en esa roca, mientras él hablaba y hablaba, desnudando su alma? No obstante, y por raro que pareciera, esos soliloquios se le habían antojado verdaderas conversaciones. Aunque callada, ella siempre le había parecido una participante. Ansiaba de nuevo ganarse su

amistad. Pero ya no era una niña. ¿Era posible una amistad con esa mujer?

Fue como si ella le leyera el pensamiento. La vio negar despacio con la cabeza y le hizo un gesto para que se acercara. Después, se llevó los dedos de esa mano al corazón.

Sintió el aleteo de un recuerdo. Ese era uno de sus gestos secretos. No solo un: «Sí, por favor, ven», sino también: «Sí, ven. Quiero estar contigo». Sin ese gesto añadido, sabían que el otro se mostraba educado y que no estaban interrumpiendo. Claro que una situación semejante solo se había producido una o dos veces a lo largo del año que se habían conocido.

Se preguntó en ese momento si ella lo recordaría, si el gesto había sido consciente.

Se dijo que no debía intentar recuperar el pasado. Emmy era una mujer con una vida propia, ya no era una niña siempre dispuesta a escuchar mientras él se desahogaba. Le sonrió mientras subía con presteza hasta colocarse a su lado.

—Ha dicho que regresaba a la casa y que tal vez te vería durante el desayuno —la informó—. Que tenéis que hablar más. Emmy, ¿no te has preguntado lo que te estaba diciendo mientras tú le dabas la espalda? Solo ha sido eso, nada de importancia.

Ella se miró las manos un instante y después lo miró de nuevo a la cara.

—No lo he escuchado todo —le aseguró—. Puedes estar tranquila, porque no estaba fisgando. ¿Habéis discutido, Emmy?

Ella no le contestó.

—¿Quieres hablar del tema? —le preguntó con una sonrisa. Hablaba en serio. Emmy podía contárselo todo si lo deseaba. Siempre había sido capaz de hacerse entender, al menos en algunos temas. Pero, claro, de eso había pasado mucho—. ¿Con un viejo amigo, Emmy? ¿Como si fuera tu hermano?

La idea de escuchar las preocupaciones de otra persona, las preocupaciones de Emmy, le resultaba muy atractiva. Así como la idea de poder devolverle

un poco de lo que ella le había ofrecido antaño tan desinteresadamente. Para poder olvidar por un instante sus propias preocupaciones.

Sus ojos se clavaron en algún lugar situado detrás de él, al pie de las rocas, y después lo miraron de nuevo. Acto seguido, enarcó las cejas.

Él volvió la cabeza y miró.

—¿La pintura? —preguntó—. ¿Habéis discutido por lo que estás pintando? ¿No le ha gustado? Si ha dicho eso, menudo sinvergüenza. Emmy, ningún caballero se atrevería a decir algo así. ¿Quieres que baje y te dé mi opinión?

Sin embargo, ella lo cogió del brazo, negó con la cabeza y lo soltó casi al instante. Ashley atisbó la expresión de sus ojos. Consternación, incluso miedo. ¿Tenía *miedo* de que él viera la pintura?

Emmy señaló en dirección a la casa y después se señaló a sí misma. Hizo un gesto con las manos para abarcarse desde la cabeza a los pies. Y después retrocedió un paso para que él pudiera mirarla de arriba abajo. Lo miró con tristeza. La verdad, supuso Ashley, era que si se tratara de otra persona que no fuese ella, su aspecto lo habría sorprendido. Bajo el holgado vestido, su cuerpo parecía voluptuoso y muy femenino. El bajo dejaba a la vista sus tobillos. Ninguna mujer debía mostrar el pelo tal como ella lo llevaba, ya que solo un marido tenía derecho a verlo así en la intimidad del dormitorio.

—¿Ha protestado? —Rio entre dientes—. Emmy, no entiendo por qué. Seguro que es tonto. Anoche, antes de que te reconociera, tu belleza me dejó asombrado. Pero esta mañana estás mil veces más hermosa. Hoy eres tú misma. ¿Es que no te conoce, Emmy? ¿Solo conoce a la preciosa mujer que vio anoche?

Estaba mucho más bonita con las mejillas arreboladas. Para él suponía un tremendo alivio comprobar que seguía siendo la Emmy de siempre, una criatura más propia del bosque que de un salón de baile, si bien su belleza lo había encandilado la noche anterior, antes de reconocerla. Sin embargo, no era como las demás mujeres. Intentar convertirla en una de ellas solo

enfataría su discapacidad y le provocaría tristeza, además de la sensación de sentirse deficiente. Sí, era distinta, pero no era inferior. ¿Acaso nadie lo entendía? ¿Ni siquiera Anna o Luke? Claro que, ¿qué sabía él de Emmy a esas alturas? No la había visto ni había sabido nada de ella desde hacía siete años. Era evidente que se había convertido en una mujer.

—Emmy, ¿vas a casarte con él? —le preguntó.

Por supuesto que Powell lo entendía y estaba dispuesto a vivir con su incapacidad para oír y para hablar, se dijo. Seguramente hubiera sido injusto criticarlo por el desagrado que había mostrado unos minutos antes, al parecer por culpa del lienzo.

Emmy asintió con la cabeza.

Pero lord Powell también había protestado por su apariencia, según le acababa de indicar ella. No obstante, la mujer que tenía delante era Emmy, más que la deslumbrante belleza de la víspera. La desaprobación de Powell no presagiaba nada bueno.

—¿Lo quieres, cervatilla? —Le entristecía que su antiguo apodo ya no le fuera como anillo al dedo.

Emmy no pensaba contestarle. Los sentimientos que albergaba por su prometido no eran de su incumbencia, claro estaba. Para ella era un desconocido, en la misma medida que lo era ella para él. Se miraron sin más durante unos minutos y Ashley comprendió que hacía días que no se sentía tan relajado. Semanas. Meses. Emmy tenía algo que... Siempre lo había tenido.

«Tú —dijo ella en ese momento, levantando las manos con las palmas hacia arriba y haciéndole después un gesto con los dedos que lo animaba a hablar. El antiguo gesto—. Háblame de ti.» No era un simple comentario educado. Atisbaba en sus ojos el brillo de la simpatía y el interés genuino. La tentación de hacer lo que había hecho tantos años antes seguía siendo fuerte. Deseaba desnudarle su alma, desahogarse por completo. Contárselo *todo*.

Emmy siempre lo había entendido. Aunque era consciente de que no entendía todas las palabras que le decía, de que no veía todas las palabras que él articulaba, siempre lo había entendido.

Señaló con una mano el borde de la roca, allí donde sobresalía por encima del agua. Sin esperar su reacción, se sentó y metió un pie en el agua con gesto perezoso. Mientras él se sentaba a su lado, dobló las rodillas, se abrazó las piernas y, tras apoyar una mejilla en las rodillas, lo miró.

Los recuerdos acudieron de nuevo en tropel a la mente de Ashley. Emmy parecía otra vez la niña de antaño. Se sintió casi como el jovencuelo que era en aquella época.

—Fui a la India por el desafío —confesó—. Fui a trabajar para hacer fortuna. Pero, sobre todo, fui para constatar mi valía. Quería demostrar que podía abrirme camino en el mundo. Seguro que recuerdas todo esto, Emmy.

Sí. No necesitaba asentir con la cabeza ni sonreír. Sí, le dijo, lo recordaba.

—Lo hice todo —siguió—. Fue como un sueño hecho realidad. Estaba muy feliz. Se produjo la guerra con Francia, claro, y en la India nos afectó. Siempre había peligro, y la amenaza era real. Pero, de alguna manera, eso aumentó el desafío, la emoción. Tuve, y sigo teniendo, buenos amigos militares. —El mayor Roderick Cunningham, por ejemplo, que fue en su busca...

Emmy lo miró y después lo invitó a seguir hablando con un gesto de los dedos. Porque sabía que había más.

—Y después conocí a Alice —dijo. Tal como lo había dicho, parecía que el hecho de haberla conocido puso fin a toda la felicidad, a toda la emoción—. Su padre, sir Alexander Kersey, era mi superior en la compañía. Ella acababa de llegar a la India, había estado en casa con su hermano hasta que este murió de forma súbita. Cuando la conocí, yo estaba enfermo con unas fiebres altísimas. Mi ayuda de cámara informó a Kersey y, cuando recuperé la consciencia tras el delirio, Alice me estaba refrescando la cara con un paño

húmedo. Me atendió de forma incansable durante semanas, siempre acompañada por la discreta figura de su antigua institutriz. Era preciosa, Emmy. Menuda, delicada, de pelo oscuro, de hablar suave. ¿Acaso fue extraño que me enamorara de ella por completo?

No, le dijo ella con esos ojos grandes y serenos y una media sonrisa. Su mirada penetrante le dijo que había leído todas las palabras en sus labios. No, no fue nada extraño.

Fue comprensible. Alice se mostró dulce y paciente. Aún lloraba la muerte de su querido hermano. Respondió a su compasión y a sus atenciones. Se enamoró de él. Y se casaron.

—Y nos casamos, Emmy —siguió—. Unas semanas después de habernos conocido, durante las cuales fue mi enfermera y yo, su paciente. Nos dispusimos a vivir felices para siempre.

Emmy extendió un brazo y le tocó una mano un instante. Tal vez parte de la amargura de su voz se había reflejado en su rostro, pensó.

«¿Por qué no eres feliz? —le preguntaban esos ojos inquisitivos y esa expresión ceñuda—. ¿Por qué has vuelto a casa?» No necesitaba palabras ni gestos. Nunca había conocido a otra persona con una cara tan expresiva como la de Emmy.

—Su padre murió —dijo— y, gracias a mi esposa, heredé una propiedad y otra inmensa fortuna. Y entonces llegó Thomas... Emmy, tal vez el desafío murió. Tal vez sentí añoranza de mi hogar y quise volver a Inglaterra. Al fin y al cabo, siempre dije que regresaría cuando amasara una fortuna. Para establecerme en mi propiedad, para disfrutar de una vida plena con mi propia familia.

Emmy sabía que no era tan sencillo. Le dijo con esa mirada firme e inteligente que sabía que algo había salido mal, que estaba sufriendo, aunque ella desconociera el motivo. Tal vez ni siquiera había entendido todo lo que le había contado. Pero había captado lo esencial. Y sabía que no se lo había



contado todo.

No le diría más. Ya era una mujer con su propia vida. Con un pretendiente y con, al parecer, algún tipo de discusión que solucionar. No necesitaba el peso de la carga que llevaba un desconocido. Además, ya no era el muchacho que, de forma egoísta, desahogaba sus preocupaciones con un oyente dispuesto a escucharlo. Había aprendido a cargar con sus propios problemas. Aunque había regresado a la carrera a Bowden Abbey, al lado de Luke, incluso al lado de Emmy, sabía mucho antes de llegar que ninguno de ellos podría ayudarlo, en parte porque él mismo no lo permitiría. Era un hombre que había descubierto la autosuficiencia por las malas.

Miró por encima del hombro en dirección al caballete y después la miró a ella. Sonrió.

—¿Puedo ver el lienzo? —le preguntó—. Confieso que siento curiosidad, Emmy.

Ella se mordió el labio y se ruborizó de nuevo. Apartó la cara de las rodillas.

—¿Tan espantoso es? —repuso él.

Captó su indecisión. Parecía realmente abochornada.

—No insistiré —claudicó, con una carcajada—. Ni interrumpiré más tu soledad, Emmy. Regresaré a la casa. Tal vez desayune con Powell.

Pero ella se apiadó en ese momento, negó con la cabeza y se puso de pie, tras lo cual pasó a su lado con agilidad y bajó las rocas para acercarse al caballete. Una vez abajo, se volvió para mirarlo con los ojos abiertos de par en par y una expresión recelosa mientras él se acercaba.

Era algo del todo inesperado. De hecho, resultaba difícil interpretar lo que Emmy había pintado. Había verdes, marrones y azules, todos intensos. Parecía haber arrojado los colores al lienzo, más que haberlos extendido. Distinguía gruesas pinceladas entre la pintura, conformando espirales que invitaban a alzar la vista hasta un punto donde parecían converger. Jamás

había visto nada semejante. Casi simpatizaba con el ceño fruncido de Powell. Salvo que sí captaba algo. Fuera lo que fuese lo que Emmy había pintado, lo había hecho con una apasionada convicción. El lienzo vibraba de sentimientos. Hablaba... aunque él no entendiera la lengua.

—¿Emmy? —la miró con curiosidad—. Explícate, si eres tan amable. Siento lo que quieres transmitir, si acaso eso tiene sentido, pero soy incapaz de entenderlo.

«¡Oh!», exclamó con los ojos y con las manos, y Ashley comprendió que ardía en deseos de explicarle lo que significaba la pintura. Señaló los árboles que los rodeaban, el cielo sobre sus cabezas, y después levantó los brazos, con los dedos extendidos hacia arriba. Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Su rostro tenía una expresión próxima a la agonía, al éxtasis. Movía los brazos, trazando pequeñas espirales.

Ashley miró de nuevo el lienzo. Sí, claro que sí, ya lo entendía, aunque no se parecía en nada a ninguna pintura que hubiera visto en la vida. Era música. Una música apasionada y descontrolada que elevaba el espíritu. Se imaginaba tumbado sobre la tierra, contemplando ese punto donde los árboles tocaban el cielo y se fundían con él. ¿Emmy había visto eso en su mente? ¿Y había logrado de alguna manera reproducirlo en el lienzo? Había estado a punto de... ¿De qué? ¿De entender el sentido de todo? La miró, intrigado, maravillado casi. El recelo era más evidente en sus ojos.

Comprendió que Powell no lo había entendido, ni había intentado siquiera entenderlo. Emmy se sentía dolida por su actitud. Él había esperado que ella le leyera los labios, pero no se había mostrado dispuesto a entender la pintura. Tal vez pensaba que no había significado alguno. Tal vez pensara que Emmy era una vasija vacía, una compañera cómoda, que no presentaba el menor desafío.

—Ves la vida surgiendo en espiral a tu alrededor —dijo Ashley—. Surge de la tierra y asciende con fuerza, a través de todas las cosas, para derramarse

en el universo. La vida es demasiado poderosa como para condensarse en un ser vivo y debe reunirse con el resto de los seres vivos. La vida es una celebración apasionada, un baile, quizá. ¿Eso es lo que has visto esta mañana, Emmy? ¿Eso has pintado?

Ella lo miraba con los ojos llenos de lágrimas mientras se llevaba un puño al pecho y se daba golpecitos sobre el corazón. Ah, sí. Lo recordó de inmediato.

«Lo siento aquí dentro.»

Emmy se agachó para recoger las pinturas y los pinceles.

Se sintió en parte asombrado y en parte postrado. Siempre había sabido que Emmy poseía una profundidad de carácter que solo los pocos que la conocían llegaban a sospechar. Había recibido su compasión, su felicidad, su serenidad. Juntos habían ideado un rudimentario lenguaje de signos para poder comunicarse de alguna manera. Pero acababa de atisbar por primera vez un ápice de la compleja profundidad de su visión. Se sentía... privilegiado.

—Emmy, querida —dijo, percibiendo que acababa de adentrarse en uno de esos extraños momentos de lucidez de la vida—. Si pudieras hablar... —Pero no podía, y no sería quien era si pudiese hacerlo, comprendió. Además, ni siquiera lo estaba mirando como para saber que le había hablado. Ni para percatarse de la amarga desesperación que lo abrumaba de repente.

Cuando Emmy alzó la vista, las lágrimas habían desaparecido. La vio enarcar las cejas y señalar en dirección a la casa. ¿Estaba listo para regresar con ella?

—Vete —le dijo—. Déjame aquí. Esta mañana no soy una buena compañía para ti. Ni para nadie más, la verdad. Debes proteger tu inocencia, tu felicidad y tu paz interior de la gente como yo, Emmy. Yo acabaría por destrozarlas.

No pareció sorprendida ni dolida, como él esperaba en parte, aunque sabía que había visto sus palabras. Lo miró con expresión serena, pero la tristeza

que vislumbró en sus ojos estuvo a punto de hacerlo extender los brazos hacia ella. Sin embargo, había sido honesto: si en algún momento cedía a la tentación de confiar por completo en ella, de desahogar sus penas con ella, la destrozaría. Porque se aferraría a ella y la arrastraría hasta la oscuridad que él habitaba y no la soltaría jamás.

El hecho de sentirse tentado lo aterraba.

—Vete —repitió, y captó con sorpresa el deje brusco de su voz. Se preguntó si se habría reflejado en su cara.

Ella se marchó, llevándose el caballete y el lienzo.

Emmy vivía en comunión con la luz, con la alegría, con la vitalidad, pensó, o eso le parecía a él. Lo había sentido en su pintura, por rara y descabellada que pareciera. Lo había visto en su silenciosa explicación.

Y él era oscuridad. La antítesis de lo que ella había descubierto.

Emmy había crecido, comprendió. Y había madurado mucho más que él en el proceso. Había aprovechado las limitadas oportunidades que la vida le ofrecía como mujer, una mujer además discapacitada, para convertirse en una persona madura e interesante. Estaba seguro de que conocerla a fondo sería fascinante. Ansiaba conocerla en la misma medida que antaño ansió que ella lo conociera.

De repente, se sintió horrorizado por la persona egoísta que fue. Y por otra cosa más: porque había aprovechado las ilimitadas oportunidades que la vida le ofrecía para descubrir... el infierno.

Sabía que debía mantenerse alejado de Emmy. Si aún podía hacer algo bueno en la vida, era eso. Debía mantenerse alejado de ella.

Ya era una mujer, hermosa, fascinante, tentadora. Sí. Cerró los ojos y esbozó una sonrisa torcida. Ese demonio también había clavado sus garras en él. Negarlo era inútil. Emmy era tentadora.

Luke abrazó a su hermano cuando este entró en el comedor matinal, donde no

había nadie más.

—Harry ha decidido ejercitar esta mañana los pulmones —adujo—. Una hora del día inusual para él. Anna insiste en que todo se debe a la próxima aparición de los dientes. Se ha quedado en la habitación infantil para echarle una mano a la niñera. ¡Caray, cómo me alegro de verte, Ash! —Lo invitó a tomar asiento en una silla.

Ashley esbozó una sonrisa torcida y se sentó a la mesa.

—Llevo dos horas o más levantado —dijo—, he estado cabalgando y paseando. El clima inglés invita más a ejercitarse que a dormir.

—Sí. —Luke se había sentado y había cogido su taza de café, aunque no tardó en devolverla al platillo—. *Sultán* tenía una buena capa de sudor cuando lo devolviste a los establos, Ash. Me vi obligado a sacarlo de nuevo para tranquilizarlo y ayudarlo a que se refrescara poco a poco.

Ashley se echó a reír.

—¡Que me aspen! —exclamó—. ¿Acostumbras a trotar por la propiedad a un paso apropiado para tus hijos, Luke? Tal vez ya sea hora de que tus caballos aprendan que hay un paso conocido como «galope».

Luke torció el gesto.

—Existe una cosa llamada «respeto» para tu montura —apostilló—. *Sultán* es un caballo particularmente difícil. Mi teoría es que su antiguo dueño lo maltrató. Les *he* dicho a los mozos de cuadra que de aquí en adelante nadie debe montarlo salvo yo. Esta mañana uno de ellos ha recibido una buena reprimenda por mi parte..., probablemente injusta.

—Te pido perdón —se disculpó Ashley con cierta frialdad al mismo tiempo que se volvía para indicarle al criado situado junto al aparador que estaba listo para que le sirviera—. Se me había olvidado que ahora soy un extraño en la propiedad.

Luke se apoyó en el respaldo de la silla mientras jugueteaba de forma distraída con el platillo y la taza hasta que vio que el plato de Ash estaba a

rebosar de comida y le indicó al criado con un gesto de sus cejas ducales que podía retirarse.

—Hemos discutido —señaló Luke con un suspiro cuando se quedaron a solas—. Durante la primera mañana después de tu regreso. Ash, esto no me gusta. Me niego a discutir más. ¿Qué te ha traído de vuelta a Inglaterra?

Ashley rio de nuevo.

—Un clima inhumano —contestó—. Para los ingleses, en todo caso. Una fortuna. Luke, estoy seguro de que podría rivalizar contigo en ese aspecto. El deseo de empezar el siguiente capítulo de mi vida. La añoranza del hogar.

—¿Y el deseo de establecerte con tu familia en él? —añadió Luke.

—¡Ah! —exclamó él con una nueva carcajada—. Y eso también. —Alejó el rebosante plato, sin apenas haber tocado la comida, y se puso en pie, inquieto—. Luke, tu familia ha crecido desde que me marché. Debo ver a tus hijos varones hoy mismo. Y a Joy. ¿Los hijos de Doris también están en la habitación infantil? ¡Por Dios, qué prolíficos somos en esta familia! Madre debe de estar eufórica.

—Madre nunca ha sido dada a demostrar arrebatos de emoción —le recordó Luke—. Pero nos quiere a todos. Y a sus nietos también. Estará encantada de conocer por fin a Thomas. Todos lo estaremos. Y, por cierto...

Sin embargo, la puerta se abrió en ese momento y entró Anna. Luke, al que ella sonreía con cariño, se levantó de la silla y le devolvió la sonrisa. Ella abrazó a Ashley y lo besó en ambas mejillas.

—Ashley —dijo—. Ya me temía que había soñado tu regreso durante la noche. Pero estás aquí de verdad. Delgadísimo, eso sí. Me temo que el viaje de regreso ha sido demasiado arduo para ti. ¿Ese es tu plato? Siéntate y come.

—Cómetelo todo, Ash —le advirtió Luke, que lo miró con sorna—. Anna despliega un temperamento terrible cuando uno de sus hijos rechaza sus cuidados. Tengo la impresión de que, durante los siguientes días y las semanas venideras, vas a convertirte en uno de ellos. Al menos, hasta que

haya conseguido que engordes.

—Qué tonterías dices —replicó Anna con una sonrisa radiante para su marido—. Pero Ashley, si tú estás así de delgado y de exhausto, cómo debe de estar Al...

—Anna, esta mañana al menos he estado llenando mis pulmones con el buen aire inglés —la interrumpió Ashley—. He estado cabalgando... o, más bien, galopando con *Sultán*, y despertando la ira de Luke en ese proceso. Y caminando. Me encontré a Emmy con Powell en la cascada, estaban discutiendo.

Anna se mordió el labio y miró a Luke.

Él enarcó las cejas.

—¿Emily y Powell? —dijo—. ¿Discutiendo?

—La he visto hace un momento, antes de bajar —repuso Anna—. Salió temprano esta mañana hacia la cascada, Luke. Para pintar.

—Ah. —Luke suspiró y su expresión se tornó apenada—. ¿Ha sido capaz de mantenerse encerrada en la jaula, cantando, durante cinco días, pero se ha escapado al llegar el sexto? Ash, supongo que no estaba vestida de forma respetable para los ojos de su enamorado y que no estaba pintando un bucólico paisaje acuático, ¿verdad?

Ashley sonrió.

—No —siguió Luke—. Eso pensaba. Bueno, querida... —dijo y se inclinó hacia delante lo suficiente para darle unas palmaditas a Anna en una mano—, supongo que tarde o temprano Powell tenía que descubrir que nuestra querida Emily tiene dos caras muy distintas. Mejor que haya sido cuanto antes. Y estaban discutiendo. Si no te importa explicarte, Ash, ¿cómo es posible que puedan *discutir*?

—Ella es capaz de alzar la barbilla y de negarse a mirar a la cara a quien tiene la ventaja de poder usar la voz —explicó Ashley—. Es capaz de negarse a reconocer su existencia.

—Qué barbaridad. —Luke tamborileó con los dedos sobre la mesa.

—Emmy no está obligada a casarse —dijo Anna con vehemencia—. Puede quedarse aquí durante el resto de su vida si así lo desea, vestida con sus harapos preferidos y pintando sus extrañas composiciones. Yo la querré haga lo que haga.

—Querida —replicó Luke, que enarcó las cejas—, nadie está discutiendo contigo. Ah. —Se levantó al ver que la puerta se abría para dar paso a una oleada de invitados que llegaban para disfrutar de un desayuno tardío. Le hizo una reverencia a su madre tras tomarla de la mano, besó a Doris en la mejilla, saludó a lady Sterne con otra reverencia y asintió con la cabeza para responder al saludo de lord Quinn y al del conde de Weims.

Los saludos y las efusividades se prolongaron mientras las damas abrazaban y besaban a Ashley, a quien los caballeros saludaron con un apretón de manos.

—Lucas —dijo la duquesa viuda de Harndon cuando todos estuvieron sentados a la mesa—, pensaba que a estas horas estarías camino de la ciudad. Lady Ashley y su hijo deben de estar esperándote ansiosos para trasladarse hasta aquí.

—Haces bien en regañarme, madre —replicó Luke—. Si no te importa, aduciré como excusa la hora a la que acabó el baile y el hecho de haber sufrido el llanto de un bebé al que le están saliendo los dientes. O le echaré la culpa a Ashley, que esta mañana se ha mostrado muy escurridizo y que anoche no me especificó en qué hotel londinense podía encontrar a mi cuñada y a mi sobrino. Pero partiré dentro de una hora.

—Yo también iría —terció Anna, que miró a Ashley con una tierna sonrisa—, si no fuera por Harry. Contáis con una doncella y con una niñera, ¿no es así, Ashley? De todas formas, ¿Alice y Thomas están lo bastante fuertes como para hacer el traslado mañana? Tú no pareces estarlo, la verdad sea dicha. Espero que no tengas la intención de acompañar a Luke.



—No —le aseguró Ashley con una sonrisa, desde el otro lado de la mesa—. Y tampoco es necesario que Luke vaya.

Se produjo un coro de protestas, pero él levantó las dos manos y rio entre dientes.

—Anoche hubo un detalle que no mencioné —dijo—. No me pareció oportuno, dadas las circunstancias.

—¡Oh! —exclamó Anna, que se llevó las manos al pecho—. Alice está *enferma*. O *Thomas*. Ay, Ashley, ¿están recibiendo los cuidados adecuados? ¿Cómo has soportado el hecho de separarte de ellos?

—Silencio, amor mío. —Luke le cogió una mano y le dio un apretón.

—He viajado solo a Inglaterra —siguió Ashley, que se estaba riendo—. No he traído a mi esposa ni a mi hijo.

—¡Por Dios! —exclamó lord Quinn—. En ese caso, supongo que regresarás, muchacho.

—No, tío —le aseguró Ashley con una sonrisa—. Verás, no tengo motivos para regresar. He renunciado a mi puesto en la Compañía de las Indias Orientales.

—¿Has *abandonado* a Alice y a Thomas? —le preguntó Doris con un hilo de voz, si bien se las apañó para que sus palabras reverberaran en el comedor matinal.

Ashley la miró con una sonrisa torcida.

—Veo que tengo que decirlo claramente, por más que me pese —dijo—. No lo entendéis. O no queréis entenderlo. Están muertos. Murieron juntos cuando mi casa se incendió hace poco más de un año. Yo tuve la suerte de no estar con ellos en aquel momento.

Nadie se movió, salvo Luke, que le apretó la mano a Anna con más fuerza, y el conde de Weims, que le colocó una mano a su esposa en un hombro.

—He pensado que este era el momento adecuado para comunicar las noticias —siguió Ashley—, puesto que está toda la familia reunida para

desayunar. Perdonadme por la brusquedad, porque os lo he dicho sin más preámbulo. Yo he contado con un año entero para acostumbrarme a lo sucedido. Un año durante el cual he superado la pena. Soy libre y rico. Y estoy en casa.

Se puso en pie y los saludó a todos con una reverencia que casi pareció irónica por su elegancia. Salió de la estancia mientras Luke, que fue el primero en reaccionar, se levantaba. Pero no lo siguió. Tenía una esposa y una madre a las que atender.

## 7

Emily no bajó a desayunar. Era habitual que no lo hiciera. Prefería comer sola. Sin embargo, desde la llegada de lord Powell, seis días antes, había estado comportándose con la normalidad de cualquier dama. Había participado de las comidas diarias en el comedor matinal o en el comedor, observando las conversaciones que se mantenían a su alrededor, abrumada por todas ellas, pero con una sonrisa agradable en el rostro para indicar que participaba, que no era una espectadora tonta.

Esa mañana, en cambio, era incapaz de enfrentarse a lord Powell en la mesa del desayuno. O a Luke. Quien ya se habría enterado a esas alturas. La miraría con los labios apretados y los ojos entrecerrados, y ella se sentiría muchísimo peor que si la hubiera sermoneado durante cinco minutos enteros. Ese era el problema de Luke. Había descubierto poco después de conocerla que unas cuantas miradas elocuentes eran mucho más eficaces con ella que mil palabras.

Y tampoco era capaz de enfrentarse a Ashley.

Se vistió con esmero en el vestidor, sin la ayuda de una doncella. No tenía doncella personal. ¿Qué sentido tenía, cuando nunca la usaba?, le había dicho Anna hacía mucho tiempo, con un deje afectuoso y exasperado en la voz. Se puso una de sus preciosas batas, con el tontillo de rigor bajo la saya. Se alisó el pelo por delante y se lo recogió en la nuca. Cubrió el recogido con una cofia ribeteada de encaje y se aseguró de que las largas cintas le caían, sueltas, hasta la cintura.

Ya estaba, se dijo, parecía civilizada una vez más, aunque no especialmente

elegante.

Cuando llegó a la habitación infantil, le devolvió la sonrisa a Anna y vio que Harry estaba muy quieto entre sus brazos, con los ojos casi cerrados. Un poco más allá, Joy levantaba a James del caballito de madera mientras que Amy, la hija de Doris, esperaba su turno para montarse. George estaba haciendo algo en la mesa con los dos hijos de Charlotte. James y los demás niños corrieron hacia Emily, exigiendo que los entretuviera. Se echó a reír y los complació. Amy tardó muy poco en bajarse del caballito para unirse al grupo.

Los niños aceptaban las anormalidades sin problemas, lo había descubierto hacía mucho. Incluso sus sobrinos más pequeños sabían que tenían que volver la cara hacia ella y hablar muy despacio, articulando bien las palabras, si querían que atendiera sus incesantes exigencias. También sabían que siempre las atendía. En un abrir y cerrar de ojos estuvo en el suelo, a gatas pese al tontillo, con dos niños pequeños clavándole los talones en los costados.

En una ocasión, Luke le dijo que toleraba con indulgencia el despotismo infantil como una tonta, que era incluso peor que Anna y que él mismo. A Luke le complacía fingir que sus hijos lo tenían sometido. En realidad, Emily sabía que bastaba una mirada de sus fríos ojos grises para aplacar los ánimos exaltados y que con enarcar una ceja era capaz de cortar de raíz cualquier asomo de rebelión. Había amor a espuertas en casa de Luke, pero también una obediencia total.

Anna acababa de dejar a Harry en su cuna, en uno de los dormitorios adyacentes, y salía de la habitación infantil justo cuando la puerta se abrió para que entrase lord Powell. Emily se sentía acalorada y desaliñada, pero él la miró con una sonrisa cuando se puso en pie y comprobó que seguía llevando el pelo recogido y que la cofia no se había movido de su sitio.

—Lady Emily, ¿me concede el honor de acompañarme a los jardines? —le

preguntó.

Se le había pasado el enfado, se percató ella. Se preguntó si se había percatado realmente de lo que había presenciado esa mañana: una sorda sumida en su propio mundo, un mundo muy distinto del suyo. Un mundo de sensaciones, emociones e ideas, aunque tal vez no se parecieran a las de una persona que pudiera oír. ¿Pensaban con palabras? Se preguntó si lord Powell comprendía que ella no pensaba así. Seguramente no lo hiciera. Seguramente nunca lo haría. Pero no debería sentirse dolida o furiosa. Había decidido casarse, adentrarse en ese otro mundo. La responsabilidad de la adaptación recaía solo en ella.

Los niños se quedaron desconsolados. Pero, con esa capacidad de recuperación tan asombrosa que tenían, fueron en busca de Joy, la mayor, para que la sustituyera en los juegos, una vez que se llevaron a la tía Emily.

El sol seguía brillando. El aire era bastante más cálido que cuando Emily salió de la casa más temprano, con su caballete. Lord Powell la condujo por los escalones que llevaban a la primera terraza de los jardines formales y pasearon por el sendero de gravilla, mientras ella iba cogida de su brazo.

—Me gustaría disculparme con usted —comenzó él, tras instarla a detenerse y a volverse para mirarlo a la cara—. Se encuentra en su casa. Ha sido imperdonable que criticase aquí su apariencia y su comportamiento. ¿Me perdona?

¿Por criticarla *allí*? ¿Eso quería decir que se sentiría en su derecho de criticarla en otra parte? ¿En su propia casa, tal vez? Claro que era un asunto demasiado complejo como para analizarlo en ese momento. Y había sido una disculpa preciosa. Asintió con la cabeza.

—Está usted muy guapa esta mañana —le dijo—. Me ha complacido mucho verla jugar con sus sobrinos, incluso a riesgo de estropear la perfección de su atuendo. Me complace imaginarla jugando de esa forma con sus propios hijos.

«Sus propios hijos.» Sí, el esfuerzo, el sacrificio, merecería la pena. Sintió un anhelo doloroso en la zona del abdomen. «Sus propios hijos.»

Lord Powell le cogió una mano. Se la llevó a los labios.

—Lady Emily —continuó él—, solo le pido que, cuando estemos casados, aparezca ataviada como esta mañana solo delante de mí, y de nadie más. No querría que mi madre, mis hermanas o, ¡peor todavía!, mis hermanos la vieran así y la tomaran por una descarada. O por una loca. —Sonrió.

Loca. La había tomado por una loca. Solo porque llevaba un vestido demasiado corto y el pelo suelto a la espalda. Sintió una punzada de rabia otra vez durante un breve instante. Pero solo era una palabra: loca. En el fondo, significaba lo mismo que «inapropiado». Y debía admitir que su aspecto lo había sido. No discutiría de nuevo por una palabra.

—En cuanto a mí —dijo él—, esa apariencia me resultaría atractiva. Siempre que el vestido fuera de mejor calidad... Pero es inapropiado tener semejantes pensamientos cuando solo estamos comprometidos.

Vio la expresión de sus ojos, ¿era admiración? ¿Le parecía atractiva? Se preguntó de nuevo cómo sería hacer el amor con él. ¿Se preocuparía, incluso en ese momento, de lo que era apropiado? Claro que ella no sabía lo que era inapropiado... ni tampoco lo que era apropiado.

Ojalá hubiera algo de... ¡Ay, algo de *pasión*! La idea la pilló desprevenida.

—Ya sé cuál será mi regalo de bodas —siguió—. Tal vez sea poco convencional, pero estoy seguro de que la complacerá. Contrataré los servicios del mejor maestro de dibujo que pueda encontrarle. Esta mañana me he dado cuenta de que desea muchísimo pintar, pero que no sabe hacerlo. Me encargaré de que aprenda, de manos de un experto. Y estoy seguro de que no pasará ni un año antes de que reemplace los cuadros de mis hermanas que tengo en mi dormitorio por los de mi esposa.

Emily lo había observado con atención. Había comprendido lo que le había dicho. Sin embargo, él había entendido tan poco que solo atinó a mirarlo,

boquiabierta. Y a sentirse dolida y frustrada, muy a su pesar. Y lo peor era que lord Powell ni siquiera era consciente de que no había entendido nada. Pensó sin querer en Ashley. Él si había entendido de inmediato cuando le explicó que había pasión y significado en el dichoso cuadro. Y, después, Ashley había traducido en palabras justo lo que ella le había estado diciendo con las manos y con el cuerpo.

Claro que Ashley siempre lo había entendido. Siempre había sabido que había una persona tras el silencio; no solo una persona que oía con los ojos y que respondería con palabras de haber podido, sino una que habitaba un mundo particular y disfrutaba en él de una vida tan plena como cualquier otra persona en su mundo. Con Ashley siempre había tenido un lenguaje. Siempre había tenido la posibilidad de ofrecerle retazos de su persona.

—Pude ver la rabia en su pintura —dijo lord Powell—. La imposibilidad de no poder pintar lo que siempre ha querido pintar, de no poder reproducir lo que veía con sus ojos. ¿Es algo que siente a menudo? —La miraba con expresión compasiva, cálida.

Vio sus palabras... y también la amabilidad que quería transmitir. Lord Powell había malinterpretado por completo la emoción que escondía su lienzo. ¿Cómo podía casarse con un hombre que la conocía tan poco que la creía infeliz y frustrada, encerrada en su interior, con el único deseo de ser capaz de oír y de hablar?

—Harndon me ha dicho que sabe leer y escribir —continuó—. Cuando esté en mi hogar, lady Emily, como mi esposa, me aseguraré de que haya papel, tinta y pluma en todas las habitaciones de la casa. Debe escribir todo lo que desee expresar. Me niego a que sea infeliz por la rabia y la frustración reprimidas. Así sabré lo que quiere decir. La escucharé, gracias a las palabras que plasme en el papel, de la misma manera que usted me escucha al leer el movimiento de mis labios.

Claro que era un hombre amable. Quería ayudarla a liberarse de su

supuesta desdicha. Estaba dispuesto a darle voz y a escucharla. No podía saber que ella solo escribía por algún motivo práctico, no para revelar sus sentimientos. No tenía el dominio necesario del lenguaje para traducir su mundo a palabras escritas.

Pero *era* un hombre amable. Lo miró con una sonrisa.

En ese momento, los distrajeron. Alguien había salido corriendo a la terraza y había bajado los escalones que daban al jardín, y casi se dio de bruces con ellos antes de verlos. Ashley. Él se detuvo de repente, sin decir nada, soltó una carcajada y luego los rodeó para cruzar a paso vivo los bancales y el seto bajo que los separaba del prado. Iba sin sombrero.

—Qué raro —dijo lord Powell, que la miró de nuevo—. Lord Ashley Kendrick es bastante peculiar. Debe de ser por el clima extranjero.

Ashley estaba distinto esa mañana, pensó ella. Se había mostrado tan abierto como de costumbre con ella. La había comprendido y había comprendido lo que ella le decía. La había aceptado, tanto su aspecto como su cuadro. No la condenó ni tampoco la criticó sin tapujos. Sin embargo, no había hablado con ella como acostumbraba a hacer. Le había hablado, sí, durante bastante tiempo incluso. Sin embargo, era más lo que no había dicho que lo que sí había dicho lo que puso esa expresión amargada, tensa y atormentada en su rostro. Ocultaba muchas cosas en su interior. En otra época se habría sentado con ella, se habría olvidado del tiempo y se habría desahogado del todo. Pero ya no. Esa mañana la despachó. Le dijo que se fuera.

Era muy consciente de Ashley, alejándose por el prado en dirección al puente de piedra.

Mejor así. Esa mañana en la cascada había sido el final. El final de todo lo pasado. Ese momento era el principio de todo lo que era futuro. Tal vez no podría dejar el pasado atrás, tal como correspondía, si se llevaba consigo las confidencias de Ashley.



Sin embargo, aunque no sabía nada, le dolía el alma por él. Lo había visto reír hacía un instante, pero la expresión de su cara no era de alegría. Era una mueca. Con un viso de enajenación.

Lord Powell le sujetaba ambas manos, de modo que se concentró por completo en él.

—Anoche me enfadé mucho con él por obligarla a bailar en contra de su voluntad —le dijo—. Casi estuve a punto de enfrentarme a él, pero así solo habría conseguido causar una escena y avergonzarla a usted, y avergonzar también a mi anfitrión. Eso sí, si la hubiera puesto en evidencia, creo que habría sido incapaz de controlar mi rabia. Pero se comportó usted muy bien. Me enorgullecí de usted. —Le dio un apretón en las manos.

En contra de su voluntad... Creía que había bailado en contra de su voluntad. Emily sabía que nunca olvidaría la emoción y el absoluto deleite que sintió durante la media hora de aquel minué. Su corazón ya latía por el recuerdo.

—Pediré que se anuncie el compromiso hoy, si le parece bien —continuó—. Casi toda su familia está aquí, y creo que lord y lady Severidge vendrán a cenar desde Wycherly Park.

Sí, sería un buen momento para hacer el anuncio. De repente, quería que fuera pronto. Lamentaba no haberlo permitido la noche anterior. Quería que su futuro fuera firme e irrevocable.

Aunque no miró en su dirección, era consciente de que Ashley se encontraba de pie en el puente.

—¿Puedo hablar con Royce? —le preguntó lord Powell.

Emily asintió con la cabeza y sonrió, y fue recompensada con una enorme sonrisa.

—Me ha hecho muy feliz, lady Emily —le dijo—. El hombre más feliz sobre la faz de la Tierra.

Emily tenía que compartir sus noticias. Lord Powell había ido a la biblioteca para escribirle una carta a su madre. Anna y Luke acostumbraban a pasar juntos una media hora en la salita de Anna, a media mañana, entre la hora que pasaban jugando con los niños o llevándolos a pasear y los deberes que debían atender por separado durante el resto de la mañana. Por supuesto, la casa no seguía el ritmo habitual durante esa semana, debido a todos los invitados presentes. Y se suponía que Luke iba a partir hacia Londres esa mañana. Aunque tal vez no se hubiera marchado todavía.

Llamó con tiento a la puerta y, tras una pausa decente, la abrió muy despacio y asomó la cabeza.

Al principio, se avergonzó. Creyó haberlos sorprendido en un momento íntimo. Luke y Anna estaban de pie en mitad de la estancia, abrazados. Sin embargo, después se percató de la palidez de Luke y de que a Anna le temblaban los hombros.

—Querida. —Luke levantó una mano para que se quedara—. Te lo ruego, no te vayas.

Anna levantó la cabeza, ya que parecía haberse dado cuenta en ese preciso instante de la presencia de su hermana. Tenía la cara enrojecida por el llanto.

—Oh, Emmy —dijo ella—. Emmy. Alice y Thomas están muertos. Murieron en un incendio hace más de un año y no estábamos allí para consolar a Ashley. Ha tenido que soportar la carga él solo. Y también la carga de saber que no estaba en casa cuando sucedió todo. Debe de estar abrumado por la culpa. Ha venido a casa en busca de consuelo, Emmy.

Emily vio cada palabra, como si pudiera oír y fuera incapaz de dejar de hacerlo.

Luke, como era de esperar, mantenía la compostura, aunque a duras penas, supuso Emily, que se volvió hacia él con los ojos como platos.

—Emily —le dijo él—, quédate con Anna, querida. Te necesita un rato. Yo tengo que encontrar al pobre Ashley. Ha ofendido a mi madre al echarse a

*reír* tras contárnoslo, el muy tonto. Está muy, pero que muy dolido. ¿Te quedarás?

Emily sentía que la cabeza le daba vueltas, pero hizo un gesto afirmativo mientras Luke le pasaba a Anna para que la abrazase, tras lo cual salió a toda prisa de la habitación.

Ashley, pensó. Oh, Ashley. ¿Por qué no se lo había dicho? ¿Creía que sus brazos no serían lo bastante fuertes, que su corazón no sería lo bastante grande? Siete años eran una eternidad, al fin y al cabo. La distancia entre ellos se había vuelto insalvable. No se lo había contado.

Oh, Ashley.

Mientras se sentaba en el sofá con Anna, con las manos entrelazadas con fuerza, se le olvidó por qué había ido a la salita.

—Emmy, vamos a tener que tratarlo con sumo tiento y ser muy amables con él —le dijo Anna, con la cara enrojecida y demudada por el dolor—. Pobre Ashley.

Emily se llevó las manos de su hermana a la cara y se las puso en las mejillas.

Luke se había colocado a su lado en el puente. No dijo nada mientras apoyaba los brazos en el parapeto de piedra y clavaba la vista en el agua que corría por debajo. Ashley lanzaba piedras al río, intentando que rebotaran sobre la superficie, pero había demasiado ángulo. Se hundían sin remisión.

—Supongo —le dijo a Luke, rompiendo por fin el silencio— que has dejado a Anna y a Doris llorando, y a madre *sin* llorar.

—Theo y lady Sterne se llevaron a madre entre los dos —repuso Luke— y he dejado a Doris al cuidado de Weims. Anna estaba llorando, sí.

—Por algo que sucedió hace más de un año —replicó él, que lanzó la siguiente piedra más lejos que todas las demás. Se hundió—. Por personas a las que ni siquiera conoció. Es una tontería. Ah, en fin. He visto a Powell casi

abrazando a Emmy en los jardines hace un rato. Anna tiene que estar emocionada por la idea de organizar una boda estival.

—Ash —le dijo Luke—, tienes que hablar del tema, querido.

Ashley soltó una carcajada.

—¡Caray! —exclamó—. Recuerdo lo desconcertado e indignado que me sentí la primera vez que me llamaste eso, Luke. Veo que no has renunciado a todos tus ademanes parisinos. Me fijé en tu abanico anoche. Por cierto, una velada deslumbrante. Me alegro de haber llegado a tiempo.

—Eres más frágil que el cristal —le dijo Luke en voz baja—. Y creo que podrías hacerte añicos de la misma manera.

Ashley tiró la última piedra por encima del parapeto y se volvió para apoyar un codo en la piedra. Miró a Luke con cierta sorna.

—Ya no —lo contradijo—. Mírame, Luke. Estoy muy tranquilo. Verás, lo único que me preocupaba era la espantosa idea de tener que contároslo a todos. Estaba muy arrepentido de no haberos escrito antes de volver a casa. Sabía muy bien que Anna y Doris se desharían en lágrimas, rotas de dolor, que madre haría una mueca con los labios y la acompañaría de una expresión estoica, y que tú cuadrarías los hombros e intentarías cargar con todo. Se te da muy bien eso de ser el cabeza de familia.

—No he venido como el cabeza de familia, Ash —repuso Luke—. He venido como tu hermano. Que te quiere. Estás sufriendo.

—¿De verdad? —Ashley sonrió—. Ha sido un viaje muy tedioso. Comí fatal y dormí peor. Ambas cosas cambiarán ahora que tengo los pies bien plantados en el suelo.

—Has vuelto a casa —le dijo Luke—. No solo a Inglaterra, Ash. Has venido a Bowden Abbey. Podrías haberte quedado en Londres. Podrías haber ido a Penshurst... Porque supongo que la propiedad es tuya, ¿no? Pero has elegido volver a casa. ¿Por qué? ¿Para mantenernos bien lejos a todos? ¿Para rechazar la ayuda que se te ofrece?

—Ayuda. —Ashley rio de nuevo.

Luke volvió la cabeza y lo miró fijamente antes de clavar la vista en el agua una vez más.

—He intentado imaginarme lo que sentiría si se tratara de Anna y de uno o de todos mis hijos —dijo Luke—. Tienes razón, no habría ayuda posible, ni consuelo. No de inmediato. Tal vez nunca. Pero creo que, pasado un año, podría buscar a mi familia. Sin embargo, creo que incluso entonces me daría miedo dejarlos entrar en el caparazón tras el cual me habría escondido.

—Maldita sea tu estampa —replicó Ashley.

—Me sentiría amargado y furioso. Tal vez riera, oculto tras mi caparazón.

—No sabes nada —masculló Ashley—. Nada en absoluto.

—Cierto, no sé nada —admitió su hermano—. Cuéntamelo, Ash. Cuéntame qué pasó.

—Ya te lo he dicho —replicó Ashley—. Murieron. Se quemaron con la casa. No me enteré hasta que un amigo vino a buscarme. Volví a casa y me encontré un montón de escombros humeantes. Yo había salido... porque tenía una reunión de negocios.

—¿Cómo empezó el fuego? —le preguntó Luke—. ¿Se llegó a determinar la causa?

Ashley se encogió de hombros.

—Una vela le prendió fuego a una cortina —contestó—. Una lámpara se volcó. ¿Quién sabe? La guerra estaba en pleno apogeo. Se han producido un sinnúmero de atrocidades esporádicas e inexplicables.

—¿Eso quiere decir que se sospechó de un fuego intencionado? —quiso saber Luke.

—Pero no se encontraron pruebas —repuso Ashley, que se encogió de hombros una vez más.

—¿Tenías enemigos? —preguntó Luke.

—Un país entero —respondió Ashley con una carcajada—. Soy inglés,

Luke. Los ingleses estaban en guerra con los franceses. Y había indios que luchaban en ambos bandos. No era el mejor momento para dejar en casa solos a tu mujer y a tu hijo.

—Anna ha dicho que debías de sentirte culpable —le dijo Luke—. Tenía razón. ¿No había criados, Ash?

—Mi ayuda de cámara me acompañaba —contestó él—. Alice les había dado la noche libre al resto de los criados, a todos menos a su fiel institutriz y dama de compañía, que llevaba con ella desde que era una niña. La mujer también murió.

—Solo una criada. —Luke frunció el ceño—. ¿Por qué les dio la noche libre a los demás? ¿Era habitual? ¿Incluso cuando tú no estabas en casa?

Ashley se limitó a encogerse de hombros.

—Hubo quienes afirmaron que lo hice yo, ¿sabes? —dijo él—. Cuando una esposa muere en extrañas circunstancias, el marido siempre es sospechoso.

—Caray —masculló Luke.

—Por supuesto, se equivocaban. —Soltó una carcajada y tamborileó con los dedos sobre el parapeto—. No debería haber venido, Luke. Debería haberme ido a Penshurst. Sí, ya es hora. Estaba sin blanca hace siete años, pero ahora cuento con dos fortunas considerables: la que yo he amasado y la que recibí con mi esposa. Y soy libre para disfrutar de ambas, sin la carga de una esposa y un hijo. ¿Qué más podría desear un hombre?

—Quédate una temporada —le sugirió Luke—. Permite que te queramos, Ash. Permítete recuperarte. No sé lo que has sufrido ni lo que sigues sufriendo, se me escapa por completo. Pero hay amor aquí. Y tal vez también sentirás cierta mejoría si te lo permites. Si te das tiempo.

—Me quedaré unos días —aceptó él, y se encogió de hombros—. Y luego me iré a Penshurst. A mi nueva vida. Ese es el objetivo por el que he luchado desde que me uní a la Compañía de las Indias Orientales, Luke. Y ahora lo tengo al alcance de la mano. Y, así, vivió feliz y se comió su perdiz.

Luke volvió la cabeza y lo miró con una sonrisa.

—Y tal vez eso sea justo lo que necesitas —convino—. Pero quédate una temporada. Anna querrá cuidarte. Los niños querrán conocerte y descubrir lo indulgente que puedes ser cuando te presionan. Y yo te he echado de menos. ¿Vuelves a la casa conmigo? Ordenaré que nos lleven tostadas y café al gabinete, a menos que quieras algo más fuerte. Me he dado cuenta de que casi no has probado bocado durante el desayuno.

—Dentro de un rato —contestó él—. Todavía estoy disfrutando de la frescura del aire inglés. No pienso cambiarlo así como así por estar dentro de la casa.

Luke asintió con la cabeza y, tras un momento, se dio la vuelta para regresar a la casa, solo. Emmy, advirtió Ashley al verlo alejarse, ya no estaba en los jardines formales con su pretendiente.

Debería haberles escrito hace un año. Y cuando regresó a Inglaterra, debería haber ido directamente a Penshurst. Era un hombre maduro, independiente, seguro de sí mismo, resuelto, capaz. Se había pasado seis años luchando por alcanzar ese estado, por sobreponerse a la desventaja que suponía haberse criado como el hijo menor dependiente, irresponsable y hastiado de un duque. Había perdido a su esposa y a su hijo. Todos los días había un gran número de hombres que perdían a sus esposas y a sus hijos.

Debería haber continuado con la vida que se había labrado pensando en él y solo con sus manos.

Sin embargo, había recurrido al instinto en vez de al frío raciocinio y al sentido común. Había vuelto corriendo a casa, a Bowden Abbey y a Luke. Y, sin pensarlo de forma consciente, a Emmy. A una niña indómita y feliz que ya no existía.

Debería habérselo contado esa mañana, se dijo. De alguna manera, le dolía pensar que se enteraría por otra persona. Emmy se entristecería por él. Debería habérselo contado él mismo. Sin embargo, sabía que no podía

hacerlo. No podía contarle los fríos hechos tal como se los había contado al resto de su familia durante el desayuno. Si le hubiera contado eso a Emmy, habría acabado abrazándola y contándole todo lo demás. Por algún motivo, las palabras nunca se podrían usar como escudo con ella. Porque parecía reconocerlas como el método tan inadecuado que eran para transmitir la verdad. Emmy veía el corazón.

Sin embargo, no tenía el menor deseo de usar a una mujer como su muleta emocional.

De pronto, a su mente acudió una imagen de Thomas con el suave pelo pelirrojo. Era una imagen que veía muchas veces tras los párpados cerrados, cuando no podía dormir, tumbado en su cama. Pobre niño. Pobre niño inocente. Los pecados de los padres... ¡No! Había sido un accidente. Un trágico accidente. Nada más. Nadie, mucho menos Dios, castigaría a un niño...



## 8

El conde de Royce estaba encantado tras su charla con lord Powell. Empezó a tener dudas al ver que no le pedían hacer el anuncio la noche anterior, durante el baile. En ese momento sentía mucho alivio y felicidad por su hermana pequeña, de quien no había esperado que pudiera encontrar su sitio en la vida. Y también se sentía agradecido con su cuñado, que se había tomado tantas molestias por encontrarle un marido de la posición y la fortuna adecuadas, un marido que sería amable con ella. Powell parecía tenerle mucho afecto a Emmy.

Sin embargo, no tenía claro que fuera buena idea hacer el anuncio ese día en concreto. No había tardado en correr la noticia por toda la casa, entre quienes no estaban presentes durante el desayuno, de que la esposa y el hijo de lord Ashley habían muerto en un incendio en la India, hacia un año.

No obstante, el duque de Harndon se complació al enterarse de que se había acordado el compromiso y de que Powell estaba ansioso y preparado para hacerlo público. El duque insistió en que había que desterrar la tristeza que se había apoderado de la casa y en que su hermano no tenía el menor deseo de regodearse en ella. La celebración de un compromiso en la familia era lo que todos necesitaban para animarse, aseguró.

De modo que el anuncio se hizo público durante el té, cuando todos se encontraban reunidos en el salón, incluidos los niños. Incluso lord Harry Kendrick estaba presente, dormido con la boca abierta contra el hombro de su padre. Agnes y William habían llegado desde Wycherly Park con sus hijos. El ambiente estaba algo apagado, o tal vez estuvieran forzando la alegría,

hasta que Victor se puso en pie, carraspeó para silenciarlos a todos y les informó de que lord Powell había pedido la mano en matrimonio de su hermana, de que Emily lo había aceptado y de que lo único que tenía que decir al respecto era que hacer el anuncio le producía un placer inmenso y que los esponsales se celebrarían durante el verano. Eso y que no se le daba nada bien hablar en público.

Hubo muchas carcajadas.

Emily, de pie junto a su prometido, observó la cara de su hermano con atención y experimentó una sensación de resolución. Una alegría serena. Ya estaba hecho. Por fin se habían pronunciado las palabras delante de todos sus seres queridos. Ya no había vuelta atrás. Aunque tampoco tenía deseos de volver atrás. Necesitaba ese matrimonio. Podía ser sorda, podía ser distinta, pero era una mujer.

Lord Powell le cogió una mano y le hizo una galante reverencia que la emocionó antes de llevarse la mano a los labios.

No podía oír el ruido que el anuncio había propiciado, pero percibía sus efectos. Todo el mundo la miraba, y todo el mundo parecía contento de repente. Estaba bien, decidió, sonriendo. Lo que había hecho estaba bien. Su familia y la de Luke se alegraban por ella; creían que lord Powell sería un excelente marido. Sin embargo, no pudo pensar más allá. La envolvieron en un sinfín de abrazos. Y cuando tuvo oportunidad de hacerlo, vio que su prometido también recibía el mismo trato. En ese momento, Constance, la mujer de Victor, lo abrazaba con lágrimas en los ojos.

Sí, estaba bien, sin duda. *Sentía* que estaba bien.

Ashley estaba sentado en el rincón más alejado de la estancia. Había ocupado ese mismo lugar durante todo el té, sonriendo, riendo, con James en una rodilla, Amy en la otra y Joy a su lado. Sin embargo, los niños lo habían abandonado en ese momento, advirtió Emily, aunque no miró en su dirección, para sumarse a la algarabía que los rodeaba a lord Powell y a ella.

Se quedó sentado donde estaba, solo, sin perder la sonrisa.

—¿Cómo es capaz de sonreír y de reír? —Había visto la pregunta que Agnes le había dirigido antes a Constance—. ¿Acaso no tiene sentimientos?

No obstante, Emily, incluso sin necesidad de mirarlo abiertamente, fue capaz de percibir la insoportable tensión que ocultaba su sonrisa. Su esposa y su hijo habían muerto. En el tiempo transcurrido entre ir a una reunión y regresar de la misma, toda su familia había desaparecido.

Ashley. Deseaba con desesperación que se hubiera desahogado con ella esa mañana, en la cascada. Aunque eso tampoco era del todo cierto. Porque, de habérselo contado, habría sido incapaz de regresar para ponerse un vestido bonito, recibir la disculpa de lord Powell y acceder a que se anunciara el compromiso. Se habría visto envuelta en un pasado que habría ensombrecido su presente y su futuro. Además, habría sido incapaz de consolarlo como lo consolaba en otro tiempo. Nada podría consolarlo después de haber pasado por eso. Le habría dolido mucho saber que era incapaz de calmar su dolor.

Ah, pero ojalá... Deseaba de todo corazón que se lo hubiera contado.

Y después, mientras Jeremiah —el reverendo Jeremiah Hornsby y también marido de Charlotte— los felicitaba a lord Powell y a ella y les decía que sería un honor para él poder officiar la ceremonia, Ashley le tocó un brazo.

—En fin, Emmy... —Le cogió ambas manos y la besó en las mejillas—. Parece que he vuelto a casa justo a tiempo para despedirme de ti. Siempre te he considerado una hermana muy querida. Ojalá que sigas pensando en mí como en un hermano.

«Una hermana muy querida.» Eso fue todo lo que vio. Sí, había sido eso para él. Así era como él la había considerado. Como a una hermana. Era algo bueno que la considerase de esa manera. Más que una amiga. Una hermana. Y ella tenía que seguir considerándolo un hermano... Sí, eso también lo había dicho. Ay, Ashley. Le sonrió, pero le apretó con fuerza los dedos mientras le hablaba con los ojos. Él la entendía. Por supuesto que él la entendía. Pero,

por si no lo hacía, cerró el puño y se golpeó varias veces el pecho, sobre el corazón.

—Sí, lo sé —le aseguró él—. Sé que te entristece, Emmy. Pero he vuelto a casa para olvidarme de la tristeza. Verte feliz es bueno para mí. Me cuesta creer que ya no eres la niña que eras cuando me marché. Has crecido. Sé feliz, cervatilla. Prométeme que siempre serás feliz.

Sí. Volvió a sonreír. «La niña que eras cuando me fui.» Ah, Ashley. Sí, se lo prometería. Le prometería intentarlo.

Y, después, vio que Joy la miraba con una sonrisa deslumbrante. Se parecía muchísimo a Anna, incluso en sus sonrisas.

—Tía Emmy —le dijo la niña—, ¿puedo ser tu dama de honor? Ya tengo siete años y medio.

Emily soltó una carcajada y le acarició el pelo a la pequeña.

Había sido una velada dura. Agnes y William se habían quedado; habían brindado después de la cena; y todo el mundo se había reunido en el salón para charlar, jugar a las cartas y disfrutar de la música, ya que Constance, Charlotte y Doris tocaron el piano, mientras que William y Jeremiah cantaban. Llevaron la bandeja del té más tarde de lo habitual y todos se acostaron tarde.

Aunque nadie sabía muy bien si debían permanecer sobrios y circunspectos por respeto a Ashley o si debían alegrarse y celebrar el compromiso por el que habían brindado. El único que se mostró abiertamente alegre durante toda la noche, y que incluso sugirió que retirasen la alfombra para bailar, fue Ashley.

Luke había decretado, con bastante firmeza, que la alfombra se quedaría donde estaba. Todos habían bailado de sobra la noche anterior. Y, por supuesto, todos estaban bastante cansados también por culpa de dicha velada, de modo que les costó más mantener el ánimo. Al final, una hora después de

que Agnes y William regresaran a casa, la duquesa viuda se puso en pie y el resto de los presentes interpretó el gesto como la señal para retirarse a dormir.

Emily se puso el camisón sin ayuda y se cepilló el pelo, dando gracias por el hecho de que el día hubiera llegado a su fin. Había sido un día muy ajetreado y difícil, y la noche había sido casi intolerable. Todo el mundo hablando. Todo el mundo concentrado en ella, esperando que oyera y comprendiera. Le había sido imposible retirarse pronto, para relajarse en su soledad como había anhelado. Le dolían los ojos por observarlo todo con tanta atención. Y una idea ridícula había dominado todos sus pensamientos: seguía sin conocer el nombre de pila de lord Powell. Iba a convertirse en su mujer dentro de tres meses, pero desconocía su nombre. La idea se le antojó graciosa y soltó una carcajada. Daba igual de todas formas. Jamás podría pronunciar su nombre.

Él sí sabía el suyo. Era casi lo único que sabía de ella. Otra idea ridícula e insignificante.

Estaba cansada. De repente, recordó que casi no había pegado ojo la noche anterior y que tal vez hubiera conseguido descansar una hora esa tarde, entre el té y la cena. Estaba muy cansada, pero no tenía sueño. Eran cosas distintas, pensó mientras salía del vestidor y entraba en su dormitorio, a oscuras, para detenerse delante de la ventana, mientras se cepillaba el pelo con gesto distraído.

No creía que pudiera dormir, aunque se acostara. Estaba comprometida, pensó, e intentó sentirse distinta. Iba a casarse. Su vida iba a tener forma y sentido. Iba a enfiar un camino totalmente diferente. Cambiarían incluso su hogar y sus acompañantes. Pasaría los días con la madre y los hermanos menores de lord Powell. Y con él.

Lord Powell iba a asegurarse de que hubiera papel, pluma y tinta en todas y cada una de las estancias de su hogar. Sin ellas, no tendría la menor oportunidad de comunicarse de la forma más básica con todos esos

desconocidos.

Él también era un desconocido, pensó. Y nunca sería capaz de comunicarse con él. Nunca la conocería. Semejante intimidad, pero sin comunicación, porque las palabras, por más que pudiera pronunciarlas o escribirlas, nunca conseguirían explicarle su mundo.

Apoyó una rodilla en el alféizar acolchado de la ventana. Era una noche preciosa, iluminada por la luna y las estrellas. Era una noche tentadora, seductora. Sería maravilloso ponerse un vestido y una capa y salir a pasear. Cruzar el prado, caminar junto al río. Pero no podía hacerlo. Había tomado una decisión. Se lo había prometido a sí misma esa mañana. Él nunca comprendería a una esposa que salía a pasear de noche, sola. De hacerlo, lord Powell pronto repetiría las mismas palabras que Luke, pero con absoluta seriedad. La llamaría «bruja».

Emily suspiró. Su nueva vida no iba a ser fácil. Pero era una vida que había escogido con total deliberación.

Anhelaba que empezara ya. Miró sin querer su cama. También quería eso. Era curioso que su cuerpo hubiera empezado a ansiarlo a lo largo de esos dos últimos años, si bien había sido incapaz de decidirse por un hombre, hasta el momento, aunque su corazón se había mantenido fiel a un imposible. Su cuerpo quería saber...

Levantó los hombros y clavó de nuevo los ojos al otro lado de la ventana, en el prado en penumbra y en la arboleda que había más allá. Se moría por salir, por pasear en silencio, sin hacer nada en particular. Le bastaba con ser. En eso radicaba la diferencia, pensó. En su mundo, había aprendido a ser. Otras personas parecían forjar su identidad y valía en el *hacer*. Le tenían lástima por su inactividad al creer que denotaba vacío, aburrimiento. Sin embargo, había escogido entrar en el mundo donde se hacían cosas.

Se preguntó si desaparecería con el tiempo y la perseverancia, si desaparecería el ansia por ser libre, por formar parte de todo lo que era

natural, hermoso y eternamente en cambio con la sucesión de los días y de las estaciones.

Y, en ese momento, el cepillo dejó de moverse contra su pelo y se inclinó hacia delante, entreabriendo los labios.

Ashley no estaba paseando. No había salido con la idea de disfrutar de su entorno o de tomar el aire antes de acostarse. Caminaba con zancadas firmes y la cabeza gacha. Parecía como si creyera que alguien lo perseguía, aunque no miró hacia atrás en ningún momento.

Parecía atormentado.

Se dirigía a la cascada. Por supuesto que se dirigía allí. Estaba a punto de hacerse añicos. Durante toda la noche, durante todo el día incluso, sus sonrisas, sus carcajadas y su ánimo alegre habían escandalizado a algunos miembros de la familia y habían suscitado la lástima en otros.

—Qué valiente está siendo el pobrecillo, Theo —le dijo su tía Marjorie, lady Sterne, a lord Quinn.

Emily sabía que la alegría solo era una fachada. Sabía que la compañía de su familia no lo había ayudado en absoluto, sino que había tenido el efecto contrario. Sabía que estaba a punto de hacerse añicos y que eso sucedería seguramente esa noche.

No podía ayudarlo. Se inclinó hacia delante hasta apoyar la frente en el cristal y cerró los ojos. Ashley. «Ashley, no puedo ayudarte.»

Sin embargo, se negaba a creerlo. Nada había cambiado en realidad. Ella estaba allí y él, también. Todavía podía escucharlo. Y él todavía podía hablar con ella. Luke regresó a la salita de Anna esa mañana, pálido y cansado, y les dijo que había intentado hablar con Ashley, que había intentado asegurarle que podría encontrar amor y una forma de curarse en Bowden Abbey, pero que no estaba seguro de haber conseguido su objetivo. Ashley había erigido un muro a su alrededor.

Luke le había *hablado* a Ashley. Tal vez lo que Ashley necesitaba, tal

como lo necesitó siete años antes, fue contar con alguien que lo escuchara. Alguien que no pudiera ofrecerle consuelo verbal ni consejos. Alguien como ella.

Tal vez pudiera hablar con ella si estaban juntos en la cascada, como solían hacer. Como lo habían hecho esa mañana. Tal vez él sentiría que recuperaba parte de la antigua magia. Tal vez pudiera librarse de parte de la carga que pesaba sobre su alma. Tal vez pudiera evitar que se hiciera añicos.

Había sido como una hermana muy querida para él, Ashley lo había dicho esa misma tarde. Sus palabras le habían dolido. Seguían doliéndole. Para ella había sido mucho más que un hermano. Pero sus sentimientos no importaban. Además, ya solo podría ser una hermana para él. Y tal vez una amiga.

Aunque ¿se estaba engañando? Mantuvo los ojos cerrados y consideró la pregunta con total sinceridad. ¿Podía reunirse con él, romper la promesa que se había hecho esa misma mañana y no acabar muy dolida en el proceso? ¿Iría a la cascada solo por ella? ¿Porque quería reunirse con él?

Pero ella daba igual, pensó. Era Ashley quien lo estaba pasando mal. Aunque no pensaba permitir que lo que sentía por él afectara su vida a partir de ese momento, jamás negaría que, en lo más profundo de su ser, él era más importante que cualquier otra cosa en su vida... incluida ella misma. Si acababa dolida, daba igual. Ya se recuperaría, tal como lo había hecho antes. Y su dolor era mucho peor que el que ella sentiría.

Quería estar a su lado, decidió, porque la necesitaba. Si se equivocaba, si la rechazaba, soportaría la humillación. Pero no creía estar equivocada. Siempre había tenido un sexto sentido en lo que se refería a Ashley, como si se lo hubieran concedido para suplir la audición. Sabía que él la necesitaba.

De modo que las promesas, el sentido común, la decencia y la posibilidad real de resultar herida no importaban en lo más mínimo. Lord Powell e incluso su compromiso quedaron relegados al olvido.

Ashley la necesitaba.



Poco más de diez minutos más tarde corría en pos de Ashley, en la dirección que él había tomado, después de haberse puesto un vestido y una capa abrigada. Llevaba zapatos para protegerse del frío nocturno y se había sujetado el pelo con una cinta en la nuca.

Ashley estuvo un buen rato sobre la roca plana, con la vista clavada en el agua, que se veía casi negra a sus pies mientras caía y borbotaba sobre el lecho rocoso de la escabrosa pendiente. Estaba rodeado por los árboles, la noche y el sonido del agua. Tomó una honda bocanada de aire y recordó que siempre había podido ir a ese sitio y sentir que dejaba atrás el mundo y todas sus preocupaciones. Sin embargo, sus preocupaciones eran insignificantes en aquella época.

Pese a todo, le alegraba estar solo. Había estado solo en su dormitorio, claro, pero no era lo mismo. Se había sentido rodeado de personas, de su familia, de aquellos que le tenían cariño. Se había sentido sofocado. Fue un error creer que esas personas podrían ayudarlo. Mucho menos su familia.

Esa mañana sintió todo el amor de Luke y fue como una losa en su corazón y en su conciencia. Sintió el amor y la preocupación de todos ellos. Fue incapaz de cogerlo con ambas manos y envolverse con él. Lo había sentido más como una pesada carga que lo aplastaba, que lo asfixiaba.

Claro que, ¿cómo sentir algo distinto? ¿Cómo podía recibir consuelo de su familia, cuando su esposa y Thomas habían muerto mientras él no estaba con ellos? ¿Y cuando había deseado en incontables ocasiones su muerte? No. No, eso no era verdad. Meneó la cabeza con fuerza, negando la espantosa idea. Nunca había deseado la muerte de Thomas. Nunca. No debía cargar con esa mentira. Y tampoco había deseado de verdad la muerte de Alice.

Sin embargo, no había vuelto a ese lugar para que los recuerdos o la culpa lo consumieran, pensó al mismo tiempo que cerraba los ojos, oyendo el tranquilizador sonido del agua mientras intentaba que le calara hasta lo más

hondo. Había ido a ese sitio para conseguir una hora de olvido. Quería ser capaz de volver a la casa y dormir.

Ojalá pudiera dormir.

Había estado loca y apasionadamente enamorado de Alice. Y ella de él. Dos desconocidos que confundieron la atracción con el amor. La quiso porque lo había cuidado durante una larga enfermedad. Ella lo quiso porque había necesitado sus cuidados. Había sido casi inevitable. Tal vez ninguno de los dos tuviera la culpa.

Y también se había casado con él por otro motivo, el que descubrió a las veinticuatro horas de su boda. Tras una noche de bodas difícil y decepcionante. La pasión con la que su novia había respondido a sus besos se convirtió en pánico en cuanto sus manos le tocaron el cuerpo y, aunque todavía se estremecía al recordarlo, luego se trocó en asco cuando la penetró. Consumó el matrimonio de prisa, de forma insatisfactoria.

Alice no fue virgen al tálamo nupcial.

Su amante, le confesó ella cuando le pidió explicaciones a la mañana siguiente, se quedó en Inglaterra. Incluso le dijo cómo se llamaba: sir Henry Verney, un vecino, el mejor amigo de su hermano. Y sí, seguía queriéndolo. Siempre lo querría. *Siempre*. Por el brillo feroz y fervoroso que le iluminó la mirada, Ashley no tuvo la menor duda de la veracidad de sus palabras.

Eso lo llevó a preguntarse por qué se había casado con él y cómo iba a poder a sacar algo en claro del matrimonio.

Ella contestó la primera pregunta, si bien no la hizo en voz alta. Ashley le recordaba a su amante, le dijo con voz desafiante, amargada. Creía que se parecía un poco a él. Se había equivocado, había cometido un error garrafal. No lo había *sentido* como su amante, comprendió que quería decirle en realidad.

El amor murió de inmediato, por ambas partes.

Fue la única vez que yacieron como marido y mujer. Aunque la fidelidad

hacia Verney no fue el motivo, desde luego, y la castidad tampoco fue el resultado. Alice tuvo muchos amantes y ni siquiera intentó ocultarle sus infidelidades, si bien había sido discreta. Intentó razonar con ella, convencerla de que le diera una oportunidad a su matrimonio, ya que ambos estaban atados de por vida. Sin embargo, lo había odiado con la misma pasión con la que pareció quererlo antes de la boda, tal vez porque se dio cuenta, demasiado tarde, de que él no podría recrear a su amante perdido. Le preguntó por qué no se había casado con Verney. ¿Estaba casado, tal vez? Alice se negó a contestarle.

Suponía que estaba con un amante la noche en la que murió. Alice le ofreció la triste excusa de siempre, que ni ella misma esperaba que se creyera: Thomas y ella iban a visitar a su amiga, la señora Lucaster, y pasarían la noche en su casa. Y se marchó antes de que él lo hiciera. Pero, por alguna extraña razón, tanto Thomas como ella se encontraban en casa cuando...

Y sí, en infinidad de ocasiones había deseado que Alice muriera. Había imaginado el enorme alivio que supondría librarse de ella.

Soltó una carcajada amarga.

Y, acto seguido, volvió la cabeza, porque el instinto le advirtió de que ya no estaba solo. Maldita fuera su estampa, no quería compañía. Había ido allí para estar solo.

Emily estaba al pie de las rocas, mirándolo. Llevaba una larga capa oscura. Lo único que veía de ella era su cara y su pelo rubio, que le caía ondulado por la espalda, desde la cinta que lo sujetaba en la nuca.

Emmy. Una parte de él gritó de esperanza y alegría. Sin embargo, la parte cuerda de su ser sabía que era la última persona que necesitaba ver en ese momento. No estaba de humor. Claro que no tenía sentido decir nada. En la oscuridad reinante y a esa distancia, dudaba mucho que pudiera leerle los labios.

La vio ascender las rocas para llegar a su lado, sin apartar la mirada de su

rostro un solo instante. Se detuvo delante de él, muy cerca, mirándolo. Emmy no hizo ademán alguno de decir algo, tal como habría podido hacer con los ojos y con las manos. Él sabía muy bien por qué había aparecido. Era el mismo motivo por el que siempre aparecía. Había ido para escuchar. Había ido para ofrecerse.

—No, Emmy. —Meneó la cabeza—. Vuelve a la casa. Vuelve a la cama.

Sin embargo, ella le tocó el pecho con la punta de los dedos antes de tocarse el corazón. «Háblame.» Era un gesto que formaba parte de su lenguaje. No era un «Habla», sino un «Háblame, cuéntame algo más que los hechos puros y duros; abre tu corazón».

—No hay nada que decir. —Soltó una carcajada seca—. Ya te has enterado, Emmy. Murieron y me siento culpable. Rebose de amargura y autocompasión y no sirvo para hacerle compañía a nadie. Mucho menos a ti, precisamente hoy. El día más feliz de tu vida. Vete.

Sin embargo, ella negó con la cabeza. Le miraba los labios con suma atención. Se los tocó un instante antes de hacer un gesto con los dedos para que los moviera.

«Háblame. Cuéntamelo.»

Emmy se volvió a tocar el corazón con la punta de los dedos.

Sintió una repentina, sorprendente y absolutamente inesperada punzada de deseo. Y se percató del peligro real.

—Escucha, Emmy. —El deseo se tornó de pronto en rabia, en enfado por la peligrosa inocencia que había demostrado al buscarlo sola de esa forma, en mitad de la noche; en rabia por su indeseada respuesta física—. Estamos aquí solos, un soltero y una soltera, en mitad de la noche. Es tan indecente que hasta un imbécil se daría cuenta. Es tan peligroso que hasta una inocente como tú se daría cuenta. Vete a casa mientras puedas.

Claro que, al ser Emmy, vio más allá de la rabia. Esos ojos, que llegaban hasta lo más hondo de los suyos, así se lo dijeron.

«Deja que lo comparta contigo —le suplicó ella sin tener que usar las manos. Pero luego las levantó para tomarle la cara entre ellas. Le acarició los labios con un pulgar—. Háblame.» Eso nunca había formado parte de su lenguaje. Pero era muy elocuente.

Su generosidad era increíble, y tonta, como siempre. Sin duda tenía que ser un día muy feliz para ella, pero de todas formas le había hecho un hueco. Esa mañana y luego, en ese preciso instante. Por los viejos tiempos, le estaba ofreciendo su comprensión y su consuelo. Le estaba ofreciendo sus oídos sordos para que confesara sus oscuros secretos. Le estaba ofreciendo su capacidad para ver más allá de las palabras. Quería mitigar su dolor.

Y lo único que él era capaz de ofrecerle a cambio era... deseo. Sintió que se excitaba hasta un punto doloroso. Se apartó las manos de Emmy de la cara y se las apretó con fuerza, colocándolas entre ambos.

—Esta noche solo te usaría de una manera, Emmy —dijo con brusquedad—. Vete mientras puedas. ¡Vete! —Sin embargo, sin darse cuenta siquiera de lo que hacía, siguió aferrándole las manos.

Emmy levantó sus manos unidas de modo que apoyó el dorso de las suyas contra su cara. Emmy. Peligrosa por su inocencia o peligrosa por su valor, o tal vez ambas cosas. Había percibido su necesidad y le daba igual cómo dicha necesidad se manifestara. Estaba preparada para entregarle lo que hiciera falta con tal de consolarlo. Estaba preparada para entregarlo todo, hasta que ya no hubiera nada más que entregar. Emmy, su salvación: el olvido y la paz que había buscado con tanta desesperación desde que se fuera de la India, sin saber que era a ella a quien buscaba.

Buscó su boca a ciegas, con los ojos cerrados con fuerza. Los labios de Emmy estaban fríos, cerrados, y presionaban contra los suyos. Los tocó con la lengua, haciendo presión, y ella los separó, de modo que pudo saborear la calidad, la humedad y la dulzura de su boca. Retiró la lengua y volvió a metérsela. El deseo era un impulso fuerte, insistente, que corría por sus

venas. Seguía aferrándola de las manos. Las apartó de sus mejillas y las usó para evitar que sus cuerpos se tocaran. Alzó la cabeza.

—Ha sido tu perdición venir aquí esta noche, Emmy —le dijo—. Solo puedo usarte de esta manera. Vete. Déjame. —Sintió las desconocidas e inesperadas lágrimas descender por una mejilla, y después por la otra.

Emmy apartó las manos, pero al mismo tiempo que lo consumía una oleada de pánico y de alivio, a la espera de que se diera la vuelta y descendiera la pendiente rocosa, se acercó más a su cuerpo y le rodeó la cintura con los brazos. Acto seguido se inclinó hacia él y volvió la cabeza, de modo que acabó apoyándola contra su hombro. Sentía la calidez de su generosidad. De su increíble estupidez. Se preguntó si ella lo entendía de verdad.

Tomó una honda bocanada de aire y la abrazó. Se estremeció.

—Maldita seas —dijo, bajando la cara contra su pelo—. Maldita seas, Emmy. Maldita seas. —Sabía que no podía oírlo. Tragó saliva... y volvió a tragar.

Y, después, le colocó una mano bajo la barbilla a fin de alzarle la cara para que pudiera verle los labios. Para que no pudieran quedar dudas de que ella lo *comprendía*.

—Si deseas consolarme esta noche, Emmy —le dijo—, tiene que ser como mujer. Esta noche mi necesidad es física. —Le cogió una mano, le extendió los dedos y se colocó la palma sobre la bragueta, por debajo del gabán. Fue un desesperado intento por escandalizarla. Ella puso los ojos como platos, pero no vio alarma en ellos—. Vete ahora. Vete mientras puedas. Mientras sea capaz de dejarte marchar.

La instó a marcharse con el pensamiento. Con los ojos, le suplicó que se quedara. Ella solo escuchó lo que sus ojos le dijeron. Y había ido para ofrecerle... todo lo que él necesitara. Ashley lo sabía y no tenía la fuerza de voluntad necesaria para rechazar su regalo.

De repente, la cogió en brazos y descendió la pendiente con ella. Una parte

de él, la parte racional, fría y calculadora, seguía sin creerse que eso fuera a suceder, que uno de ellos no acabaría imponiendo la cordura en una situación peligrosa antes de que fuera demasiado tarde. Sin embargo, el cuerpo le ardía de deseo por ella; un instinto ciego la anhelaba.

La dejó en el suelo, en la hierba de la orilla, junto al río; acto seguido, se quitó el gabán, lo extendió en el suelo, le quitó la capa a ella y la instó a tumbarse.

—Emmy.

Se tumbó a su lado, se inclinó sobre ella, le rozó los labios con los suyos, le tocó un cálido y firme pecho por encima de la ropa e intentó decirse que todavía no era demasiado tarde. Pero lo era. Era demasiado tarde, demasiado. Le levantó el vestido con ambas manos, y también la camisola; acto seguido, Emmy levantó los brazos, de modo que pudiera quitarle ambas prendas del todo. Ashley las dejó en el suelo, por encima de su cabeza. Emmy no llevaba nada más, ya que se había quitado los zapatos de un puntapié al tumbarse. Ah, osada e inocente Emmy.

Le hizo el amor con manos y labios ansiosos, apasionados, tocándola, acariciándola, presionándola y succionándola. Ella lo tocó con manos cálidas y dulces, y emitió gemidos extraños. Ashley no tenía tiempo para desnudarse. La necesidad era un impulso que ensordecía incluso el ruido de la cascada, y también un dolor que lo azuzaba hasta alcanzar el clímax, el olvido, hasta destruir la consciencia. Se llevó una mano a la bragueta, para desabrochar con torpeza los botones.

Intentó penetrarla despacio. Estaba muy húmeda, pero su interior era muy prieto, virgen. Sintió la barrera. Sintió que la expandía y creyó que no cedería en la vida para liberarla del dolor. Pero después cedió, y él pudo enterrarse en ella. Se percató de que alguien sollozaba. Era él. Emmy lo arrullaba con sonidos ininteligibles.

Esperó, sumido en una agónica paciencia, a que ella se acostumbrara a la

dura y dolorosa invasión de su cuerpo. Le había colocado las manos por debajo en un intento inconsciente por evitar que se hiciera daño contra el suelo. Tenía la cara enterrada en su pelo, que se había soltado de la cinta.

Intentó tomarla despacio, pero ella levantó las piernas y le rodeó las caderas antes de empezar a moverse, de modo que el dolor que él sentía estaba envuelto por su dulce y cálida feminidad. La penetró, demasiado, con demasiada ferocidad, apenas consciente de que eso estaba mal. Ella se entregaba por completo, con dulzura y generosidad, mientras que él se limitaba a tomar lo que le ofrecía con egoísmo y frialdad.

Pero ella se entregaba.

Y él tomaba.

Se oyó gritar al alcanzar el clímax y derramarse en su interior. Se oyó sollozar mientras Emmy le acariciaba la espalda con una mano y con la otra jugaba con su pelo.

Y durante unos benditos instantes, que tal vez fueran minutos o tal vez fueran horas, se perdió. Por un instante, encontró lo que había buscado con tanta desesperación durante un año, durante más tiempo, y se dejó llevar.



## 9

Emily estaba contemplando las estrellas, la constelación que le recordaba a un cucharón con el mango ligeramente doblado. Yacía inmóvil, en silencio e incómoda, acunando entre sus brazos y piernas el cuerpo demasiado delgado de Ashley, que estaba dormido. Lo abrazaría durante toda la noche si era necesario.

Sabía que se había engañado. Sabía que había ido en su busca porque lo amaba. Sabía que había ido a consolarlo. Lo sabía y había admitido todas esas verdades antes de salir de la casa. Pero, en ese momento, era consciente de que había ido con el único propósito de ofrecerle consuelo, de entregarse a sí misma si eso era lo que él necesitaba. Y en el fondo sabía que su simple presencia no sería consuelo suficiente, como lo fue antes. Sabía que el paso de los años supondría una enorme diferencia. El cambio ya estaba gestándose mucho antes, siete años antes, cuando él la dejó. En aquel entonces, Ashley empezaba a ser consciente de ella como mujer y así fue como desapareció la posibilidad de una simple amistad entre ellos.

Por supuesto, ella siempre lo había querido como una mujer quería a un hombre. A los catorce años ya sabía que el amor que sentía por él la afectaba por entero: cuerpo, alma y emociones.

Esa noche había ido a buscarlo para entregarle su cuerpo a fin de ofrecerle consuelo si eso era lo que él necesitaba.

Y, de esa forma, había traicionado la promesa que se había hecho esa misma mañana. Y lo peor de todo, mucho peor que lo anterior, era haber roto la otra promesa. Había involucrado a otra persona en su traición. A otras

personas. Pensó en su familia y en la de lord Powell. Esa mañana había escrito una carta que ya había enviado.

Al día siguiente experimentaría un remordimiento amargo. Viviría con la culpa y con el remordimiento durante el resto de su vida. Dudaba mucho de que pudiera perdonarse algún día.

Porque todo era culpa suya. Todo. Ashley había sido honesto con ella. No solo le había ofrecido la oportunidad de ponerle fin al momento y de que regresara a la casa, sino que además la había alentado a hacerlo, más de una vez. Y ella no podía declararse inocente. En el fondo sabía lo que iba a pasar, lo había sabido casi desde el primer momento. Tal vez antes del primer momento. Tal vez lo sabía desde que salió de su dormitorio.

Había sido distinto de lo que imaginaba. No había sido una unión dulce ni romántica. Había sido doloroso. Desde el primer momento hasta el último. Desde que él la penetró. Le había parecido demasiado grande para acogerlo. Todavía se sentía dolorida. Ashley seguía en su interior, aunque su invasión ya no le resultaba incómoda. No habían compartido emociones, ni ternura, tal como había soñado que habría durante un acto tan íntimo. No había sido un acto de amor, no en el sentido romántico al menos. Mucho se temía que él no lo había disfrutado. Claro que no lo habían hecho para disfrutar.

No se arrepentía. No le parecía algo inadecuado. Pero sí *reflexionaba* sobre la culpa que sentía y sobre la pena que le provocaba pensar en las personas inocentes a las que había ofendido con lo que había hecho esa noche. Pero no se arrepentía.

Ashley estaba tranquilo. Al menos durante esos momentos, estaba tranquilo.

Pensó en la pena y en la culpa que aún lo atormentaban después de un año. En el amor que había debido de sentir para dejar a su paso semejante vorágine de oscuridad. «Era preciosa, Emmy... ¿Acaso fue extraño que me enamorara de ella por completo?»

Siguió contemplando las estrellas mientras le masajeaba el cuero cabelludo con gesto distraído.

Hasta que se percató de que Ashley estaba despierto. Sintió la tensión de su cuerpo, la vibración de su pecho. Había dicho algo. Salió de su cuerpo y se colocó de costado, a su lado, tras lo cual le pasó un brazo por debajo de la cabeza. El aire frío le acarició el cuerpo desnudo, pero él se encargó de cubrirla con su gabán. Podía verle la cara perfectamente a la luz de la luna.

Ashley la miró un buen rato sin hablar y luego dijo:

—Emmy, esta noche me has dado un regalo inmenso y audaz. No puedo criticarte. Tu enorme generosidad me conmueve. Pero desearía haber podido controlar mejor mis deseos. Siempre me arrepentiré de lo que te he hecho.

No, eso no. Nada de arrepentimientos. Había sucedido. Y había sucedido porque él la necesitaba y esa necesidad había tomado forma física. Ella había ido a ofrecerle consuelo, no más culpa. No, nada de arrepentimientos. Y mucho menos si eran para siempre. La eternidad era muy larga.

—No —añadió él—. Sé que jamás me culparás, Emmy. Nunca lo has hecho. Nunca has pedido nada para ti, ¿verdad, Emmy? Has alentado mi egoísmo y yo me he aprovechado de lo que me ofrecías sin pensar. Lo hacía antaño y lo he vuelto a hacer esta noche. Bueno, pues ahora me toca a mí. Durante el resto de mi vida.

Aunque no pudo captar todas las palabras que él decía, sí que captó su expresión amarga. Pero no le dio opción a replicar. Se apoderó de sus labios, sin separar los suyos, y la besó de esa forma durante un buen rato, con una mano sujetándole la cabeza.

—Te he hecho daño —dijo por fin cuando se separó un poco de ella.

Emily no replicó. Solo había sido un dolor físico. En realidad, no le había hecho *daño*.

Ashley le colocó un pañuelo en una mano, pero ella lo miró sin comprender. De manera que se lo quitó y fue él quien lo usó. Se lo colocó

entre los muslos, un lugar que todavía sentía dolorido y palpitante, y limpió lo que ella supuso que sería sangre, tras lo cual lo dobló y volvió a acercárselo, aunque esa vez lo usó para hacer presión y así aliviarla.

Emily apoyó la cabeza en su torso y cerró los ojos. La vibración de su pecho la consolaba, aunque no entendiera lo que estaba diciendo. De haber sido importante, la habría invitado a levantar la barbilla para que pudiera verle los labios. Empezó a masajearle el cuero cabelludo, tal cual ella había hecho unos minutos antes.

Se preguntó cómo sería el futuro después de que hubiera sucedido eso entre ellos. Se preguntó si sería más o menos soportable que los siete años transcurridos. Pero de repente comprendió que se estaría engañando si pensaba, aunque fuera un instante, que sería más soportable. En ese momento, lo conocía con el cuerpo y con el corazón. Lo había amado con su cuerpo. Se había entregado por completo a él, pero había sido su cuerpo lo que él había tomado, al penetrarlo y amarla como a una mujer.

No se arrepentía. Sabía que al día siguiente, y tal vez durante el resto de su vida, se arrepentiría amargamente de muchos aspectos de lo que había sucedido esa noche. Pero sabía, con la misma certeza, que jamás se arrepentiría de amar a Ashley. Con su cuerpo y con cualquier otra parte de sí misma. Siempre lo había amado. Y siempre lo amaría.

Sin darse cuenta de lo que sucedía, se quedó dormida.

Ashley supuso que Emmy había dormido más o menos una hora. Tal vez dos. A pierna suelta. Tal como podía imaginar que dormiría, tranquila, relajada y a gusto.

Pero al final se despertó, lo miró, sonrió, aunque sabría Dios cómo podía sonreírle después de que se hubiera aprovechado de ella de semejante manera, y se alejó de él para sentarse y ponerse la camisola y el vestido. Él se colocó la ropa, sacudió el gabán y la capa, le colocó esta a Emmy sobre los

hombros y se la abotonó en el cuello. Después, se puso el gabán y abrió la marcha entre la arboleda de regreso a la casa.

Al llegar al prado, sopesó la idea de enviarla a ella por delante y vigilar para que llegara a la casa sana y salva, *¡sana y salva!*, pero descartó la idea. Si los veían juntos, ¿qué diferencia iba a suponer de todas formas? Al día siguiente, todo debía cambiar. Caminó a su lado, sin tocarla, sin hablar. No había dicho ni una sola palabra desde que ella se despertó.

La llevó hasta la puerta de su dormitorio y se la abrió. Pero no había bastante luz para que ella pudiera leerle los labios. La abrazó y la besó. Sin pasión. Solo fue un abrazo de buenas noches.

—Gracias, Emmy —le dijo después, aunque sabía que ella no podía oírlo—. Por lo que intentaste hacer y por lo que has hecho, gracias. Buenas noches, cervatilla.

Se apartó de ella y esperó hasta que Emmy cerró la puerta entre ellos.

Se pasó el resto de la noche mirando por la ventana de su dormitorio, sin desvestirse.

Había deshonrado a Emmy.

Aunque la oscuridad había engullido su vida durante los últimos tres años, acababa de caer en lo más bajo. Se había aprovechado de la inocencia más dulce y deslumbrante, y la había destruido, sumergiéndola con él en la oscuridad.

Y tal vez ella ni quisiera lo supiera todavía.

¡Emmy!

El conde de Royce había salido a pasear con su esposa, su hijo y algunos de sus sobrinos hasta la colina que se alzaba detrás de la mansión. Ashley estaba paseando por uno de los bancales cuando regresaron. Rehusó la insistente invitación de los niños para jugar y Constance, tras disculparse con la mirada, los llevó a todos al interior. Victor los habría seguido después de saludarlo

con una amigable inclinación de cabeza, pero Ashley se lo impidió.

—Royce, si me permites, me gustaría hablar un momento contigo —le dijo.

—Desde luego. Será un placer —replicó Victor, que se dispuso a pasear por el bancal en vez de acompañar a su esposa y a los niños al interior. Compuso una expresión de serena compasión.

—En un lugar más privado —añadió Ashley—. Luke ha salido a cabalgar. Su gabinete estará desocupado.

—Desde luego. —Victor pareció sorprendido, pero lo siguió de buena gana.

Ashley cerró la puerta del gabinete y esbozó una sonrisa torcida mientras se apoyaba en ella.

—Lo que voy a decirte te va a resultar muy chocante —comenzó—. Sobre todo, habida cuenta de los acontecimientos de ayer. Pero debo pedirte la mano de Emmy.

Victor, que estaba a punto de sentarse, cambió de idea.

—Emily —dijo—. ¿Su mano?

—En matrimonio. —Ashley se llevó las manos detrás de la espalda y las unió.

—En matrimonio. —El conde parecía no entenderlo—. Ya está comprometida. Con Powell.

—Pero se casará conmigo —repuso Ashley en voz baja—. Es mayor de edad. No necesito tu permiso salvo como mera cortesía. Pero debemos hablar de las capitulaciones matrimoniales. Estoy dispuesto a ofrecerle el tipo de vida que puede esperar la hija de un conde.

Victor pareció recobrase. Frunció el ceño.

—Kendrick, Emily está comprometida —reiteró—. El compromiso se anunció ayer. Tú estabas presente. Un compromiso es tan vinculante como un matrimonio. Además, llevas menos de dos días en Bowden Abbey. Llegas un poco tarde para hacer semejantes maniobras, ¿no?

Sus modales eran más tensos, más críticos. Le resultaba difícil creer que Royce era más joven que él, pensó Ashley. Las responsabilidades de su posición y de su familia le habían otorgado una fachada que lo hacía parecer mayor.

—El compromiso debe romperse —dijo Ashley—. Se casará conmigo.

—Kendrick —replicó Victor, que a esas alturas parecía genuinamente irritado—, soy consciente de que has sufrido una pérdida dolorosa y de que el regreso a casa, con las noticias que has tenido que transmitir, te ha provocado una gran tensión durante los últimos días. Pero...

—Pero ella se *casará* conmigo —insistió Ashley—. Emmy no tiene alternativa. Ni yo.

El conde de Royce se quedó petrificado y lo miró en silencio un instante antes de acercarse a él.

—¿Qué quieres decir exactamente con eso? —quiso saber.

—Justo lo que crees que quiero decir —respondió.

Lo vio con claridad. Podría haberlo evitado sin problemas. Pero no se movió, ni siquiera separó las manos que tenía a la espalda. Se golpeó la parte posterior de la cabeza con la puerta y el dolor se extendió por la parte derecha del mentón, llegando incluso a perder la visión un momento. Mantuvo las manos donde las tenía.

—¡Canalla! —exclamó Royce con desprecio y furia—. Kendrick, te las verás conmigo por esto.

—Como gustes —repuso Ashley—. Pero tal vez lo más sensato sería hablar del asunto. Si sobrevivo al duelo, las cosas no habrán cambiado. Si muero y Emmy sufre... consecuencias, se encontraría en una posición insostenible.

Observó al conde de Royce mientras este se esforzaba por controlar la furia y consideraba la lógica de lo que acababa de decir. Lo vio respirar por la nariz con ímpetu.

—¿La has forzado? —le preguntó.

Ashley no le contestó de inmediato.

—Que sea ella quien lo diga —respondió—. Debes preguntarle a Emmy. Pero su respuesta no cambiará nada. Nos casaremos.

—Es posible que a Powell le importe menos que a mí si vives o mueres — señaló Victor.

Ashley inclinó la cabeza.

—Está en su derecho —repuso—. Iré a hablar con él en cuanto salga de aquí.

—¡No! —exclamó Victor con brusquedad—. Kendrick, yo lo haré.

Ashley sopesó la idea y asintió con la cabeza.

—En ese caso, procedamos con los detalles —dijo al mismo tiempo que señalaba el escritorio, situado en el otro extremo de la estancia.

Pero Victor no se volvió.

—Tendrás que disculparme, pero voy a posponer esta conversación hasta más tarde —replicó—. Cuesta asimilar todo este asunto. Y, que me aspen, pero también cuesta aceptarlo. ¿Acabas de salir del periodo de luto por tu esposa y aun así le robas la esposa a un hombre decente y delante de sus narices, para más inri?

Ashley levantó la cabeza, pero no respondió.

—Si me disculpas... —añadió Victor con voz gélida.

Ashley se apartó de la puerta, pero le advirtió:

—No permitiré que Emmy reciba acusaciones desagradables. Ahora está bajo mi protección y no permitiré que nadie la inquiete.

El conde de Royce aferró el pomo de la puerta y, sin apartar la mirada de él, dijo:

—¡Caray! Si fueras un hombre, habrías estado al lado de tu esposa y de tu hijo. Los habrías salvado de las llamas o habrías muerto con ellos.

Ashley no replicó. El mentón le palpitaba como si tuviera un dolor de



muelas gigantesco. No se lo tocó.

Emily encontró a lord Powell en el comedor matinal, charlando con Charlotte y Jeremiah. Les sonrió a todos y le hizo un gesto a lord Powell para que la acompañara. Él salió de la estancia detrás de ella, un tanto avergonzado, mientras Charlotte le dirigía una mirada pícaro y Jeremiah contemplaba la escena con desaprobación.

Emily se dirigió a la biblioteca, abrió la puerta antes de que lord Powell o algún criado pudiera hacerlo por ella y esperó en el interior para cerrarla. Lord Powell parecía muy incómodo a esas alturas.

—Buenos días, querida —le dijo a la vez que extendía las manos hacia ella—. Qué alegría que me salude a solas, pero no debemos permanecer solos mucho tiempo. Estamos meramente comprometidos. —Le sonrió.

Ella no le devolvió la sonrisa ni le tomó las manos. Introdujo la mano a través de la abertura de la saya para acceder a la faltriquera y sacó la carta que había escrito esa mañana nada más despertarse. Se había sorprendido mucho al descubrir que había dormido, varias horas al parecer. Se despertó dolorida, incómoda y con un gran peso en el corazón.

El remordimiento que había anticipado la noche anterior había aparecido, en toda su gloria. Culpa, tristeza y vergüenza la habían atacado desde todas las direcciones. Pero se había negado a quedarse acostada, regodeándose en cualquiera de ellas. Fue consciente mientras hacía lo que hizo. Sabía cuáles serían las consecuencias. No tenía derecho a alimentar su sufrimiento. No tenía derecho a sufrir.

Así que había escrito una carta. Y después dos más.

Le entregó la primera carta a lord Powell y notó con una dolorosa punzada que parecía complacido.

—¿Para mí? —le preguntó—. Lady Emily, ¿me ha *escrito* una carta?

No había previsto que él pensara que se trataba de una carta de amor o algo

por el estilo. Bajó la mirada un instante, pero no se permitiría semejante consuelo. Lo observó mientras desdoblaba el pliego de papel y lo leía, y después vio cómo sus ojos buscaban de nuevo el comienzo para leerla de nuevo. Su rostro no expresaba emoción alguna.

Recordaba todas y cada una de las palabras que había escrito. Había tardado una hora en hacerlo. Las palabras, aun para escribirlas, le resultaban difíciles de encontrar.

Milord:

Perdóneme si puede. Me es imposible seguir con el compromiso. No puedo casarme con usted. La culpa no es suya, es toda mía. Les he escrito a mi hermano y al duque de Harndon para comunicárselo también.

Sintiéndolo mucho,

EMILY MARLOWE

Los ojos de lord Powell buscaron los suyos y sostuvieron su mirada.

—¿Por qué? —quiso saber.

Ella se limitó a mirarlo sin comunicarse.

—Ha hecho una promesa —le recordó él—. Tanto lord Royce como yo hemos firmado las capitulaciones. Se ha anunciado el compromiso a su familia y a la mía.

Emily se mordió el labio.

—¿Es por miedo? —le preguntó lord Powell—. ¿Miedo por dejar este lugar, donde todos la quieren y la entienden? ¿Miedo porque su afección le ocasione innumerables problemas al vivir entre desconocidos? ¿Es eso?

No. Había sentido ese miedo, pero había estado dispuesta a aceptar el desafío. Negó con la cabeza.

—Entonces, ¿por qué? —insistió él, que había fruncido el ceño a esas

alturas—. Hace dos noches me dio el sí. Ayer lo reiteró. ¿Por qué de repente es un no esta mañana cuando ya es demasiado tarde para dicho no? Debe de haber un motivo. Escríbame. —Eché un vistazo por la biblioteca y se acercó al escritorio emplazado junto a la ventana. Tras coger un pliego de papel, comprobó el plumín de una pluma, que introdujo en el tintero, y se lo ofreció todo a ella.

Emily se acercó con renuencia y aceptó la pluma que le tendía. ¿Qué había dicho tan rápido y tan enfadado? ¿Qué quería de ella? ¿Cómo iba a ser capaz de ordenar sus pensamientos y emociones en palabras? La escritura le resultaba casi tan imposible como el habla. Su mente no pensaba con palabras.

«No puedo», escribió. Pero él ya sabía eso. Se merecía algo más. Deseó poder explicarse, pero no podía.

—¿Por esto? —preguntó lord Powell—. ¿Porque es muda? ¿Porque es sorda? Ya lo sabía antes de venir a Bowden Abbey. Estaba preparado para aceptarla como futura esposa antes de conocerla. Salvando ambas cosas, es usted adecuada en todo. Explíquese.

Emily percibía que la ira que asomaba a su rostro era casi explosiva.

«Lo siento», escribió tras mojar la pluma de nuevo en el tintero. Mantuvo la vista clavada en el papel. No podía seguir con la conversación..., si acaso podía llamarse así. Si seguía, ese enfurecido y desconcertado rostro quedaría grabado en su memoria y recordaría su humillación durante días o semanas. Tal vez más. No se hacía ilusiones al respecto.

Lo que le había hecho a ese hombre era imperdonable. Jamás se lo perdonaría. Ni siquiera podía aferrarse a la excusa de que la emoción la había embargado hasta el punto de no pensar en las consecuencias ni en las implicaciones de lo que estaba haciendo.

Fue consciente de todo mientras lo hacía.

Pero él no había acabado con la conversación. Le colocó la mano en la

barbilla, la instó a levantar la cabeza e incluso se la ladeó para que captara la luz que entraba por la ventana. Emily vio que había empezado a llover. Esa mañana, el cielo amenazaba lluvia. Unos nubarrones grises ya habían comenzado a cubrir el cielo cuando estaba en el exterior, contemplando las estrellas.

—Hay alguien más —dijo lord Powell cuando ella por fin posó los ojos a regañadientes en sus labios—. Debe de haberlo. Y no hace falta ser un genio para comprender quién debe de ser. Lord Ashley Kendrick.

Ella frunció el ceño, cerró los ojos y negó con la cabeza. Pero lord Powell le aferró el mentón con más fuerza y la instó a levantar la cabeza hasta dejársela en un ángulo incómodo. Emily abrió los ojos de nuevo.

—Bailó con usted —le recordó—. Le cedió la pieza que me había prometido a mí. No tuvo más que sonrisas para él. La llama «Emmy». Creía que el cariño que se demuestran es fraternal. Pero empiezo a pensar que he sido un tonto. Claro que él no se casará con usted. Es el hijo de un duque. E inmensamente rico, según he oído durante los dos últimos días. De algún modo, está por encima de mí, lady Emily. Buscará algo más que lo que yo busco en una esposa. Además, enviudó hace poco más de un año y parece desolado por la pérdida. ¿Tal vez sueña usted con consolarlo y ocupar el lugar de su primera esposa?

Ver la burla en su rostro fue doloroso para Emily. No era una expresión agradable ni favorecedora. Y la culpable era ella. No acertaba a comprender lo que le estaba diciendo. Solo captaba el dolor y la humillación subyacentes tras sus palabras.

—Tal vez —siguió él— acepte el consuelo si se lo ofrece de forma lo bastante clara. Pero no se casará con usted. Se arrepentirá de no haberme aceptado mientras tuvo la oportunidad. Me iré de esta casa antes de que acabe el día. Créame, no veo la hora de hacerlo.

Por fin le quitó la mano de la barbilla. Le hizo una rígida reverencia antes

de pasar a su lado. Emily ni siquiera se volvió para verlo salir. Bajó la cabeza y clavó la mirada en la alfombra que tenía bajo los pies, sin ver nada.

# 10

Emily no estaba en la cascada, aunque fue hasta allí a buscarla pese a la lluvia. No estaba en la habitación infantil, donde los niños jugaban con entusiasmo. La encontró en el invernadero, sentada entre las frondosas plantas que crecían en las macetas, casi oculta por las hojas. Ni siquiera alzó la vista cuando él se colocó en su línea de visión.

Se detuvo para mirarla durante un buen rato, sin intentar siquiera hablar con ella. Esa mañana llevaba el pelo muy bien peinado. Cepillado y recogido en un moño en la coronilla. No llevaba cofia. Sí se había puesto la cotilla y un tontillo pequeño debajo de un vestido a la francesa sencillo. Estaba pálida, pero su expresión era serena. Tenía las manos unidas sobre el regazo.

Recordó la niña exuberante y sonriente que salía en tromba por las puertas como si fuera una potrilla... o una cervatilla. Recordó su mirada risueña y confiada mientras lo veía hablar. Recordó su mano cálida y receptiva; su alegre paciencia mientras le arreglaba las plumas cuando él trabajaba para Luke. La querida Emmy. Aquella niña dulce.

En eso se había convertido. En esa mujer pálida, serena y hermosa. Eso era lo que él le había hecho. Aún no acababa de creer que todos los tiernos sentimientos fraternales que siempre había albergado por ella se hubieran convertido en una lujuria desenfrenada la noche anterior. Había intentado luchar contra ella, cierto. Le había aconsejado que se fuera en varias ocasiones. Pero la culpa de lo sucedido era solo suya. Emmy solo tenía dos defectos: su gran inocencia y su inconmensurable generosidad. Lo había visto sufrir y había ido a consolarlo.

No había entendido que ya no podía recibir consuelo de su persona tal como lo hacía antaño. Sin embargo, cuando por fin lo entendió, no se asustó. Se lo ofreció de todas formas. Le ofreció el regalo más grande de todos.

Y, en ese momento, su compromiso, su futuro y su vida se habían hecho añicos. Entre Powell y ella existía cierto cariño, tal vez incluso algo más.

Recordó con gran bochorno cómo se había aprovechado de ella la noche anterior. Recordó qué sintió al penetrarla, la brusquedad con la que se había comportado. Cómo había tomado lo que quería sin entregar nada a cambio. No quería esos recuerdos de Emmy. No quería recordar la lujuria que lo había abrumado, la pasión desatada que había sentido al estar en su cuerpo hasta el punto de volverse loco de deseo. Quería los recuerdos tiernos, no la cruda realidad.

Se acuclilló delante de ella y la miró a la cara. Ella le devolvió la mirada sin flaquear, aunque se puso colorada.

—Emmy —le dijo—, ¿cómo estás? —Una pregunta ridícula. ¿Cómo iba a estar?

Sus labios esbozaron una sonrisa fugaz.

—¿Estás dolorida? —le preguntó, sin caer en la cuenta de la ambigüedad de sus palabras incluso después de pronunciarlas. Se refería al dolor físico. Recordaba lo largo que se le había antojado el instante de la penetración hasta que rompió la barrera de la virginidad. Recordaba el vigor involuntario con el que la había poseído hasta alcanzar el clímax, poco después de haberse adentrado en su virginal cuerpo.

Ella negó despacio con la cabeza. Ashley sintió un alivio fugaz, pero supuso que no iba a admitir que sentía malestar o dolor, aunque así fuera. En caso de que se sintiera dolorida, al menos debería sentir el consuelo de que esa fuera la mañana posterior a la noche de bodas.

Debería haber sido Powell quien...

—No te insultaré pidiéndote perdón —dijo—. Lo que hice fue

imperdonable.

Un súbito brillo le iluminó los ojos y la vio negar con la cabeza de forma vehemente.

—Sin necesidad de preguntarte —siguió él—, Emmy, sé que te consideras tan culpable como yo. Pero no lo eres. Fuiste para ayudarme. Pese a la felicidad que te embargaba ayer, te diste cuenta de que yo estaba triste. Así que anoche quisiste consolarme... tal como acostumbrabas a hacer cuando eras poco más que una niña. Tu generosidad no conoce límites y yo cometí la canallada de aprovecharme de ella. Y ahora he destrozado tu felicidad. ¿Tienes intención de seguir con el compromiso?

Ella frunció el ceño de esa forma tan característica que indicaba que se le estaba hablando muy rápido o que las frases eran muy largas. Pero entendió la pregunta final. Negó con la cabeza.

—¿Ya has hablado con Powell? —le preguntó.

Ella asintió con la cabeza. Sus enormes ojos tenían una mirada triste.

—Pobre Emmy —dijo—. Lo siento mucho. Me pregunto cómo lo has hecho. Pero siempre has sido capaz de comunicarte cuando has querido hacerlo. Ya he hablado con tu hermano.

Sus ojos le hicieron la pregunta. Todavía no lo entendía, por supuesto. Su sentido del honor la había llevado a ponerle fin al compromiso, pero todavía no entendía todas las implicaciones. Tal vez había pensado que podía retomar tranquilamente su antigua vida.

—Esperaré un poco, pero hoy mismo hablaré con las demás personas —siguió, hablando más despacio—. Luke. Tu hermana... Tus hermanas. Tal vez con tu cuñado, el párroco. Y me quedaré hoy para prestarte apoyo moral. Pero me marcharé mañana al alba. Pasado mañana debería estar de vuelta con una licencia especial. Podemos celebrar la boda dentro de tres días.

La vio abrir los ojos de par de par, atónita y sin dar crédito. Negó con la cabeza.



Ashley apoyó una rodilla en el suelo.

—Sí —la contradijo—. Sí, Emmy. Nos casaremos.

Emmy intentó ponerse de pie, pero él estaba demasiado cerca y se lo impidió. Se sentó de nuevo.

«No —le dijo—. No, no y no.»

Sus ojos no le explicaban el motivo, solo le transmitían la férrea negativa.

Ashley esbozó una sonrisa un tanto amarga.

—Emmy, ¿lo amas? —le preguntó—. ¿Lo *amas*? Ayer mismo, tu futuro era el de tener un final feliz a su lado. Mi regreso al hogar ha sido aciago para ti. Pero todo eso no importa, porque lo que debemos hacer está claro. Dentro de tres días serás lady Ashley Kendrick. Volverás a ser respetable.

La simple idea de que Emmy no fuera respetable resultaba ridícula. En sus ojos brillaba la inocencia, pese a lo sucedido la noche anterior.

«No», repitió ella. Pero, a esas alturas, sus ojos y sus expresivas manos decían algo más. No necesitaba hacer lo que estaba haciendo. Ella se había entregado libremente. Ni quería ni esperaba nada a cambio. No era necesario hacer nada.

—Emmy —dijo él, y la tocó por primera vez. Le rozó el dorso de la mano con la yema de los dedos—. Anoche te arrebaté la virginidad. Tu hermano se ha enterado esta mañana. Todos los presentes en esta casa y en Wycherly Park lo sabrán antes de que acabe el día. Por culpa de mi vileza, hoy eres una mujer caída en desgracia. —Ashley era consciente de la absurdidad de sus palabras... y de la verdad que transmitían—. Debes permitirme hacer lo honorable.

Vio que Emmy le miraba el mentón, donde ya debía de estar apareciendo la magulladura. Y después vio cómo se le llenaban los ojos de lágrimas y supo que debía esperar. No podría haber conversación, no habría comunicación mientras ella no pudiera ver. Sin embargo, contuvo las lágrimas.

Emmy lo quería, estaba seguro. Solo el amor más profundo podía motivar

lo que hizo la noche anterior. Pero no era un amor sexual, aunque esa era la forma que había tomado, paradójicamente. Emmy no lo quería como una mujer quería a un hombre. Su amor era más puro que eso... y él lo había mancillado. Y en ese momento debía encadenar ese amor a su persona y tal vez destruirlo, y destruirla a ella, en el proceso.

Y así acabaría destrozándose a sí mismo. Había sido el receptor de un amor incondicional y de forma egoísta lo había exprimido hasta agotar su vida y su alegría. Siempre llevaría ese peso encima. Un peso enorme.

—¿Me has entendido? —le preguntó cuando comprobó que las lágrimas habían desaparecido. Debía entender que no tenían alternativa—. Nos casaremos. Mi simiente puede fructificar.

Vio cómo por fin asimilaba esa posibilidad, lo que hizo que se sonrojara. Vio cómo su mente comprendía por fin las posibles consecuencias. Habían yacido como marido y mujer, y tal vez habían engendrado un niño. Él mismo encontraba la idea vertiginosa, y eso que había admitido dicha posibilidad mucho antes.

Pero Emmy no. No con Emmy.

No podía pensar en ella en esos términos. No quería pensar en ella de forma sexual. No la quería como esposa, como mujer. La quería demasiado. La pasión sexual y el matrimonio eran inmundos.

Emmy inclinó la cabeza y se miró las manos durante mucho rato. Cuando lo miró de nuevo, sus ojos no le dijeron nada. No parecían los ojos de Emmy. Había un vacío en ellos, como si se hubiera encerrado para alejarse de él.

Fue el peor momento de todos.

Pero Ashley supuso que había aceptado lo inevitable. Le cubrió las manos con las suyas.

—Emmy, nos casaremos dentro de tres días —le dijo con una sonrisa—. No será tan malo, ya lo verás. Dedicaré mi vida a hacerte feliz.

Ella negó despacio con la cabeza, con esa ausencia de expresión en los

ojos.

—¿Crees que no sería capaz de hacerlo? —le preguntó él.

Emmy negó de nuevo con la cabeza. Pero él sabía que no estaba contestando a su pregunta.

—¿No te casarás conmigo? —puntualizó.

«No —le dijo ella con firmeza. No iba a casarse con él. Hizo un gesto con las manos, alejándolas de su cuerpo. Le estaba diciendo algo que jamás le había dicho con anterioridad—. Aléjate de mí. Vete.»

Lord Powell se marchaba. Desde luego, no había tardado mucho en hacer el equipaje y mandar que le prepararan el carruaje. Luke y Anna habían salido a despedirlo. Luke con expresión muy seria y Anna con lágrimas en los ojos. Ashley hizo todo lo posible para mantenerse fuera de la vista. Era la última persona que cualquiera de los tres querría ver en esos momentos. Aunque en parte esperaba que Powell lo retara a duelo, al final no lo hizo. Tal vez, después de todo, no estuviera al tanto del verdadero motivo que había puesto fin a su compromiso.

Pero Luke y Anna sí debían de saberlo. Cuando entraron, los estaba esperando bajo el arco de la escalinata. Anna se mordió el labio inferior al verlo.

—Ashley —dijo—. Ay, Ashley, ¿qué has hecho? —No había crítica alguna en sus ojos, solo una enorme tristeza.

—Anna, hazme el favor de irte a tus aposentos —le dijo Luke—, donde podrás estar tranquila. Dentro de un rato me reuniré contigo. Ashley, tú y yo vamos a dar un paseo fuera.

Había una gélida e imperiosa nota en su voz. En ese momento era el duque de Harndon, el hombre que durante diez años habían respetado y temido en París por su habilidad con la espada y la pistola. Anna desapareció sin mediar palabra.

Pasearon en silencio bajo la lluvia, que se había convertido en una llovizna fría y continua. Luke llevaba un gabán. Ashley, no. El agua se le colaba por debajo de la casaca, le mojaba la chupa bordada y la camisa. Tenía empapado el pelo, recogido en una bolsa de seda en la nuca. Pero él no lo notaba. Rodearon la casa, dejaron atrás la colina y se internaron en la propiedad abandonada que se extendía entre la colina y el río. Desde la casa no podían verlos.

Luke se detuvo y se quitó el gabán. Lo dejó al descuido en el suelo y después se quitó la casaca y la chupa. Ashley lo observaba con una sonrisa torcida en los labios.

—Quítate los tú también —le ordenó con voz gélida—. Voy a hacerte picadillo.

—No pienso pelear contigo —repuso Ashley en voz queda.

—¿Como tampoco lo hiciste con Royce? —replicó Luke—. Supongo que el moratón es cortesía de mi cuñado. Hace un rato, cuando vino a hablar conmigo, me percaté de que no había señales de violencia en su cara. Muy bien, pues. Puedes aceptar tu castigo sin defenderte si así lo deseas.

Ashley solo participó en una pelea durante los minutos siguientes. La que libró consigo mismo para mantenerse en pie, para no dejarse tentar por la cobardía de tirarse al suelo a fin de evitar el castigo de los puñetazos de su hermano. Había apretado los puños a ambos lados del cuerpo, pero no los usó. No tardó en descubrir que la fuerza de Luke no había mermado con el paso de los años, aunque ya superaba la treintena.

A la postre, Luke lo agarró por las solapas de la chupa y lo estampó de espaldas contra el tronco del único árbol que crecía en la yerma extensión de tierra.

—¡Es la *hermana* de mi mujer! —masculló—. Está bajo mi protección. Sin embargo, mi propio hermano la ha forzado debajo de mis narices y la ha deshonrado. Ashley, da gracias de que puedas salir con vida de esta. Y el

único motivo de que sea así es porque ella necesita tu protección y porque no puedo privarla de ese dudoso consuelo.

Ashley guardó silencio. Estaba concentrado en el dolor físico que sentía, un alivio que abrazó gustoso, porque así olvidaba un dolor aún mayor.

—Pero te juro por mi vida, *hermano* —siguió Luke—, que como la maltrates, como le provoques la menor angustia, tu vida llegará a su fin. No voy a preguntarte si me has entendido o no. Sé que lo has entendido perfectamente.

Lo soltó como si el simple contacto pudiera contaminarlo y le dio la espalda. Tras agacharse para recoger la casaca, se la puso de nuevo.

—Me ha dicho que no se casará conmigo —le dijo Ashley en voz baja.

Luke se detuvo mientras se agachaba para coger el gabán. Se volvió para mirarlo por encima del hombro.

—¿Cómo? —le preguntó.

—Me ha dicho que no —repitió Ashley—. Se niega rotundamente. Insistiré, por supuesto, pero de alguna manera tengo la impresión de que no piensa ceder.

Luke se acercó a él y examinó el trabajo que habían hecho sus puños. Ashley no volvió la cara ni intentó limpiarse la sangre que goteaba por su nariz y le manchaba la corbata.

—Bueno, querido —repuso Luke—, tal vez así recibas tu justo castigo. No al casarte con la mujer a la que has deshonrado, sino al verte obligado a *no* casarte con ella. Siempre he sentido un enorme respeto por Emily. Dicho respeto acaba de multiplicarse por diez.

Se dio media vuelta y echó a andar en dirección a la mansión, sin detenerse para comprobar si su hermano lo seguía.

Todos lo sabían o lo sabrían pronto. Toda la familia sabría que había roto el compromiso el día posterior a su anuncio. Porque Ashley había cometido la

ridiculez de hablar con Victor, armado con la ridícula suposición de que iba a casarse con él. Podría habérselo preguntado a ella primero. De esa manera, les habrían evitado a sus familias la sórdida y dolorosa verdad.

Aunque tal vez no. Tal vez habrían sospechado, como lo había hecho lord Powell, los habrían interrogado y habrían insistido hasta hacerlos hablar. Y habrían acabado pensando lo peor de Ashley por haber guardado silencio. Tal vez habrían pensando que estaba intentando evitar la salida honorable.

¡La salida honorable! Emily, que seguía en el invernadero, se miró las manos. Le había dado el sí a lord Powell dos días antes. El día anterior había accedido a que el compromiso se hiciera público. Y esa misma noche... Suspiró.

Se había equivocado de parte a parte. Había pensado que iba a consolarlo. Cuando comprendió lo que Ashley necesitaba, ella ya había emprendido ese camino. Lo había sacrificado todo, incluso la honra, con tal de ofrecerle consuelo. Y había errado de la peor manera posible.

Pero no empeoraría las cosas. No actuaría como una cobarde. No se casaría con él. Ashley. Extendió los dedos sin apartar las manos del regazo. No había una parte de su cuerpo que no le doliera. Ni siquiera los dedos. Le dolía el corazón. El corazón, sobre todo.

Anna fue quien la encontró, mucho más tarde o tal vez solo cinco minutos después. Esa mañana, el tiempo no significaba nada para ella. Su hermana acercó una silla y se sentó a su lado. Era tentador no alzar la vista, permanecer oculta en el interior de su vida privada y silenciosa. De manera que tardó un rato en mirarla. Pero no podía hacerle a Anna más daño del que ya debía de estar sufriendo, se dijo. Anna había sido una madre para ella. Alzó la vista.

La cara de su hermana aún estaba enrojecida por el llanto.

—Emmy —dijo—. Ay, Emmy.

Emily extendió un brazo y le tocó una mano. Pero era demasiado tarde para

ofrecerles consuelo a los demás.

—Lord Powell parecía tenso y muy enfadado, pero sé que por dentro estaba muy dolido —siguió Anna—. Has hecho bien en enfrentarlo cara a cara en vez de dejar que Victor lo hiciera en tu lugar. Te admiro por eso.

Su querida Anna. Siempre tan renuente a condenar. Siempre buscando el bien, aunque no hubiera ni rastro de él. Emily le dio unas palmaditas en la mano.

—Luke acaba de venir a verme —le dijo—. Me ha contado que te niegas a casarte con Ashley. ¿Es cierto, Emmy? ¿Y es cierto que...? —Se encogió de hombros y se puso colorada—. Pero eso no es asunto mío. Le ha dicho a Luke que insistirá. ¿Vas a aceptarlo?

Emily negó con la cabeza.

—Pero tú lo quieres. —Anna le aferró la mano—. Lo has querido siempre. Incluso durante los años que estuvo lejos. Incluso después de que se casara y de que naciera su hijo. Es la única explicación que se me ocurre para... para lo que tal vez sucedió anoche. Ha debido de ser espantoso para ti ser testigo del sufrimiento que con tanta valentía intentó ocultarnos ayer. Emmy, ahora puedes casarte con él. De hecho, muchos dirán que no tienes otra alternativa que no sea la de casarte con él.

Emily negó con la cabeza.

Anna le dio un apretón en la mano.

—En ese caso, apoyaré tu decisión —dijo—. No permitiré que te coaccionen. Siempre te he dicho que no tienes por qué casarte, que puedes quedarte aquí toda la vida. Eres mi hermana, pero siempre te he querido como si fueras mi hija. Solo eras una niña cuando mamá enfermó y, después, cuando murió. Te quiero como a uno de mis hijos, Emmy. Te quiero tanto como a Joy o a los niños.

Ese era el problema, pensó Emily. Ay, ese era el problema. No tendría más alternativa que seguir en Bowden Abbey, siendo una carga durante el resto de

su vida para la gente que tenía sus propias vidas que vivir. Para el hermano de Ashley. Ya no había escapatoria. Había perdido su oportunidad con lord Powell. Había rechazado su oportunidad con Ashley. Y ya no habría ningún otro hombre.

—Vamos a comer algo —sugirió Anna—. Imagino que no has probado bocado en todo el día.

Emily negó con la cabeza. No podía comer. Ni mucho menos podía regresar a la casa y enfrentarse a los demás. Todos lo sabrían a esas alturas. Todos la mirarían, tal vez con censura, tal vez con compasión, tal vez con vergüenza. Todos sabrían que la noche anterior se había entregado a Ashley. Qué público había acabado siendo lo que hicieron en la cascada. Ashley, pensó, sufriría la vergüenza añadida de explicar que ella le había negado la oportunidad de recuperar su honor.

¡Y eso que su propósito era consolarlo!

Anna la dejó, pero al cabo de un rato le envió una bandeja con comida. Emily se comió una manzana y se bebió una taza de té.

—Tendremos que hacerla entrar en razón —dijo Charlotte—. El problema de Emily es que le hemos permitido hacer siempre lo que ha querido por culpa de su afección. Nadie le ha enseñado lo que son las obligaciones. Tal vez deberías explicárselo, Jeremiah. Tal vez a ti te haga caso, habida cuenta de que eres...

—Amor mío, no creo que... —la interrumpió el reverendo Jeremiah Hornsby.

—En caso de que alguien hable con Emily, seré yo quien lo haga —los interrumpió a su vez el conde de Royce con brusquedad.

Todos, salvo Emily y Ashley, se habían reunido en el comedor, aunque apenas si estaban comiendo. Se estaba celebrando una reunión familiar.

—Nadie hablará con Emily —sentenció Anna—. Ya ha tomado una



decisión. Nos vendría bien recordar que es mayor de edad, que ya no es una niña.

—¡Que me aspen! —exclamó lord Quinn—. Mi propio sobrino es el villano de la obra. De verdad os digo que, como aparezca por esa puerta, le parto la cara.

—Theo, hay damas presentes —le recordó Luke.

—¡Válgame Dios, Theo! —exclamó lady Sterne—. ¿No te has dado cuenta de cómo tiene Luke las manos y de que por eso las esconde debajo de la mesa?

Luke torció el gesto y enarcó las cejas.

—Querida —repuso—, ya se lo he explicado. Me raspé los nudillos esta mañana haciendo un poco el bruto con mis hijos y con mis sobrinos, e incluso con alguna sobrina, si mal no recuerdo.

—¡Bah! —exclamó lady Sterne.

—Victor, en ese caso, tienes que hablar con Emily —insistió Charlotte—. Pero debes ser firme con ella.

—Un momentito —terció lord Quinn, que agitó un dedo en el aire para dirigirse a los reunidos en torno a la mesa. Había fruncido el ceño de forma feroz, lo que daba al traste con su habitual expresión afable—. Es mi sobrino quien debe ser firme con ella. Y eso le diré en cuanto lo vea. ¡Por Dios, una niña tan dulce con esos ojos tan expresivos! Sin duda, mi sobrino le ha dado un susto espantoso. Debemos lograr que la convenza de que ha superado el dolor por la desafortunada pérdida de su esposa y de que dedicará su vida a su bienestar. ¿Le ha dicho eso esta mañana, eh? Estoy seguro de que no, como que me llamo Theodore.

—Esto es espantoso —apostilló el reverendo Hornsby— y una mácula en el honor familiar. Compromisos rotos, una seducción, una negativa a aceptar la consecuencia del pecado... Anna, amor mío, disculpadme, pero es Emily quien debe cargar con la culpa de todo. Lord Quinn, no importa cómo se haya

expresado lord Ashley esta mañana. El hecho es que él se ha expresado y le ha ofrecido la salida honorable.

—Tal vez cambie de opinión —replicó lady Sterne—. A las damas les gusta hacerse de rogar. Tal vez lord Ashley olvidó mencionar esta mañana el amor que le profesa. ¡Vamos, no me digáis que no sería un olvido desastroso!

—Tal vez deberíamos dar cuenta de la comida que nos han servido —repuso Luke con un deje hastiado en la voz—. Tal vez deberíamos dejar que las dos personas sobre las que estamos discutiendo organicen sus propias vidas como crean conveniente. —Levantó una mano para silenciar a Charlotte, que acababa de abrir la boca y tomar una bocanada de aire. Por un instante, todos se sorprendieron al ver claramente los nudillos que se había raspado jugando con los niños—. Antes de que acabe el día, yo mismo hablaré con Emily. Creo que ejerzo cierta influencia sobre ella.

—Luke... —dijo Anna, que le tocó el brazo.

—Anna. —Volvió la cabeza para mirarla—. ¿Te apetece un poco de fiambre de ternera con el pan? ¿O prefieres pollo?

# 11

Emily se había puesto el vestido viejo que había escandalizado tanto a lord Powell el día anterior. Se quitó las horquillas y se soltó el pelo, que le cayó por la espalda. Se quitó los zapatos y las medias de seda. El día parecía muy desapacible y frío en el exterior, aunque había dejado de llover. Le daba igual. Bajó por la escalera de la servidumbre, situada en la parte trasera de la casa, y se escabulló por una puerta lateral.

No iría a la cascada. No estaba segura de poder regresar a ese sitio, al lugar donde había cometido el mayor error de su vida. Todos los recuerdos que tenía de Ashley estarían ligados a ese lugar, absolutamente todos. Coronados por el recuerdo de haberse colgado a su cuello como una losa justo cuando intentaba liberarlo de su sufrimiento.

Los regalos eran muy peligrosos, pensó. A veces, se acababa tomando más de lo que se daba.

Corrió en la dirección contraria, por los helados y húmedos prados, entre los árboles cuyas ramas derramaban grandes gotas de agua sobre su cabeza, su cara y sus brazos, y atravesó la pradera que se extendía al otro lado. Siempre le había encantado ese sitio, por todo lo contrario que siempre le había encantado la cascada. La cascada la encerraba en un mundo pequeño e íntimo; la pradera la abría al mundo que tenía delante con esa panorámica ininterrumpida de los campos de labor y de la campiña que veía a lo lejos.

Se quedó de pie un buen rato, contemplando el mundo que había más allá de su persona. Un mundo ordenado, bello y en paz. La hierba estaba húmeda bajo sus pies. Aunque eso no la detendría. Se puso de rodillas y luego se

tumbó boca abajo, con la cara hacia un lado, de modo que pudiera ver la pradera a ras de suelo. Vio la hierba y las flores silvestres tal como ellas mismas se verían, enraizadas en la tierra mientras crecían hacia el cielo, hacia la luz y la lluvia. Podía ver las gotas de lluvia en las briznas de hierba y en los pétalos de las flores.

Después, apoyó la frente en los brazos. Tenía las palmas de las manos pegadas al suelo, con los dedos extendidos. Sentía cómo el mundo giraba a su alrededor. Sentía el latido del universo contra su propio latido. Se quedó tumbada, relajada, mientras disfrutaba de esa conexión.

No sintió alarma, ni inquietud, cuando se dio cuenta de que no estaba sola. Ni siquiera se movió durante un momento. Sabía de quién se trataba. No la molestaría ni se marcharía. A la postre, volvió la cabeza y lo miró. Estaba sentado con las piernas cruzadas en la hierba, a escasa distancia de ella. Su elegante casaca marrón y los calzones que llevaba debajo iban a acabar empapados, pensó. Observó su cara maltrecha: un ojo hinchado y medio cerrado; ambas mejillas magulladas y enrojecidas; un labio roto e hinchado. Victor le había provocado la magulladura que tenía en el mentón. ¿Quién era el responsable del resto? ¿Lord Powell? ¿Luke?

—Luke —le dijo él, como si ella lo hubiera preguntado en voz alta.

Se incorporó y se percató de que el vestido se había oscurecido por la humedad y de que se le pegaba al cuerpo por delante. Daba igual. Dobló las rodillas y se las rodeó con los brazos.

—Te he visto desde mi ventana —explicó él, y la sorprendió al ver que hablaba con las manos con el lenguaje particular que habían empezado a desarrollar hacia tanto tiempo— y te he seguido. Hoy te es imposible encontrar la paz, ¿verdad? —La miró con una sonrisa antes de hacer una mueca y llevarse un dedo al labio.

Emily se preguntó si Luke tendría tan mal aspecto. ¿Por qué nadie había intentado darle una paliza a ella?, se preguntó. Se la merecía mucho más que

Ashley.

—Tenemos que hablar, Emmy —le dijo él, que seguía haciendo gestos—. No se me pasó por la cabeza que pudieras rechazarme. Y por eso le conté toda la historia a Royce, y él se la regaló, encantado, a todos los presentes en la casa. Sin duda alguna, tampoco a él se le pasó por la cabeza esa posibilidad. Te he colocado en una situación muy incómoda..., por decirlo suavemente.

Ojalá dejara de hablarle de responsabilidades. Hizo lo que hizo por propia voluntad. Él le había ofrecido respetabilidad y ella la había rechazado. No le debía nada más. No le debía nada en absoluto. Quería acariciarle con dulzura, con muchísima dulzura, las mejillas magulladas y el labio partido.

—Ah, esos ojos —dijo él—. Hablan alto y claro, pero a veces ni yo soy capaz de traducir su idioma. Y llegamos a inventar gestos para expresar sentimientos y pensamientos más profundos. No es justo que seas tú quien cargue con la responsabilidad de escuchar y de comprender. Recuerdo que una vez te dije que volvería para enseñarte a leer y a escribir. ¿Te acuerdas?

Lo dijo cuando se marchaba. En la mañana más dolorosa de toda su vida, incluso más dolorosa que la de ese día.

—Tal vez —continuó— debería quedarme una temporada, Emmy, y enseñarte. Olvidemos lo de anoche. Olvidemos lo de esta mañana. Solo ser buenos amigos de nuevo. Hermanos, como antes.

Ella esbozó una sonrisa triste. Sin embargo, se señaló con un dedo, extendió las manos por delante de ella y empezó a leerlas como si fueran un libro. Acto seguido, mojó una pluma imaginaria en un imaginario tintero y escribió una palabra imaginaria con una floritura. Lo miró de nuevo.

—Ya sabes leer y escribir —dijo—. ¿Quién te ha enseñado, Emmy? ¿Fue Luke?

Sí, Luke.

—Maldito sea —masculló.

Ella se encogió de hombros.

—Así que ya no puedo hacer nada por ti, ¿verdad? —le preguntó—. La fuerte e independiente Emmy. Siempre has sido igual. Siempre fue una ridícula estupidez creer que eras débil y vulnerable solo porque no puedes oír o hablar, pero muchas personas así lo creyeron. Y seguramente siguen creyéndolo. Tal vez yo debería preguntarte qué puedes enseñarme. Siempre pensamos en enseñarte algo, Emmy. Enseñarte a comunicarte. Quizá nosotros deberíamos aprender... y aprender a no comunicarnos o a hacerlo por otros medios. Eso da que pensar. Quizá podemos aprender tu serenidad si pudiéramos compartir tu silencio. ¿Qué se siente? Para ti no es una afección espantosa, ¿verdad? Le has encontrado sentido al silencio. Eres casi un ser distinto. Creo que posees la personalidad más fuerte de todas las personas a las que he conocido.

Ashley había dejado de hacer señas. Y había hablado largo y tendido, tal como solía hacer. Ella siempre lo comprendió, tal vez porque siempre le había encantado mirarlo. Se sentía de muchas maneras, pero desde luego que fuerte no era una de ellas. En ese instante, casi deseó haber cedido esa mañana y dejar que la vida la controlase el resto de sus días. Habría tenido a Ashley, durante el resto de su vida. Como su compañero, como su amante, como su marido. ¡No! No, nunca lo tendría de verdad. Aunque hubiera accedido a casarse con él, nunca lo tendría. Ashley ya había entregado su corazón, lo había enterrado con su esposa muerta. Nunca podría ser feliz con lo que quedaba, sobre todo después de que le propusiera matrimonio guiado por la obligación, una obligación que ella le había impuesto.

—Tal vez algún día aprenda el silencio —dijo él, y el ojo sano la miró con expresión risueña y amable, haciendo que pareciera el antiguo Ashley pese a la deformación del resto de su cara—. Pero, mientras tanto, tal vez yo deba enseñarte a hablar, Emmy. Eso sí que sería un regalo digno de dar.

Se mordió el labio inferior al entender sus palabras.

—¿Lo has intentado alguna vez? —le preguntó. Se inclinó un poco hacia ella—. Supongo que no sería imposible. Eres capaz de emitir sonidos, Emmy, sobre todo cuando te ríes. Seguramente hablarías si pudieras oír. ¿Lo has intentado alguna vez?

«Cuando era pequeña —le dijo con gestos ansiosos de las manos— hablaba un poco».

La miró.

—¿De verdad? —le preguntó—. ¿Podías hablar? ¿Podías oír, Emmy? ¿Qué pasó?

«Tuve fiebre —le dijo como pudo—. Y después ya no pude oír.»

—Caray —dijo él—. No lo sabía. ¿Recuerdas el sonido, Emmy? ¿Recuerdas el habla?

«No— le contestó, abatida—. No. Era muy pequeña.»

—En ese caso, deberías poder hablar de nuevo, Emmy. —Se inclinó hacia delante con expresión ansiosa, casi juvenil, pese a las magulladuras de su rostro—. ¿Lo has intentado?

A menudo, se sentaba delante de un espejo para formar con la boca las palabras que leía en los labios de los demás. Incluso había intentado emitir algún sonido. Pero no tenía forma de saber si el resultado era algo parecido a las palabras. Nunca lo había intentado delante de otra persona. Y no recordaba lo que se sentía al hablar.

—Caray, ¡lo has intentado! —Ashley esbozó una sonrisa de oreja a oreja y luego se tocó el labio de nuevo—. Admítelo.

Ella asintió con la cabeza, avergonzada.

—Di «sí» —le pidió él—. Deja que te oiga.

Estaba sin aliento, como si hubiera corrido diez kilómetros sin detenerse. Nunca debería haberlo admitido. Claro que él lo habría sabido de todas formas.

—Dime «sí». —La miraba con una sonrisa más dulce.

Tomó una honda bocanada de aire y movió los labios con cuidado para formar la palabra. Al mismo tiempo, forzó lo que ella creía que era sonido. Después, se tapó la cara con las manos.

Vio la expresión risueña en la cara de Ashley cuando reunió el valor necesario para apartar las manos y mirarlo de reojo. Se había estado riendo.

—La palabra estaba bien formada —le dijo— y también has emitido sonido. Pero no había nexo entre las dos cosas, Emmy. Creo que has bloqueado el sonido... ¿Tal vez con la parte posterior de la lengua? Ha salido por la nariz.

Se mordió el labio, avergonzada a más no poder. ¿Qué había pasado con la idea de Ashley de aprender el silencio? ¿Se reiría ella de él si lo hiciera mal?

—Inténtalo otra vez —le pidió él—. Deja que el sonido salga por la boca. Deja que el aire salga de entre tus labios.

No sabía cómo hacerlo. No recordaba cómo se hacía.

«Dime la palabra —le ordenó con una mano. Pero, cuando él obedeció, seguía sin saber cómo imitarlo. Se acercó más a él, hasta que sus rodillas estuvieron a punto de rozarse—. Otra vez», le ordenó.

—Sí —dijo él mientras ella estiraba una mano y le colocaba las puntas de los dedos en la garganta. Sentía las vibraciones.

«Otra vez», le dijo por señas, con el ceño fruncido por la concentración.

—Sí. Sí. Sí.

Emily se puso los dedos en la garganta e intentó imitar las vibraciones. Ashley le había dicho que soltara el aire por la boca. Se puso la mano libre delante de los labios. Podía sentir el aire... y después las vibraciones. Le dirigió una miradita a Ashley.

—Por lo más sagrado, ya lo tienes —le dijo—. El sonido, Emmy, que brota de tus labios. Ahora di «sí».

—Zzzíí —dijo ella.

El brillo que vio en los ojos de Ashley no era sorna. Era... triunfo. La



misma expresión que vio en los ojos de Luke cuando Joy dio sus primeros pasos.

—Sí —repitió él, que movió los labios hinchados con precisión para enseñarle que la vocal era mucho más seca y corta que la que ella había pronunciado.

—Zzzz —dijo ella.

Ashley estaba disfrutando de lo lindo. Era el antiguo Ashley, aunque algo magullado. Sin embargo, ella se concentraba demasiado en hablar como para que la idea fuera un pensamiento consciente.

—Sí —repitió él.

—Zzzíí.

—Sí.

—Zzzíí.

—Sí.

—Sssíí.

—Sí.

—Sssí.

Ashley se reía.

—Sí, Emmy, sí —le dijo, y le abrió los brazos.

Ella también se reía, incapaz de contenerse, emocionada, como una niña que hubiera conseguido un premio con mucho esfuerzo. ¡Podía hablar! Podía formar palabras, emitir sonidos y que la comprendieran. Podía hablar una sola palabra. Era incapaz de dejar de reír. Se inclinó un poco hacia delante... y se detuvo en seco.

La expresión risueña desapareció de la cara de Ashley al mismo tiempo que la abandonó a ella. Él apoyó las manos en las rodillas una vez más.

—Emmy, cástate conmigo —le pidió—. Cástate conmigo y hazme reír de nuevo. Cástate conmigo y enséñame tu silencio, tu serenidad. Cástate conmigo y deja que te enseñe a hablar, a mantener una conversación entera. A volver

locos a los demás con tu parloteo. Cásate conmigo.

La tentación era casi imposible de resistir. Durante unos minutos, los siete años habían desaparecido y ellos habían sido felices juntos, como siempre lo habían sido. En una conversación a dos poco habitual, Ashley había entrado en su mundo de la misma manera que ella había entrado en el suyo. La tentación de creer que esos breves minutos se podían estirar toda una vida era, ciertamente, poderosa.

Meneó la cabeza.

Ashley la miró durante un buen rato antes de que ella cediera a una pequeña tentación: le levantó una mano de la rodilla, pegó la mejilla al dorso de su mano y volvió la cabeza para besársela. Acto seguido, la devolvió a la rodilla.

—Sí, lo sé —dijo él cuando volvió a mirarlo a la cara—. Lo amas, Emmy. Y yo he tenido a Alice y a Thomas en mi vida. El afecto que sentimos el uno por el otro no puede superar esos obstáculos. Que sea como tú quieras.

Lo miró con una sonrisa.

—Pero, Emmy —le dijo, y volvía a hacer signos—, si hay un hijo, y puede que lo haya, tienes que casarte conmigo. Debes hacerlo. ¿Lo entiendes? Porque ya no sería algo que nos concierne solo a ti y a mí. Habría otra persona, una más importante que cualquiera de los dos. Los hijos son muy frágiles, y también muy inocentes. Su protección debe anteponerse a cualquier otra consideración. ¿Me lo prometes?

Emily podía ver el crudo recuerdo en su cara. La certeza de que había habido un niño, su hijo, a quien había sido incapaz de proteger. Sus manos hacían que un bebé pareciera un ser tierno y preciadísimo.

Asintió con la cabeza.

—Sssí —convino.

—Gracias. —Extendió los brazos y le cogió ambas manos. Se las llevó a los labios, primero una y después la otra—. Si no te resfrías, Emmy, con el

vestido mojado, no habrá justicia en este mundo. Vuelve a la casa conmigo.

—Sssí —dijo ella, que se puso en pie e hizo una mueca al ver que el vestido mojado se le pegaba al cuerpo.

Caminó junto a él, agradecida porque no le hubiera ofrecido el brazo. Cuando llegaron al prado, lo miró con una sonrisa, se levantó la saya y salió corriendo, sola, en dirección a la puerta lateral.

Una criada acudió cuando tiró del cordón de la campanilla y Emily le hizo un gesto para indicarle que quería agua caliente. Cuando la criada regresó, llevaba una enorme jarra de agua humeante y un mensaje.

—Su Excelencia desea verla en el gabinete lo antes posible, milady —le dijo la muchacha antes de hacerle una genuflexión.

Emily sintió que el estómago le daba un vuelco. De todos ellos, era a Luke a quien más temía enfrentarse. No porque alguna vez se hubiera mostrado cruel con ella. Nunca la había castigado, como tampoco había castigado a ninguno de sus hijos. Sin embargo, Luke no necesitaba emplear palabras crueles ni violencia para imponer su voluntad en su casa. Bastaba con su mera presencia. Lo peor de todo eran sus ojos. ¡El gabinete! Eso quería decir que era una petición formal. Y ese «lo antes posible» implicaba que era en ese preciso instante, o incluso antes.

Se aseó a toda prisa, se puso un vestido limpio y seco sobre el tontillo, se recogió el pelo en un moño improvisado y tomó hondas bocanadas de aire.

Un criado le abrió la puerta del gabinete. Luke estaba sentado a su escritorio, escribiendo. Ni levantó la vista ni se puso en pie durante todo un minuto. Emily se quedó allí plantada, mirándolo en silencio desde el otro lado del escritorio. Era deliberado, lo sabía muy bien. Estaba haciendo que se sintiera como una criada recalcitrante a punto de recibir una reprimenda.

Luke dejó la pluma por fin y levantó la vista. Tal como ella esperaba, su mirada era fría. Y también, tal como esperaba, no habló durante tanto rato

que tuvo que esforzarse mucho para no mostrarse inquieta ni bajar la vista. Emily, que no manejaba las palabras, de repente se sentía intimidada por su ausencia. Luke no la invitó a sentarse.

—En fin, Emily —dijo él—, hoy has hecho que un caballero se entristezca y se enfurezca mucho. Lo has humillado a ojos de tu familia y también de la suya. No ha estado bien.

Tragó saliva por esas palabras.

—Has hecho a tu familia muy desdichada —siguió él—. A Anna también. La felicidad de Anna es más importante para mí que la de cualquier otra persona en el mundo. Ahora mismo, no me siento especialmente predispuesto hacia tu persona.

Emily había bajado un momento la vista cuando él soltó la pluma. Le había visto los nudillos. No tenía marcas de violencia en la cara. Eso quería decir que había sido un castigo puro y duro. Ashley no se había defendido. De la misma manera que ella tampoco se defendería.

—Te voy a hacer una pregunta —le dijo él—. ¿Qué hiciste exactamente anoche con mi hermano y cómo os quedasteis los dos a solas? No es por curiosidad, pero sí me gustaría saber si fue algo consentido por ambas partes, Emily. ¿Te coaccionó de alguna manera?

«No, ay, no», le dijo.

Jamás permitiría que creyeran eso de Ashley. ¿Le había preguntado Luke a su hermano si a él lo habían coaccionado de alguna manera?

—Gracias —repuso Luke—. No lo creía, pero me parecía necesario preguntarlo. De modo, Emily, que has dado alegremente y sin pensar algo que no te correspondía dar y ahora te niegas a que Ashley te compense. ¿Es correcto?

Asintió con la cabeza.

—¿Cabe la posibilidad de que no hayas entendido la gravedad de la situación? ¿Cabe la posibilidad de que, cuando lo entiendas, cambies de

opinión? ¿De que nos preparemos para celebrar una boda la semana que viene?

Solo si estaba encinta. Pero no lo sabría la semana que viene. Negó con la cabeza.

Luke apoyó los codos en los reposabrazos del sillón y unió las puntas de los dedos.

—En ese caso, has recuperado un poco del respeto que te tenía —la sorprendió al decir—. Hace falta mucha personalidad para rechazar al hombre al que amas más que a tu vida porque casarte con él sería lo peor que podrías hacer.

Se había preparado para mantenerse impertérrita durante la reprimenda y durante la discusión subsiguiente con la que Luke intentaría convencerla a fin de que le permitiera a Ashley hacer lo honorable. Sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas por el inesperado respaldo de su cuñado.

Luke esperó a que desaparecieran las lágrimas.

—Puedes irte —le dijo con un gesto seco de la cabeza, antes de coger la pluma de nuevo y agachar la mirada.

Al final, pensó ella cuando salía del gabinete y cerraba la puerta, casi tenía la sensación de que la habían castigado con severidad. Le temblaban las piernas y tenía las palmas de las manos sudorosas. Era una sensación que le reportaba un extraño consuelo.

Ya no era agradable estar en Bowden Abbey con su familia, descubrió Ashley. Y era el eufemismo del siglo. Entró en el salón, donde su madre, su tío, los Hornsby, los Severidge y lady Sterne estaban tomando el té, y tuvo la sensación de que se había topado con un muro de gélido silencio. Salió sin más. Subió a la habitación infantil, donde estaban todos los niños, salvo el más pequeño de los Hornsby, que dormía, y el joven Harry, que tomaba el té con Anna en una habitación privada, y estos se pusieron como locos de

felicidad al ver a un nuevo compañero de juegos y empezaron a acribillarlo a preguntas sobre su cara. Sin embargo, Doris hizo que se sintiera muy mal recibido e incluso Weims se limitó a enarcar las cejas antes de darle la espalda y responder al tironcito de la casaca que le había dado su hijo pequeño, que a todas luces quería que lo cogiera en brazos. Ashley les sonrió a los niños, les arrancó sonoras carcajadas al contarles que se había enfrentado cara a cara con un toro bravo que en ese momento tenía muchísimo peor aspecto que él, se despidió con un gesto de la mano y luego se marchó.

Se quedaría, eso había decidido mientras regresaba a la casa con Emily, y la ayudaría de alguna forma a afrontar el espantoso escándalo que se había desatado. Al menos, se había quedado en la familia. Dudaba mucho que Powell se hubiera enterado de toda la verdad... a menos que Emmy hubiera sido más sincera con él de la cuenta. Se quedaría, pensó Ashley, y la cortejaría despacio. Con el tiempo, ella se daría cuenta de que no tenía más alternativa que casarse con él. Ya no podría encontrar otro marido.

Se quedaría y le enseñaría a hablar. Haría algo útil con su vida, para variar. Le parecía que había pasado una eternidad desde la última vez que hizo algo así. Cerró los ojos un instante y recordó lo ocupado y lo feliz que se había sentido durante la mayor parte de su pertenencia a la Compañía de las Indias Orientales. Aprender a hablar sería muy liberador para Emmy. Y con una palabra, pronunciada mal y con una extraña voz de contralto, ella le había demostrado que era posible.

Quedarse, enseñarle a hablar, cortejarla, también sería bueno para él. Todo eso le evitaría pensar en un pasado que no podía ser recordado ni expiado. Tal vez. Y tal vez él se quedaría y aprendería de ella. Había tanto que aprender como que enseñar, o eso sospechaba.

Sin embargo, poco después de volver a la mansión, cambió de idea. Emmy había emprendido su propio rumbo ese día. Había roto su compromiso con

Powell y había rechazado su proposición de matrimonio... en dos ocasiones, aunque él había intentado, como sin duda habrían intentado los demás miembros de su familia, explicarle lo inevitable que era un matrimonio entre ellos. Sin embargo, ella se negaba a cambiar de opinión. Emmy era alguien que nunca tomaba el camino fácil si no era el camino que deseaba tomar. Se negaba a reconocer que algo fuera inevitable.

Solo cabía respetarla... y desear, a veces, zarandearla hasta que entrara en razón. Sonrió muy a su pesar. Le tenía más cariño a Emmy que a cualquier otra persona de su vida, por más rara que fuera esa idea, sobre todo teniendo en cuenta que casi se había olvidado de ella mientras estaba fuera. Aunque ya no tenía tan claro que lo hubiera hecho: había sentido esa urgente e irracional necesidad de regresar a Bowden Abbey. Fuera como fuese, el afecto que le tenía a Emmy era el mayor problema. La verdad fuera dicha, no quería casarse con ella. Su terquedad lo aliviaba y lo alarmaba en la misma medida.

Detestaba pensar en Emmy como en una esposa, como en una amante. Recordaba su cuerpo, cálido, suave y voluptuoso, desnudo bajo él. Recordaba su estrecha virginidad. Recordaba la urgencia del deseo al penetrarla. Y sintió algo que desde luego no era revulsión, pero sí... una gran tristeza. Una gran vergüenza. Había conocido algo que no tenía ganas de conocer. La había conocido como mujer. Sin embargo, solo quería conocerla como la ninfa del bosque que fue el día anterior por la mañana, de pie en la roca plana mientras se negaba a escuchar a Powell. Y había querido recordarla como su cervatilla de hacía siete años.

—¿Dónde puedo encontrar a Su Excelencia? —le preguntó a un criado en el vestíbulo, mirándolo a los ojos, desdeñando la idea de ocultar la cara en las sombras.

Era lo más normal del mundo que aquello que la familia sabía se supiera también al detalle en los aposentos de la servidumbre. Así eran las cosas en una mansión señorial. Los criados sin duda sabían el número exacto de

puñetazos que le habían asestado, aunque el propio Ashley no los hubiera contado.

—Se encuentra en el gabinete, milord —contestó el criado.

—Pregúntale si lord Ashley Kendrick puede hablar con él —le ordenó con formalidad, y esperó en el vestíbulo a que el criado volviera y le hiciera un gesto con la mano.

Luke estaba sentado a su escritorio. Levantó la vista con gesto frío cuando su hermano entró, pero ni se puso en pie ni lo invitó a sentarse. Ashley reconoció la táctica, que siempre había tenido una efectividad infernal. Sentado a su escritorio, Luke era el duque de Harndon, el amo y señor indiscutible de Bowden Abbey y de todas sus propiedades; el cabeza indiscutible de la familia. Ocho años antes, como un joven loco y rebelde que no había emprendido más camino que el que conducía a su propia perdición, Ashley había acabado más de una vez delante del escritorio de Luke. En ese momento volvía a sentirse como aquel joven. Se había convertido en un respetado hombre de negocios en la India, próspero e independiente. Sin embargo, había permitido que su vida se fuera al garete y la caída había continuado en los pocos días transcurridos tras su regreso a casa. Era hora de que hiciera algo al respecto. La decisión a la que había llegado en la última media hora se reforzó.

—¿Querías hablar conmigo? —preguntó Luke.

—No voy a preguntar si Emily se puede quedar aquí —repuso él—. Sería un insulto hacia el amor que Anna y tú siempre le habéis demostrado. Pero sí te pediré que te asegures de que la dejan tranquila. No debe recibir recriminaciones, insultos o frialdad. Es inocente en todo esto.

—Y, pese a todo, querido —dijo Luke—, ella misma me ha asegurado que no sufrió coacción alguna.

Ashley apretó los dientes.

—Es inocente —insistió—. Vas a prometerme una cosa, Luke.



—¿De verdad? —Nadie era capaz de parecer más altivo que su hermano con las cejas enarcadas.

—Me informarás si está embarazada —le dijo—. Vendré de inmediato y traeré conmigo una licencia especial.

—¿Te vas a alguna parte? —Las cejas seguían enarcadas.

—Al lugar al que debería haber ido nada más poner un pie en Inglaterra —le contestó—. A Penshurst. Al hogar de Alice. A mi hogar. Allí tendré trabajo que hacer. Un administrador se ha encargado de la propiedad durante unos cuatro años, desde la muerte del hermano de Alice. Es hora de que me haga cargo de mis propias tierras.

—Sí —convino Luke—. Eso siempre se te dio bien.

—Me marcharé mañana a primera hora —continuó—. Pero no está lejos. En Kent. Puedo volver enseguida.

—Sí. —Luke asintió con la cabeza.

—Le tengo cariño —le aseguró—. Quiero que lo sepas. No fue algo... sucio. Le tengo cariño.

—Sí. —Luke lo miró fijamente con expresión fría—. Siempre fue así, Ash. Siempre le tuviste cariño. Siéntate y tómate algo conmigo. Cuando clavé los ojos en ti hace dos noches en el salón de baile, y cuando me convencí de que no me engañaban, sentí una felicidad que soy incapaz de describir. Mi hermano, el único hermano que me queda, había vuelto a casa. Me imaginé teniendo largas conversaciones contigo, dando largos paseos a pie y a caballo, mientras nuestras esposas y nuestros hijos se conocían. Es una imagen que se ha roto en mil pedazos desde aquel momento.

Rodeó el escritorio, le puso una mano a Ashley en el hombro y señaló los dos sillones situados junto a la chimenea.

# 12

Ashley se iba. Se iría a Penshurst, la propiedad situada en Kent que había heredado de su esposa. No estaba tan lejos como la India. De hecho, apenas estaba a un día de camino. Más cerca que la casa de Victor o la de Charlotte. Pero Emily supo, en cuanto se sentó en el alféizar acolchado de la ventana de su dormitorio y apoyó la cabeza en el frío cristal, que estaba tan lejos como la India. Tal vez incluso más. Cuando Ashley se fue a la India, había esperanza, por débil que fuera, de que volviese. En esa ocasión, no había esperanza alguna.

Ashley no regresaría a Bowden Abbey. No mientras ella estuviera allí.

Era muy probable que jamás volviese a verlo.

Contempló los árboles y los prados a través de la ventana. Era un día muy parecido a aquel lejano día de su partida. Gris y ventoso. No alcanzaba a ver la puerta principal, ni las caballerizas, ni las cocheras. No sabía si ya se había ido. Recordaba la sensación de pánico que le atenazó el estómago aquella vez. La que la instó a salir corriendo de la mansión, enfilarse por la avenida de entrada y esconderse entre los árboles para ver pasar su carruaje. El pánico era el mismo en esa ocasión. Pero, en esa ocasión, no haría nada.

Apoyó la frente en las rodillas y cerró los ojos. En esa ocasión, ella había elegido que se fuera. Y si tuviera la oportunidad de decidir de nuevo, si subiera para volver a hacerle de nuevo la misma pregunta, no cambiaría de opinión. Ashley se iba porque ella lo había rechazado. Porque lo amaba.

Se preguntó si su sufrimiento bastaría para expiar lo que le había hecho a lord Powell. No se compadecía de sí misma, se merecía la terrible

desesperación que sentía. Deseaba que lord Powell encontrara a otra mujer. Deseaba que fuera feliz. Deseaba que, cuando en el futuro él mirara hacia atrás, se alegrara de corazón de que ella lo hubiera rechazado. Concentró sus pensamientos en él, recordó su rostro, su pelo oscuro, sus pobladas cejas, su prominente nariz y sus dientes, ligeramente torcidos. Intentó analizar por qué la belleza no siempre precisaba de la perfección de los rasgos. Intentó distraer su mente.

Ashley se iba.

No volvería a verlo jamás. Y si lo hacía, no supondría la menor diferencia. Solo lograría sentirse peor.

Imposible, porque no había nada peor que lo que sentía en ese momento.

No había bajado a cenar la noche anterior. Ni se había reunido después con la familia en el salón. Anna había subido a verla más tarde, después de haber pasado por la habitación infantil para darle el pecho a Harry, y le había dicho que Ashley se marchaba.

—Emmy, pronto regresarán todos a casa —le dijo mientras le cogía las manos y la miraba con su radiante sonrisa—. Todo volverá a la normalidad. Solo seremos Luke, los niños, tú y yo. Tal como más me gusta. Mi suegra también se irá, con Doris y Andrew. Puedes vivir tu vida de nuevo tal como deseas hacerlo. Puedes pintar otra vez. Puedes vivir tranquila. Volverás a ser la Emmy feliz, una vez que pase la crudeza de estos días. Lord Powell es un hombre agradable, pero no te habría entendido como lo hacemos Luke y yo, y no te habría querido ni la mitad que nosotros. Has hecho lo correcto.

Su querida Anna. No mencionó a Ashley ni tampoco el motivo que la había impulsado a romper el compromiso.

Y ese día se iba. Ya se habría ido. Ya hacía dos horas que había amanecido. Anna le había dicho que Ashley se marcharía al alba. Se había ido. Llevaría una hora de trayecto. Se abrazó las piernas aún más y cerró los ojos con fuerza. Se encerró en sí misma... por completo.

El resto de su vida había comenzado. Que así fuera. No viviría siempre agazapada en su dormitorio ni buscaría escapar al exterior por el mero hecho de escaparse. Se vestiría de forma respetable, como había hecho casi desde el mismo día que llegó lord Powell y bajaría a desayunar. Corría el riesgo de que todos estuvieran reunidos, claro estaba. No importaba. De todas formas, bajaría.

—Sssí —dijo al tiempo que se ponía de pie con determinación y echaba a andar hacia el vestidor. Se detuvo delante del espejo—. Sssí —repitió. No, no lo estaba haciendo bien del todo. Apretaba demasiado la mandíbula inferior. Ashley debería habérselo dicho el día anterior, tal como le había explicado lo de la vocal. Debía apretar más la mandíbula y acortar el sonido—. Sss —dijo—. Ss-sí. —Mejor así. Lo regañaría por no haberla corregido el día anterior. Miró su imagen con una sonrisa.

Y, después, se le descompuso la cara bajo su misma mirada. Enterró la cara entre las manos y se echó a llorar, presa de una flagrante autocompasión.

—Emily volverá a casa con Constance y conmigo —dijo Victor. Tenía una expresión seria, casi ceñuda—. Es lo adecuado. Soy su hermano, el cabeza de familia. Elm Court es su hogar. Allí podré tenerla vigilada.

—Además, Charlotte y Jeremiah no viven lejos —añadió Constance—. Para ella será un consuelo tener la iglesia cerca.

Jeremiah añadió:

—Siempre he dicho... ¿No es cierto, amor mío? Siempre he dicho que el lugar de una joven soltera está en la casa donde nació, con el cabeza de familia, sea quien sea. Emily puede aprender a ser útil en Elm Court. Y Charlotte ayudará a Constance a ofrecerle una guía moral.

—¡Caramba! —exclamó Doris—. Dicho así parece que no consideráis a Luke como un tutor responsable.

El conde de Weims cubrió la mano de su esposa, que descansaba sobre la

mesa, con la suya y ella guardó silencio, sumisa.

—Es probable que Emily sea más feliz lejos de aquí —terció la duquesa viuda de Harndon—. Con su familia y lejos de la mía.

—Emmy se quedará donde tiene que estar —los contradijo Anna, con las mejillas arreboladas—. Donde siempre ha sido feliz y se la ha querido. No se irá contigo, Victor, para que la hagáis sentir en cierto modo que es una niña que necesita un correctivo.

Luke le hizo a Anna lo mismo que el conde de Weims acababa de hacerle a Doris. Le cubrió una mano con la suya.

—Querida, no hace falta que te alteres —dijo.

—Si la verdad sale a la luz —insistió Victor—, Luke se alegrará de librarse de Emily, Anna. Es imposible que no le incomode la idea de que su hermano fue quien la deshonoró o de que nuestra hermana fue quien le negó a lord Ashley la posibilidad de recuperar su honor.

—Anna, es cierto —convino Constance, que parecía estar a punto de echarse a llorar.

Anna ya estaba llorando.

—Y debes anteponer los sentimientos de tu marido a los tuyos o a los de Emily, Anna —añadió Jeremiah—. Es tu amo y señor.

—¡No doy crédito! —exclamó Luke con las cejas enarcadas con altivez, aunque su mirada era más indolente que fría—. Me asombra que haya tantas personas al tanto de mis pensamientos y de mis sentimientos, y que decidan hablar por mí.

No había acabado. Pero Emily, que también estaba sentada a la mesa del desayuno, viendo cómo hablaban de ella en tercera persona, siendo testigo de cómo decidían su futuro sin contar con ella, aunque había mantenido la mirada clavada en su plato durante la mayor parte del tiempo, no esperó al resto de la conversación. Se puso de pie, dobló la servilleta, la dejó pulcramente junto al plato y salió de la estancia. Resistió el impulso de echar

a correr.

Porque no había ningún sitio al que correr. No había ningún sitio al que ir. Lo deseara o no, su familia decidiría por ella. Era y siempre sería la solterona de la familia, una carga para todos ellos, lo admitieran o no, incluso en la intimidad de sus pensamientos. Fue el deseo de evitar esa misma situación el que la había impulsado a decidirse por el matrimonio. Había decidido que era mejor un matrimonio aburrido en el que no hubiera un amor profundo que depender de su familia durante el resto de su vida.

A esas alturas, no tenía más opción que la dependencia.

Y lo peor era el hecho de que había dejado de ser una pupila virgen que dependía de ellos. Era una mujer deshonrada. Tal vez ellos jamás la describirían así, pero todas y cada una de las palabras que se habían pronunciado en la mesa esa mañana así lo habían insinuado. Además del hecho de ser una discapacitada, incapaz de hacerse cargo de su propia vida. Qué cansada estaba de ver los sonidos, estaba tan agotada que ni siquiera le hizo gracia ese pensamiento. El sonido, las voces, regían el mundo al parecer. Era la única cordura.

Subió a su dormitorio en busca de una capa y después salió de la casa. Bajó las escaleras que descendían a través de los jardines formales, dispuestos en bancales, y atravesó el prado que se extendía a sus pies. Cruzó el puente y enfiló la avenida de entrada, tras lo cual se internó en la arboleda. Por raro que pareciera, hacía siete años que no había visitado ese árbol en concreto. Pero lo supo con una certeza absoluta. Se apoyó en él, tal como lo hizo aquella mañana. Apoyó la cabeza en el tronco y cerró los ojos. Se encerró de nuevo en sí misma.

Esa mañana había llegado varias horas tarde.

Luke esperó a que Emily se fuera. Después, cerró los dedos en torno a la mano de Anna. Al igual que Emily, su mujer tenía un extraordinario control

sobre sus emociones. Rara vez demostraba su irritación abiertamente.

—Me da la sensación —dijo— de que hemos pasado por alto dos detalles importantes, tanto ayer como hoy. Tal vez tres. En primer lugar, Emily es una persona, con inteligencia y voluntad propias. En segundo lugar, es una adulta; tiene veintidós años. Y, en tercer lugar, ya se ha responsabilizado de los actos que llevó a cabo hace dos noches y ha decidido su camino. Tal vez no sea correcto decidir su futuro entre nosotros, sobre todo cuando ella esté delante. Tal vez deberíamos tener en cuenta los deseos de Emily.

—¡Bravo, muchacho! —exclamó lord Quinn.

—Emmy deseará quedarse aquí, Luke —replicó Anna.

—Emily debe aprender que ha perdido por completo el derecho a decidir —sentenció Victor.

—Emily necesita aprender que debe obedecer a los hombres de su familia —terció Jeremiah—. En este caso, a Victor.

—Voy a ofrecerle a Emily una alternativa que todavía no se ha mencionado —anunció lady Sterne, participando así por primera vez en la discusión—. Se la ofreceré, no se la impondré. Y quiero recordarle a cualquiera que mencione a los hombres de la familia de una mujer... —comenzó, antes de mirar con severidad al reverendo Hornsby— que algunas mujeres se las apañan muy bien sin necesidad de contar con esa desagradable autoridad. Harndon ya nos ha recordado que Emily es mayor de edad. Si así lo decide, puede venirse a Londres conmigo. Estamos en plena temporada social y toda la aristocracia estará reunida para divertirse. La acompañaré y disfrutaré de una primavera tan feliz como cuando presenté en sociedad a Anna y a Agnes. Ha llegado el momento de dejar de proteger a Emily. Es sorda, no una niña sin dos dedos de frente.

—¡Bravo, Marj, querida! —exclamó lord Quinn.

Luke apretó los labios, ya que, al parecer, le había hecho gracia el discurso.

—Tía Marjorie —dijo Anna—. ¡Ay, tía Marjorie, eres un sol!

—Señora, eso es imposible —se opuso el reverendo Hornsby—. Le recuerdo que Emily es una mujer des...

—Muchacho, como se te ocurra completar la frase, acabarás sangrando por la nariz —le advirtió lord Quinn con un tono de voz afable.

—¡Theodore! —exclamó la duquesa viuda, que miró furiosa a su hermano.

—¿Puedo sugerir el tiempo como tema de conversación? —preguntó lady Sterne, que se puso de pie e hizo un gesto con las manos para indicarles a los caballeros que no era necesario que hicieran lo mismo—. Es aburrido, pero seguro. Iré a buscar a Emily. ¡Vamos, no me diréis que la inminente primavera no os alegra el ánimo! A ver si puedo convencerla.

Luke le dio unas palmaditas a su esposa en la mano.

—¡Válgame Dios! —replicó lord Quinn—. El cielo está encapotado, pero las nubes son blancas más que negras. O grises, para ser más exactos. ¿Creéis que lloverá? ¿Hornsby, qué opina?

Lady Sterne observaba desde el bancal inferior de los jardines formales a Emily mientras esta atravesaba a toda prisa el prado en dirección al puente, con la cabeza gacha. Esa mañana no llevaba cotilla bajo el vestido, pero incluso sin esa prenda tenía una figura delgada y bonita. Había elegido un tontillo pequeño, aunque lo cierto era que los tontillos voluminosos estaban pasando de moda poco a poco. No llevaba sombrero y se había colocado la cofia tan baja que apenas se le veía por delante. Tenía, por supuesto, un pelo precioso, que podría describirse como rubio o incluso rubio dorado sin exagerar la realidad.

Y, además, por supuesto, contaba con los ojos, su rasgo más bonito con diferencia. Los hombres se enamorarían de ella solo por sus ojos, reflexionaba lady Sterne, aunque el resto de su persona solo fuera pasable. Y la belleza de Emily era mucho más que pasable.

Cuando se arreglaba, estaba magnífica. Recordó el aspecto que había



lucido tres noches antes, durante el baile.

¡Por Dios! La muchacha saldría airosa, pensó, animándose más y más a medida que pasaban los minutos. De un tiempo a esa parte, se sorprendía sintiéndose mayor cuando menos lo esperaba. A la venerable edad de cincuenta años. Claro que se debía a la cifra. Cincuenta sonaba cien veces peor que cuarenta y nueve. Necesitaba algo para mantenerse joven. Contaba con Theo, por supuesto, pero le parecía más un hábito entrañable que una fuente de rejuvenecimiento.

Ojalá pudiera llevarse a Emily a Londres. Ojalá contara con el desafío de convertir a la muchacha en la sensación de la temporada pese a su afección. No, gracias a su afección. La novedad de conocer a una belleza sorda y muda, incapaz de comunicarse salvo con esos ojos, podía causar un gran revuelo.

En cuanto a que la novia fuera virgen... ¡Bah!, pensó. La verdad fuera dicha, cualquier hombre estaría encantado de ahorrarse la sangre y la timidez durante la noche de bodas.

Emily la había visto y se había percatado de que era demasiado tarde para cambiar de rumbo y evitar el encuentro, de manera que siguió andando con una sonrisa. Lady Sterne la esperó junto al seto bajo que separaba el bancal inferior del prado.

—Emily, así son las cosas —dijo despacio y articulando bien las palabras—. Si pudieran, te partirían como si fueras un hueso y cada uno se llevaría un pedazo a un lugar distinto. Todos por tu bien, por supuesto. ¡Por Dios, los hombres y su noción de lo que le conviene a una mujer! Ya va siendo hora de que las mujeres se planten como hiciste ayer con lord Ashley y exijan poder decidir por sí mismas lo que mejor les convenga. —Se obligó a hablar más despacio de nuevo al ver que la muchacha la miraba con el ceño levemente fruncido—. Niña, conviértete en un hueso si quieres. O toma las riendas de tu vida y vente a Londres conmigo. Disfrutaremos juntas de la temporada social. Lograremos que todos los hombres del reino se postren a tus pies. ¿Qué me

dices?

Emily la miró muy seria durante tanto tiempo que lady Sterne sintió que su sueño se desvanecía. La muchacha no la había entendido. Además, ¿cómo iba a arreglárselas en Londres, donde todo era ruido, conversaciones, música y baile? Era una locura haber imaginado... Pero, en ese momento, Emily sonrió, primero con los ojos y después con el resto de la cara. Se echó a reír con ese sonido tan raro y poco elegante que la caracterizaba, y echó la cabeza hacia atrás. A ojos de lady Sterne, en ese momento estaba más bonita que nunca. Su rostro reflejaba una cualidad indómita, audaz y animada, además de su impactante belleza. Era única. Sí, ese sería el secreto de su éxito. Era única.

¿Todos los hombres del reino?, pensó. No, no era una exageración.

Se unió a las carcajadas de Emily. Era una locura. Pero la locura le parecía estupenda. Le parecía... juvenil.

Penshurst se encontraba en un valle muy bonito, con unas suaves y boscosas colinas detrás, y extensos prados salpicados de arboledas en la parte delantera. Un caudaloso río discurría por el flanco oriental de la propiedad. En la otra orilla estaba el pueblo, cuyas casas se agrupaban en torno a la iglesia, con su alto chapitel. La mansión era una construcción clásica de planta cuadrada, emplazada entre el edificio también cuadrado de las caballerizas y el de las dependencias del personal. Todo parecía nuevo y grandioso.

Ashley detuvo el caballo en el camino para contemplar la panorámica que se extendía a sus pies: el prado situado frente a la mansión, el pueblo y las colinas detrás. Lo seguía el carruaje que trasladaba su equipaje y en el que viajaba su ayuda de cámara. Era un lugar precioso y muy tranquilo. Se entristeció al pensar en sir Alexander Kersey, que había comprado la propiedad, demolido la antigua mansión y construido la nueva. Lo había

logrado gracias a la fortuna que había amasado trabajando para la Compañía de las Indias Orientales. Su intención era la de jubilarse en Penshurst y fundar una dinastía con base en la propiedad. Pero la dinastía había muerto poco después de que lo hiciera él. Su hijo falleció al poco tiempo, Alice lo siguió no mucho después, y Thomas con ella. Así que Penshurst había pasado a manos nuevas..., las suyas.

No la quería. Por muy espléndida y bonita que fuera, por mucho que siempre hubiera querido establecerse en una propiedad que fuera suya en Inglaterra, la había conseguido de mala manera y demasiado tarde. Durante el viaje de regreso a casa, y en los días transcurridos desde que llegó, había pensado varias veces en venderla, irse a otro lugar y empezar de nuevo. Si Emmy se hubiera casado con él, tal vez lo hubiera hecho. No quería llevarla a ese sitio.

Emmy. Se le encogía el corazón cada vez que pensaba en ella. Y estaba constantemente en sus pensamientos, por más que tratara de concentrarse en el desafío al que se enfrentaba. Le había destrozado la vida. Y no estaba exagerando, sobre todo cuando cabía la posibilidad de que la hubiera dejado embarazada.

Pero no podía pensar en eso. Azuzó a su caballo para que se pusiera en marcha y reemprendió el camino. Cada vez que sopesaba la idea, llegaba a la conclusión de que no podía vender Penshurst. Todavía no, en cualquier caso. Tenía que visitarla primero, ver el sitio donde Alice había vivido, donde había crecido. Por su bien y por el de su padre, tenía que comprobar si la propiedad estaba bien administrada. De algún modo, se sentía atado a ella, como si llevara una piedra de molino en torno al cuello.

Recordó algo que le dijo su amigo el mayor Roderick Cunningham en la India cuando anunció su intención de renunciar a su puesto y regresar a Inglaterra. Roderick le aconsejó que volviera, que se casara y tuviera hijos, que dejara atrás el pasado. Pero, al final, le colocó una mano en un hombro y

le dio un fuerte apretón.

«Pero no lo harás, Ash —concluyó su amigo—. Irás a Penshurst, la encontrarás allí y te castigarás con los recuerdos. La convertirás en la propiedad más próspera de toda Inglaterra como penitencia y serás infeliz. En fin, hazlo. Pero que no sea eternamente. Perdónate al final, véndela, vete a otro sitio y sigue con la labor de vivir el resto de tu vida.»

Rod acertó en todo. Al menos, en todo salvo en el último punto. Porque no sabía cómo iba a ser capaz alguna vez de perdonarse. Claro que la autocompasión no iba a servirle de nada. Solo había que ver lo que había provocado en Bowden Abbey. Dio un respingo al recordar el momento en el que Emmy lo encontró cuando peor estaba, cuando se encontraba en el fondo del abismo.

Trató de alcanzar la paz y solo logró destrozarla.

Sonrió y se llevó la mano al sombrero para saludar a las personas con las que se cruzó al atravesar el pueblo. Era un lugar bonito. En el otro extremo de la calle principal se encontraba el puente de piedra en arco que cruzaba el río. Al otro lado del puente vio una casa, algo más grande que las del pueblo. Y detrás se alzaba la verja de entrada a la propiedad. Estaba abierta.

Se detuvo al llegar a la casa. Había un niño meciéndose en la verja de la cerca que rodeaba un jardín muy bien cuidado. El niño lo miró con sus enormes ojos azules. Tenía el pelo corto, moreno y rizado.

—Buenos días, jovencito —lo saludó Ashley—. ¿Cómo te llamas?

—Eric Smith —contestó el niño—. ¿Y tú?

—¡Eric! —exclamó una vez femenina. Había una mujer en el umbral de la casa. Iba vestida de forma sencilla, pero decente. Era una mujer joven y bonita. Tal vez fuera la madre del niño, pero tenía el pelo más claro que él.

—Señora —dijo al mismo tiempo que se llevaba la mano al tricornio—. Buenos días. ¿Me permite presentarme? Lord Ashley Kendrick, de Penshurst.

La mujer medio inclinó la cabeza, aunque no hizo una genuflexión como

Ashley esperaba que hiciese. Su cara, que en un primer momento tenía una expresión avergonzada, no transmitía nada.

Pero, antes de que Ashley pudiera seguir camino, alguien más apareció en el vano de la puerta. Un hombre mayor, que rodeó a la mujer y enfiló el camino de entrada hasta la verja. Estaba sonriendo, aunque miraba a Ashley con una expresión taimada en los ojos, tal vez recelosa.

—Lo esperan en la casa, milord —dijo—. Ned Binchley a su servicio. Mi nieto, Eric. —Colocó una mano sobre el hombro del niño, impidiéndole que siguiera balanceándose sobre la verja, y volvió la cabeza hacia la puerta de la casa, donde ya no había nadie—. Mi hija, la señora Katherine Smith.

—Encantado de conocerlos —replicó Ashley. El hombre iba vestido como un caballero, aunque tanto sus calzones como su casaca habían visto mejores días. También hablaba como un caballero.

—Fui el administrador de sir Alexander Kersey durante quince años —le explicó el señor Binchley—. Le guardo cariño a la propiedad, milord. Si puedo ayudarlo en algo, cuente conmigo.

—Pero ¿ya no es el administrador? —le preguntó él.

—Me jubilé —contestó el hombre— hace casi cinco años, después de que el joven señor Kersey muriera.

Ashley asintió con la cabeza, se llevó de nuevo la mano al sombrero y, tras guiñarle un ojo a Eric, reemprendió el camino. Se había mencionado el apellido Kersey. Ese era el lugar al que pertenecían, donde la gente los conocía. Donde ella había vivido. Había caminado y cabalgado por la avenida de entrada tal vez miles de veces. Había vivido en la casa que de nuevo aparecía ante él. Habría dejado su huella en el interior. A menos que se hubieran tomado algunas decisiones después de la muerte de Alice sin consultarlo con él, muchas de sus posesiones seguirían en la casa. Casi podía sentir su presencia.

Se estremeció.

# 13

Lady Sterne y Emily habían convenido durante el viaje en carruaje a Londres —si bien lady Sterne fue quien habló en todo momento, claro— que la primera semana la pasarían en casa, preparándose para zambullirse en las ajetreadas actividades que ofrecía la temporada social.

De modo que lady Sterne llamó con sumo gusto a su modista, que se pasó dos largos días tomándole las medidas a Emily, eligiendo estampados y telas con ella y convenciéndola de que necesitaba más ropa de la que ella había creído en un principio.

También tuvo el sumo gusto de hacer correr la voz de que la hermana del conde de Royce, la cuñada del duque de Harndon, se encontraba en la ciudad para disfrutar de la temporada social. Se esmeró mucho en señalar que lady Emily Marlowe era totalmente sorda y no podía hablar, pero que sabía leer los labios. Y que su belleza superaba la de sus hermanas, a quienes se recordaba como beldades. ¿Acaso una de ellas no fue reclamada por Harndon, el soltero más guapo, más selecto y más solicitado de su tiempo?

—Válgame Dios, mira que estás contenta, Marj —le dijo lord Quinn cuando la semana estaba a punto de terminar—. Hacía mucho que no te veía tan feliz.

—Pues claro que soy feliz —repuso ella, mirándolo con una sonrisa somnolienta—. Siempre me provocas el mismo efecto, Theo. Y han pasado tres semanas enteras. Una eternidad. Hoy has estado especialmente bien, querido.

La discreción y los modales más estrictos los habían mantenido separados

en Bowden Abbey, pero, una vez que estuvieron de vuelta en Londres, retomaron los encuentros semanales que llevaban compartiendo desde hacía años. En ese momento yacían el uno en brazos del otro, después de haber hecho el amor con languidez.

Lord Quinn se echó a reír.

—Solo porque tú estás muy feliz y especialmente emocionada, Marj —repuso él—. Es por esta muchacha. Estás disfrutando de su compañía. Eso sí, no tengo la menor idea de cómo diantres vas a presentarla en sociedad cuando está sorda como una tapia y no puede mantener una de esas conversaciones tan tontas que les gustan tanto a los petimetres. Pero como que me llamo Theodore que te lo estás pasando en grande con la mera imposibilidad.

La besó en los labios.

—Es una última oportunidad —le dijo ella—. Theo, creía que todo estaba perdido cuando se comprometió con lord Powell. Me alegré por el bien de Anna de que todo se arreglara. Pero no puedo fingir que lamento haberla traído conmigo. Tendrá a todos esos jovencuelos postrados a sus pies.

Lord Quinn rio de nuevo.

—No se me olvida cómo conspiramos para que mi sobrino y tu ahijada se casaran hace ocho años, Marj —repuso él—. Se casaron en cuestión de una semana y, tal como predije en aquel entonces, acabó dando a luz justo nueve meses después.

—A una niña —dijo ella—. Dijiste que sería un niño, Theo. Pero lo hicimos bastante bien, ¿verdad? Mi querida Anna. Sigue siendo feliz con él. Y el niño llegó después... Bueno, varios niños. Tres, en concreto. —Suspiró y se pegó un poco más a él.

—Marj, estoy dispuesto a intentarlo de nuevo, como que me llamo Theodore —dijo lord Quinn.

Ella echó la cabeza hacia atrás para mirarlo a la cara.

—Con ese sobrino mío, el cabeza de chorlito, y tu muchachita —explicó él. Lady Sterne lo miró con expresión calculadora mucho rato.

—¿Por qué ha pasado lo que ha pasado, Theo? —le preguntó ella a la postre—. No fue violación, algo que me alegra por el bien de lord Ashley. Pero ¿por qué? Ella parecía tenerle afecto a lord Powell.

—Marj, querida —repuso él—. Creía que las mujeres erais las románticas. Ella lo miró largo y tendido de nuevo.

—¿De verdad lo crees? —le preguntó—. ¿De verdad lo crees?

—Válgame Dios —replicó él—, lo único que me preocupa es que, si quiere al muchacho, ¿por qué no lo acepta? Igual me equivoco.

—¡Paparruchas! —exclamó lady Sterne—. Eso es más evidente que tu nariz, Theo. Y más evidente que la mía. Lo vería aunque fuera bizca. ¿Por qué, si no, lo iba a rechazar? Claro que lo quiere. ¿Por qué, si no, iba a decirle que no?

—Ya estamos —dijo lord Quinn, con el ceño fruncido—. Lógica femenina. Jamás he conseguido entenderla, de verdad que no. Pero ¿estás de acuerdo conmigo, Marj?

—Vamos, acabas de destrozar todas mis esperanzas —repuso ella—. La he traído para encontrar marido, Theo, pese a todos los obstáculos. Pero si quiere a lord Ashley y se niega a aceptarlo, seguro que tampoco aceptará a otro caballero. —Suspiró.

—En ese caso, querida —dijo él—, será mejor que hagamos lo que hicimos antes. Será mejor que consigamos que se reúnan.

—Por Dios, pero ¿cómo? —quiso saber ella—. Él le ha propuesto matrimonio y ella lo ha rechazado. Él se ha ido a Penshurst y ella ha venido a la ciudad. ¿Cómo vamos a reunirlos? Con Luke y Anna fue fácil. Los dos iban a asistir al mismo baile, solo tuvimos que orquestarlo todo para que se echaran un buen vistazo.

—Válgame Dios, nos costó un poquito más —la corrigió—. Luke juraba



que nunca se casaría. Y Anna juraba que ella nunca lo haría. Pero sí que se casaron. Tenemos que conseguir que el muchacho venga a Londres, Marj.

—¿Cómo? —le preguntó—. Acaba de marcharse a Penshurst, con el corazón destrozado por su desdichada esposa. Y más destrozado aún por la vergüenza que debe de sentir por lo de Emily. ¿Crees que la quiere, Theo?

—La querrá —aseguró él—. Pero debemos conseguir que venga para que vea cómo esclaviza a todos esos jovencuelos, Marj. Creo que se me ocurre un plan infalible.

Lo miró fijamente.

—Tienes una expresión muy rara, Theo —le dijo ella—. ¿Qué estás tramando?

—Verás, Marj —empezó—, creo que ha llegado el momento de que te convierta en una mujer respetable, querida.

Lady Sterne lo miró, incrédula, unos instantes, y después echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—Theo, llevas haciendo de mí una pecadora desde hace más de veinte años —le dijo cuando pudo hablar de nuevo—. Ya hemos dicho infinidad de veces que es lo mejor, porque a ninguno de los dos nos gustan las ataduras del matrimonio.

—Si nos casáramos, Marj... En Saint George, por supuesto, con toda la alta sociedad presente... En ese caso, a mi sobrino no le quedaría más remedio que asistir.

—¿Quieres que nos casemos para conseguir que lord Ashley venga a la ciudad, Theo? —le preguntó ella—. Es la razón más peregrina para casarse que he escuchado en la vida.

La abrazó con más fuerza y la besó con pasión.

—Marj, el asunto es que he estado soltero toda la vida —le dijo— y nunca he pensado en la soledad... hasta hace poco. Pero, con el paso de los años, he descubierto que anhelo tener a alguien a quien despertar por las noches y con

quien despertarme por las mañanas. Y anhelo tener a alguien sentado en el sillón, al otro lado de mi chimenea, por las mañanas y por las noches.

—Has estado buscando entre las debutantes de esta temporada social —repuso ella. Sin embargo, parpadeaba para contener las lágrimas.

Lord Quinn rio por lo bajo.

—Soy lo bastante viejo para valorar la comodidad, Marj —replicó—. Y me siento cómodo contigo, querida.

—¿Cómodo? —Ella enarcó las cejas.

—Válgame Dios, eso no ha sonado nada bien, de verdad que no. Sabes que te quiero, Marj. Te quise todo el tiempo que estuviste casada con Sterne. Te quise cuando enviudaste. Te sigo queriendo. Nunca ha habido otra mujer para mí. Y nunca la habrá.

Ella le enterró la cara en el hombro.

—Pero casarnos para propiciar otro enlace, Theo... —le dijo—. Te refieres a que sea pronto, ¿verdad?

—Podrían leer por primera vez las amonestaciones el próximo domingo —contestó él—. Verás, Marj, he estado pensando en cómo te sentirás después de que se vaya la muchacha. Porque *se irá*, ya lo sabes, bien de vuelta a Bowden Abbey o a Elm Court cuando llegue el verano. O bien se casará con alguien, aunque no creo que eso suceda. Sin embargo, la muchacha no es mi principal preocupación, lo eres tú. Serás desdichada, querida. Te sentirás sola. Otra vez. ¿Crees que no me he dado cuenta de que en estos dos últimos años has perdido la ilusión? A lo mejor necesitas una nueva vida, un nuevo desafío, que será algo más permanente que encontrarle marido a la hermana pequeña de Anna. Yo seré un desafío. Te prometo serlo.

—Oh, Theo —murmuró ella, sin apartar la cara de su hombro—. Por Dios, pero me tienta la idea. Es ridículo.

—Una vez que acabe la temporada social, podré llevarte a Francia, Marj —le dijo—, y a Italia, y a Austria, y a todos los lugares que has dicho que

visitarías de poder hacerlo. ¡Pardiez, sería como volver a la juventud, querida! No me refiero en edad, porque no me apetece en absoluto perder años. Pero sí en esperanza. Válgame Dios, me gusta cómo suena. Cásate conmigo, mujer.

—Y lord Ashley vendrá a la ciudad para la boda, y lo convenceremos de que quiere a Emily —dijo lady Sterne entre carcajadas— y convenceremos a Emily de que la quiere. Y luego asistiremos a su boda. Es el plan más desquiciado que he escuchado nunca, Theo.

—Lo conseguiremos —insistió él, que se incorporó sobre un codo y se inclinó sobre ella—. Ahora di que sí, Marj, y bésame. Sin demora. Todavía tenemos tiempo para amarnos a placer. Ya sabes cómo detesto que me metan prisa. No perdamos más el tiempo.

Ella soltó un hondo suspiro.

—En ese caso..., sí —le dijo. Acto seguido, levantó la cabeza para que sus labios se tocaran.

Emily nunca había tenido deseo alguno de ir a Londres ni de ser presentada en sociedad. Podría haberlo hecho con Anna y con Luke, que de vez en cuando iban a la ciudad. Siempre se había estremecido al pensar en alejarse del campo, en verse obligada a vestirse y a comportarse como una dama todo el día, todos los días, en tener que estar con personas que la considerarían una especie de monstruo. Se había asegurado, antes de tomarse en serio el cortejo de lord Powell, de que era la clase de caballero que pasaba casi todo el tiempo en su casa solariega. Luke lo había entendido a la hora de elegir a sus pretendientes.

Sin embargo, en ese momento se encontraba en Londres, preparándose para ser presentada en sociedad de mano de su tía Marjorie, sometiéndose a largas sesiones con la modista y a eternas salidas de compras en busca de zapatos, sombreros, capas, abanicos y una miríada de otras frivolidades. Se estaba

desarrollando la temporada social en Londres y sabía que asistirían a eventos elegantes todos los días, incluso a más de uno al día. Se codearía con la flor y nata de la sociedad. Pronto..., apenas una semana después de haber llegado a la ciudad.

Era una locura. Era imposible.

Se enfrentó a todo con una especie de desbocada emoción. Todo su futuro, planeado con tanto cuidado, se había ido al traste en un instante por culpa de una ridícula indiscreción en la cascada. Después, evitó lo que parecían consecuencias inevitables cuando se negó a casarse con Ashley. Y la sofocante red que había estado a punto de caer sobre su cabeza en forma de los planes que su familia tenía para el resto de su vida la esquivó en el último momento: no la habían obligado a irse con Victor ni con Charlotte.

Se sentía increíblemente libre. Tenía la sensación de que el mundo entero, la vida entera, la esperaba. Tenía la sensación de que no había estado viviendo en sus veintidós años de vida. Tenía la sensación de que le quedaba mucha vida por delante y de que tenía todas las oportunidades del mundo para vivirla.

No miraría al futuro. De hacerlo, sabría que la temporada social llegaría a su fin, que no podría vivir para siempre con lady Sterne, que a la postre dependería de su familia de nuevo, y que tal vez no le permitirían decidir su limitadísimo destino. Se negaba a pensar en eso. No había ido a Londres con la intención de buscar marido, aunque sabía muy bien que lady Sterne albergaba esperanzas de que lo hiciera. Nunca se casaría. En parte, porque no podría hacerlo. Ya no era virgen, y sabía que la virginidad era el principal requisito que un hombre le exigía a su esposa. Sin embargo, el motivo principal era que no deseaba casarse. Se había entregado a Ashley en una ocasión. Nunca volvería a entregarse a nadie.

No obstante, incluso el hecho de no buscar marido resultaba liberador y emocionante. No había motivos ocultos para ir a Londres a disfrutar de la

temporada social. Había ido para disfrutar. No tenía ni idea de cómo lograrlo, pero tampoco le importaba mucho. Disfrutó de cada instante de la semana de preparación.

—Le aseguro que nunca he visto a una joven más paciente ni más dócil durante unas sesiones tan largas, milady —le dijo madame Delacroix, la modista, a lady Sterne, mientras Emily le miraba los labios.

Claro que Emily quería que la transformaran. Quería ser tan elegante, tan guapa, como pudiera. Quería olvidarse de todo lo demás: de su sordera, de su originalidad, de su sentimiento de culpa, de la forma en la que se había arruinado la vida. Quería ser una persona nueva. Una persona normal. Quería olvidar el mundo en el que siempre se había visto atrapada.

—Y nunca he visto a una más hermosa —añadió madame Delacroix.

Sin duda alguna, les decía lo mismo a todas las jovencitas que tenía por clientas, pensó Emily, mientras sonreía al ver su imagen en el espejo. Sin embargo, era imposible no sentirse halagada por esas palabras.

—Deja que te vea. —Lady Sterne se puso en pie cuando Emily entró en el salón, y se llevó las manos unidas al pecho—. Por Dios, te creía preciosa, niña, la noche del baile de Harndon. Ahora estás diez veces más guapa. ¿Qué dices tú, Theo?

—Válgame Dios —dijo lord Quinn—. Si no me pongo el doble de ancho esta noche al escoltar a dos damas tan guapas, será un milagro.

Emily giró muy despacio para que la vieran. Iban a asistir al baile de la señora Cadoux, en Berkeley Square. Parecía una locura que su primera aparición en sociedad fuera allí, cuando era sorda y no podría oír la música ni podría bailar... Intentó olvidarse de la única ocasión en la que cometió la estupidez de hacerlo. Sin embargo, accedió a asistir sin poner reparos cuando lady Sterne sostuvo en alto la invitación y dijo que creía que sería la presentación perfecta.

Llevaba un vestido azul a la francesa, ajustado en la parte delantera, suelto por detrás y decorado con festones plisados. La saya, de un tono algo más oscuro que la bata, iba sobre un tontillo y también estaba adornada con frunces y festones. El peto estaba adornado con lazos de raso que iban menguando de tamaño. Llevaba encaje en el escote y en las mangas de estilo pagoda. El pelo, recogido en un moño muy alto por delante y cuidadosamente rizado por detrás, estaba empolvado. Le habían colocado una diminuta cofia de encaje en la parte posterior de la cabeza, cuyas cintas le caían sueltas hasta la cintura. Por primera vez en la vida llevaba cosméticos, carmín en los labios y rubor en las mejillas, y un pequeño lunar postizo con forma de corazón en una mejilla, una frívola concesión a la moda del momento.

Abrió el abanico plateado y se abanicó despacio la cara, sonriendo por encima de las varillas a su tía Marjorie y a lord Quinn.

—Por Dios, niña —dijo lady Sterne—. Esos ojos son armas letales.

—No habrá un solo caballero presente que no caiga muerto ante ellos, de verdad que no —aseguró lord Quinn—. ¿Me permiten? —Les ofreció un brazo a cada una tras hacerles una elegante reverencia.

La verdad, descubrió Emily apenas media hora después, mientras el carruaje avanzaba muy despacio con la esperanza de poder dejar a sus ocupantes delante de las puertas iluminadas de la casa en Berkeley Square, no iba a ser tan fácil como había esperado. El corazón le latía, desaforado, por el miedo y la expectación. ¿Cómo iba a enfrentarse a un salón de baile, a una casa entera, de desconocidos? Claro que ya era demasiado tarde para echarse atrás.

Miró a su alrededor con los ojos como platos cuando entró en la casa del brazo de lord Quinn y subió la escalinata, despacio, hasta el salón de baile y la línea de recepción. ¡Y ella que creía que el baile en Bowden Abbey había sido un evento espléndido y a rebosar de personas! Ese salón de baile, vio cuando por fin entró, estaba demasiado lleno como para que se pudiera bailar,

pensó. Había grupos de personas charlando, parejas que paseaban alrededor de la zona que habían dejado libre para bailar y personas, casi todas caballeros, que estaban de pie, observando. Sintió que la cabeza le daba vueltas, que el miedo se apoderaba de ella. Era más que una locura.

Pronto hubo gente que se acercó a su grupo: damas que querían saludar a lady Sterne, caballeros que querían hacer lo propio con lord Quinn. Y caballeros que se acercaban con el expreso propósito de conocerla a ella. Tras un primer momento de sorpresa, tuvo la sensación de que estaba organizado, de que tanto lady Sterne como lord Quinn se habían afanado para asegurarse de que tuviera parejas; si no de baile, al menos para pasear y conversar. Desde luego, ninguno de los caballeros pareció sorprenderse de que no pudiera hablar y de que solo pudiera oírlos si les leía los labios.

Emily sonrió, asintió y negó con la cabeza en los momentos oportunos, e incluso rio. Abrió el abanico para aliviar el calor del salón de baile y sonrió por encima. Y cuando un caballero se acercó para hablar con lord Quinn antes de que este la presentara y demostró sorpresa por su afición, Emily supo que por fin había llamado la atención de alguien a quien no habían convencido de antemano para que se fijara en ella. Sonrió con más ganas, si acaso era posible.

El vizconde de Burdett consiguió asegurarse su compañía durante la primera pieza del baile y la acompañó hasta un sofá que acababa de dejar libre una pareja que iba a bailar.

Fue el principio de una deliciosa y rara noche. El sofá se convirtió en el lugar donde presidía su corte, en palabras de lord Quinn, que dijo algo al respecto en el trayecto de vuelta a casa. No sabía muy bien a qué se debía la atracción, pero los caballeros se sentaron a su lado, se quedaron de pie a su lado, se acercaban todo lo que podían a ella. Todos habían pedido que su tía Marjorie o lord Quinn los presentaran.

Hablaron entre ellos. A veces le hablaban a ella, moviendo los labios con

tanta precisión que acabó riéndose de ellos. Parecieron sorprenderse de que asintiera o negara con la cabeza en el momento adecuado, hasta que comprendieron que los entendía de verdad. Sospechaba que la consideraban una curiosidad muy entretenida. Le daba igual. *Ellos* sí que eran curiosidades entretenidas. Así se sentía, entretenida. Deliraba de felicidad... o, al menos, disfrutaba como nunca.

—No hay ni que preguntarse si has tenido éxito, niña —le dijo su tía en el carruaje al mismo tiempo que le daba unas palmaditas en la mano—. No solo estabas guapa, niña... Estabas rutilante, de verdad que sí. Y los caballeros son incapaces de resistirse al brillo. Todas esas pobres criaturas a las que les dicen que adopten una pose hastiada, no vayan a demostrar un entusiasmo pueblerino, reciben pésimos consejos.

—Válgame Dios —dijo lord Quinn—, lo raro sería que no formaras una corte numerosa y permanente, querida. Burdett me ha preguntado si Marj y tú vais a estar en casa mañana por la tarde. Y una docena de petimetres estaban muy pendientes de la respuesta.

Emily se echó a reír.

—Theo —dijo su tía mientras se inclinaba hacia delante para apoyarle al aludido una mano en la rodilla—, ¿se lo decimos a Emily?

Emily lo miró desde el otro asiento del carruaje. Seguía sonriendo.

—Serás la primera en enterarte, querida —comenzó él, que le cogió la mano a su tía Marjorie cuando esta estaba a punto de apartarla y volvió a colocársela sobre la rodilla—. Marj me ha concedido el enorme honor de aceptar mi proposición de matrimonio. Vamos a casarnos, aquí en Londres, en cuanto se lean las amonestaciones. En Saint George, con todo el mundo presente.

Emily se mordió el labio. No sabía a quién de los dos abrazar primero. Miró a uno y a otro con los ojos brillantes. Hacía mucho tiempo que los conocía y los quería a ambos. Y siempre había creído que el afecto que se



tenían trascendía la mera amistad.

—Estoy segura de que tu familia al completo vendrá a la ciudad para tal ocasión —dijo su tía—. La única relación que me une a vosotros es que soy la madrina de Anna, pero todos habéis tenido la bondad de llamarme siempre «tía». Quiero que estéis todos presentes cuando me case.

Vería a Anna, pensó Emily. Y Anna vería lo feliz que era. Su hermana se había preocupado mucho al pensar que Londres no era el mejor lugar para ella.

—Y también toda mi familia —añadió lord Quinn—. Doris y mi hermana ya están en la ciudad. Luke vendrá de Bowden Abbey, y Ashley, de Penshurst.

Emily sintió que el estómago le daba un vuelco muy incómodo.

—Puede que te parezca que es muy indecoroso a la edad de cincuenta años, Emily —le dijo su tía, dándole unas palmaditas en el brazo con la mano libre—, pero va a ser el día más feliz de mi vida.

Ashley iría desde Penshurst. En cuanto leyeran las amonestaciones. Para la boda. En cuestión de un mes. Volvería a verlo.

Ashley iría a la ciudad.

Emily cerró los ojos y apoyó la cabeza en el respaldo del asiento. Le dolían los ojos. ¿Les dolían las orejas a las demás personas por la incesante cháchara de la misma manera que a ella le dolían los ojos en algunas ocasiones? De repente, anheló la soledad y la dulce y solitaria compañía de la naturaleza.

Sin embargo, ella había abandonado esa vida al salir al mundo real. Había ido a Londres a divertirse. Se estaba divirtiendo.

Abrió los ojos con decisión y les sonrió, primero a lord Quinn y después a su tía Marjorie, que la miraban en silencio, pero con suma atención.

Ashley iría a la ciudad.

# 14

En Penshurst no había comedor matinal para desayunar. Todas las comidas se servían en el enorme comedor, con sus paredes cubiertas por paneles dorados y sus techos abovedados y decorados con frescos. La gigantesca mesa de roble se había hecho a medida para la estancia.

Ashley estaba sentado a solas a la cabecera de la mesa, dando buena cuenta del desayuno mientras leía el correo. No había nada de Bowden Abbey. Había ojeado las cartas en primer lugar para comprobarlo. Por supuesto, cuando las noticias llegaran, si acaso lo hacían, no llegarían de Bowden Abbey. Emily se había marchado a Londres con lady Sterne. Luke se lo había mencionado en una carta que le llegó días antes. Emmy en Londres, con lo sociable que era lady Sterne. Era difícil imaginarlo. ¡Pobre Emmy!

Llevaba casi tres semanas en Penshurst. A esas alturas, Emmy ya lo sabría o, al menos, lo sospecharía. ¿Se lo diría a alguien de inmediato? ¿Lo entendería siquiera? Era una mezcla tan curiosa de sabiduría e inocencia que resultaba imposible saberlo. Pero el suspense lo estaba destrozando. Y no sabía si quería que sucediera o no. Emmy embarazada, de su hijo, y obligada a casarse con él.

En parte, esperaba con fervor que no sucediera. No la quería de esa manera, no quería obligarla a hacer algo que resultaba evidente que ella no quería hacer. Pero otra parte de sí mismo deseaba que se viera obligada a permitirle hacer lo honorable.

Y esa misma parte de sí mismo la añoraba, añoraba su cercanía, su compañía, su originalidad, la añoraba a ella... Pero le resultaba imposible

expresar con palabras qué era lo que añoraba exactamente.

Y esa parte de sí mismo también anhelaba un hijo. Un niño o una niña, no le importaba. Un niño suyo. Su primogénito.

Había una carta remitida desde Londres, pero de su tío Theo, no de lady Sterne. Sería muy extraño que hubieran elegido a Theo para comunicarle las noticias. A veces, sopesaba la idea de ir sin más. De ir a Londres. Estaban en plena temporada social. Acababa de regresar a Inglaterra. Sería fácil alejarse de la propiedad durante una semana o dos. Solo para comprobar que ella gozaba de buena salud y estaba contenta. Solo para comprobar si lo necesitaba.

Siempre había sido él quien la necesitaba a ella, no al revés, comprendió. Era todo lo contrario de lo que podría pensar un observador que no los conociera. Emmy siempre había sido la fuerte, la independiente. Hasta el final.

Clavó la vista en la letra gruesa de su tío tras romper el lacre. Leyó la corta misiva dos veces y, después, sonrió y rio entre dientes. ¡Ese viejo bribón! Era un secreto a voces en la familia que Theo y lady Sterne eran amantes desde que él tenía uso de razón. Por fin iban a casarse. Y no iban a hacerlo a escondidas con el primer párroco que encontraran y con una licencia especial. Iban a celebrar una boda fastuosa en la iglesia más elegante de todo Londres, la de Saint George, en presencia de todos los miembros de la aristocracia que pudiera albergar su interior.

Les deseó lo mejor. No le cabía duda de que serían felices juntos. Se conocían bien, en todos los sentidos, estaba segurísimo de ello. Nadie podía acusarlos de haberse casado a las tres semanas de conocerse. La sonrisa se borró de su cara.

Porque en ese momento cayó en la cuenta de lo que implicaba lo que acababa de leer. La carta no solo era un anuncio. Era una invitación.

Dobló el papel y lo soltó, tras cual tamborileó con los dedos sobre él. Se

había dicho que no iría a Londres. Ella no desearía verlo. Tenía trabajo que hacer en la propiedad, todavía estaba tratando de conocerla a fondo y de tomar poco a poco el control de la administración. Y tenía que aceptar las invitaciones que le habían hecho los vecinos que habían ido a saludarlo.

Pero le tentaba la idea de ir a Londres desde mucho antes de que llegara la invitación de Theo. La casa le resultaba opresiva pese a su flamante esplendor. Era una casa femenina. La impronta de Alice podía verse en cada fruncido de las cortinas, en cada cojín con volantes, en todos los paisajes de tonos suaves que adornaban las paredes y en cada figurilla de porcelana. Todo eso refrescaba sus recuerdos de cómo había transformado su cómodo hogar en la India y de cómo se enfurecía por su costumbre de dejar en cualquier sitio los libros, la ropa o las cajas de rapé. En concreto, había una serie de aposentos en Penshurst que lo atraían como si fuera un imán, si bien detestaba poner un pie en su interior. Sin embargo, se descubría incapaz de ordenar que los vaciaran. Los aposentos de Alice, que todavía contenían sus pertenencias, en cuyos guardarropas todavía flotaba el perfume que siempre llevaba, adherido a las prendas.

Ojalá hubiera muerto por causas naturales, pensó un día mientras se encontraba en mitad de la salita de Alice con los ojos cerrados con fuerza, o en un accidente del cual no pudiera sentirse culpable, porque tal vez así no se sentiría tan atrapado. Alice no había sido su esposa. Jamás había tratado siquiera de ocultar que tenía amantes. Había dado a luz a un bebé pelirrojo catorce meses después de la única ocasión en la que podían haberlo engendrado juntos. Le había dicho que no estarían en casa la noche del incendio.

Pero nada de lo que se había dicho a lo largo de más de un año de tormento mental había logrado convencerlo de que no debía culparse. Mientras ellos estaban solos en casa, siendo pasto de las llamas, él disfrutaba repetidamente de los placeres carnales en la cama de una mujer casada, su única incursión

en el adulterio, por irónico que pareciera.

Y así, tal como Roderick Cunningham había pronosticado, se castigaba con esa casa en la que casi se podía respirar la presencia de Alice, y anhelaba una excusa para alejarse de ella.

Había otra razón para querer estar en Londres. Una razón ilógica que tal vez fuera el simple intercambio de un castigo por otro. Lady Verney, su vecina más cercana, lo había visitado con unos cuantos vecinos más. Era una dama de mediana edad. Le había hablado de su hijo y de su hija, que estaban en Londres para disfrutar de la temporada social. Se había referido a ellos varias veces como Henry y Barbara. Ashley temía encontrarse con sir Henry Verney, el amante de Alice, el hombre al que había querido con gran devoción. En su opinión, Verney le había destrozado la vida a Alice. Si no lo hubiera amado, si por la razón que fuera él no la hubiera abandonado, tal vez ella no se habría sentido consumida por el autodesprecio. Porque eso era lo que la motivaba. Estaba convencido. Aunque había llegado a odiarla, también se compadecía de ella.

En un primer momento, pensó que no quería conocer a Verney. Sin embargo, a esas alturas, y tras descubrir su ausencia, comprendió que parte de su afán por ir a Penshurst era el deseo de ver a Verney y de intentar reunir las piezas del rompecabezas que explicara lo que había sucedido hacía más de cinco años, el deseo de intentar entender el porqué de los turbulentos sucesos de los últimos tres años. Comprendió que todavía estaba buscando esa paz que tan ciegamente había buscado al regresar, aunque la parte racional de su persona le decía que jamás la encontraría. Estaba atrapado en las garras de la culpa y del pecado.

Su administrador estaba realizando una labor encomiable en la propiedad, aunque Ashley tenía sus propias ideas para llevar a cabo ciertos cambios y mejoras. El ama de llaves y el mayordomo se encargaban de los asuntos domésticos sin el menor problema. Sus vecinos entenderían los motivos que

lo habían llevado a cancelar o posponer las visitas que les había prometido. No había razón alguna que le impidiera asistir a la boda de Theo.

Si iba, escaparía durante unos días de la casa. Podría visitar a los Verney. Y vería a Emmy.

Vería a Emmy. Colocó la palma de la mano sobre la carta de su tío y cerró los ojos. Se la imaginaba sentada con las piernas cruzadas sobre la hierba mojada de Bowden Abbey, con la parte delantera del vestido húmeda y pegada al pecho, los pies descalzos llenos de briznas de hierba, el pelo suelto, enredado, húmedo y acariciando el suelo a su espalda. La veía con el ceño fruncido, concentrada mientras le rozaba la garganta con los dedos. Oía su voz extraña, ronca y atractiva, por raro que pareciera, mientras decía: «Sssí».

Emmy. La vería si iba a Londres... Cuando fuera. En realidad, no había nada que decidir. No podía rechazar la invitación a la boda. Y no tenía el menor deseo de hacerlo.

La vería de nuevo.

Por suerte, hacía una noche templada. Emily llevaba toda una semana esperando que llegara, una semana de días nublados y más bien fríos. Pero esa noche era perfecta. La luna y las estrellas brillaban en el cielo y se reflejaban en la superficie del río Támesis mientras lo cruzaban en una barcaza. Alzó la cara hacia la luz de la luna un momento y fue consciente del vasto misterio del universo.

Poco después bajaban de la barcaza. El vizconde de Burdett la tomó de la mano y la sostuvo con firmeza mientras le sonría, al mismo tiempo que lord Quinn ayudaba a su tía Marjorie y el conde Weims, a Doris. Al cabo de un momento llegaron a la entrada a los jardines de Vauxhall, y Emily se dispuso a contemplar el lugar del que tanto le habían hablado y que tantos deseos tenía de ver. Los famosos jardines de recreo, los grandes rivales de los jardines de Ranelagh, que también ansiaba ver. Se decía que ambos eran

mágicos por la noche.

A su derecha, y extendiéndose a lo largo, descubrió una larga columnata coronada por una cubierta abovedada de estilo gótico, iluminada por farolillos dorados y rojos. Al frente estaba la arboleda de la que tanto le habían hablado, el bosque y sus numerosos senderos ocultos entre la espesura. Los árboles estaban adornados con guirnaldas de farolillos. A lo largo de la avenida central, en mitad de la espesura, distinguía una zona deslumbrante. Debía de ser la rotonda, el lugar donde tocaban las orquestas, actuaban los cantantes famosos y la gente bailaba; el lugar donde los clientes más adinerados comían y bebían en los reservados mientras disfrutaban de los espectáculos que se desarrollaban frente a sus ojos. El vizconde de Burdett había pagado un reservado para esa noche.

—Lady Emily —dijo el vizconde, que le rozó los dedos de la mano que descansaba sobre su brazo—, ¿le resulta agradable?

Era mágico, espectacular. No alcanzaba a creer que eso fuera un parque, con árboles y hierba, con el cielo sobre sus cabezas. Se preguntó de pasada cómo sería durante el día, cuando no hubiera farolillos iluminados, o cómo sería con los farolillos apagados y sin gente abarrotando la avenida. Pero desterró ese pensamiento. No quería saberlo.

Le regaló una sonrisa radiante al hombre que había conversado con ella en varios bailes durante las semanas transcurridas en Londres, que la había visitado en casa de su tía Marjorie y que la había acompañado al Paseo de Saint James' Park. Era el más constante de entre el extraordinario número de caballeros que le prestaba atención allá donde iba. Emily desconocía el motivo de tanta atracción, a menos que se tratara de la novedad de cortejar a una mujer que solo podía sonreír y asentir con la cabeza por escandalosos que fueran sus cumplidos o por aburrida que fuera su conversación. Casi siempre había un nutrido grupo a su alrededor, caballeros que hablaban entre ellos y a quienes su silencio no les resultaba tedioso. Las multitudes también le

ahorraban la necesidad de concentrarse en todo momento en los labios de los demás.

Lord Quinn afirmaba que la atracción se debía al hecho de ser la joven más bonita de Londres, o de Inglaterra, ya puestos. Emily se reía de él. Su tía Marjorie afirmaba que relucía y que su belleza se multiplicaba cada vez que sonreía. Emily se reía de ella.

La sensación de libertad y júbilo, casi temeraria, que se había apoderado de ella desde que su tía Marjorie le hiciera la inesperada propuesta en los jardines de Bowden Abbey no la había abandonado durante las semanas transcurridas. Se decía que, hasta ese momento, no había vivido. Era feliz. Y sabía por fin que jamás tendría que renunciar a esa libertad ni a esa felicidad. Se había asustado un poco por su futuro cuando se enteró de la boda de su tía Marjorie con lord Quinn. Pero ambos le aseguraron que tenían la intención de quedarse en Londres hasta el final de la temporada social y que después seguramente viajaran y querían que los acompañase. Una dama necesitaba más compañía que la que podía proporcionarle un hombre, le había asegurado lord Quinn. Los caballeros necesitaban sus ratitos de soledad, le había dicho su tía Marjorie, al igual que los necesitaban las damas. Pero las damas no disfrutaban de la libertad que tenían los hombres a la hora de estas cosas. Necesitaban damas de compañía. Así que necesitaría a Emily.

Unos minutos después de su llegada, estaban sentados en el reservado de la rotonda. Habían llegado a tiempo para ver la actuación de ballet, le aseguró el vizconde. Había elegido una noche en la que hubiera un entretenimiento visual además de musical, pensando en lady Emily. Pero antes de que el ballet empezara, unos caballeros se acercaron a la mesa para presentarle sus respetos e intentar adivinar qué mensaje quería enviar esa noche según el diseño y la posición del lunar postizo que llevaba en la cara. La noche anterior habían recibido con gran hilaridad el corazoncito que se puso junto a una de las comisuras de los labios. Esa noche llevaba una estrella en un



pómulo, cerca del rabillo del ojo. Claro que no había mensaje alguno, pero le hacía gracia ver lo imaginativos que podían ser los caballeros y lo mucho que disfrutaban a su costa. Siempre se reía con ellos. En ocasiones, incluso dejaba de escucharlos y miraba a su alrededor. Ellos no parecían percatarse de su falta de atención. Sabía que en realidad no estaban interesados en *ella*, aunque nunca se había parado a analizar a fondo esa conclusión. Ninguno de ellos la conocía de verdad ni se percataba de ese hecho. Pero a ella no le importaba.

Estaba riéndose y dándole unos golpecitos al señor Maddox en un brazo después de que este hubiera sugerido que era Venus y que rivalizaba con las estrellas por el brillo que irradiaba, cuando otra persona se unió al grupo. Alguien cuya presencia le provocó un vuelco en las entrañas antes incluso de mirarlo. Sabía que iría a Londres, por supuesto, pero no sabía que ya había llegado. Sin embargo, se dijo, debería haber estado preparada.

Por suerte, estaba firmemente protegida detrás de la máscara que había elegido llevar desde su llegada a Londres. Lo miró con su deslumbrante sonrisa.

A diferencia del resto de los hombres presentes, Ashley no llevaba peluca. Y tampoco se había empolvado el pelo, como había hecho ella. Lo llevaba pulcramente recogido en canelones a ambos lados de la cabeza, recogido en la parte posterior con una bolsa de seda negra, y parecía sorprendentemente oscuro. Su cara seguía estando más delgada de lo que debería. Sus facciones eran angulares, austeras, elegantes. Llevaba una casaca de terciopelo azul oscuro, lo que suponía un enorme contraste con las sedas y los satenes en tonos pastel del resto de los caballeros.

Había pasado menos de un mes. Pero se le antojaba una eternidad. Era difícil creer que los eventos que sucedieron en Bowden Abbey habían pasado de verdad. Tenía la sensación de que le habían sucedido a otra persona, a alguien que ya no era ella misma.

—Hola, Emmy —la saludó. Sus ojos la miraron con cariño, aunque no llegó a sonreír.

Ella se llevó el abanico a la nariz y mantuvo la mirada risueña. Ashley se volvió para saludar a su hermana y a los demás ocupantes del reservado, y después aceptó la invitación a entrar y sentarse entre su tía Marjorie y lord Quinn.

—¡Válgame Dios! —exclamó uno de los admiradores de Emily cuando ella lo miró—. Un hombre al que se le ha concedido el permiso de dirigirse a usted con familiaridad. ¿Debo retarlo a duelo, lady Emily? ¿O mejor me vuelo yo los sesos?

Emily le dio un golpe fuerte con el abanico en el brazo.

—Max, ¿no conoces a lord Ashley Kendrick? —le preguntó el vizconde de Burdett—. ¿El hermano de Harndon?

—¡Ah! —exclamó el joven—. Un miembro de la familia. Seguiré conservando la esperanza, pues. —Se colocó una mano sobre el corazón con gesto teatral.

Sin embargo, era una conversación en la que participaban demasiadas personas. Tratar de volver la cabeza para mirar a quien hablaba en ese momento la estaba mareando. Y no tenían nada importante que decir. Emily esbozó su deslumbrante sonrisa y echó un vistazo a su alrededor. A todo menos a él.

—Si nos disculpan —dijo el vizconde de Burdett, que le cogió la mano a Emily y se la puso de nuevo en el brazo—, el ballet está a punto de comenzar. Agradecería mucho que mis invitados pudieran disfrutar del espectáculo sin que los molesten.

El resto de los caballeros se apartaron con renuencia, pero de buen humor. Emily miró a lord Burdett, que señaló a la orquesta. Estaban afinando sus instrumentos. Jamás había visto un número de ballet, y ardía en deseos de ver uno. Clavó los ojos en el escenario y resistió el impulso de apartar la mano

del brazo del vizconde.

Ashley se había colocado al lado de su tía Marjorie, de manera que ocupaba el rincón más alejado del reservado. En vez de inclinarse hacia delante como la mayoría de la gente estaba haciendo mientras esperaba a que diera comienzo la actuación, él había apoyado la espalda en el respaldo. La estaba observando. Emily no volvió la cabeza ni siquiera un milímetro, pero percibía cada uno de sus movimientos. Y también percibía su mirada.

Algo en su interior amenazó con derrumbarse. Algo que ella había levantado con gran determinación a lo largo de las últimas semanas. No iba a permitirlo. Se había creado a ella misma desde que llegó a Londres: era una Emily libre y feliz. Se negaba a huir acobardada y a refugiarse de nuevo en la desdicha y en la esclavitud de un amor que la había mantenido en un trance durante ocho años y que le había brindado escasos momentos de felicidad. En esa nueva vida era feliz. Más que feliz.

De repente y con una especie de sobresalto, cayó en la cuenta de que el ballet estaba actuando y de que llevaba ya un rato haciéndolo. Sus ojos estaban clavados en el escenario sin ver nada. Creyó, por un instante, que su sonrisa había desaparecido, pero no. Miró un momento con ella al vizconde y él le devolvió el gesto acariciándole de nuevo la mano con la que tenía libre.

El espectáculo visual del ballet era magnífico. Era música para los ojos. Las bailarinas se movían con precisión y elegancia siguiendo el compás de una melodía silenciosa. Durante un instante, sintió el mismo vínculo que percibía cuando estaba sola en la naturaleza.

Pero también sintió que Ashley la estaba mirando.

Ashley había llegado a Londres a última hora de la mañana y había ido a visitar a su tío solo una hora después. Se alojaba en Harndon House, abierta de nuevo ante la inminente llegada del duque con su familia. Luke le había escrito para invitarlo a quedarse con ellos, y había aceptado después de una

breve indecisión. No se ocultaría de su familia como si fuera un escolar castigado. El pasado, pasado estaba. Al menos en lo que se refería a la relación con su familia.

Su tío le había dado un firme apretón de manos y unas cuantas palmadas en la espalda, y había demostrado el resto de las señales que indicaban que estaba encantado de verlo. Ashley se había preguntado si la invitación no sería una simple cortesía, si tal vez su tío preferiría que no la hubiera aceptado. Theo le dijo que debía ir a saludar a lady Sterne sin pérdida de tiempo, pero que las muchachas, el poco inapropiado término que usaba para referirse a Emily y a su prometida, tenían pensado asistir a una fiesta al aire libre esa tarde. Sin embargo, todos asistirían esa noche a los jardines de Vauxhall, como invitados del vizconde de Burdett. Ashley también debía ir, según su tío, que añadió que se lo comunicaría a Burdett para que hiciera los arreglos pertinentes.

Esa tarde llegó una nota a Harndon House a través de la cual el vizconde aseguraba que se sentiría honrado si lord Ashley Kendrick aceptaba formar parte de su grupo de invitados para esa noche.

¿Quién demonios era el vizconde de Burdett?, se preguntó Ashley. Se preguntó también si Emmy sería una de sus invitadas. Pero concluyó que debía de serlo, si lady Sterne lo era. Pobre Emmy. No le agradaba la idea de que la arrastraran a todos los eventos sociales. Seguro que no le gustaban.

Se descubrió ansioso por verla de nuevo. Por ver lo que le había hecho. Debía de haberse sentido en la obligación de abandonar Bowden Abbey y de alejarse de su hermano y de sus hermanas durante una temporada, pensó, de ahí que hubiera acabado en Londres, el peor sitio posible para alguien como ella. Esperaba encontrársela desubicada, demacrada y apática. Tal vez incluso estuviera dispuesta a escuchar otra proposición matrimonial. Aunque no era muy feliz en Penshurst, allí podía ofrecerle la campiña, las colinas, el río y los árboles.

Llegó solo a los jardines de Vauxhall y se abrió paso hasta llegar al reservado del vizconde de Burdett. No era el primero en llegar. Vio a Doris y a Weims. Los demás ocupantes quedaban bloqueados por el numeroso grupo de caballeros reunido delante del reservado. Solo cuando se acercó descubrió el motivo de semejante atracción, o más bien a la persona que la motivaba.

Emily lucía casi el mismo aspecto que llevaba la noche del baile de Luke: a la moda, elegante e increíblemente hermosa. Con la diferencia de que, en aquel entonces, no llevaba cosméticos. Ni el pequeño lunar postizo que se había colocado para enfatizar sus ojos. En aquel entonces, aunque había sonreído y deslumbrado por la emoción de su primer minué, no parecía tan exuberante, tan sonriente, ni tan... coqueta. Estaba golpeando con el abanico el brazo de un petimetre vestido de lavanda, atrayendo un sinfín de galanterías y halagos ridículos. Burdett, o quien supuso que debía serlo, estaba sentado a su lado, y parecía un gato satisfecho después de haberse bebido un cuenco de leche o de haberse comido al canario o algo similar. Emmy estaba coqueteando con todos ellos.

Su primer impulso, que por suerte logró contener, fue el de liarse a puñetazos con el grupo entero.

Emmy se percató de su presencia. Esperaba que lo recibiera con una sonrisa. Aunque había rechazado su proposición matrimonial, se habían separado en buenos términos. Recordó las últimas horas que pasaron juntos, sentados en la hierba mojada con las rodillas casi juntas, mientras ella aprendía a decir su primera palabra. Y también recordaba que, en el baile de Luke, había reconocido a Emmy nada más mirarla a los ojos.

Esos ojos, que tenían una expresión superficial, todavía relucían mientras le sonreía y levantaba el abanico hasta la nariz. Parecía muy feliz. Pero su sonrisa le heló la sangre en las venas. No parecía Emmy. Se arrepentía de haber ido. A los jardines de Vauxhall. A Londres.

Entró en el reservado y se sentó entre su tío y lady Sterne después de

intercambiar los saludos de rigor con Doris y Weims. Felicitó a lady Sterne por su compromiso y se concentró solo en ella. Pero, justo cuando los caballeros congregados en el exterior del reservado empezaban a alejarse y la orquesta se aprestaba a afinar sus instrumentos para que comenzara la actuación de ballet, lady Sterne se inclinó hacia delante y le dio un golpecito en una rodilla.

—Querido, si no te importa, me gustaría cambiarme de sitio contigo —dijo — para poder estar al lado de Theo.

A Ashley le hizo gracia la petición. Esos dos eran amantes desde hacía veinte años o más, siempre se habían comportado en público con gran exquisitez, y ¿a esas alturas querían sentarse el uno al lado del otro? Casi esperó verlos cogidos de la mano. Pero el buen humor le duró poco. Una vez que ocupó la silla en la que antes se sentaba lady Sterne, descubrió que tenía a Emmy enfrente.

Podría haber vuelto la cabeza para ver la actuación, claro. Era una grosería mirar fijamente a una de las ocupantes del reservado. Pero fue incapaz de evitarlo.

Emily estaba viendo la actuación, pero no parecía absorta, con la expresión asombrada que esperaría descubrir en sus ojos. Seguía sonriendo. Esa sonrisa coqueta que no era suya en absoluto. Y una de sus manos descansaba en el brazo de Burdett, con los dedos extendidos sobre la ancha bocamanga. Había alzado la barbilla con altivez.

¿Eso era lo que él le había hecho?

Recordó haberle preguntado, cuando estuvieron bailando en Bowden Abbey, si era un disfraz que ella llevaba por voluntad propia o si era eso lo que le habían hecho.

«¿Te han domesticado y tu corazón no ha protestado por la pérdida de su naturaleza indómita? ¿Te obligan a cantar como si fueras un jilguero en una jaula?»

No, no le habían hecho nada. En aquel entonces todavía era libre. A la mañana siguiente la vio en la cascada, pintando, y con el mismo aspecto que tenía su cervatilla. Había pintado la energía de la vida que surgía con fuerza de todos los seres vivos y se extendía por el universo. Lo que tenía delante se lo había hecho él. Él había doblegado su espíritu y lo había enjaulado.

Sentía una presión dolorosa en el pecho y en la garganta. Como si tuviera ganas de llorar.

Una vez que la actuación de ballet llegó a su fin, el vizconde de Burdett se levantó, le hizo una reverencia a Emmy y se la llevó para dar un paseo por uno de los senderos iluminados por los farolillos. Lady Sterne miró a Doris con las cejas enarcadas y esta y su marido se pusieron en pie para seguirlos a modo de carabina. Ashley se quedó donde estaba. Otros caballeros no tardaron en reunirse con Burdett y Emmy.

—¡Por Dios! —exclamó lady Sterne—. Theo, lo mejor que he hecho en la vida ha sido traer a Emily a la ciudad. Está disfrutando muchísimo y tiene la corte de admiradores más nutrida de entre todas las damas que participan en la temporada social. El día menos pensado, empezarán a pedirnos su mano.

—Marj, no me sorprendería nada —replicó lord Quinn—. Es la muchacha más bonita de Londres, y más con esos ojos tan expresivos que tiene. Burdett ha dejado claro su interés. Y es nada menos que un vizconde, ¡por Dios! No está mal.

Ashley apretó los dientes y guardó silencio, aunque la conversación siguió por los mismos derroteros durante un tiempo, como si la pareja recién comprometida hubiera olvidado su presencia y el hecho de que, si Emily decidía casarse, el único aspirante a su mano era él.

# 15

Había estado de compras toda la mañana en Oxford Street con lady Sterne. Había gastado dinero sin necesidad en un sombrero de paja adornado con acianos. Estaba segura de que tenía sombreros de sobra para ponerse durante todo un mes sin necesidad de repetir. También era verdad que apenas había dormido la noche anterior... por primera vez desde su llegada a Londres. Y había una conexión entre la compra del sombrero y la noche en vela. Ashley iba a acompañarla a dar un paseo esa tarde por el Paseo de Saint James' Park.

Ashley no le había dirigido una sola palabra en los jardines de Vauxhall después de su saludo inicial, no hasta que se marchó, muy temprano, antes que los demás. Ella acababa de regresar de su paseo con el vizconde de Burdett, Doris y Andrew. Él le tomó la mano y le hizo una reverencia después de hablar con los demás. Creía que se iba a marchar sin dirigirle la palabra. Pero lo hizo.

—Emmy, le he preguntado a lady Sterne si estarás en casa mañana por la tarde —le dijo él—. Iré de visita y te llevaré a dar un paseo por Saint James's Park, si te parece bien.

Ella sonrió y asintió con la cabeza. En aquel momento solo pensó en Ashley, sin considerar la sensatez de pasar tiempo cerca de él. Ashley se marchó antes de que ella viera la expresión molesta del vizconde de Burdett. Pero el vizconde no tenía motivos para sentirse molesto. Ella no le pertenecía ni tenía intención de pertenecerle. Además, paseaba, a pie o en carruaje, con otros caballeros. Le gustaba que fuera así.

—¿Lord Ashley Kendrick es de la familia, lady Emily? —le preguntó él,



inclinándose hacia ella, supuso, para que nadie más en el palco pudiera oír lo que decía—. ¿Una especie de hermano?

Ella sonrió y abrió el abanico para refrescarse la cara.

—En ese caso, déjeme decirle que es muy irritante que un mero hermano monopolice su tiempo toda una tarde —continuó él—. ¿Cómo voy a superar la desilusión?

Emily se echó a reír al oír un elogio tan tonto y extendió el brazo que sostenía el abanico para abanicarle la cara unos segundos.

Sin embargo, apenas había dormido esa noche. Hacía menos de un mes, esperaba no volver a verlo en la vida. Y después su tía Marjorie y lord Quinn decidieron casarse, y supo que Ashley asistiría a la boda. Se quedó consternada. No quería que fuera a Londres, de la misma manera que hacía poco más de un mes no había querido que fuera a Bowden Abbey. Tenía que vivir sin Ashley, y verlo le resultaba demasiado doloroso.

Sobre todo, en ese momento. Durante toda la noche anterior, después de que se uniera al grupo del vizconde de Burdett, si bien no lo había mirado ni una sola vez hasta que se despidió, lo había percibido con todo su ser. No solo con el corazón. No solo con los brazos anhelantes y los labios ansiosos. Había percibido su presencia con una extraña sensación palpitante en las entrañas y más abajo, allí donde el cuerpo de Ashley se había unido al suyo. No fue deseo lo que sintió, sino más bien... reconocimiento.

No debería haberla invitado a dar un paseo con él. Era injusto. Ashley quería retomar una relación que a él siempre le había resultado cómoda. Quería ser su hermano, su amigo. ¿Acaso no sabía, tal como ella siempre había sabido, que semejante relación era imposible? ¿Sería un amigo y un hermano durante su paseo? ¿O intentaría una vez más convencerla de que se casara con él? Claro que no. En los jardines de Vauxhall debía de haberse percatado de lo feliz que era, de lo mucho que estaba disfrutando de la temporada social y de la compañía de otros caballeros. No debería haberla

invitado.

De modo que dio más vueltas en la cama de lo que durmió esa noche. Y de ahí que hubiera salido de compras por la mañana y hubiera acabado con un nuevo sombrero de paja.

Antes de ir a casa de lady Sterne, Ashley tenía que hacer una visita en South Audley Street. Era algo que se había convencido de que no era necesario hacer durante el viaje a Londres y también durante toda esa mañana se había convencido de que no lo haría. Aunque lady Verney le había dado la dirección su hijo cuando se enteró de que iba a ir a Londres y lo había alentado a dejar su tarjeta de visita, ya que tanto Henry como Barbara se sentirían honrados de recibir semejante honor, o eso le había dicho la mujer, no tenía el menor deseo de visitar a unos absolutos desconocidos.

Sin embargo, la curiosidad pudo con él. Quería..., no, era más como si necesitara ver al hombre a quien Alice había amado y con quien se había acostado antes de ir a la India. Tal vez si pudiera comprender esa relación, se dijo sin pensar, sería capaz de enterrar de una vez por todas los espantosos recuerdos.

Después de llamar a la puerta de South Audley Street y de depositar su tarjeta de visita en una bandeja de plata, el mayordomo le dijo que comprobaría si sir Henry y la señorita Verney se encontraban en casa. Ashley casi deseó que no estuvieran o que decidieran decir que no estaban. Verney seguramente querría evitarlo, al fin y al cabo. No obstante, el mayordomo regresó al cabo de un par de minutos, le hizo una reverencia y le preguntó si era tan amable de seguirlo al salón.

Un hombre y una mujer se pusieron en pie cuando Ashley entró en la estancia, tras el anuncio del mayordomo. El hombre se acercó a él con la mano derecha extendida. Tenía un porte imponente y era más o menos de su misma edad, supuso Ashley. No era tan alto como él, pero tenía los hombros

y el torso amplios, y daba la impresión de ser más corpulento de lo que era, si bien tampoco era un enclenque. Iba vestido a la moda, aunque no como un petimetre. Llevaba el pelo rubio recogido en la nuca. Lucía una expresión afable y sonriente.

—Lord Ashley Kendrick —lo saludó—. Es todo un honor. Me enteré por mi madre de que había regresado de la India y de que se había instalado en Penshurst. Lamenté mucho no estar en casa para presentarle mis respetos. Y al final ha venido usted a saludarme. Permítame que le presente a mi hermana, Barbara.

Ashley estrechó la mano que le tendía y le hizo una reverencia a la dama, quien a su vez correspondió con una genuflexión y una sonrisa. Tenía el pelo algo más oscuro que su hermano, pero compartía la misma elegancia serena y la misma afabilidad. No era guapa, pero tampoco era del montón.

—Señorita —la saludó—. Verney. Estoy seguro de que los complacerá saber que he dejado a lady Verney en excelente estado de salud. Les envía saludos afectuosos.

—Qué amable al traernos el mensaje. Siéntese, milord —lo invitó Barbara Verney—. He pedido que nos traigan la bandeja del té.

Ashley se sentó. El odio abrumador que había empezado a sentir lo pilló totalmente desprevenido. Había esperado un hombre taciturno, de aspecto rudo, la clase de hombre que imaginaba que podría seducir y abandonar a una mujer enamorada de él. No esperaba encontrar a ese hombre sonriente y afable, que tal vez atrajera a las mujeres más por su personalidad que por su físico. Casi habría podido perdonar el recelo y el mal humor. En cambio, detestaba esa afable hospitalidad.

—Debo admitir —dijo sir Henry mientras se sentaba en un sillón enfrente de Ashley después de que lo hiciera su hermana— que teníamos curiosidad por conocer al hombre con quien se casó Alice. ¿No es verdad, Barbara? Por cierto, nos quedamos desolados al enterarnos hace unos meses de la tragedia

que sufrieron su esposa y su hijo. Le escribimos de inmediato, sin darnos cuenta de que estaba de camino a Inglaterra. Si me permite, me gustaría ofrecerle nuestro más sentido pésame.

—Sí, por supuesto —dijo la señorita Verney.

Si hubiera podido asfixiar a ese hombre y mantener cierto decoro, pensó Ashley, lo habría hecho. No había asomo de vergüenza ni de culpa en su rostro.

—Gracias —repuso. Aunque sentía curiosidad. Se dirigió a la hermana—. ¿Conocía bien a mi esposa?

—Crecimos juntos —contestó ella—. Alice, Gregory, que como sabrá era su hermano, Henry y yo.

—Y Katherine Binchley —añadió sir Henry—. La hija del administrador de Kersey. Puede que la conozca, aunque ahora es Katherine Smith.

—Sí, y Katherine —convino la señorita Verney—. Éramos muy amigos de niños. Pero crecimos y nos separamos. Supongo que es algo inevitable. Aunque Henry y Gregory siguieron siendo buenos amigos. Pero Gregory murió y Alice se marchó a la India, y Katherine se marchó para casarse con el señor Smith..., todo en cuestión de meses. Todo cambió.

—Claro que usted prefiere que le hablemos de su esposa, de cómo era antes de conocerla —repuso sir Henry—. Siempre fue preciosa, ¿no es verdad, Barbara? Incluso de niña. Menuda, elegante y exquisita. Cuando cumplió los dieciséis, ya tenía a todo el condado a sus pies. Pero nunca se le subió a la cabeza. No tenía predilección por ningún caballero. Era muy selectiva. — Sonrió.

Muy selectiva. ¿Por qué había rechazado las atenciones de todos los jóvenes menos las del propio Verney?

Barbara Verney sirvió el té. Le sonrió a Ashley mientras le daba su taza.

—Creo que mi madre albergaba la esperanza de que Alice y Henry se casaran —comentó ella—. Por suerte para usted, no sucedió.

—Claro que tú tampoco te casaste con Gregory, Barbara —replicó sir Henry con una carcajada—. A veces, Kendrick, como bien puede saber por experiencia, las madres tienen una idea muy clara de las vidas de sus hijos que no se parecen en nada a lo que dichos hijos quieren en realidad. Me alegró enterarme de que Alice se había casado con usted, un hombre con unos contactos impresionantes y un colega respetado de su padre. Era una muchacha muy infeliz cuando dejó Penshurst.

No tenía el menor remordimiento ni el menor sentimiento de culpa, pensó Ashley. Se había *alegrado* de que Alice se casara con otra persona. ¿Se alegraría él de que Emmy se casara con otro? ¿Sería capaz de mirar a los ojos a ese hombre en el futuro y decirle que se había alegrado al enterarse de su boda? ¿Sabía que él la había conocido en el sentido bíblico? Además, ¿se preguntaba Verney si él estaba al tanto? ¿Ocultaba su sonrisa el desdén que le merecía el hombre que había aceptado sus sobras? Aunque no quería pensar en Alice de esa manera. No la había amado; de hecho, la había odiado de muchas maneras. Pero era una persona, una persona muy desdichada además.

—Sí —convino él—. Acababa de perder a su hermano. Tengo entendido que entre ellos existía una relación muy estrecha, si bien casi nunca hablaba de él. Supuse que era demasiado doloroso para ella hacerlo.

Los hermanos se miraron entre sí.

—Sí —dijo sir Henry—. Mantenían una relación muy estrecha. La muerte de Gregory fue un terrible golpe para ella, para todos nosotros.

Gregory Kersey murió de un disparo en un accidente de caza. Eso era lo que había averiguado Ashley de sir Alexander Kersey, mucho antes de que conociera a Alice. Ella casi ni había mencionado que tuvo un hermano.

—¿Cómo sucedió? —les preguntó.

Por primera vez, Verney parecía incómodo. Se rascó la cabeza y miró a su hermana.

—Fue por la mañana temprano —dijo ella—. Había salido a cazar con

varios vecinos de la zona.

—Incluido yo —añadió sir Henry.

—Sí —convino ella—. Había decidido dar por terminada la jornada y empezaban a irse cada uno por su lado cuando se oyó un disparo.

—Ninguno le prestamos especial atención —dijo sir Henry—. Alguien había visto un pájaro y fue incapaz de resistirse a disparar de nuevo, fue lo que pensamos todos. No habría sido raro. Binchley encontró el cuerpo a mediodía. Alice le ordenó averiguar por qué Gregory no había vuelto de la partida de caza.

—Ninguno recordaba haber disparado ese último tiro —dijo Barbara Verney.

—O ninguno quiso admitirlo —apostilló su hermano—. Sin duda alguna, fue un disparo accidental. Greg no tenía enemigos. Pero sería difícil enfrentarse al hecho, y admitirlo en público, de ser quien disparó y mató a otra persona.

—¿Dónde? —preguntó Ashley—. ¿Dónde le dispararon?

—En las colinas al norte de Penshurst —contestó sir Henry—. Dentro de la propiedad.

—En la cabeza —repuso la señorita Verney en voz baja—. A eso se refería lord Kendrick, Henry. Fue espantoso. Las sospechas recayeron sobre casi todos los hombres de la zona. Incluido Henry. Él era su mejor amigo.

¿Se había enterado Gregory de la relación entre su mejor amigo y su hermana?, se preguntó Ashley sin querer. Se desentendió de esa idea. Su intención no era la de adentrarse en aguas tan peligrosas.

—Enterarnos de lo de Alice y lo de su hijo fue una pesadilla —añadió sir Henry—. Tal parecía que la familia estaba maldita. Pero basta de pensamientos tan macabros. No me cabe la menor duda de que ha sufrido usted más durante este año que lo que se sufriría en toda una vida. ¿Ha venido a la ciudad para participar de la temporada social? —Le sonrió.

—Para eso —contestó— y también para asistir a la boda de mi tío.

La conversación siguió por derroteros impersonales y más cómodos. Hablaron de bodas, de la moda, de diversos eventos e incluso del tiempo.

Sir Henry Verney era un hombre que había disfrutado del placer, pero que no sentía culpa alguna, pensó Ashley tras salir de la casa de South Audley Street media hora después de haber llegado. En resumen, un hombre vacío. Costaba entender por qué Alice había sentido un apego tan obsesivo por él. Claro que siempre costaba entender el amor. No siempre era racional.

«Tal parecía que la familia estaba maldita.»

El recuerdo de esas palabras le provocó un escalofrío. Sin embargo, pensó Ashley, era imposible que hubiera un nexo de unión entre el trágico accidente que había acabado con la vida de Gregory Kersey y el que acabó con la vida de Alice cuatro años después. Solo era una coincidencia muy inquietante. Pero era incapaz de borrar esas palabras de su mente.

«Tal parecía que la familia estaba maldita.»

Se había puesto su nuevo vestido de seda a la inglesa, azul con rayas blancas. Debajo, según el último grito de moda, no llevaba un tontillo, sino unas enaguas de crinolina acolchada. Llevaba el pelo trenzado y recogido en la nuca. Con los mechones cubiertos por una cofia de encaje. Sobre el peinado llevaba su nuevo sombrero de paja, echado hacia delante para protegerse los ojos del sol y sujeto por un lazo en la nuca.

Se preguntó si a Ashley le gustaría su aspecto. Daba igual, aunque quería que se fijara en lo mucho que había cambiado, en lo feliz que era. Si todavía le quedaba algún sentimiento de culpa, si todavía albergaba la noción de que debía casarse con ella, quería tranquilizarlo. Le había hecho un favor, pensó. De no haber ido a Bowden Abbey, ella se habría casado con lord Powell y se habría pasado la vida en el campo luchando por imponerse a su suegra..., algo que seguramente fuera un imposible. No habría descubierto, a la

avanzadísima edad de veintidós años, lo mucho que la vida tenía que ofrecer, incluso a una mujer sorda.

Se inclinó hacia delante y se echó un buen vistazo en el espejo de su vestidor. Le sonreiría y él sabría que no lo necesitaba en absoluto. Sin embargo, al captar su mirada en el espejo, tuvo que apartar la vista de inmediato y concentrarse en cualquier otro aspecto de su persona, en cualquiera menos en sus ojos.

Ashley la estaba esperando en el vestíbulo con su tía Marjorie cuando ella bajó la escalera. Había llegado antes de tiempo. Lucía una casaca verde oscura, plisada según la moda en la espalda, con chupa a juego y calzones de color crema. El pelo, como de costumbre, lo llevaba sin empolvar. Tenía el tricornio bajo un brazo. Sus ojos azules la miraban con expresión risueña. Empezaba a acostumbrarse a su cara delgada. Gracias a ella estaba guapísimo, casi irresistible.

—Emmy. —La saludó con una reverencia formal—. Estás preciosa.

Lo miró con su sonrisa más deslumbrante.

—Por Dios —dijo su tía—, va a hacer que se le suba a la cabeza, lord Ashley. No he oído más que halagos acerca de Emmy desde que la traje a la ciudad. Considérese afortunado si consigue hablar con ella en privado durante su paseo por el parque.

Ashley le sonreía a Emily mientras su tía Marjorie hablaba, pero ella tuvo que apartar la vista para saber qué decían de ella. Se ruborizó. No porque se le hubiera subido el comentario a la cabeza. Los halagos ridículos, al menos los que se había molestado en ver en los labios de los demás, no le importaban en absoluto. Pero sí le hacían gracia y conseguían distraerla..., no, la anclaban. La anclaban en su flamante felicidad.

Miró a su alrededor mientras se dirigían en carruaje al parque, observando a las personas junto a las que pasaban: a los elegantes transeúntes; a los buhoneros, que era evidente que ofrecían sus mercancías a voz en grito; a los



niños que correteaban, con dos perros atados con correas. De repente, se dio cuenta de que sería aterrador estar sola en semejante ambiente, muy distinto del campo, donde casi nunca había tenido miedo. Sin embargo, en la ciudad nunca había estado sola. No estaba sola en ese momento. Miró a Ashley con una sonrisa y sintió sus ojos clavados en ella. No miraría para saber si tenía algo que decir.

Ashley. Sentía un nudo enorme en el estómago, pero luchó con uñas y dientes por deshacerlo.

Él le ofreció el brazo cuando descendieron del carruaje abierto y empezaron a pasear. A Emily le encantaba la avenida tan recta del paseo, flanqueada por árboles, atestada de paseantes y de grupos de personas que charlaban. A veces, le gustaba levantar la vista hacia las copas de los árboles para observar las ramas y las hojas recortadas contra el cielo. Sin embargo, le gustaba mucho más observar a las personas y sentirse en comunión con ellas. Ese día parecía que solo era capaz de sentir los músculos del brazo de Ashley y la calidez de su cuerpo. A la postre, lo miró por debajo del ala del sombrero. Ashley la miraba, con esa expresión risueña en los ojos. Una expresión que no reflejaban sus labios.

—¿Eres feliz, Emmy? —le preguntó él.

Le dijo con ojos brillantes lo feliz que era. Señaló a su alrededor. ¿Cómo no iba a ser feliz?

—Penshurst es un lugar precioso —le dijo él—. Se encuentra en un valle, y cuenta con una extensa propiedad que abarca desde la casa hasta el camino principal. Entre la casa y el pueblo, que está muy cerca, hay un ancho río con un sendero que discurre en paralelo a su curso y que se construyó para maximizar la belleza y la intimidad del lugar. Y detrás de la casa se encuentran las colinas boscosas, que son un lugar umbrío y silencioso, pero con unos cuantos puntos desde los que disfrutar de la panorámica de la campiña. En una de ellas hay un cenador. Está incluso amueblado, aunque

creo que lleva años sin usarse.

Penshurst. Donde él vivía. Donde estaba su sitio. Donde Alice había vivido. Donde él habría vivido con su esposa y su hijo si no hubieran muerto.

—Te gustaría, Emmy. —Ashley inclinó la cabeza hacia ella y le tocó una mano con la suya—. Ojalá pudieras verlo.

Por un instante, el anhelo la abrumó, haciendo que le diera vueltas la cabeza. Pero solo por un instante. No, le dijo. Se echó a reír y abarcó con un brazo la formal elegancia del paseo que tenían delante y el esplendor del resto de los transeúntes. Allí era donde quería estar. Allí era donde estaba su sitio.

Él la instó a mirarlo de nuevo a la cara.

—¿Lo dices de verdad? —le preguntó. Los dos hablaban con gestos, se percató ella, cada uno con una mano—. Me entristece ver...

Sin embargo, ella no captó el final de la frase. No se enteró de qué lo entristecía. Dos caballeros se detuvieron delante de ellos y la saludaron con sendas reverencias formales. Dos caballeros que formaban parte de su grupo habitual. La halagaron por su aspecto, le preguntaron si la verían en el baile de esa noche, le hicieron una reverencia a Ashley sin mediar palabra y continuaron camino. Miró a Ashley con una sonrisa deslumbrante.

—No me sorprende tu éxito —le dijo él—. Pero ¿es lo que quieres, Emmy?

Pues claro que sí. ¿No se daba cuenta? Se lo dijo con la mano libre y con sus sonrisas. Luego pensó en otra cosa.

—Sssí —le dijo, mirándolo con expresión alegre. La única palabra que se sabía. Todo su repertorio.

—Podría haberte enseñado el resto del diccionario, Emmy —repuso él—. Aún puedo hacerlo. Y tú podrías haberme enseñado...

Sin embargo, el señor Maddox, con una jovencita del brazo, le hizo una reverencia formal en ese momento y le preguntó si había disfrutado del ballet de la noche anterior.

Se negó a mirar a Ashley cuando reemprendieron la marcha. Era incapaz.

Sentía que sus defensas, como si de una fina máscara se trataran, corrían peligro de desmoronarse. Ni siquiera había admitido para sus adentros, hasta ese preciso instante, que eran meras defensas, que en realidad no estaba disfrutando en absoluto. Que tenía el corazón destrozado por dentro. Y también supo en ese momento que Ashley no había encontrado la paz desde la última vez que lo vio, y que seguramente nunca la encontraría. No necesitó de gestos ni de palabras para decírselo.

Ashley le volvió a tocar la mano y le dio un apretón, y a ella no le quedó más remedio que mirarlo.

—Sentí lástima de Powell —le dijo él— aquella mañana en la cascada, cuando te negaste a mirarlo, Emmy. Y ahora me estás haciendo lo mismo.

Lo miró y se dio cuenta, con cierta sorpresa, de que la máscara no la había abandonado. Estaba sonriendo.

—Emmy. —Inclinó la cabeza hacia ella, dejándola muy cerca. Supuso que, aunque Ashley movía los labios, no emitía sonido alguno—. ¿Hay alguna posibilidad de que estés encinta? ¿*Estás* encinta?

No lo estaba. Había tenido un retraso, pero al final un día descubrió, con las manos temblorosas por el alivio, que no estaba embarazada. Después, una vez que se ocupó de sus necesidades, se tiró de bruces en la cama y lloró. Aunque no precisamente por el alivio.

Se le borró la sonrisa. No, le dijo a Ashley. No habría un hijo. Cualquier obligación que siguiera sintiendo hacia ella había terminado. Era libre para volver a considerarla una mera hermana pequeña. Pero era incapaz de saber hasta qué punto se sentía aliviado. Los ojos de Ashley se limitaron a mirarla fijamente hasta que ella bajó la mirada a su corbata. Sí, la posibilidad existió. Durante dos días creyó que... Sin embargo, no fue así.

Y lo había lamentado. Qué descabelladas e irracionales podían ser las emociones. De haber estado encinta, habría tenido que casarse con él. Casarse con el hombre a quien quería más que a su propio corazón, mientras que ella

solo era una hermana a sus ojos. Habría sido intolerable. Mucho más intolerable que la presente situación.

Alzó la mirada y le sonrió.

Y luego la distrajo otra pareja que se detuvo delante de ellos. Se volvió para mirarlos, pero no conocía a los recién llegados. Los dos le sonreían a Ashley.

—Nos volvemos a ver —le dijo el hombre, mientras la mujer se echaba a reír.

Emily miró a Ashley. Él los saludó con un gesto de la cabeza. Se percató de que Ashley titubeaba, pero después la miró.

—Emmy —le dijo—, permíteme presentarte a mis vecinos de Penshurst, sir Henry Verney y la señorita Verney. —Los miró—. Lady Emily Marlowe, hermana del conde de Royce y de la duquesa de Harndon.

Emily miró a la pareja con una sonrisa deslumbrante. Los nuevos amigos de Ashley, parte de su nueva vida. Y a ella le caían bien. Tal vez fuera una tontería juzgar tan pronto a alguien, pero los dos parecían la mar de simpáticos. La señorita Verney se limitó a devolverle la sonrisa. Sir Henry le hizo una reverencia.

—De Bowden Abbey —comentó él—. Vi la propiedad una vez, durante uno de mis viajes. Es un lugar precioso.

Sí, le dijo con un gesto de la cabeza. Su hogar. Era más su hogar de lo que jamás lo había sido Elm Court, pensó Emily.

—Ah, entiendo —le dijo sir Henry a Ashley, a quien miró un instante—. Sí, me doy cuenta de que puede leer los labios, lady Emily. Me he percatado de que ha entendido lo que decía acerca de Bowden Abbey y de que está de acuerdo.

—Debe de ser un tremendo esfuerzo para sus dotes de observación —le dijo la señorita Verney—. Claro que se dice que cualquier afección puede servir para fortalecer el carácter si se está dispuesto a aceptarla como un

desafío. ¿Está de acuerdo, lady Emily?

No estaba segura de que su sordera le hubiera fortalecido el carácter. Ni siquiera estaba segura de haberse enfrentado a un desafío. Un mundo silencioso era tan normal para ella como uno ruidoso debía de serlo para ellos, pensó Emily. Claro que las personas solían asumir que los sordos solo podían funcionar como personas si aprendían a adaptarse a un mundo de sonidos. ¿Dónde dejaba eso el desafío del silencio? Muy pocas personas con capacidad auditiva lo aceptaban o incluso sabían que existía tal desafío. Las personas con capacidad auditiva temían el silencio, o eso sospechaba ella. Sin embargo, no le diría algo así. La señorita Verney se estaba mostrando amable, amigable. Emily sonrió y después se volvió hacia Ashley para ver qué decía.

—Emmy es muy modesta con sus logros —dijo él—. Va a bailar conmigo esta noche.

Emily se echó a reír.

«¿En serio?», le preguntó con las cejas enarcadas cuando reemprendieron el paseo un par de minutos después.

—Bueno, ¿sobre qué me interrogas? —le preguntó él—. ¿Sobre mi arrogancia al presentarte a unos desconocidos? ¿O sobre mi arrogancia al decirte, en vez de preguntarte, que bailarás conmigo?

«A eso último», le dijo con una mano. «¿Voy a bailar?»

—Pues claro que sí, Emmy —contestó con una carcajada. La severidad desaparecía por completo de la cara de Ashley cuando reía. No sería nada bueno para ella verlo muchas veces así, se dijo—. Porque te encanta bailar, ¿recuerdas? Porque siempre has querido bailar. Y porque solo yo soy lo bastante imprudente para aceptar el desafío.

Ella se rio de nuevo.

—¿Lo harás? —le preguntó él con las manos y con los ojos, además de con los labios—. ¿Bailarás conmigo? ¿Lo harás, Emmy?

Sí, lo haría. Incluso delante de la alta sociedad en pleno. Por supuesto que lo haría.

Solo se percató de que algo había cambiado cuando Ashley la ayudó a subir de nuevo a su carruaje, mientras ella se colocaba la saya y él rodeaba el vehículo para subir por el otro lado. Sonreía, reía y deliraba de felicidad... tal como había hecho durante un mes entero. Sin embargo, había una diferencia. La máscara había desaparecido y había sido reemplazada, al menos de momento, por la emoción real.

Era una idea aterradora.

## 16

—Tenías razón —le dijo sir Henry Verney a su hermana mientras seguían avanzando por el Paseo—, el parecido es evidente. Me sorprende no haberlo notado cuando lo vimos por primera vez.

—Es un poco más alto y más delgado —señaló Barbara Verney—. Tal vez no tan moreno. Y mucho más guapo, creo. Pero el parecido está ahí. A los dos nos sorprendió la noticia de que Alice se había casado y nos preguntamos qué tipo de hombre la había convencido de hacerlo. Ahora ya lo sabemos.

—Me pregunto hasta qué punto fue feliz —dijo su hermano—. Me resulta imposible imaginar a Alice siendo feliz. Aunque supongo que no es tan raro. Debió de haber...

Sin embargo, su hermana lo interrumpió.

—Es mejor no hablar de esto —dijo—. Siento mucho haber despertado antiguos recuerdos al comentar el parecido. La pobre mujer tuvo un final terrible. Ojalá haya encontrado por fin la paz. Pero el pobre lord Ashley también perdió un hijo. No es de extrañar que tenga ese aire atormentado. ¿Te ha parecido simpático, Henry?

—Un poco reservado —contestó él—. He captado cierta frialdad en sus ojos. Pero supongo que conocer a las antiguas amistades de su esposa ha debido de provocarle cierta tensión. Ha sido muy valiente por su parte ir a visitarnos. Le agradezco el detalle.

—¿Frialdad? —preguntó su hermana—. Henry, yo no he visto nada de eso. Tiene unos ojos azules increíblemente expresivos. No, no me mires así. No me he enamorado de lord Ashley Kendrick ni de ningún otro. ¿Te ha

parecido hermosa lady Emily Marlowe?

—Es una belleza de primera categoría —contestó—. Y tiene una chispa que le otorga un encanto irresistible.

Barbara se echó a reír.

—¿Su incapacidad para conversar no te parece un impedimento? —le preguntó.

—Al contrario —respondió sir Henry—. Cualquier hombre consideraría un desafío emocionante lograr que esos ojos tan bonitos no se separaran de sus labios y mantener fija en uno mismo esa deslumbrante sonrisa.

—¡Henry! —Barbara Verney rio de nuevo y le dio un apretón en el brazo—. Que te pierdes, te lo advierto.

—Ni hablar —replicó, riéndose también. Sin embargo, recuperó la seriedad y suspiró—. No, Barbara, te lo aseguro. Ojalá hubiera algo definitivo que me mantuviera firme en el camino. ¿Soy tonto al demostrar semejante fidelidad a un sueño? En fin, ya está bien de hablar del tema. ¿Crees que el baile al que ha hecho referencia Kendrick es el de lady Bryant? Tal vez invite a lady Emily a bailar una pieza... si está dispuesta a bajar sus miras a un simple baronet, claro está.

—Cualquier dama debería considerarse afortunada —le aseguró Barbara.

Ashley llegó algo más tarde de lo que pretendía al baile de lady Bryant. Luke, Anna y los niños habían llegado a Harndon House al atardecer y al final se entretuvo con el bullicio de los saludos y de evitar una pelea entre George y James, con los que acabó peleándose él al final, porque los hermanos se unieron en su contra mientras Luke intentaba calmar a un irritado Harry, que tenía la cara colorada de tanto llorar, al mismo tiempo que se inclinaba para escuchar el consejo que le daba Joy, y mientras Anna y la niñera acompañaban al ama de llaves a la habitación infantil para comprobar que todo estaba en orden.



Se sentía casi contento cuando se detuvo en el vano de la puerta del salón de baile y echó un vistazo a su alrededor. Vio a Emmy de inmediato. La orquesta había hecho una pausa entre pieza y pieza, y Emmy estaba cerca de lady Sterne, rodeada de caballeros como lo estuvo la noche anterior en los jardines de Vauxhall. Se reía y se cubría el rostro con el abanico, coqueteando con los ojos por encima de él. Al igual que la noche anterior, llevaba un elegante peinado y el pelo empolvado y se había aplicado cosméticos en la cara. Llevaba un lunar postizo cerca de una de las comisuras de los labios. Estaba magnífica con un vestido que parecía ser completamente plateado. El único color que se apreciaba en su atuendo era el abanico. Rojo intenso.

No le gustó verla así. Recordó su reacción inicial cuando la vio en el baile de Luke y la tildó de la más bonita del baile antes de saber quién era. Fue un diez por ciento de admiración y un noventa por ciento de lujuria lo que lo inspiró en aquel entonces. En ese momento, era difícil atravesar la belleza exterior para descubrir la realidad que se ocultaba detrás. Era difícil verla como a Emmy. No le gustaba el deseo que despertaba en él verla así. Sin embargo, pensó antes de poder desterrar la idea, no la vio así cuando la poseyó. En aquel entonces era Emmy, su ninfa indómita del bosque.

De todas formas, se sentía casi feliz. No estaba encinta. Había rechazado tajantemente su proposición matrimonial en Bowden Abbey. De manera que podía y debía dejar todo ese episodio atrás. Podía recuperar sin problemas la relación que mantuvieron en el pasado. Le alegraba pensar que ya no era necesario temer un encuentro con ella. Le complacía pensar que podía ir en su busca como siempre había hecho, aunque para mantenerla en la periferia de su vida, no en el centro tal como hiciera cuando era una niña. Evitaría arrastrarla de nuevo a su oscuridad.

La vio reír por algo que le decía uno de sus admiradores. Y sintió de nuevo una punzada dolorosa. Sí, definitivamente, aunque el resto de los presentes en

la estancia la mirara y se asombrara de la estampa feliz y vital que presentaba. Él preferiría ver a Emmy donde pertenecía, verla como quien era en realidad. Esbozó una sonrisilla y recordó la inexplicable desilusión que esa tarde le había embargado y el posterior alivio. Porque no la había dejado embarazada. Porque no se había visto obligada a casarse con él. Había ganado el alivio; alivio por los dos.

En ese momento, sus miradas se encontraron. Aunque no estaba en su campo de visión, ella había percibido su presencia. Le regaló su sonrisa coqueta y, acto seguido, los dedos de la mano que no sostenía el abanico le hicieron un gesto para que se acercara que tal vez solo captara él. Estaba rodeada de admiradores, pero en ese instante no les hacía el menor caso.

«Acércate», le estaba diciendo.

Y, después, se llevó los dedos al corazón.

«Me apetece que lo hagas.»

¡Ah, Emmy!

—¡Por Dios! Está funcionando, Theo —dijo lady Sterne al mismo tiempo que tocaba el brazo de su prometido y le daba unas palmaditas—. No le ha gustado ni pizca descubrir que ya ha reservado las dos siguientes piezas después de su llegada. Se ha marchado derrotado a lamerse las heridas hasta que ha empezado esta pieza.

—Se ha ido a la sala de juegos para ver cómo el joven Heyward perdía una pequeña fortuna —repuso lord Quinn—. Con el mismo aspecto distante y crítico que luciría Luke, Marj. Te aseguro que ya no es el joven atolondrado e irreflexivo que fuera antaño. Solo tiene ojos para la muchacha.

—¿Has hablado esta tarde con él tal como prometiste? —le preguntó lady Sterne—. Estuve a punto de sacar el tema yo misma cuando vino en busca de Emily para llevarla al parque, pero pensé que sería demasiado evidente si tú le dabas después el mismo consejo.

—¡Válgame Dios, Marj, qué malos somos! —exclamó—. Después de haberle asegurado a la muchacha que nuestro matrimonio no cambiaría sus planes en absoluto. Sin embargo, cuanto más lo pienso, más me gusta la idea por la parte que nos incumbe.

Ella le dio unos golpecitos en el brazo con el abanico cerrado.

—La idea de pasar dos semanas solos en los Lagos presenta un atractivo irresistible —reconoció ella—. Pero, Theo, ¿por qué no íbamos a hacerlo y a disfrutar en el proceso? Al fin y al cabo, no ha sido una idea concebida por egoísmo. Nos mueve el interés por la querida Emily y por lord Ashley.

—Pero todavía no hay nada seguro, Marj —le recordó lord Quinn con un suspiro—. Me he limitado a dejarlo caer sin más. Le dije que Luke y Anna no están lejos de Kent ahora que han dejado Bowden Abbey para instalarse en la ciudad. Después de hacer una pausa para hablar del tiempo, añadí que Anna seguro que esperaba pasar un par de semanas con su hermana tras un mes de separación. Querida, después de describirle mi visita a White's esta mañana, suspiré y le dije que habría sido agradable hacer un viaje de luna de miel si no estuviéramos en plena temporada social y tú no te hubieras hecho cargo de presentar en sociedad a la querida lady Emily... aunque no lo consideras una obligación, por supuesto, añadí al punto. Pero, de todas formas..., y después suspiré con aire melancólico. Ahora solo cabe esperar que mi sobrino conciba el plan, él solo por supuesto, de invitar a Luke, a Anna y a Emily a Penshurst durante un par de semanas.

—¡Por Dios! Sería lo ideal —repuso lady Sterne—. Míralos, Theo. La pareja más impactante de todo el salón, bailando el minué, ajenos a la existencia de todos los demás. ¿Quién diría que ella es sorda, salvo por el hecho de que baila casi demasiado bien? Mi querida Emily...

—Si el muchacho no la lleva al altar antes de que acabe el verano y no da a luz a un varón antes del próximo, no lo consideraré sobrino mío, como que me llamo Theodore —dijo lord Quinn.

Ashley no acababa de entender cómo lo conseguía Emmy. Intentó imaginarse bailando los pasos del minué sin oír la música. Le parecía imposible. Pero ella bailaba sin perder el compás en ningún momento. Más aún, bailaba con elegancia y con ritmo, como si llevara la música en su interior, como si esa fuera la otra cara del silencio.

Le sonrió mientras ejecutaban los elegantes pasos a la vez y ella le devolvió la sonrisa. La sonrisa de Emmy, feliz, exuberante y, sin embargo, serena. Ya no era coqueta.

Era eso, concluyó. Emmy llevaba en su interior la música, la belleza, la paz y la armonía. Había ciertos niveles en los que sus dos mundos podían confluír, y ese era uno de ellos, por extraño que pareciera. La música que él oía y la música silenciosa que ella sentía. Recordó su pintura y la explicación que Emmy le dio sobre la sensación de la vida y de la exaltación que había tratado de reproducir con el pincel y las pinturas. Emmy poseía una belleza y una riqueza de carácter y de experiencia que trascendía el pelo empolvado, el colorete de las mejillas y el lunar postizo tan provocativo que llevaba cerca de los labios.

Una idea le pasó por la cabeza, el deseo de ver a Emmy en las colinas que se alzaban detrás de la mansión de Penshurst, y en el sendero sombreado que discurría junto al río. Era más que un deseo. Era casi un anhelo.

Pese al placer de estar de nuevo tan cerca de Emmy, no disfrutó por completo del minué. Cuando regresó de la sala de juegos para reclamar su pieza, la descubrió rodeada del habitual grupo de jovencitos..., al que se habían unido sir Henry Verney y su hermana. La señorita Verney estuvo hablando con lady Sterne hasta que un caballero la sacó a la pista de baile para unirse a uno de los grupos que ya se estaban formando. Verney estaba hablando con Emmy, y había solicitado su compañía durante la pieza posterior al minué.

La idea de que Verney, precisamente Verney, tocara siquiera a Emmy

despertaba en él el deseo de sacarla en brazos del salón de baile y de llevársela a la fuerza a algún lugar seguro. Si Verney sabía lo que le convenía, más le valía olvidarse de la idea de convertirse en un miembro más de su séquito, pensó furioso. No obstante, su mente no pudo evitar hacer el paralelismo. Deshonradas y abandonadas... Alice, a manos de Verney; Emmy, a las suyas. Pero había una diferencia, se dijo. Alice había amado con pasión a Verney. Su abandono había destruido cualquier posibilidad de felicidad en su futuro. Emmy, en realidad, no había sido abandonada; no debía añadir esa carga a su conciencia. Había sido ella quien lo había abandonado a él.

—Gracias —le dijo a la vez que le hacía una reverencia cuando el minué llegó a su fin y le ofreció el brazo para llevarla de nuevo junto a lady Sterne. Faltaban pocos días para la boda. Después, ya no tendría excusas para seguir en la ciudad. Tenía trabajo que hacer en Penshurst. Sin embargo, la idea de volver allí le resultaba sobrecogedora. Esa mansión tan grande y tan vacía era demasiado nueva como para transmitir la sensación de la historia familiar, solo contenía la presencia de sus ocupantes más recientes. Alice estaba en todos sitios. Si pudiera llenarla con invitados... Tal vez incluso con niños... Si Emmy estuviera allí...

Se vio obligado a entablar conversación con Verney, que había llegado para reclamar su pieza con Emmy. Se vio obligado a observarlos sonreírse, ya que al parecer a ambos les gustaba lo que veían. Y, al cabo de unos minutos, se vio obligado a ver cómo Verney se la llevaba con la intención de buscar unas sillas o un canapé donde sentarse. Su mirada los siguió hasta unas cristaleras por las cuales se accedía a una veranda. Los vio pasear de un lado para otro por delante de las cristaleras unas cuantas veces y, después, los perdió de vista.

Verney la había llevado al jardín, accesible a los invitados y al cual se accedía por unos escalones desde la veranda. Había farolillos entre los

árboles y los bancos. Ashley había estado un rato allí mientras esperaba a que empezase el minué que iba a bailar con Emmy. En ese momento, cayó en la cuenta de lo raro que parecía que no hubiera considerado la idea de bailar con otra mujer.

Desde luego que no había motivos que le impidieran a un hombre llevar a su pareja al jardín para pasear. Era una noche cálida y la temperatura del salón del baile resultaba casi incómoda. Pero Verney no era un hombre cualquiera. Y Emmy no era una pareja cualquiera. Ashley sentía la tensión que crecía en su interior y, después, la ira. Estaba flanqueado por su tío y por el vizconde de Burdett, que conversaban entre sí, pero la ira no tardó en convertirse en un furioso martilleo que le atronaba los oídos y le impedía concentrarse en lo que estaba sucediendo y en lo que se decía a su alrededor. Se disculpó al cabo de cinco minutos y echó a andar hacia las cristaleras.

Emily llegó a la conclusión de que le caía bien sir Henry Verney y de que se podía relajar en su compañía. A diferencia del resto de los caballeros que se arremolinaba a su alrededor allá donde fuera, no la abrumaba con constantes halagos y cumplidos disparatados. Con él, no sentía la constante necesidad de sonreír alegremente y de usar el abanico.

Las sonrisas parecían algo habitual en sir Henry Verney, como si formaran parte de su expresión natural. Tras mirar sus ojos grises, que estaban bastante separados entre sí, pensó que, al cabo de no muchos años, tendría arruguitas permanentes en los rabillos. Pero serían atractivas. Serían arrugas provocadas por la risa. Era un hombre atractivo, corpulento y sólido, con una cara agradable. Era un hombre con el que sentirse cómoda. Un hombre en el que confiar, pensó, aunque era un desconocido.

—Hace calor en el salón de baile —dijo él— y ha estado bailando. ¿Le apetece dar un paseo, lady Emily? El jardín está iluminado y hay más personas. Lady Sterne me ha dado su permiso para pasear con usted, si lo

desea.

Se estaba asegurando de que no se sintiera incómoda por acceder a algo que le parecía una maravilla, pensó ella. Incluso había hablado con su tía Marjorie. Sonrió, asintió con la cabeza y aceptó el brazo que le ofrecía, colocando el suyo encima. Sería agradable salir al jardín, que estaría más oscuro, menos concurrido y caluroso, y donde no vería a Ashley. Todavía tenía la mente y el corazón sumidos en un incómodo revuelo después de haber bailado con él. Había experimentado de nuevo la desenfrenada euforia del baile, de sentir los pasos, el ritmo y el movimiento. Y parte de ese desenfreno y de esa euforia tenía su origen en Ashley, tan alto y tan delgado, y más elegante de lo que era normal en él con una casaca de terciopelo de color vino tinto, una chupa plateada con bordados, unos calzones grises y medias blancas y encaje del mismo color en los puños y en el cuello. Además, esa noche se había empolvado el pelo.

Se habría asfixiado de haber seguido en el salón de baile, concluyó.

Mientras paseaban por la veranda, sir Henry le contó que vivía cerca de Penshurst, en Kent. Vivía con su madre y con su hermana, aunque de vez en cuando pasaba algunas semanas en Londres. A su hermana le gustaba ir de tiendas, visitar a sus conocidos, y ambos disfrutaban con las actividades de la temporada social. También le gustaba viajar a sitios lejanos, le dijo mientras la invitaba a bajar los escalones de acceso al jardín, aunque casi siempre recorría las islas Británicas para no alejarse mucho de su madre, por si acaso lo necesitaba. Por supuesto, había hecho el Grand Tour por Europa cuando era un jovenzuelo.

Emily le sonrió y lo invitó a que le contara más cosas. No era un hombre hablador. Se produjeron agradables silencios entre las historias que le contaba. Parecía darse cuenta de que los silencios con ella no eran tan incómodos como parecían ser con la mayoría de la gente, que algunas veces agradecía los momentos sin conversación para poder apartar la mirada de la

cara de su interlocutor, mirar a su alrededor y relajarse. El jardín era bonito, con senderos que se internaban entre los árboles y los parterres, y que convergían en una fuente central con chorros de agua que parecían multicolores gracias a la luz de los farolillos.

Llegaron junto a la fuente y contemplaron los chorros de agua durante un minuto entero. Emily olía el agua. Aunque los chorros no la salpicaron, sentía la humedad y sabía que la más leve brisa haría que las gotas le cayeran en la cara y en las manos. Entrecerró los ojos y vio la luz de los farolillos a través de un millón de gotas de agua. Podía imaginarse de vuelta en el campo. Pero sir Henry se inclinó un poco hacia ella y Emily volvió la cabeza para mirarlo a los labios.

—Siempre he pensado que no hay sonido más relajante que el del borboteo del agua —comentó.

Ella sonrió y se permitió lucir una expresión guasona.

—¡Caray! Perdóneme —dijo, afligido—. Eso ha sido una grosería por mi parte.

Pero ella se rio y se señaló los ojos. Después, se señaló la nariz y respiró al mismo tiempo que frotaba los pulgares contra los índices.

—Usa usted el resto de sus sentidos y le resulta igual de relajante —dijo él—. ¿Me perdona, lady Emily?

Ella se encogió de hombros y sonrió mientras asentía con la cabeza, para indicarle que no había nada que perdonar. El salón de baile resultaba incómodo con el calor provocado por la multitud. A ella le resultaba incómodo. ¿También incomodaba el ruido de tantas personas juntas?, se preguntó. En ese caso, se había librado de dicha molestia. Colocó de nuevo el brazo sobre el de sir Henry para poder retomar el paseo.

Pero antes de que pudieran hacerlo, antes de que pudiera volver la cabeza para concentrarse en su relato del Grand Tour por Europa, experimentó de nuevo esa sensación tan familiar. Él estaba cerca. Más cerca que el salón de



baile y que la veranda. Sus ojos lo descubrieron de pie a cierta distancia, al pie de los escalones por los que se accedía al jardín. Estaba solo. ¿Por qué había salido?, se preguntó. ¿Estaría acalorado y necesitaba un poco de aire fresco? ¿Se sentiría solo? ¿Triste?

Sin embargo, su acompañante estaba a punto de hablar. Volvió la cabeza para prestarle atención.

—Estuve fuera de Inglaterra durante más de un año —dijo sir Henry—, para completar mi educación. Lady Emily, ese es el eufemismo para decir que me lo pasé en grande cometiendo locuras y excesos. Aunque quizá también estaba aprendiendo. A veces, creo que mediante las locuras y los excesos aprendemos el valor de la sensatez y de la moderación. ¿Está segura de que quiere que la aburra con el relato de mis aventuras?

Ella asintió con la cabeza, pero rio para asegurarle que no sería un aburrimiento. Debía de haber estado en París, donde Luke vivió durante diez años. Debía de haber visitado Italia y de haber visto todos los tesoros de la arquitectura, la pintura y la escultura. Y Suiza, donde seguro que había visto las montañas y los lagos. Debía de haber... No conocía más lugares. Sabía tan pocas cosas...

Observó sus labios con atención y vivió en su imaginación las experiencias que le contaba. Sin embargo, era consciente en todo momento de que Ashley no había abandonado el jardín. Se mantuvo al pie de los escalones un rato y después se internó en los senderos. Se detuvo en la fuente y se apoyó en la pared de piedra que la rodeaba. Los observaba. Estaba segura de que los observaba, aunque no se acercó ni tampoco levantó la mano a modo de saludo.

—¡Ah! —exclamó sir Henry a la postre al mismo tiempo que levantaba una mano y ladeaba la cabeza como si estuviera aguzando el oído—. La música está llegando a su fin. La pieza acaba y debo acompañarla de vuelta al salón. Es usted una oyente maravillosa, lady Emily. —En esa ocasión, no se

disculpó, aunque sí torció el gesto al reparar en lo que había dicho. Se rio y Emily lo imitó—. He disfrutado de nuestra media hora juntos. ¿Le parece que lo repitamos en otra ocasión?

Ella asintió con la cabeza mientras sir Henry la guiaba hacia los escalones y subían hasta la veranda para regresar al salón de baile. No miró hacia atrás. No necesitó hacerlo. Sabía que Ashley se había quedado junto a la fuente.

Se había preocupado en vano. Al menos, en lo referente a la seguridad física de Emmy. Pero Verney la había tocado, la había invitado a pasear del brazo. Había inclinado la cabeza hacia ella mientras paseaban. Había hablado con ella, le había sonreído, habían reído juntos. Emmy le había ofrecido toda su atención, todas sus sonrisas. Había transmitido la impresión de que disfrutaba con su compañía, como si entendiera lo que él le decía.

Y, durante todo ese tiempo, él se lo había imaginado con Alice. ¿Sedución? ¿Violación? ¿Fue eso lo que sucedió? No, en absoluto. Ella lo había amado, estaba obsesionada con él. Debió de usar con ella ese sonriente encanto que había desplegado con Emmy. Para conquistar su amor, para seducirla. Contó con todo el tiempo del mundo, ya que fueron vecinos desde siempre. Y, después, la abandonó, a la hija de su vecino, a la hermana del hombre al que llamaba «amigo». Y dicho amigo murió en circunstancias extrañas, por no tildarlas directamente de sospechosas. ¿Hubo alguna discusión aquella mañana después de que el resto de los cazadores se dispersara?

Ashley los observó regresar al salón de baile cuando por fin acabó la interminable pieza. Bajó la cabeza y cerró los ojos. Si Verney empezaba a demostrar interés por Emmy, había otro motivo más para...

El repentino crujido de la gravilla le hizo levantar la cabeza para ver quién se acercaba.

—Me siento inclinado a preguntar —le dijo sir Henry Verney—, aunque tal

vez sea imprudente hacerlo, si se me ha sometido a algún tipo de vigilancia durante la pasada media hora.

Ashley sospesó su respuesta. Aún no se había decidido por un enfrentamiento directo, pero supuso que era inevitable.

—Sí —reconoció.

Sir Henry guardó silencio unos minutos, al aparecer a la espera de una explicación.

—¿Sería tan amable de explicarme por qué? —preguntó a la postre.

—Lady Emily Marlowe, pese a su edad, es una mujer inocente en muchos aspectos —respondió Ashley—. Y carece de voz con la que llamar la atención.

La expresión afable de su vecino se tensó con una ira palpable, aunque la mantuvo bajo control. Su mano derecha, no obstante, tal como comprobó Ashley, se movió hasta aferrar la empuñadura de la espada de gala.

—Esa explicación me resulta insultante —repuso—. Sin embargo, debo recordar que, en cierto modo, se comporta usted como si fuera hermano de lady Emily y que su afección tal vez ha hecho que su familia la sobreproteja. Kendrick, soy un caballero. En el futuro, si decido hacerle compañía a la dama, con el permiso de su carabina y si la dama decide aceptar mi compañía, espero que evite usted hacer las veces de su perro guardián.

Así que pensaba cortejar a Emily. Seguramente lo hacía de forma deliberada, puesto que sabía que sus atenciones molestarían al hombre que se había casado con Alice.

—Lo sé todo sobre usted —dijo Ashley en voz baja.

Sir Henry lo miraba sin moverse. Su mano aún acariciaba la empuñadura de la espada, aunque no la había aferrado.

—¿Cree que mi esposa no iba a contarme nada? —siguió Ashley. En realidad, Alice apenas le había hablado del pasado, pero Verney no tenía por qué saberlo. Estaba al tanto de lo justo y necesario. Verney debía entender el

motivo de su temor por Emmy—. Me lo contó todo.

Sir Henry guardó silencio durante un buen rato, aunque apartó la mano de la espada.

—Ah —dijo a la postre—. Me lo preguntaba, la verdad. Debió usted de amarla mucho. No desea ver a lady Emily relacionándose con alguien que estuvo involucrado en un asunto tan feo. Creo que lo entiendo. Pero, en fin, no diré nada para no mancillar el nombre de Alice. Hasta la fecha he guardado silencio y seguiré haciéndolo. Pero me alegro de que usted lo sepa. De otro modo, siempre habría estado en la duda y me habría sentido incómodo en cierto modo en su compañía.

«¿Incómodo en cierto modo?», repitió Ashley para sus adentros. ¿Y ya no se sentiría así?

—¡Caray! —Ashley se apartó del muro de la fuente en el que había estado apoyado y se enderezó. Aferró la empuñadura de su espada—. ¿Que no dirá nada que mancille su nombre? ¡Qué desfachatez, señor mío!

Al cabo de un instante, desenvainaría la espada. Al cabo de un instante, sir Henry Verney desenvainaría la suya. Pero alguien rio en las cercanías, alguien que estaba paseando por uno de los senderos con un acompañante. Y Ashley, que tenía enfrente la mansión y el salón de baile, fue consciente de nuevo de sus alrededores... y del hecho de que Emily estaba plantada al pie de los escalones que descendían desde la veranda.

—Si desea retarme, señor —dijo sir Henry, que apartó de nuevo la mano de la espada—, tal vez debamos hacerlo a través de los canales adecuados. No veo motivo alguno para celebrar un duelo, pero no rehusaré enfrentarme a usted si desea retarme formalmente.

—No. —Ashley estaba concentrándose en eliminar la tensión de su cuerpo—. No. Sería ridículo. Los acontecimientos a los que hemos aludido tuvieron lugar mucho antes de que yo conociera a Alice. Pero quiero dejar claro que protegeré el honor de lady Emily Marlowe con mi vida si es necesario.

Sir Henry hizo una breve reverencia.

—Detesto la violencia —repuso—. He decidido no tomarme como una afrenta personal ese último comentario. El honor de lady Emily está perfectamente a salvo conmigo. Pero ahora entiendo que he malinterpretado la verdadera naturaleza de su preocupación por ella. Buenas, noches, Kendrick.

Se dio media vuelta y echó a andar en dirección al salón de baile. Emily ya no estaba al pie de los escalones, comprobó Ashley. Se había apartado y se había escondido detrás de un árbol para que Verney no la viera. Siguió detrás del árbol después de que este entrara en el salón de baile.

Al igual que Verney, Emily había salido para hablar con él. Y hablaría, con las manos y con esos ojos que tenía. No sabía si sería capaz de enfrentarlos.

«Ahora entiendo que he malinterpretado la verdadera naturaleza de su preocupación por ella.»

Echó a andar hacia ella.

No había visto a sir Henry Verney salir de nuevo. Claro que tampoco había visto a Ashley entrar, y se preguntó qué estaría haciendo en el jardín, por qué había salido y por qué estaba solo. Se libró de sus admiradores sonriéndole a lady Sterne y marchándose con decisión al tocador. Sin embargo, no se dirigió a esa estancia. Salió a la veranda y bajó los escalones que conducían al jardín.

Y descubrió que se encontraba junto a la fuente, hablando con sir Henry. Discutiendo con él. No estaba lo bastante cerca para poder leerle los labios, pero podía ver la cara de Ashley y no se le escapó el detalle de que se llevó una mano a la empuñadura de la espada. Por un aterrador instante, creyó que desenvainaría. El instinto la llevó a esconderse cuando, poco después, sir Henry apareció por el camino que llevaba a los escalones.

No obstante, Ashley la había visto. Se acercó a ella con una extraña sonrisilla en los labios.

—Ven, Emmy —le dijo cuando estuvo lo bastante cerca para que ella leyera los gestos de sus manos—. Vamos a dar un paseo. —La cogió de la mano y se la colocó en el brazo, pegándola con fuerza contra él.

No podía mirarlo mientras paseaban. ¿Habían discutido por *ella*? Pero ¿por qué? Por una vez, deseó con desesperación tener la capacidad de hablar. En un lateral del jardín había un pequeño cenador cubierto de rosas, separado del resto del jardín por una celosía en la que crecían plantas trepadoras. En el interior, había un banco de hierro forjado y varios farolillos colgaban de los travesaños. No había nadie dentro. Ashley la condujo al interior y la invitó a

tomar asiento. Ella se sentó y él hizo lo propio, a su lado.

—Emmy. —Le cogió una mano entre las suyas—. Has salido para regañarme, ¿verdad? ¿Por actuar como un perro guardián? Te pido perdón. Verás, recuerdo que un hombre se aprovechó de tu inocencia hace apenas un mes, cuando estabas al aire libre, a solas con él. Temía por ti.

Emily apartó la mano de un tirón y lo miró sin dar crédito. Había logrado que lo sucedido entre ellos pareciera... *sórdido*. Además, ¿cómo se atrevía a sugerir siquiera que...?

Ashley le cogió de nuevo la mano y se la apretó con fuerza al mismo tiempo que cerraba los ojos y agachaba la cabeza.

—Temía por ti —repitió él cuando alzó la cabeza. Emily veía el tormento en su mirada—. Emmy, mantente alejada de él. Cualquier hombre menos él. Mantente alejada de él... ¿Lo harás por mí?

¿De sir Henry Verney? «Pero ¿por qué?», le preguntó con la mano libre. Era un caballero muy agradable. Le gustaba más que cualquiera de los otros caballeros con los que se había relacionado o con quienes había hablado. Frunció el ceño.

—Caray —dijo él—, no te dejarás engañar por una mentira y no aceptarás mi petición sin que te lo explique todo al detalle, ¿verdad? A veces me gustaría que fueras como las demás mujeres. ¿Ves más porque no te distrae el sonido, Emmy? —Se llevó su mano a la mejilla un instante.

No, no se dejaría engañar. Siempre sabía si él mentía.

—Mi esposa le tuvo cariño —comenzó él—. No, era mucho más que cariño, Emmy. Lo amaba. Él la animó y, después, la rechazó cruelmente. Nunca se recuperó del golpe.

Ah. En un primer momento, su mente no asimiló del todo lo que acababa de decir de sir Henry Verney; su corazón estaba demasiado lleno. Alice nunca había correspondido del todo el amor de Ashley. Siempre había llorado por su amor perdido. Y en ese momento, Ashley se había visto obligado a

relacionarse con ese hombre.

—Y por eso temo por ti, Emmy —continuó él—. Posee el porte y el encanto que pueden resultar atractivos para muchas mujeres. Pero es un hombre cruel. Mantente alejada de él. ¿Me lo prometes?

Sin embargo, ella frunció el ceño de nuevo. ¿Sir Henry Verney mostrándose cruel de forma deliberada? ¿Complaciéndose al seducir a una mujer hasta que se enamorase de él para después destruir sus esperanzas y rechazarla? Ah, no, no podía creérselo. Tenía que haber otra explicación. Amor no correspondido, por ejemplo. Alice y él debían de conocerse desde hacía mucho tiempo. Seguramente habían crecido juntos. Y él era un hombre atractivo. Tal vez ella se había enamorado, pero él no había correspondido a sus sentimientos. Tal vez ella había exagerado la verdad al contársela a Ashley... Además, ¿por qué se la había contado? ¿Cómo pudo ser tan cruel? Seguramente había una explicación, claro. Al fin y al cabo, ella era una experta en el amor no correspondido. Pero, de haberse casado con lord Powell, nunca le habría dado indicios que pudieran hacerlo sospechar.

—No me crees —le dijo Ashley—. Tienes que creerme, Emmy. Puede hacerte daño.

No. Meneó la cabeza. Sir Henry Verney no podría hacerle daño, aunque lo que le había dicho Ashley fuera cierto. Su corazón jamás sufriría por sir Henry. Ni por cualquier otro hombre. Eso era lo que le había permitido disfrutar tanto del último mes, salvo por el día anterior. En ese momento, le costaba reconocer que Ashley llegó la noche anterior.

«No —le dijo con las manos—. Soy feliz. Soy yo.»

No era vulnerable como él temía.

Ashley se dio por vencido. Se apoyó en el respaldo del banco y volvió a entrelazar sus brazos. La noche casi era gélida cuando uno se quedaba sentado, quieto. Emily sintió la calidez de su brazo y de su costado contra el brazo, y también allí donde uno de los hombros de Ashley le tocaba el suyo.



Ansiaba ladear la cabeza y apoyarla en su hombro. Hacía mucho tiempo tal vez lo hubiera hecho, pero ya no. De repente la asaltó el recuerdo de yacer desnuda contra su cuerpo vestido, envuelta con el gabán de Ashley. Recordó el enorme cansancio que llegó tras la sorpresa por lo que le acababa de suceder. Recordó dormir entre sus brazos. Sin embargo, en ese instante no podía ni apoyar la cabeza en su hombro.

Ashley se movió de repente, volviéndose hacia ella para echarle un brazo por encima de los hombros.

—Estás helada —le dijo.

Ella negó con la cabeza. No quería que ese momento llegara a su fin, aunque sabía que debería regresar al salón de baile. Su tía Marjorie se estaría preguntando dónde estaba. Sin embargo, la quietud y el silencio eran vitales para ella, y había tenido muy poco de eso últimamente. Se había deleitado con el bullicio, como si el abismo se pudiera acortar, como si deseara acortarlo. ¿Era así? ¿Quería ser como los demás, solo que inferior debido a su sordera?

Ashley se quedó muy quieto, en silencio con ella, durante un buen rato, como si él percibiera su necesidad o incluso la compartiera. Pero habló a la postre, tocándole la barbilla con las puntas de los dedos para que lo mirase a la cara.

—Emmy —le dijo—, después de la boda, Luke y Anna vendrán a Penshurst durante un par de semanas. Al menos, creo que vendrán cuando los invite. —Esbozó una sonrisa contagiosa—. Anna no querrá dejarte tan pronto. Ni siquiera la has visto todavía. Llegaron esta noche, antes de que yo viniera al baile.

Oh. Emily sonrió. Apenas unas semanas antes, había sido un alivio dejar atrás Bowden Abbey y a toda su familia. Pero, de repente, un mes se le antojaba una eternidad. Se moría por ver a Anna.

—Y solo quedan tres días para la boda —continuó él—. Emmy, ¿has

tenido en cuenta que seguramente lady Sterne y mi tío quieran disfrutar de cierta intimidad, tal vez incluso de una breve luna de miel? Tal vez una o dos semanas, antes de retomar sus actividades sociales.

Sin embargo, su tía Marjorie le había asegurado que la boda no interferiría de ninguna de las maneras con las actividades sociales que había pensado para ella. Emily no debía temer jamás que fuera un estorbo, le había asegurado. Y lord Quinn había apoyado sus palabras.

—No hace falta que pongas esa cara —le dijo Ashley—. Pues claro que te quiere. Pero también está claro que serán recién casados. Pórtate bien con ellos, Emmy. Y con Anna y contigo misma. Y conmigo. Ven a Penshurst también. Solo durante una semana, hasta que Theo y lady Sterne vuelvan a Londres... Claro que para entonces ya será lady Quinn, ¿no?

Emily sintió tal ramalazo de anhelo que, por un instante, casi se quedó sin aliento. Era una tontería desearlo. Había rechazado la oportunidad de pasar el resto de la vida con él, porque conocía la desdicha de verlo y no poder estar cerca de él de esa manera, ya que entre ellos solo podría haber amistad.

—Quiero que veas Penshurst, Emmy —siguió él—. Es magnífico, un lugar prácticamente nuevo. Pero no me ha gustado estar allí solo. Me pareció carente de alegría. Quiero que mi familia me acompañe. Y tú también. Quiero que veas el río y las colinas. Quiero verte en el cenador. Quiero verte feliz. Aquí no eres feliz de verdad, Emmy. Y no puedes negarlo. No ante mí. Te conozco demasiado bien.

¿Cómo podía ser feliz... en Penshurst? Sin embargo, había leído la descripción del lugar de sus labios y se había formado una imagen mental de su hogar... como el sitio donde había estado, donde estaría el resto de su vida. ¿Cómo iba a ser feliz si no lo veía con sus propios ojos?

—Di que sí —le suplicó. La miró con otra sonrisa—. *Di que sí, Emmy.*

—Sssí —le dijo.

Ashley había movido la cara de modo que la miraba directamente.

—Gracias —repuso—. No te arrepentirás. Haré que seas feliz allí, te lo prometo. Y te enseñaré más palabras. Un vocabulario de una sola palabra no es para alardear, de verdad que no. No para tu profesor, claro. Te enseñaré a pronunciar frases enteras.

Ella se encogió de hombros y se echó a reír.

—Emmy —le dijo él—. Ah, Emmy. Y tú me enseñarás..., me enseñarás mucho más de lo que yo jamás podré enseñarte. Por favor, Emmy..., enséñame.

Mientras su corazón daba un vuelco por la extraña súplica, Ashley se inclinó hacia delante, pegó la boca a la suya y prolongó el momento. Sus labios eran cálidos, dulces, carecían de la pasión con la que la habían besado en la cascada. Seguía teniendo su brazo por encima y descubrió que, al final, sí le había apoyado la cabeza en el hombro. Se sintió abrigada una vez más, y también muy triste. Cerró los ojos y los mantuvo cerrados incluso después de que él hubiera levantado la cabeza.

Cuando abrió los ojos, descubrió que la miraba con la misma tristeza que ella sentía.

—Lo siento mucho —se disculpó.

Se miraron, ambos sumidos en la tristeza. Emily se preguntó por qué se había disculpado. No pensaba que fuera por el beso, porque no había sido un abrazo apasionado.

—Ven —le dijo a la postre—. Tengo que devolverte al lado de lady Sterne y de todos tus admiradores. —Le tocó el lunar postizo que llevaba junto a la boca y sonrió—. Esta noche me he dado cuenta de algo, Emmy. No puedo evitar que seas una adulta, ¿verdad? Por mucho que quiera creer que sigues siendo la niña que conocí. Mi cervatilla.

No. No, no podía. Sin embargo, sabía que él siempre la vería como aquella niña, pese a lo que había sucedido entre ellos.

Ashley se puso en pie y le ofreció la mano.

—Por Dios —dijo lady Quinn, que se sentó en el sillón vacío junto a Anna y empezó a abanicarse con fuerza—, nada como una boda, la propia, para hacer que una se sienta como una jovencita emocionada de nuevo. Parece casi una indecencia que alguien de nuestra edad haya reunido a tantísimos invitados. —Miró con una sonrisa afectuosa a su flamante esposo, que estaba hablando con Luke, el conde de Weims y otros caballeros, a cierta distancia.

—Te veo muy feliz, tía Marjorie —le dijo Anna con una sonrisa, antes de inclinarse hacia su madrina llevada por un impulso para besarla en la mejilla—. Es lo que llevo soñando durante años. Le tengo muchísimo cariño al tío Theodore.

—Y pareces una jovencita emocionada, tía Marjorie —le aseguró Agnes con una carcajada.

—Que el Señor nos asista —dijo lady Quinn.

—O tal vez sería más acertado decir que pareces una joven novia —terció Charlotte.

—Una joven novia *guapísima* —añadió Constance.

Lady Quinn se echó a reír de buena gana y se volvió hacia un invitado que se había acercado para hablar con ella. La ceremonia se había celebrado hacía pocas horas en Saint George, que estuvo a rebosar con la flor y nata de la alta sociedad. Y por insistencia del duque, el banquete de bodas se celebró en el salón de baile de Harndon House. En ese momento, los invitados se relajaban en el salón, salían a los jardines o deambulaban por otras estancias mientras un ejército de criados recogía las mesas con discreción.

Lady Quinn se volvió hacia Anna.

—Vamos, niña —le dijo—. Seguro que crees que no tengo el menor sentido del deber. Dije que me encargaría de traer a Emily para que disfrutara de la temporada social, pero me acabo de casar en plena temporada y ahora Theo me va a llevar al Distrito de los Lagos durante dos semanas. Pero me negaría a irme, Anna, y a Theo ni se le habría ocurrido sugerirlo, si Emily no

me hubiera asegurado que desea acompañaros a Harndon y a ti a Penshurst. Ay, que el Señor nos asista, ahora es mi sobrino y me dijo, no hace ni una hora, que tenía que llamarlo Luke. Emily me escribió tres cartas, niña, tres. No me quedo más remedio que creer que desea ir de verdad.

—Así es, tía Marjorie —le aseguró Anna—. También me escribió a mí. Quiere pasar unas semanas conmigo y con los niños. Estoy segura de que nos echa tanto de menos como nosotros a ella. Pero volverá para pasar el resto de la temporada social. Casi no doy crédito a lo mucho que ha cambiado. —Volvió la cabeza para mirar hacia el otro extremo del salón, y las demás damas la imitaron.

Emily estaba sentada en un sillón junto a las cristaleras, con aspecto elegante, preciosa y ruborizada, y un poco despeinada. Tenía al bebé de Charlotte en el regazo, que demostraba un marcado interés por su collar de perlas. Harry, el hijo de Anna, estaba en el suelo a sus pies, golpeando unos juguetes con la mano. Joy estaba de pie junto a ella, intentando que el bebé le soltara las perlas. El menor de Agnes estaba sentado sobre Harry para poder mirar a Emily a los ojos y tener así toda su atención mientras le contaba una historia muy larga.

—No entiendo, Anna —dijo Charlotte—, por qué le permites a Emily acompañarte a Penshurst. Es de lo más inapropiado. Jeremiah incluso lo califica de escandaloso. Si va en algún momento a ese lugar, debería ser como la esposa de lord Ashley Kendrick. Sería mucho más apropiado, dadas las circunstancias, que se fuera a casa con Victor o que se viniera conmigo mientras lady Sterne..., lady Quinn, quiero decir, está de viaje.

—Victor y yo estaríamos encantados de que se viniera con nosotros —se ofreció Constance.

—Emily es mayor de edad —dijo Anna con firmeza—. Ha sido decisión suya ir a Penshurst. Será absolutamente irreprochable. Luke y yo estaremos con ella.

Lady Quinn apartó la vista para mirar a Emily y se percató, con cierta satisfacción, de que lord Ashley..., no, de que Ashley, tal como ya era para ella, estaba apoyado en la repisa de la chimenea emplazada en un extremo de la estancia, sin participar en ninguna de las conversaciones. Observaba a Emily, con una expresión taciturna..., y con un poco de imaginación, podría casi creerse que con ojos de carnero degollado. Y lo cierto era que la muchacha estaba despampanante ese día, pensó lady Quinn, ataviada con su ropa nueva, con la felicidad más absoluta reflejada en el rostro, como era ya habitual, pero también había recuperado la calidez del verdadero placer mientras entretenía a los niños y escuchaba pacientemente con los ojos los secretos de los demás.

La situación podría funcionar, se dijo lady Quinn. Y bien podría justificar el sacrificio que Theo y ella habían hecho al casarse y al organizar una luna de miel en mitad de la temporada social.

¡Menudo sacrificio! Lady Quinn clavó la mirada en su flamante esposo. Costaba verlo de forma objetiva como un hombre de avanzada edad. Para ella seguía siendo el apuesto, galante y licencioso caballero del que se había enamorado locamente cuando seguía casada con Sterne. Un caballero que, por increíble que pareciera y por incómodo que hubiera resultado, se había enamorado de ella. Sus miradas se encontraron en la distancia y se sonrieron.

Como jóvenes enamorados, pensó ella con afecto, impaciente por quedarse a solas con él.

Era el momento letárgico del día. Y también un día letárgico. La tarde era soleada y el interior del carruaje estaba caldeado. Anna le daba el pecho a Harry, con un chal por encima de los hombros en aras de la decencia. Cuando Emily la miró, vio que sus labios se movían y que tenía una expresión soñadora en la cara, y supuso que estaba cantando una nana. Su madre tenía que haberle cantado nanas cuando ella era pequeña, pensó, antes de que

perdiera el oído. Casi podía recordarlo... Casi, pero no del todo.

Se suponía que los niños tenían que viajar con su niñera en el carruaje que los seguía, pero ninguno lo hacía. James, que sentía cierta inquietud por la atención que su madre le prestaba al bebé, estaba acurrucado en el asiento opuesto, dormido. Tal vez la nana fuera más para él que para Harry, que no parecía necesitar de nanas. Los otros dos niños montaban a caballo: Joy delante de Luke y George con Ashley.

Era un grupo muy familiar el que se dirigía a Penshurst. Y a Emily no se le escapaba el hecho de que los lazos de unión podrían haber sido más fuertes todavía, ella podría ser la esposa de Ashley a esas alturas. Apoyó la sien en el mullido carruaje de Luke y miró por la ventanilla. Ojalá su tía Marjorie y lord Quinn no hubieran decidido marcharse de luna de miel. Ojalá Ashley no hubiera ido a Londres. Ojalá su vida en la ciudad pudiera continuar después de que acabase la temporada social. Había sido muy feliz... o, al menos, se había convencido de que lo que sentía era felicidad. De haber continuado más tiempo, tal vez el engaño se hubiera convertido en realidad. Ya no estaba segura de que pudiera regresar dentro de dos semanas.

El vizconde de Burdett, al enterarse de que se marchaba de la ciudad durante unas semanas e inquieto por ese hecho, tanto como varios caballeros de su entorno habían dicho estar, le había propuesto matrimonio la noche anterior. Quería hablar con Victor esa misma mañana, antes de que su hermano regresara a casa. Sin embargo, ella había negado con un gesto firme de cabeza mientras lo miraba con una sonrisa afable. El vizconde vio la sonrisa y la afabilidad, y juró retomar el cortejo a su vuelta. Emily no se había dado cuenta de que consideraba su relación un cortejo. Pero qué tonto era: no había pasado a solas con ella más que unos minutos. Era imposible que supiera si su silencio le resultaría tolerable. No la conocía en absoluto. Se preguntó dónde veía la atracción. ¿En la novedad?

De repente, Anna le tocó el brazo y señaló por la ventanilla que tenía a su

lado. A lo lejos, tras el inmenso prado, se erigía una enorme y elegante mansión, flanqueada a ambos lados por edificios de menor tamaño igual de elegantes. Tras ellos se alzaban las colinas boscosas. Cuando Emily se inclinó sobre Anna, con cuidado para no despertar a Harry, que se había dormido con la boca abierta, pudo ver el chapitel de una iglesia hacia el este, no muy lejos de la mansión, y un grupito de casitas que supuso que conformaban el pueblo.

Regresó a su rincón y volvió la cabeza para poder observar la mansión mientras se acercaban al pueblo. Se acercarían desde un lateral, no por la fachada, advirtió. No se había preparado para la amalgama de dolor, vacío y... emoción que sintió en su interior. Ese era el hogar de Ashley. Era el sitio al que pertenecía, donde sería feliz. No, el sitio en el que habría sido feliz si Alice hubiera regresado con él, y Thomas. Ashley nunca volvería a ser feliz del todo. Allí era donde ella había vivido, donde se había criado. Y él la quiso y se culpaba de su muerte. La casa debía de ser más un castigo que un sitio en el que encontrar placer, pensó con tristeza.

Sin embargo, ese era su sitio. Y a partir de ese momento, para siempre, ella sería capaz de imaginárselo en sus dominios. Dondequiera que estuviese el resto de su vida, ya fuera en el continente con su tía Marjorie, en Bowden Abbey con Anna o en Elm Court con Victor, le bastaría con cerrar los ojos y ver esa preciosa mansión y el precioso y sereno paisaje que la rodeaba. Y sentiría la soledad. Las cosas podrían haber sido muy distintas, se dijo con pesar. Podría haber pasado la vida allí con él, si él le hubiera propuesto matrimonio por otros motivos.

Era un pueblo bonito, con un prado en el centro, flanqueado por un ancho río por un lado y por el cementerio y la iglesia por otro. Las casas parecían bien cuidadas. Algunas de las personas que había por la calle se quedaron quietas y los observaron pasar. Varias hicieron una reverencia o levantaron las manos para saludar a Ashley, que cabalgaba por delante del carruaje, en el campo de visión de Emily. Por supuesto, ya lo conocían en la zona. Y



seguramente ya se había ganado su aprecio. La mayoría de las personas sonreía.

El carruaje cruzó el río, mientras el sol se reflejaba en su superficie. Anna volvió la cabeza.

—¡Precioso! —exclamó. Emily supo, a juzgar por la expresión de su hermana, que había pronunciado la palabra con fervor.

La verja de acceso a la propiedad estaba muy cerca. Sin embargo, el carruaje se detuvo antes de llegar a ella. Había una casa junto al camino, con un jardincito muy bien cuidado. Una joven estaba ocupada con los rosales que había en un lateral de la casa. La muchacha se enderezó y miró el carruaje, aunque no sonrió ni hizo ademán de saludar. Sin embargo, había otras dos personas en el camino de entrada a la casa, un hombre mayor y un niño pequeño, que estaban de pie en el peldaño inferior de una escalera de madera. Ashley estaba hablando con ellos, les presentó a Luke y luego se volvió hacia el carruaje. Emily bajó la ventanilla.

Eran el señor Edward Binchley y su nieto, Eric Smith. La mujer era la señora Katherine Smith, la madre de Eric. Eric, decidió Emily, tendría unos cuatro años y era un niño muy guapo de pelo oscuro y ojos azules. Se parecía bastante a George, con quien intercambiaba miradas interesadas. Bien podrían ser hermanos.

—El señor Binchley fue el administrador de Penshurst hasta que se jubiló —dijo Ashley—. Es una fuente inagotable de información acerca de la propiedad y de la zona, como he descubierto mientras bebíamos varias jarras de cerveza.

Emily miró a la señora Smith, que no hizo ademán de acercarse. Permanecía inmóvil mientras observaba. Era muy joven, no mucho mayor que ella, pensó Emily, y muy guapa. Debía de ser viuda si ella y su hijo vivían con su padre, supuso Emily, antes de encontrarse con la mirada de la mujer. Esbozó una sonrisa cálida y, por primera vez, Katherine Smith

sonrió... brevemente.

Reemprendieron la marcha.

La mansión era bastante nueva, comprobó Emily cuando dejaron atrás las caballerizas y se detuvieron delante de los amplios escalones que conducían a la puerta de doble hoja de la fachada. Casi relucía por la luz del sol de lo blanca que era. A quienquiera que la construyese le gustaban las vistas despejadas. El paisaje desde la fachada abarcaba varios kilómetros de la propiedad, del río, del camino y de los lejanos campos de labor.

Luke sacó en brazos del carruaje a un somnoliento y gruñón James, y Ashley ayudó a Anna a bajar con Harry. Miró con una sonrisa al bebé, que era ajeno a todo lo que lo rodeaba. Y, después, se volvió hacia Emily.

Ella apoyó el pie en el escalón superior, cogida de su mano, pero Ashley no esperó a que se apeara. La soltó, le rodeó la cintura con las manos y la levantó hasta dejarla en el suelo, pegándola a su cuerpo en el proceso. Luke y Anna, ocupados con los niños, no les prestaban atención.

Le sonreía con la mirada. Si bien seguía habiendo dolor en sus ojos, en lo más profundo, Emily se percató de que, en ese instante, estaba disfrutando muchísimo.

—Bienvenida a Penshurst, Emmy —le dijo—. Y bienvenida de vuelta al campo, el lugar al que perteneces, cervatilla.

Emily le había colocado las manos en los hombros. Tenía el cuerpo arqueado hacia él, casi tocándolo. Durante esos brevísimos instantes, se sintió muy feliz. Tuvo la ridícula sensación de que había llegado a casa.

—Sir Alexander Kersey debió de ser un hombre de un gusto refinadísimo —dijo Luke—. En cuanto al diseño, tanto la casa como la propiedad son exquisitas, Ash.

Ashley se había percatado de las miraditas escépticas que Luke les había dirigido a los volantes y a los tonos pastel que decoraban varias estancias de

la mansión. Pero, al menos, la biblioteca era una habitación absolutamente masculina. Se sentaron en mullidos sillones orejeros a ambos lados de la chimenea apagada, Ashley con una copa de brandi en la mano, Luke con su habitual vaso de agua. Luke acababa de regresar de la habitación infantil, donde les había leído, como era su costumbre, un cuento a los niños antes de acostarlos, había ayudado a Anna a arrojarlos y había escuchado cómo rezaban. Anna le estaba dando la toma nocturna a Harry. Emily se había retirado después de la cena para pasar una velada tranquila en su habitación.

—Lo más triste de todo —repuso Ashley— fue que construyó todo esto para sus descendientes.

—Habrá algunos —dijo Luke en voz baja—. No descendientes directos, tal vez, pero sí en esencia. A juzgar por tus cartas, me quedó claro que le tenías afecto y que él te lo tenía a ti. ¿Te dio su beneplácito como yerno?

Ashley asintió con la cabeza y clavó la vista, con gesto pensativo, en la copa.

—Dale tiempo —le aconsejó Luke—. Sé paciente contigo mismo. Y, cuando esté todo dicho y hecho, perdónate.

Ashley esbozó una sonrisa torcida.

—No es asunto mío —le dijo Luke— y puedes mandarme al infierno si te apetece, Ash, pero ¿por qué has invitado a Emily? Me ha dado la impresión inequívoca de que nos has invitado a venir porque querías invitarla a ella... y no al revés, como has explicado en numerosas ocasiones. ¿Por qué quieres que esté aquí?

Ashley hizo girar la copa en la mano, sin perder la sonrisilla.

—Es mía —contestó—. Soy incapaz de ver cómo otros la cortejan sin querer romperles la nariz y saltarles los dientes. Es mía.

—¿Por derecho de posesión? —le preguntó Luke con las cejas enarcadas—. ¿O por algún motivo más tierno, Ash?

Ashley tardó un buen rato en contestar.

—Me has dicho que podía mandarte al infierno —repuso a la postre.

—Cierto —convino Luke, con un deje de supremo hastío en la voz—. Háblame de los planes que tienes para Penshurst, Ash. Conociéndote como te conozco, no me creo que vayas a permitir que tu administrador lleve las riendas, por más capaz que sea el hombre.

# 18

Ashley contemplaba el paisaje a través de la ventana de su dormitorio, contemplaba los prados y el río. Por el lejano camino avanzaba lentamente la carreta de un agricultor. Los pájaros que se encontraban al otro lado de su ventana, ocultos en las copas de los árboles, trinaban al unísono.

A esa temprana hora, se sentía casi relajado. Sentía que casi le gustaba, o incluso amaba, su nuevo hogar. Luke y Anna dormían en una habitación no muy lejos de esa. Sus cuatro hijos descansaban en la habitación infantil, vigilados por la niñera. Emmy estaba en la casa.

La noche anterior, había entrado de nuevo en los aposentos de Alice y se había sentado en su salita durante un buen rato, sin tocar nada, sintiendo su presencia, oliendo la esquiva nota de su perfume. Casi había decidido ordenar que sacaran todas sus pertenencias, para donarlas o quemarlas. «Perdónate», le había dicho Luke, tal como le había dicho Roderick Cunningham antes de partir de la India. Pero Luke desconocía todos los hechos. No sabía que había odiado a su esposa, que la había odiado y que se había compadecido de ella, y que le había deseado la muerte en muchas ocasiones. Y Luke no sabía que durante la fatídica noche del incendio él no se encontraba en una reunión de negocios, sino en la cama de otra mujer. O que, junto con la inmensa pena de haber perdido al niño que había querido, también sentía el alivio culpable de saber que ya no tenía como heredero al hijo de otro hombre. Incluso conocía la identidad de dicho hombre, un capitán pelirrojo del ejército que se marchó de la India mucho antes de que naciera su hijo.

Esa mañana, Ashley no había tomado una decisión definitiva sobre dichos

apostentos, pero sentía que tal vez le fuera posible vivir de nuevo. «Ahora entiendo que he malinterpretado la verdadera naturaleza de su preocupación por ella», le había dicho sir Henry Verney hacía casi una semana y, desde entonces, no paraba de darles vueltas a esas palabras. Y, desde entonces, había aceptado la innegable realidad de que Emmy era una mujer. Ya no era una niña. Era una mujer.

Sonrió de repente y se inclinó hacia delante mientras colocaba las manos en el alféizar de la ventana. Debería haberlo supuesto. De hecho, tenía la impresión de que había estado esperándolo, deseándolo. Emmy había salido de la casa y se dirigía a paso vivo hacia el río. El sol apenas si se veía en el horizonte. Dudaba de que la mayoría de la servidumbre se hubiera levantado todavía. El único detalle decepcionante de su apariencia era que iba vestida como si fuera a dar un paseo por un parque londinense. Hasta llevaba sombrero, primorosamente ladeado para dejar a la vista la cofia de encaje.

Ashley entró en el vestidor sin pérdida de tiempo.

La descubrió a la orilla del río, contemplando el agua, una vez que salió a buscarla. Estaba observando a una pata con una hilera de patitos que flotaban en el agua, subiendo y bajando sobre la corriente. Estaba sonriendo. La sonrisa no desapareció cuando lo vio acercarse. Señaló las aves.

«Bonito», dijo, besándose las yemas de los dedos y extendiendo después el brazo hacia el río.

Ashley temía que su presencia la molestara, al interpretarla como una interrupción de su soledad, pero Emmy no parecía molesta. Todo era muy bonito, le dijo de nuevo con un gesto del brazo que lo abarcaba todo. Pese al elegante vestido, al sombrero y a la cofia, con los que estaba preciosa, se parecía mucho a la Emmy que él amaba. No se había empolvado el pelo, según podía atisbar por debajo del sombrero. Tampoco llevaba cosméticos en la cara, ni lunares postizos. Su sonrisa carecía de la alegría forzada que lo había sobrecogido en los jardines de Vauxhall.

—Sí —repuso él, que usó las manos a la par que la voz—. Emmy, ya te dije que te encantaría. Y hay mucho más que ver.

Se descubrió preguntándose si Emmy parecería tan contenta en ese mismo sitio, en ese mismo instante, si se hubiera casado con él, obligada por la decencia y por la presión ejercida tanto por él como por sus familias. A esas alturas, llevarían juntos más de un mes. Habrían sido amantes durante todo ese tiempo. Su mente, que había desterrado los recuerdos y se había estremecido por la simple idea de pensar en ella de forma carnal, contempló la posibilidad con cierta tristeza. Emmy no quiso casarse con él y se mantuvo firme ante las presiones.

La había llevado a Penshurst para conquistarla. Pero sabía que no debía mostrarse confiado. Y no debía hacer nada que pusiera en peligro su amistad. La amistad de Emmy, acababa de comprender de repente, era lo único a lo que podía aferrarse. Lo que podía darle la vuelta a su vida y ofrecerle ciertos momentos de paz. Antaño no fue algo recíproco. En el pasado hablaba con ella, la usaba como consuelo y se sentía superior porque podía oír y hablar mientras que ella no. Pero la amistad era un proceso mutuo. Ambas partes debían ofrecer y recibir. Emmy tenía mucho que ofrecer, no mediante las palabras o los inadecuados sustitutos de las palabras que habían ideado y que seguirían ideando, sino mediante el silencio. Él necesitaba escuchar el silencio. Y también tenía mucho que ofrecer: aceptación, comprensión, la disposición a reconocer la validez del mundo de Emmy. Amor. Pero la amistad era lo primero y lo principal. Si eso era lo único que podía ofrecerle durante el resto de su vida, pondría especial cuidado en no perderla.

La tomó del brazo para entrelazarlo con el suyo y empezó a pasear con ella, sin intentar siquiera hablar durante varios minutos. Comprendió que la conversación, en realidad, no era necesaria cuando se estaba a gusto y en silencio con un amigo. El río fluía plácidamente a un lado. Los árboles y los arbustos, rododendros en su mayor parte, todos sembrados en lugares

estratégicos y muy bien cuidados, los ocultaban a la vista por el otro lado, lo que le confería al sendero una sensación de privacidad y tranquilidad. Una sensación que parecía completa con Emmy al lado. Con ella, todo le parecía mucho más bonito.

—¿Has traído tu material de pintura? —le preguntó a la postre, tras colocarle los dedos en la barbilla para instarla a volver la cabeza.

«Sí», le dijo.

—Pero ¿no los has usado desde que te marchase de Bowden Abbey? —quiso saber.

No, no lo había hecho.

—¿Por qué no?

«He estado muy ocupada pasándomelo bien como para pintar», le dijo, usando las manos, el cuerpo y la sonrisa deslumbrante que había usado en Londres.

—Sí —replicó él—. Sé que te has divertido mucho. Pero, Emmy, pintar es importante para ti.

Sí, admitió ella al cabo de unos minutos, con evidente renuencia.

—La diversión por el mero placer de divertirse pierde lustre con el paso del tiempo —le aseguró.

Ella frunció el ceño, sin entender.

—Esa vida acabaría por no divertirme —le explicó.

Ella admitió la verdad bajando la mirada al suelo. Ashley la dejó a solas con sus pensamientos un rato, pero debía insistir. Tenía la incómoda sensación de que, tras haber violado su cuerpo, la había arrancado del mundo que ella había creado a través de su silencio. Un mundo que fue alegre porque no tenía nada con lo que compararlo. Como poco, le devolvería ese mundo si no podía hacer otra cosa.

—¿Emmy? —Le tocó la mano para que volviera a mirarlo a los ojos—. ¿Me harías un favor?



Ella lo miró con recelo.

—Te he invitado a Penshurst —comenzó, y en ese momento asimiló la verdad de las palabras que iba a pronunciar— para poder ofrecerte libertad. Tomaste las riendas de la libertad en tus manos cuando te negaste a casarte conmigo. Fue un gesto de gran valentía por tu parte, cuando toda tu familia se unió contra mí. Pero has usado esa libertad para renunciar a ti misma, para renunciar a lo más hermoso e importante de tu vida. Emmy, eres sordomuda, aunque hayas aprendido a decir una palabra y tal vez con el tiempo aprendas más. No puedes llevar la misma vida que llevan las mujeres capaces de oír, no sin renunciar a todo lo que te es máspreciado. Y yo quiero regalarte todo eso... aquí, con todo esto —añadió al mismo tiempo que gesticulaba con un brazo para señalar el río y la propiedad que los rodeaba—. ¿Me entiendes? ¿Te he atacado con muchas palabras?

Ella había dejado de andar. Se había soltado de su brazo y lo miraba con gesto preocupado. Pero sí, le dijo con una señal que él reconoció. Sí, lo había oído.

—Emmy —siguió él—. Déjame darte algo que merezca la pena. Quiero que te sientas libre de hacer lo que quieras. Si quieres pasear por aquí, o por las colinas, hazlo. Si deseas dejarte el pelo suelto o salir descalza, hazlo. Y, sobre todo, pinta. Es tu forma de hablar, sin el impedimento de las palabras. Coge el caballete y las pinturas y vete al cenador si quieres. ¿Aceptarás este regalo que te ofrezco?

Vio que los ojos se le llenaron de lágrimas un instante, pero acabó parpadeando para evitar que se desbordaran. Y asintió con la cabeza.

—Sssí —contestó ella.

Y el asunto era, pensó Ashley, que había usado la palabra «libertad» a conciencia. Quería que fuera libre y, al mismo tiempo, quería abrazarla con todas sus fuerzas y mantenerla para siempre a su lado. Pero era imposible mantener abrazada a Emmy sin doblegarla y dejarla sin vida, comprendió.

Era un espíritu libre y jamás florecería en cautividad. Jamás habría sido feliz si se hubiera casado con él en aquel entonces y en aquellas circunstancias. La certeza de esa conclusión le provocó una infinita tristeza. Tal vez el momento y las circunstancias nunca fueran los adecuados.

El egoísmo se abrió paso sin que pudiera evitarlo.

—Emmy —dijo—, ¿puedo acompañarte... a veces? No siempre. Ni siquiera a menudo. ¿Solo a veces? Jamás entenderás el sustento que supone tu cercanía para mí.

Ella levantó un brazo y le colocó la palma de la mano ahuecada en la mejilla al tiempo que asentía con la cabeza.

—¿Puedo? —le preguntó mientras le cogía la mano y volvía la cabeza para besarle la palma—. ¿También vamos a hacer de ti una mujer parlanchina?

Ella sonrió con alegría y se encogió de hombros a la vez que levantaba las manos.

«¿Por qué no?»

—¿Ahora? —le preguntó él—. ¿Crees que podemos doblar tu vocabulario? Ambos se echaron a reír.

—¿Qué palabra quieres intentar? ¿No?

«No», le dijo ella con vehemencia, y le señaló el pecho con un dedo índice.

—¿Ashley? —dijo—. Inténtalo.

Ella se sonrojó y se mordió el labio inferior. Pero Ashley comprendió, tan pronto como pronunció su nombre, que debía de haber estado practicando delante de un espejo. Los movimientos de sus labios eran precisos y perfectos. Acabó doblado de la risa mientras ella le asestaba un puñetazo en un hombro. Cuando la miró a los ojos, vio que estaba ofendida, pero acabó riéndose también.

—*Azle* no —la corrigió—. Ashley.

«Eso es lo que he dicho», protestó ella con gestos impacientes de las manos y los hombros.

—Ssssssss —siseó él, al mismo tiempo que le rodeaba una muñeca y se llevaba la mano cerca de la boca y hacía lo mismo con la otra para colocarse los dedos en la garganta—. No es una zeta, es una ese. Sssss —siseó de nuevo.

—Ssss —repitió ella, obediente.

La articulación de la ele era más difícil de explicar. Ashley no se había dado cuenta de la multitud de sonidos que eran invisibles para el oyente. Comprendió que la ele se pronunciaba colocando la punta de la lengua en el paladar, justo por detrás de los dientes. El respeto que sentía por la habilidad de Emily a la hora de leer los labios empezó a crecer.

—Aaashley —dijo ella por fin, después de haber estado cinco minutos frente a frente, ensayando los sonidos.

Debería acortar la primera a, pensó. Pero su nombre, pronunciado con esa voz grave, dulce y átona lo cautivó.

—Sí —replicó con una sonrisa cálida—. Sí, Emmy.

—Sssí, Aaashley —repitió ella, que se cubrió la cara con las manos y se echó a reír.

Le aferró los hombros y la pegó a él para abrazarla con fuerza y mecerla mientras reían. Emily echó la cabeza hacia atrás para mirarlo con un brillo risueño en los ojos.

—Sssí, Aaashley.

Ashley le frotó la nariz con la suya.

—A este paso —dijo—, aprenderás trescientas sesenta y cinco palabras al año, Emmy. Y una más si es bisiestos.

«No, por favor», gesticuló ella con una mueca teatral.

—Nooo —dijo en voz alta.

Él sonrió.

—O, acorta la vocal —la corrigió.

—O —repitió ella—. No.

—Has estado practicando sola —dijo Ashley mientras entrelazaba sus brazos de nuevo—. Mis servicios como profesor están siendo redundantes.

—No. —Ella se zafó de su brazo para poner a trabajar las manos—. Nooo. O. Azle. Sssssss. L. —Lo señaló.

Él rio entre dientes.

—Muy bien —dijo—. Puedo corregir tu pronunciación. —Salvo por la a inicial de su nombre, se recordó.

—Sssí. —Emily le regaló una sonrisa radiante—. Sí, Aaashley.

Se sonrieron mutuamente, encantados.

—Y ahora tú debes enseñarme a mí —le dijo él—. Sigamos paseando en silencio. El ruido, la necesidad de hacer ruido conversando, hace que nos perdamos muchas cosas, Emmy. Enséñame.

—Sssí —repitió ella.

Conversar era verdaderamente innecesario, descubrió en el transcurso de la siguiente media hora. Compartieron el placer que les proporcionaba la mañana de la misma manera que si hubieran hablado del tema.

Cuando regresaron a la casa, Ashley se sentía casi en paz. Era casi feliz.

A Emily le encantaba Penshurst. Siempre le había gustado Bowden Abbey más que el resto de los lugares que conocía, incluyendo Elm Court, donde había nacido y vivido a lo largo de sus primeros catorce años. Siempre había pensado que, durante el resto de su vida, sentiría Bowden Abbey como su hogar. Pero Penshurst, aun antes de haber explorado a fondo la mansión o la propiedad que la rodeaba, le provocaba una sensación rara en la boca del estómago. Una sensación muy parecida a un doloroso anhelo.

Tal vez, pensó, porque Penshurst era suyo. De Ashley.

Todos salieron a última hora de la mañana, después del desayuno, cuando la temperatura subió. Al principio, pasearon con los niños por la parte más elegante de la propiedad mientras Ashley les señalaba distintos elementos:

una huerta de limeros, un pequeño lago artificial, la campiña que los rodeaba. Pero pronto los niños empezaron a aburrirse y Luke y Ashley se dispusieron a jugar a la pelota con ellos mientras Emily se sentaba con Anna en el suelo y Henry gateaba sobre la hierba. Al cabo de un rato, Ashley galopaba por el prado con James, tan contento, a la espalda y Luke enarcó las cejas mientras le decía que lo habría avisado de haberlo sabido. De manera que el pobre Ashley tuvo que repetir el proceso con George y también con Joy. Acabó desmadejado en el suelo, fingiendo estar exhausto mientras Joy y James iniciaban una pelea simultánea con Luke.

George se acercó a su madre a la carrera.

—Mamá —dijo—, quiero ir a jugar con el niño. —Señaló en dirección al pueblo.

—¿Con qué niño? —le preguntó Anna, que frunció el ceño—. ¿El de la casa de la verja, te refieres? ¿Eric? Pero a lo mejor está ocupado, George. O a lo mejor su madre lo ha llevado a algún sitio.

—Quiero ir a verlo —insistió George.

—Parece un niño muy agradable. Pero papá y el tío Ashley están jugando con Joy y con James. —En ese momento, James acababa de subirse al abdomen de Ashley, que a su vez comenzó a rodar por la hierba, llevándose al niño consigo—. Y Harry querrá comer dentro de nada y tendré que llevarlo a la habitación infantil. No puedes ir solo. Esta tarde, a lo mejor.

Pero George no se dejó amedrentar.

—La tía Emily puede llevarme.

Emily sonrió y asintió con la cabeza. Disfrutaría del paseo. Y si Eric Smith vivía solo con su madre y su abuelo, a lo mejor le gustaba la idea de tener un nuevo compañero de juegos. Se puso de pie y se sacudió la saya para quitarse las briznas de hierba.

—Emmy, eres un sol —dijo Anna—. ¿Te asegurarás de que no resulte pesado? Los niños desconocen por completo las reglas de la etiqueta.

George echó a correr, dejándola atrás, cuando vio los pilares de piedra que marcaban la entrada de la propiedad. Desde ese punto del camino, veía a Eric mecerse en la verja de su casa. Cuando Emily llegó por fin junto a ellos, los niños habían entablado conversación. Le sonrió a Eric.

—George ha venido a jugar —le dijo el niño—. Tengo cuatro años. ¿Cómo te llamas? —Miró a George y después volvió a mirarla a ella—. Ah —dijo—. ¿No oyes ni hablas? ¿Me entiendes?

Emily asintió con la cabeza. Sin embargo, la señora Smith acaba de aparecer en el vano de la puerta mientras se limpiaba las manos con un delantal blanco.

—¡Mamá! —exclamó Eric sin apartar la mirada de Emily—. George ha venido de la mansión para jugar conmigo. Esta dama no oye ni habla. Pero me entiende. Pero tienes que mirarla.

La señora Smith parecía avergonzada. Le hizo un gesto a Emily para que se acercara.

—Por favor, pase —le dijo, articulando las palabras despacio.

Y Emily se sintió también avergonzada de repente. Se había acostumbrado a vagar por Bowden Abbey, donde la gente la conocía y se había adaptado a ella. En Penshurst sería una molestia para todas esas personas. Y ella acabaría sintiéndose molesta también. ¿Y si no le hablaban y adoptaban una actitud incómoda? Pero ya era demasiado tarde para pensar en esas cosas.

La señora Smith le sonrió cuando traspasó la verja y enfiló el camino hacia la puerta de la casita.

—¿Es usted lady Emily Marlowe? ¿He recordado bien su nombre? Qué amable por su parte haber traído al niño, creo que es el primogénito del duque, ¿es así?, para jugar con Eric. Normalmente pasa mucho tiempo solo, pero tiene una imaginación maravillosa. —Se puso colorada. Había hablado muy despacio—. ¿De verdad lee los labios?

Emily asintió con la cabeza y sonrió.

La casa era sencilla, pero estaba primorosamente amueblada. El señor Binchley bajaba la escalera justo cuando Emily entraba. Saltaba a la vista que era un caballero y que su hija era una dama, aunque supuso que no podía decirse que nadaran en la abundancia. El señor Binchley la saludó con una reverencia y esbozó una sonrisa amable.

—Milady, es un honor —dijo—. ¿Le gusta Penshurst? —Se volvió y pareció que la estaba invitando a sentarse. No resultaba fácil entenderlo. Pero, en ese momento, se dio media vuelta para mirar a su hija, al parecer sorprendido, y miró de nuevo a Emily—. ¿En serio? —dijo. Parecía abochornado.

Emily le sonrió.

La señora Smith se marchó a la cocina, quizá para preparar té.

Emily se sentó con el señor Binchley, que parecía tan incómodo como podía parecerlo un hombre. No había nadie que pudiera ponerle fin al silencio, y Emily sabía que a la gente que podía oír le incomodaba el silencio. Podía decir «Sssí» y romperlo ella, pensó, aunque la idea le hizo gracia, no se sentía cómoda. Todo lo contrario.

—No sabía que los sordomudos leyeran los labios —dijo el hombre.

Ella esbozó una sonrisa sincera y se dio unos golpecitos en el pecho.

«Yo sí puedo», le estaba diciendo, y después se echó a reír.

La risa debió de ser la clave, porque el señor Binchley se relajó y empezó a hablar, un poco más despacio que al principio. Emily descubrió, aliviada, que podía entender mucho de lo que decía. Le habló de Penshurst y del vecindario, y de lo contentos que estaban todos por tener por fin al nuevo dueño de la propiedad viviendo en la mansión. Él había sido el administrador de Penshurst durante muchos años, le estaba contando cuando su hija volvió con la bandeja del té, hasta que se jubiló después de la muerte del señor Gregory Kersey, el hijo de sir Alexander Kersey.

Katherine Smith lo miró con los labios apretados y Emily volvió la cabeza

a tiempo para leerle los labios.

—Papá, ¿por qué te empeñas en perpetuar esa invención? —protestó—. No te jubilaste. Te reemplazaron.

—Katherine, este no es el momento ni el lugar. —Se puso de pie y se despidió de Emily con otra reverencia—. Dejaré solas a las damas. —Le sonrió con amabilidad—. Gracias por la visita, lady Emily, y por traer al niño. ¿Es el marqués de Craydon?

Emily asintió con la cabeza.

La señora Smith le habló de Eric, de la tristeza que le producía que no tuviera hermanos. Su marido había muerto. Bajó la mirada a sus manos unos instantes antes de seguir hablando. Le dijo que había crecido en Penshurst y que siempre había vivido en esa casa, aunque había visitado con frecuencia la mansión. Que recibió clases con Alice Kersey. Que habían sido amigas, cuando eran niñas, puntualizó. Emily tuvo la impresión de que, una vez que se hicieron mayores, la amistad acabó.

Descubrió que era más fácil entender a Katherine que a su padre. De todas formas, decidió no quedarse mucho rato, porque supuso que debía de ser una carga para una desconocida entretenerla siendo la única que llevaba el peso de la conversación. Y para ella era una carga ser la única invitada y tener que concentrarse todo el rato en lo que le decía la señora Smith y asentir con la cabeza en los momentos precisos. Pero, cuando ya se marchaba, y después de que la señora Smith hubiera llamado a George para avisarlo, se volvió hacia ella y sonrió.

—Gracias por haber venido —le dijo—. Es fácil hablar con usted. Parece participar en la conversación, aunque no diga nada. Venga de nuevo, si lo desea, quiero decir. ¿Se quedará una temporada en Penshurst?

Emily asintió con la cabeza, se despidió con amabilidad y llevó de vuelta a George a la mansión con la impresión de haber hecho una amiga. Una mujer que no les había sonreído ni a Ashley ni a Luke el día anterior, pero que sí le



sonrió a ella entonces y también le había sonreído ese día. Una mujer furiosa porque le habían quitado a su padre el puesto de administrador de Penshurst después de la muerte del señor Gregory Kersey. El hermano de Alice. ¿Quién lo había despedido? ¿Sir Alexander Kersey, que estaba en la India en aquel entonces? ¿Alice, que debió de hacerse cargo de Penshurst en la etapa que siguió a la muerte de su hermano y antes de partir también hacia la India? Pero ¿por qué? Además, a Katherine Smith no le gustaba Alice. Al menos, eso se podía deducir de su comentario.

Claro que, en realidad, Emily no tenía deseos de conocer el pasado. Aunque sabía que después recordarían esas dos semanas y sufriría porque habían llegado a su fin y seguramente jamás se repetirían, iba a disfrutarlas. Iba a disfrutar de la amistad de Ashley y de la libertad que le había ofrecido. Iba a disfrutar de su estancia en ese lugar, por el que sentía un extraño y fuerte afecto. Además, era un alivio estar de nuevo en el campo y saber que podía pasar tiempo a solas en la naturaleza. Ashley le había permitido ausentarse de las visitas formales, abandonar el tontillo y los zapatos, pintar...

Ashley la comprendía mejor que nadie, pensó, incluso mejor que Anna y Luke. Ashley comprendía que, pese a su discapacidad, era una persona completa.

Ashley...

Suspiró. Debía recordar que se marcharía de nuevo dentro de dos semanas. Que se marcharía de Penshurst.

Y él se quedaría atrás.

# 19

Durante tres días estuvo explorando la extensa propiedad que rodeaba Penshurst. Las zonas más cuidadas delante de la casa las recorrió acompañada por los demás, incluidos algunos de los vecinos de Ashley mientras el tiempo fue cálido y soleado. Las otras zonas, las más extensas y silvestres, las recorrió sola. Se escabullía por las mañanas, a veces incluso antes de que el sol saliera, y también por las tardes, después de comer, cuando no había planeada alguna visita, o justo después si iban a alguna parte o si alguien los visitaba. En una ocasión, salió por la noche en vez de quedarse a ayudar a entretener a las visitas que Ashley había invitado para jugar a las cartas.

El sendero del río se extendía más de un kilómetro y era muy bonito. Sin embargo, Emily descubrió que la orilla que discurría en paralelo al sendero era incluso más bonita, con la alta y, a veces, tosca hierba y su miríada de flores silvestres. Las colinas que se alzaban detrás de la mansión, que no parecían tan altas vistas de frente, eran boscosas y tranquilas. Y los claros cuidadosamente planeados ofrecían vistas maravillosas de la ondulante campiña. El cenador del que Ashley le había hablado daba al río y a kilómetros de campos de labor en barbecho. La casa y el pueblo quedaban ocultos a la vista por los árboles. Sospechaba que quienquiera que hubiese construido el cenador quería que quedase totalmente aislado, totalmente solo. Estaba, tal como Ashley le dijo, amueblado con unas cuantas piezas. Pero, nada más poner un pie en su interior, supo que Ashley había ordenado que lo limpiaran y que lo adecentaran. Había mullidos cojines limpios en el viejo

sofá y una manta doblada.

A la tercera mañana, se llevó el material de pintura al cenador, aunque no intentó usarlo de ninguna manera. Todavía no sabía qué quería pintar. Aunque percibía toda la belleza de esa parte desconocida del país, aún no le había hablado a su alma. Pero sabía que lo haría. Tenía que darle tiempo. El tiempo, el tiempo real, en contraposición al tiempo humano, no se podía apresurar. Se contentó con sentarse en el sofá y ver el paisaje a través de la ventana baja que tenía delante: lo que veía allí y a los pies de la colina, cruzando el río y los campos que había más allá.

A la tercera mañana, Ashley fue a su encuentro. Había dejado la puerta del cenador abierta y fue consciente, tras varios minutos, de que había una sombra en la puerta. Lo vio apoyado en la jamba, con los brazos cruzados por delante del pecho, mirándola con una sonrisa.

—Sabía que te sentirías como en casa en este lugar, Emmy —le dijo. Miró el caballete. Usó las manos para hablar—. Me alegro de que hayas venido para pintar. Y me alegro de ver que mi ninfa ha vuelto.

No había llevado consigo ninguno de los viejos vestidos que usaba en Bowden Abbey. No obstante, esa mañana lucía uno de sus vestidos más sencillos, sin tontillo ni enagua acolchada. Se había recogido el pelo en la nuca con una cinta. Iba descalza. Se le había olvidado, hasta hacía tres días, lo mucho que necesitaba sentirse en contacto con la tierra.

—¿Puedo? —le preguntó él a la vez que señalaba el espacio a su lado, en el sofá.

Ella asintió con la cabeza y Ashley entró y se sentó. Le cogió una mano. Sin embargo, no dijo nada más. Durante media hora, tal vez incluso más, se quedaron el uno al lado del otro, cogidos de la mano, mirando el paisaje, observando cómo el amanecer daba paso al día. No había comunicación más perfecta que el silencio, pensó Emily. Tal vez fuera una paradoja muy fácil de aprender para ella, pero tenía la sensación de que Ashley también la estaba

aprendiendo... tal como le había pedido. Tal vez sí tuviera algo que enseñarle, algo que ofrecerle. Él le estaba dando la capacidad de habla y ella le estaba ofreciendo el silencio.

Quiso consolarlo cuando las emociones de Ashley eran demasiado tumultuosas como para que encontrara consuelo alguno. Quizá pudiera ofrecerle algo de consuelo en ese momento. Y quizá ella pudiera recabar recuerdos suficientes para llevarse consigo a su solitario futuro.

—Será mejor que te deje, Emmy —le dijo él a la postre, tras darle un apretón en la mano para que le mirase los labios—. Quédate todo el tiempo que quieras. Gracias por permitirme compartir parte de tu tiempo aquí. —Se inclinó hacia ella y le dio un beso fugaz en los labios. Acto seguido, se marchó.

Se preguntó si no sería más fácil si él no le tuviera afecto alguno. Si no la quisiera a su manera. Si no la hubiera invitado a su hogar. Si ella no hubiera ido. Cerró los ojos, bloqueando la belleza del paisaje. No, no podía lamentar que Ashley le tuviera cariño. Y sabía que ella nunca lamentaría haber ido a ese lugar. De alguna manera, por extraño que fuera, sabía que su intención siempre había sido ir allí. Era una idea desconcertante, y también reconfortante.

Salvo por el hecho de que en menos de dos semanas tendría que marcharse y regresar a Londres. Y no volvería a verlo durante una larga, larguísima temporada.

Si acaso volvía a hacerlo.

A la cuarta mañana tomó otra dirección, lejos del río y de la colina, que la llamaban en su búsqueda de soledad y de paz. Sin embargo, quería ver todo lo que había para ver, de modo que fue en la dirección opuesta al río y la avenida de entrada a la casa. Cruzó los prados, la huerta de limeros y la arboleda hasta llegar a la linde de la propiedad. Estaba demarcada por un

seto, con el camino al otro lado.

Se le antojaba triste no ir más allá. Las nubes, que habían descargado lluvia durante la noche, se alejaban y el sol empezaba a abrirse paso. El aire era fresco y limpio. La hierba y la tierra le provocaban escalofríos en los pies. Sin embargo, no iría más allá..., no con su aspecto. Y no en una zona donde pocas personas la conocían y donde no podría comunicarse con cualquiera con quien se cruzase. Meneó la cabeza y cerró los ojos, sintiendo cómo el viento le agitaba el pelo a la espalda.

Había una abertura en el seto, en la que se habían colocado una escalera de madera. Los subió y se sentó en el peldaño superior, de cara a los campos y los valles que había al otro lado del camino. Era precioso, pensó. Allí no veía la evidente belleza del río o el aislamiento y las vistas panorámicas de la colina. Solo veía una belleza básica, nada espectacular, en el paisaje. Era Inglaterra. Era el hogar.

Lamentó mucho no haber llevado consigo las pinturas y el caballete. Estaba casi segura de que podría pintar allí: la maravilla que era lo ordinario. Aunque incluso lo que parecía ordinario podía convertirse en extraordinario si se abrían los ojos y el corazón a lo que se veía.

No obstante, algo interrumpió su contemplación. Percibía la presencia de otra persona. Volvió la cabeza hacia un lado para mirar el largo camino que se extendía a su derecha. Por un brevísimo instante, la alegría la consumió. Había ido a buscarla de nuevo. Pero supo, incluso antes de ver bien al hombre, que no era Ashley. Algo en su interior siempre parecía saber sin lugar a dudas cuándo estaba cerca.

El hombre estaba sentado a caballo a escasa distancia de ella, con un elegante traje de montar, un gabán para conservar el calor y botas altas bruñidas. Llevaba el tricornio echado un poco hacia delante, cubriéndole los ojos. La miraba con una sonrisa de admiración.

Un desconocido.

Él enarcó las cejas.

—Ya pensaba que eras sorda —le dijo.

Debía de haberle estado hablando antes de que ella se percatara de su presencia. Le sonrió, con cierta sorna y también con algo de azoramiento por sus palabras. Era un hombre joven, bastante apuesto.

—¡Válgame Dios! —exclamó—. Me alegro de haber emprendido camino esta mañana temprano. ¿Te has escapado de la vaquería, muchacha? —Desmontó mientras hablaba y se acercó tirando de las riendas del caballo.

Oh. La sonrisa desapareció de la cara de Emily mientras meneaba la cabeza. Qué vergüenza más absoluta que la confundieran con una lechera. Eso le enseñaría a quedarse dentro de las lindes de la propiedad cuando iba vestida como ese día. Y ni siquiera podía explicarse.

Él volvió a echarse a reír y dijo algo que Emily no pudo ver. Pero luego continuó:

—Menudo desperdicio tenerte sentada en un banquito acariciando ubres —le dijo—. Yo podría darles a tus manos y a tu... trasero un uso mucho más placentero.

Sus ojos castaños la recorrieron de forma lasciva de la cabeza a los pies, deteniéndose con gesto sugerente durante la pausa antes de continuar hablando. Dejó que el caballo pastara a sus anchas junto al camino y se acercó a ella con paso lento.

Emily meneó la cabeza con fuerza y alzó la barbilla. El corazón empezó a latirle, frenético, en el pecho. Era la misma situación que a veces aparecía en sus pesadillas. La verdad, pocas veces se quedaba sola en un lugar donde un desconocido pudiera abordarla. Deseó con desesperación tener las piernas al otro lado de los escalones. Calculó mentalmente el tiempo que tardaría en pasarlas. No era un hombre especialmente alto, advirtió, pero tenía una constitución fuerte y lo envolvía un aura de autoridad. Parecía un hombre acostumbrado a salirse con la suya.

—¿Te he dejado sin habla? —le preguntó, riéndose de ella—. Vamos, muchacha, quiero probar esos labios. Y tal vez algo más. Sí, sin duda algo más, aunque haré algo más que probar ese lugar..., me daré un festín muy dulce. El camino está desierto, según veo, y el seto en aquel campo de allí queda fuera de la vista.

Emily no vio todas las palabras. No le hizo falta. La consumía un miedo atroz.

Ashley. ¡Ashley! Por un momento, el miedo le paralizó el cuerpo y la mente. Solo fue capaz de quedarse gritando en silencio su nombre y deseando que sucediera un milagro.

El desconocido dio otro paso hacia ella.

—No. —Extendió las manos con las palmas hacia fuera, por delante de ella—. No.

—¿No? —De inmediato, el hombre adoptó una pose altiva, aunque no había perdido la mirada risueña—. ¿No, muchacha? Pues yo digo que sí. Te daré la oportunidad de ganarte medio soberano antes del desayuno. Una suma considerable para una lechera que se escabulle del trabajo. Pero a lo mejor considero que no te has ganado ni medio cuarto de penique si protestas.

La cabeza de Emily empezó a funcionar de nuevo. Esbozó una sonrisilla y mantuvo los ojos clavados en el hombre mientras pasaba las piernas al otro lado de los escalones. Él permaneció inmóvil, observándola.

«Soy lady Emily Marlowe. Soy una invitada en Penshurst. La duquesa de Harndon es mi hermana.» Claro que no tenía sentido perder el tiempo verbalizando esas palabras en la cabeza, y que habría podido escribir de tener la oportunidad. Era imposible pronunciarlas. Su cabeza, que seguía aterrada, si bien había conseguido escapar del estupor, trabajaba a marchas forzadas.

—Ah —dijo él, que a todas luces creía que se movía para llevar a cabo su sugerencia—, el medio soberano ha hecho efecto, ¿no? Será una oportunidad única, muchacha, con dinero o sin él, no te quepa duda. Seguro que te gusta

un buen revolcón tanto como a mí.

Estaba tan cerca que podía tocarlo si extendía un brazo. De repente, dio un respingo y puso los ojos como platos mientras miraba por encima del hombro del desconocido al imaginario jinete que fingió que se acercaba por el camino, tras él, y después hizo un gesto exagerado con la mano. Ojalá, ay, ojalá que pudiera decirlo bien.

—¡Mm-mm-mire! —exclamó.

Y en ese momento, cuando el desconocido volvió la cabeza para mirar por encima de su hombro, ella saltó de los escalones al suelo y echó a correr. La hierba estaba resbaladiza entre los árboles, pero sus pies descalzos se agarraban bien a ella. Sabía que apenas tenía unos segundos de ventaja. El desconocido no tardaría mucho en subir los escalones y, sin duda, era capaz de correr más que ella. El pánico la embargaba por completo y, por una vez, el silencio le resultó amenazante, pero no se atrevía a perder el tiempo mirando hacia atrás. Intentó decidir si sería mejor zigzaguear entre los árboles para despistarlo o correr en línea recta entre ellos, tal como estaba haciendo. El pánico le robaba el aliento y el raciocinio. Hasta que llegó un momento en el que no pudo luchar más contra dicho pánico. Volvió la cabeza y miró hacia atrás.

Todavía podía verlo, aunque no estaba cerca. Solo había dado un par de pasos más allá de los escalones, en su mismo lado del seto. Estaba en el suelo, con una rodilla doblada y la otra pierna estirada por delante. Seguro que se había resbalado sobre la hierba húmeda. Lo vio tocarse el ala del sombrero con la mano derecha en un saludo burlón. Dijo algo, pero era incapaz de leerle los labios a esa distancia. Volvió la cabeza y siguió corriendo.

Ashley no estaba en casa. Entró en la mansión a la carrera, sin mirar a derecha o a izquierda. Corrió escaleras arriba y se abalanzó sobre la puerta de sus aposentos, entrando sin pensar. Ashley no estaba allí. Ni tampoco estaba



en su vestidor. Se aferró al sillón que había en el vestidor un instante, jadeando en busca de aire, y se llevó la mano libre al costado, donde sentía una punzada, sin preguntarse siquiera cómo sabía cuáles eran los aposentos de Ashley. Acto seguido, bajó corriendo y entró en el comedor matinal. Estaba desierto.

El criado que se encontraba en el enorme vestíbulo la miró con expresión pétrea. Ni siquiera pestañeó, no reaccionó de forma alguna a su aspecto desaliñado. Sin embargo, sí se acercó a la puerta del comedor matinal.

—Lord Ashley ha salido a cabalgar, milady —le dijo el criado, moviendo los labios con precisión—, con Su Excelencia. La duquesa creo que está en la habitación infantil, con lord Harry.

Anna. Luke. Miró con expresión impasible al criado. Ni siquiera se le había ocurrido acudir a alguno de ellos en busca de ayuda. Claro que Luke había salido, de todas formas, y no pensaba molestar a Anna, que seguramente le estaba dando el pecho a Harry. Asintió con la cabeza y regresó escaleras arriba.

Paseó de un lado para otro en su dormitorio, con la puerta cerrada a cal y canto, durante varios minutos, deteniéndose con frecuencia junto a la ventana para mirar el exterior. Sin embargo, no sabía adónde había ido ni por qué dirección regresaría. Y desde su ventana no podía ver las caballerizas. A la postre, se tiró de bruces en la cama. Quería sentir los brazos de Ashley a su alrededor. Quería apoyar la cabeza sobre su corazón. Quería que la fuerza de su cuerpo la envolviera. Quería meterse debajo de su piel. Cogió el cobertor con ambas manos y se aferró a la tela con fuerza. Y, después, se puso de costado, dobló las rodillas y las pegó al pecho, haciéndose un ovillo. Se echó a temblar de forma tan descontrolada que le castañeteaban los dientes, pero ni siquiera era capaz de extender un brazo para taparse en busca de calor y protección.

«Ashley, vuelve a casa», pensó. «Por favor, vuelve a casa.»

Tardó mucho tiempo en recuperar el control de su cuerpo lo suficiente como para levantarse. Ashley no podía verla así, se dijo. Tenía el pelo alborotado, enredado. Incluso veía una ramita en el mechón que le caía por encima de un hombro. Tenía las manos y los pies sucios. El vestido lucía un desgarrón en un costado. Olía su propio sudor. Extendió los dedos de las manos delante de ella. Le temblaban. Al igual que las piernas, una vez que se puso en pie. Tiró del cordón de la campanilla para que acudiera una criada y se quitó el vestido.

No se sentía mucho mejor media hora después, si bien estaba limpia, se había vestido como era apropiado y le habían trenzado y recogido el pelo en la nuca, bajo una cofia de encaje. Había escogido con toda deliberación uno de sus vestidos nuevos preferidos, un vestido a la francesa en un tono verde claro, con bordados de florecillas en un verde un poco más claro. Llevaba tontillo bajo la saya. Sin embargo, no se sentía mejor en realidad. Bajó la escalera con paso lento, con la barbilla en alto y la expresión serena. Ya se había puesto en ridículo delante de los criados antes.

No estaba segura de poder pronunciar las palabras como era debido. Empezaban con una letra que vibraba.

—¿Lord Ashley? —le preguntó al criado.

—Se encuentra en la biblioteca, milady —le contestó el criado con una reverencia—. Está con...

Sin embargo, ya le había dado la espalda y corría, muy a su pesar, hacia la biblioteca. Sintió de nuevo el pánico de la persecución, los escalofríos que le recorrieron la espalda. Estaba casi a salvo. Pero no del todo. No esperó a que el criado la alcanzara, sino que abrió la puerta de la biblioteca de par en par y entró en tromba.

Lo vio de pie, no lejos de la puerta, de espaldas a ella, pero se volvió en cuanto oyó que se abría la puerta, con evidente sorpresa en la cara. Corrió derecha a sus brazos y cerró los ojos incluso antes de llegar a su destino,

antes de enterrar la cara en la fuerte seguridad de su pecho. Le rodeó la cintura con los brazos mientras sentía que él la abrazaba. Inspiró hondo su cálido y seguro olor. Por fin estaba a salvo. Por fin. Suspiró y apoyó todo el peso en él.

Sin embargo, Ashley no le permitió aferrarse a dicha seguridad mucho tiempo. Le colocó las manos en los hombros y la apartó con firmeza para poder mirarla a la cara. Inclino la cabeza y le escudriño el rostro con la mirada.

—¿Emmy? —le preguntó—. ¿Qué pasa? ¿Qué ha sucedido? Tranquila, amor mío. Estoy aquí. Estás a salvo.

Era incapaz de ver más allá del bendito círculo de seguridad de su cara, de su torso, de sus hombros y de sus brazos. Sin embargo, su mente se sobrepuso al pánico. Y se dio cuenta de que Ashley no estaba solo en la biblioteca cuando ella entró. Lo soltó, retrocedió un paso y miró tras él. Luke estaba de pie junto a la ventana, con las manos entrelazadas a la espalda, observándola con atención. Y había otra persona junto a la chimenea. De momento, era incapaz de mirarlo. Volvió a clavar la vista en Ashley.

Él la miró en silencio, preocupado, un instante, pero debía de percatarse de lo incómoda que era la situación. Ella, en cambio, apenas conseguía asimilarlo.

—Emmy —le dijo él—, esta mañana he recibido un inesperado placer. Ha venido un buen amigo, que está de permiso en casa con su regimiento, destinado en la India. Te presento al mayor Roderick Cunningham. Rod, te presento a lady Emily Marlowe, hermana del conde de Royce y cuñada de Luke.

Por fin desvió la mirada hacia él. Y se dio cuenta de que, justo cuando ella lo reconocía, él la reconoció a su vez. Sin embargo, el hombre consiguió controlar su reacción, tanto como ella esperaba haber controlado la suya. Lo vio esbozar una sonrisa lenta y hacerle una elegante reverencia.

—Lady Emily —le dijo—, es un absoluto placer y toda una suerte haber llegado en este momento.

El instinto la llevó a devolverle la reverencia con una genuflexión. Ashley debía de estar diciendo algo, pero, una vez que fue capaz de mirar a su visita, Emily no pudo apartar la vista del hombre que había querido seducirla por medio soberano hacía un par de horas. Sentía la mano de Ashley en la base de la espalda.

—¿De verdad? —preguntó el mayor Cunningham tras una pausa—. Nunca lo habría adivinado. Increíble. Pero ¿no se cansa de tener que leer siempre los labios, lady Emily? —La sonrisa que esbozaba era deslumbrante e indicaba un tremendo encanto.

La mano que tenía en la cintura la instó a volverse. La preocupación seguía presente en los ojos de Ashley.

—Pero ¿qué te ha asustado, Emmy? —le preguntó—. ¿Qué ha pasado?

Meneó la cabeza. No sabía si iba a desmayarse o a vomitar, pero tal vez no hiciera ninguna de esas cosas si él dejaba la mano donde la tenía. ¿Ese hombre era amigo suyo? ¿Era un oficial del ejército, un hombre que se guiaba por el honor y la caballería? ¿Y había ido de visita? ¿Para quedarse? Sonrió.

Los ojos de Ashley la abandonaron un momento antes de volver a clavarse en ella.

—Sí —lo vio decir—, será lo mejor. Luke te llevará con Anna, Emmy. Hablaré contigo después, o en cualquier momento que me necesites. Voy a ocuparme de que lo dispongan todo para la estancia de Roderick. Voy a convencerlo por cualquier medio de que se quede al menos una semana. Será una semana estupenda. —Esbozó una sonrisa cálida y feliz.

Luke llegó junto a ella, le colocó el brazo sobre el suyo y la instó a volverse hacia la puerta.

Era muy ingenua, admitió Emily en silencio. Pese al mes pasado en

Londres, conocía muy poco de la vida tal como se desarrollaba más allá de los protectores muros de una casa solariega. Sin embargo, sí sabía que muchos hombres, tal vez la mayoría, no eran célibes. Era incluso consciente, o creía que lo era, de que muchos hombres estaban convencidos de que cualquier mujer por debajo de una dama de alcurnia podía ser pasto de sus atenciones... Un eufemismo muy extraño. ¿Era posible que no hubiera nada espantoso tras el comportamiento del mayor Cunningham, sobre todo teniendo en cuenta el malentendido provocado por el aspecto que ella presentaba?

Ah, pero lo había habido, pensó. Lo hubo. Le había dicho que no, incluso había pronunciado la palabra en voz alta, y él procedió a desoír su negativa. Había estado a punto de violarla. No le cabía la menor duda de que había estado a punto de violarla.

—Querida. —Luke se detuvo en el primer descansillo, un lugar íntimo, y le cubrió la mano con la suya para que lo mirase a la cara—. Tenías mucho miedo.

Lo miró en silencio.

—Algo ha sucedido y te ha aterrado —siguió él—. Fuiste a la biblioteca en busca de la protección de Ashley, pero descubriste que estaba con un nuevo invitado. Una situación muy desafortunada. ¿Te sirvo yo de sustituto? ¿Me dirás lo que te ha asustado? ¿Vamos en busca de pluma y papel?

Luke había sido padre y hermano para ella durante ocho años. Lo quería con locura y confiaba en él plenamente. Tragó saliva. Y recordó que el mayor Cunningham era amigo de Ashley. Y que tal vez dicho comportamiento no se considerase tan reprobable entre caballeros. Aunque sí se consideraría reprobable si se enteraban de que el mayor la había tratado de esa forma. Tendrían que hacer algo al respecto, tanto Luke como Ashley. Sería una situación incomodísima y desagradable. Ashley parecía muy contento de ver a su amigo de nuevo.

Meneó la cabeza, se encogió de hombros y sonrió.

«No ha sido nada», le dijo a Luke con señas.

Los gélidos ojos grises de Luke podían ser terribles. La atravesaron durante un buen rato.

—Te llevaré con Anna —le dijo a la postre—. Es hora de que demos un paseo con los niños. Nos acompañarás, querida, y así te sentirás a salvo. Y estarás a salvo. No permitiré que nada te haga daño.

Lo miró con una sonrisa mientras él le daba palmaditas en la mano y volvía a mirarla fijamente a los ojos. Estaba a salvo en ese momento, pensó Emily. Y estaría a salvo, aunque ese hombre sería un invitado en esa casa durante una semana. Estaría a salvo porque él ya conocía su identidad.

Pero no se sentía a salvo. El silencio, que tan cómodo le resultaba siempre, estaba plagado de terrores desconocidos.

## 20

Durante el resto del día, Ashley sintió que, de algún modo, le había fallado a Emmy. Había necesitado su ayuda, y con urgencia; de lo contrario, no habría entrado en tromba en la biblioteca para arrojarse de inmediato a sus brazos, porque, si bien no había reparado en la presencia de Luke y de Roderick, era consciente de que un criado la seguía. El mismo criado que se detuvo, boquiabierto, en la puerta y que solo se retiró, cerrando al salir, cuando él lo miró con gesto elocuente.

Había ido en busca de ayuda y no había podido ofrecérsela porque tenía un invitado. Había solucionado el problema dejándola en manos de Luke, que la llevaría junto a Anna; aunque no le cabía la menor duda de que su hermano intentaría solventar el problema. Pero había fracasado. Emily se había negado a confiar en él y también en Anna, según le había dicho su hermano después. Había fingido que no pasaba nada.

Y, más tarde, le había dicho a él lo mismo cuando la llevó a un aparte una vez que concluyó el almuerzo. Emmy le había dicho, encogiéndose de hombros, esbozando una sonrisa radiante y con una mirada inocente en los ojos, que no había pasado nada. Acto seguido, subió a la carrera la escalinata para ir a buscar su sombrero de paja y así poder acompañar a Anna, que quería devolverles las visitas a las señoras que habían ido a Penshurst a presentar sus respetos durante los últimos días.

Cuando regresó, lo hizo sonriente y tranquila, una actitud que mantuvo durante la cena, a la cual asistieron otros invitados además de Roderick, y durante la hora que pasó después en el salón. Se retiró temprano y lo hizo sin

llamar la atención. Tal vez solo él se percató de su marcha. Habían mantenido una conversación silenciosa a distancia antes de que se ella se fuera, usando una serie de gestos familiares ya entre ellos.

«¿Estás incómoda?», le había preguntado, colocando las manos en el regazo con las palmas hacia abajo y los dedos extendidos, y sacudiéndolas ligeramente.

«Sí», un simple asentimiento de cabeza.

«¿Quieres que me siente a tu lado?» Ashley se señaló el pecho con las manos y, después, señaló la silla que tenía al lado.

«No. —Un movimiento de cabeza—. Me voy.» Emmy se señaló el pecho con las manos y después señaló la puerta.

Había sido un intercambio muy discreto. Nadie más se había percatado de que estaban conversando.

«Vete, pues.» Una sonrisa y una mano que señalaba la puerta.

«Gracias.» Emmy se rozó los labios con los dedos.

Ashley la observó marcharse con preocupación. La serenidad de la que había hecho gala durante toda la velada había sido algo superficial, de la misma manera que lo era la alegría que transmitía en Londres. Se había ocultado detrás de esa expresión serena y sonriente.

Le había fallado, pensó con el ceño fruncido y la mirada clavada en la puerta. Debería haber dejado que Luke atendiera a Roderick esa mañana y haberse marchado con Emmy. No paraba de pensar que solo había tenido ojos para él cuando entró a la carrera en la estancia, que era a él a quien había ido a buscar y que se había arrojado a sus brazos en busca de seguridad y protección.

Además, tenía la irritante sospecha de saber lo que podía haber pasado. O, al menos, de saber quién la había molestado. Porque la imaginación podía desatarse buscando la explicación de lo sucedido para que se hubiera asustado hasta ese punto.



Luke y él habían cabalgado hasta el pueblo y más allá. Al regresar, vieron un caballo atado a la verja de la casa de Ned Binchley. El dueño del caballo salía por la puerta cuando ellos llegaron a la altura de la verja. Verney. Ashley no estaba al tanto de su regreso de Londres. Tras un rígido asentimiento de cabeza, habían intercambiado los saludos de rigor. Luke había conversado con soltura, tanto con Verney como con Katherine Smith, que salió de la casa tras él. Eric salió corriendo delante de ellos.

—Me voy con el tío Henry —anunció—. Voy a ver los caballos y los perritos. Y a la tía Barbara y a lady Verney —añadió después.

Sir Henry montó en su caballo y subió a Eric, al que colocó delante de él, y cada cual se marchó por su camino.

Ashley no podía desterrar la idea de que Verney y Emmy se habían encontrado esa mañana en algún lugar y de que había sucedido algo. Carecía de evidencias, de pruebas. Pero sus prejuicios contra ese hombre eran firmes y estaba seguro de que se había encaprichado de Emmy. Además, sabía sin lugar a dudas que había seducido a Alice y que le había ocasionado un daño irreparable.

Se marchó del salón poco después de que lo hiciera Emmy. No había rastro de ella en ninguna de las estancias donde podría haberse refugiado un rato. Subió la escalinata y se detuvo en la puerta de su dormitorio un instante, antes de levantar la mano y llamar. Sabía que era un gesto ridículo, por supuesto, porque ella no podía oírlo. Pero tal vez estuviera acompañada por una doncella. Sin embargo, no se veía luz por debajo de la puerta. Al cabo de un instante, giró el pomo y abrió la puerta despacio. La habitación estaba vacía y oscura, tal como él esperaba que estuviese.

En ese caso, había salido. Aunque le resultaba raro que lo hiciera después de que algo, o alguien, la hubiera asustado esa misma mañana. Ya había anochecido. Pero sabía que Emmy no se comportaba siempre como lo hacían otras mujeres. Su serenidad se nutría de la naturaleza. Era muy posible que

hubiera salido. Tal vez estuviera en la colina. O en el cenador.

Se preguntó si le molestaría su presencia. Quizá no. Esa mañana había ido a buscarlo en busca de consuelo. Sí, después había tratado de erradicar sus temores, pero seguramente lo había hecho porque se había acercado a ella de manera más o menos pública. A lo mejor, en la tranquilidad del cenador le agradecería poder apoyarse en él un rato. Además, no le gustaba la idea de que estuviera sola. Verney podía haber llevado a Eric de vuelta a casa en cualquier momento...

Se llevó velas y el yesquero. Antes no se le había ocurrido esa idea. El cielo estaba despejado y, cuando la luna saliera, seguro que disfrutarían de una noche clara. Pero aun así, pensó, la incapacidad de ver debía de resultar sin duda inquietante para alguien que tampoco podía oír.

No estaba bien que hubiera abandonado a sus invitados, concluyó, aunque antes de hacerlo había hablado con Luke. Su hermano y Anna eran sustitutos más que capaces para ejercer de anfitriones y, además, Roderick estaba amenizando la velada con su simpatía.

Ashley se marchó a la India muy joven, ansioso por disfrutar de su trabajo, ansioso por llevarse bien con las personas con las que se relacionaría. Había hecho numerosas amistades, pero ninguna había sido tan cercana ni tan leal como la de Roderick Cunningham. Después de llegar a la India con su regimiento, había movido cielo y tierra para conocer a lord y lady Ashley Kendrick y para entablar amistad con él. La amistad nunca incluyó a Alice. A ella siempre le cayó mal.

Roderick quizá fuera el único de los amigos de Ashley que estaba al tanto de sus problemas matrimoniales. En realidad, nunca le había hablado de ellos y Rod jamás se había inmiscuido, pero siempre había podido contar con su simpatía y su apoyo silenciosos. Una noche que Alice lo dejó plantado en mitad de un baile para irse sola a casa, una situación bochornosa, Rod la disculpó. Le recordó que la vida había sido dura con ella con los recientes

fallecimientos de su hermano y de su padre. Después del nacimiento de Thomas, Rod comentó con amabilidad que ciertos rasgos familiares a menudo saltaban dos o tres generaciones para volver a aparecer. En alguna rama del árbol genealógico de Ashley o de lady Ashley debía de haber un pelirrojo, había comentado con una carcajada. Alice era mucho más morena que Ashley. Sin embargo, Thomas era pelirrojo sin lugar a dudas.

Fue Roderick quien le dijo que la señora Roehampton tenía las miras puestas en él y estaba dispuesta a conquistarlo. Ambos se echaron a reír y también se rieron por los celos que sentía Rod, ya que se había encaprichado de la mujer, según le dijo, pero ella solo quería hablar de Ashley. Y también se rieron por los numerosos mensajes eróticos, provocativos y sugerentes que ella le envió a través de Rod. Unos mensajes que, sin que su amigo lo supiera, comenzaron a hacer mella en el célibe Ashley. Hasta que organizó un encuentro con la dama durante una fiesta.

Ella lo miró a los ojos con expresión casi desafiante cuando se encontraron cara a cara.

—Sí —le dijo.

—¿Sí? —Ashley la miró, un tanto sorprendido.

—No puedo soportarlo más —replicó ella—. Ha ganado, milord. Sí.

Acordaron verse la noche siguiente, la noche que Ashley llevaría siempre grabada en la memoria. Fueron horas de lujuria, placer y culpa. Por las dos partes, según le pareció. La dama parecía incluso resentida.

—La persistencia a veces tiene su recompensa, ¿sabe? —comentó la señora Roehampton en un momento dado—. Sus palabras son tan seductoras como su cuerpo, milord.

Ashley estaba demasiado obnubilado por el placer y por la culpa como para preguntarle por el significado del comentario.

Rod sabía que esa noche estaban juntos. Pero nunca lo criticó, ni siquiera después del desastre. Fue él quien apareció en busca de Ashley, quien tuvo

que sacarlo de la cama de esa mujer para darle las noticias. Aquella noche fue la viva imagen de la serenidad, la fuerza y la eficiencia. Tomó todas las decisiones pertinentes. Lo consoló con las palabras adecuadas. Le proporcionó la coartada necesaria, afirmando que Ashley había estado toda la noche con él, hablando y bebiendo, ya que lady Ashley les había asegurado que pasaría la noche con su amiga y se llevaría al niño. Y, por último, fue simplemente su amigo.

—Vete a Inglaterra, pues, Ash —le aconsejó—. Vete a Penshurst. Castígate un tiempo. Pero no eternamente. Ha sido un accidente. Un trágico accidente. A la postre, lo aceptarás y te perdonarás. Y entonces pasarás página. Venderás la propiedad. Te casarás otra vez y tendrás una familia. Volverás a vivir.

Y, poco después de su regreso a Inglaterra, Rod había ido a visitarlo. Se alegraba de volver a verlo. De saber que era un buen amigo, un amigo que se preocupaba por él.

Se detuvo cuando el cenador apareció ante sus ojos. El crepúsculo había caído y la oscuridad era casi absoluta. Pero la puerta estaba abierta. Emmy estaba muy tranquila sentada en el sofá, descubrió cuando se acercó.

Qué raro resultaba que la mente y las emociones pudieran ir por derroteros tan dispares, reflexionaba Emily. La mente le había dicho durante todo el día que estaba a salvo. Ashley, Anna y Luke no le habían quitado la vista de encima. De hecho, le había resultado difícil incluso sonreír, relajarse y ofrecer una apariencia de normalidad delante de ellos. La mente le había dicho que había conocido al mayor Cunningham en unas circunstancias desafortunadas que habían sacado a relucir lo peor de él. Durante el resto del día se había mostrado amigable y simpático. Parecía un buen amigo de Ashley. Saltaba a la vista que a Luke y a Anna les caía bien. Los vecinos que habían sido invitados a cenar estaban encantados con él.

Sin embargo, su mente no era capaz de persuadir al resto de su cuerpo de que dejara atrás el incidente de esa mañana, que lo olvidara, que se convenciera de que no volvería a ocurrir. Su mente había rememorado el incidente durante todo el día. Lo que había pasado. Lo que podría haber pasado. Lo que podría haber pasado... El terror la había acechado durante todo el día detrás de la fachada tranquila y alegre que había demostrado delante de los demás para no verse sometida a sus preguntas de nuevo.

Y llevaba todo el día debatiendo consigo misma si era o no conveniente confiar en alguien. Quizá no en Ashley, pero tal vez en Anna. O en Luke. Tal vez ellos pudieran ayudarla a decidir si lo que había sucedido era algo que Ashley debía saber o si contárselo solo serviría para dañar una amistad innecesariamente. Le horrorizaba pensar que semejante comportamiento fuera algo común entre los caballeros. Pero no podía decírselo a Anna. Su hermana se alteraría muchísimo, y ya la había alterado bastante no hacía ni siquiera un mes. Y no podía decírselo a Luke. Porque era capaz de hacer algo tan drástico como retar al mayor a duelo. Luke tuvo años atrás la reputación de ser un espadachín letal, pero el mayor era un oficial del ejército. Luchar era su oficio.

Había guardado el secreto durante todo el día y había ocultado sus miedos irracionales. Pero al llegar la noche amenazaban con aflorar de nuevo. Era ridículo, la verdad, se dijo. Estaba rodeada de gente. Había invitados en la casa y, aunque se marcharan, Ashley, Luke y Anna se quedarían. Y él. A medida que la luz desaparecía al otro lado de los ventanales del salón, solo podía pensar en una cosa. ¡Su dormitorio no tenía pestillo! Su mente se mostró incapaz de convencerla con la sensatez de que el mayor no intentaría imponerle sus atenciones después de saber quién era y alojándose como se alojaba bajo el techo de Ashley.

Sabía que tenía que salir. Fuera se sentiría a salvo. Era otra idea irracional. Seguramente, la contraria sería la correcta. Pero era incapaz de controlar el

impulso de salir sin ceder al pánico y sufrir un ataque de histeria delante de la familia y de los invitados de Ashley. De manera que, en contra de toda lógica, se escabulló del salón después de darle sus silenciosas excusas a Ashley y subió la escalinata para ir a su dormitorio, donde se cambió y se puso un vestido sencillo, se quitó la cotilla y las enaguas de crinolina acolchada y se cepilló el pelo. Acto seguido, se envolvió en una abrigada capa, aunque suponía que la noche sería templada, y tras bajar por la escalera de la servidumbre, salió por una puerta lateral.

Iría al cenador, decidió. Allí se serenaría, encontraría la paz. Tal vez se quedaría toda la noche para ahorrarse el terror de esa puerta sin pestillo. El solitario sendero de la colina o la oscuridad que iba cayendo no la asustaban, aunque cayó en la cuenta mientras subía la cuesta de que no había cogido ninguna vela.

El interior del cenador estaba calentito, ya que retenía el calor del día. Dejó la puerta abierta y colocó la capa sobre el respaldo de una silla. Acto seguido, se sentó en el sofá y contempló cómo la penumbra se extendía al otro lado de la ventana. Al cabo de unos minutos fue consciente de que empezaba a relajarse. Era la primera vez que se relajaba desde esa mañana, cuando se sentó en los escalones de la linde y deseó haberse llevado las pinturas.

Al día siguiente pintaría, se dijo.

Y, en ese momento, sintió una presencia. Pero, aunque pareciera raro, no se alarmó. Volvió la cabeza y sonrió. Le estaba diciendo algo, pero la penumbra no le permitía verle los labios. No importaba. No quería hablar. No quería que le hiciera preguntas, ni que descubriera las respuestas en sus ojos. Extendió una mano hacia él.

Ashley se sentó a su lado y le sostuvo la mano. No podía pedir nada más, pensó, que estar sentada a su lado de esa manera, sumidos en la tranquilidad, como hicieron... ¿el día anterior fue? Ese día le había parecido tan largo como una semana, como un mes.

Pero la sensación no perduró. Tal vez no hubiera sido una buena idea que él fuera a buscarla, concluyó. Una vez con él al lado, sin estar a solas para combatir sus miedos, sintió el regreso del terror, del pánico que la había impulsado esa mañana a abrir de golpe la puerta de la biblioteca para arrojarse a sus brazos. Se inclinó hacia un lado, de manera que su hombro rozaba el brazo de Ashley, y apoyó la cabeza en su hombro.

Él debió de interpretar su lenguaje corporal, pensó, de la misma manera que siempre era capaz de interpretar el lenguaje de sus manos y de sus ojos. Se volvió hacia ella, se cambió su mano de la derecha a la izquierda y le pasó el brazo derecho por los hombros, tras lo cual inclinó la cabeza. Le estaba hablando otra vez. Pero ella no veía lo que decía. No quería verlo. Ashley había dejado dos velas y un yesquero en una mesita al entrar. Tan pronto como se movió supo que tenía intención de encenderlas. Se lo impidió agarrándole un brazo.

—No —dijo—. No, Ashley.

No quería hablar. Quería esconderse, quería que la abrazara. Quería formar parte de él, parte de su fuerza. No quería que Ashley le viera los ojos. Los cerró. Le rodeó el cuello con un brazo, instándolo a acercarse más, y buscó sus labios a ciegas.

Sentía la firmeza de su brazo contra los hombros. La calidez de su cuerpo. El consuelo y la delicadeza de sus labios. No era suficiente. Separó los labios y le rozó la lengua con la suya. Ashley se apartó de repente, dijo algo y se puso de pie, instándola también a levantarse. Una vez que estuvieron de pie, se dio cuenta de que sus cuerpos encajaban mejor así. Le rodeó el cuello con los brazos y apoyó todo su peso en él. Sentía la barrera de su magnífica casaca de satén, de la chupa bordada que llevaba debajo, de la camisa y de los calzones. La estaba abrazando por la cintura y había apoyado una mejilla contra la suya.

Se percató de que estaba llorando cuando él le levantó la cabeza y le dejó

una lluvia de besos en los labios. Sentía que le estaba hablando, o susurrando. Emily presionó los labios contra los suyos. La seguridad estaba muy cerca. Al alcance de su mano. Se había abierto una puerta. Lo único que tenía que hacer ella era entrar. Pero había la posibilidad de que dicha puerta se le cerrara en las narices o de que el peligro la agarrara desde atrás y la alejara.

Ashley siguió rodeándola con un brazo mientras con el otro aferraba la manta doblada que descansaba en el sofá para extenderla en el suelo. Arrojó los cojines a un extremo y después la invitó a tumbarse con él sobre la manta, de costado y mirándose a los ojos. Seguía abrazándola. Sentía las vibraciones de su pecho que le indicaban que estaba hablando.

Durante un buen rato, Ashley se limitó a abrazarla mientras ella lo estrechaba con fuerza, con los ojos cerrados. Después, la tumbó de espaldas y la movió hasta tenerla casi debajo de su cuerpo mientras él se colocaba encima. Emily apenas distinguía su rostro en la oscuridad, pero tenía el pelo recogido en la nuca, en la bolsa de seda negra, sujeta por una cinta. Tiró de la cinta para deshacer el lazo y liberó su pelo, de manera que lo sintió a ambos lados de la cara. Ashley le estaba subiendo la saya, desnudándola, abriéndose la bragueta de los calzones.

Durante un instante recordó... y durante un instante su mente la alertó del pecado, de la moral, del escándalo. Pero solo fue un instante. Porque, al cabo de un momento, le pasó los brazos por debajo del pelo y le rodeó el cuello, tras lo cual tiró de él para unir sus bocas. Ashley le había separado los muslos con una mano y sus dedos la estaban acariciando con mucha delicadeza, con gran habilidad, de manera que la arrolladora necesidad de convertirse en parte de él, de esconderse en él, se transformó en el doloroso deseo de ser poseída, de acabar con el vacío que sentía.

—Aaashley. —No sabía si había sido capaz de emitir algún sonido que acompañara el movimiento de sus labios contra los de Ashley—. Aaashley.

Y otra vez llegaron los recuerdos. El recuerdo de algo duro penetrándola,



forzándola a abrirse. El recuerdo del cuerpo masculino sobre el suyo, del peso que la inmovilizaba. El recuerdo de su propio cuerpo convirtiéndose en parte del de otra persona. Del cuerpo de Ashley. El recuerdo de su penetración. El recuerdo del dolor. Pero, en esa ocasión, no había dolor. Yacía a salvo debajo de él, sintiéndolo enterrado hasta el fondo en ella. Lo atrapó con sus músculos internos.

Y entonces llegaron los recuerdos de los movimientos, de las rítmicas embestidas y de los envites de su cuerpo, que en ningún momento se separó del suyo. Movimientos que provocaron dolor, mucho dolor, aquella primera vez. Pero esa vez no le dolieron nada. Seguía tumbada tranquilamente, sintiéndose segura, sintiéndose querida. Sintiendo la profunda satisfacción física de los movimientos rítmicos. Un ritmo lento, pero estable. Unos movimientos profundos. Empezó a jugar con su pelo, enterrando los dedos en él. Apoyó los talones en el suelo y levantó las caderas hacia él al mismo tiempo que contraía los músculos para adaptarse al ritmo que él había impuesto. Y el doloroso anhelo que habían despertado los dedos de Ashley regresó. Pero en ese momento se había convertido en un dolor desgarrador localizado en ese lugar donde él se movía y que ascendía hasta endurecerle los pezones y provocarle un nudo en la garganta. Movié las caderas, instándolo a seguir, y después levantó la cabeza de los cojines para enterrarla en su cuello cuando ese palpitante deseo la desbordó. Sintió que todos los músculos de su cuerpo se tensaban antes de estremecerse una y otra vez, y flotar de nuevo hacia la seguridad.

Ashley empezó a moverse despacio otra vez cuando ella se recobró. Ashley le estaba haciendo el amor. En el cenador. Ataviado con sus mejores galas. Le estaba haciendo el amor porque ella se lo había suplicado, porque se lo había exigido. Porque llevaba todo el día aterrorizada y sola. Porque eso mismo podría haber sucedido esa mañana con un desconocido. Pero no estaba sucediendo con un desconocido. Estaba sucediendo con Ashley porque

lo necesitaba y él había respondido a esa necesidad; de la misma manera que ella había respondido a la suya hacía más de un mes.

Se sentía acalorada, lánguida. Era estupendo sentir a Ashley así. Maravilloso. Olía bien. Era Ashley. Se lo imaginó detrás de los párpados cerrados. Se imaginó a ese hombre que formaba parte de su corazón hasta el punto de que, si alguna vez intentara arrancarlo de allí, no quedaría nada. Se lo imaginó espléndido y sonriente como había estado esa noche, vestido con ese maravilloso tono de azul y los bordados plateados, con el pelo oscuro sin empolvar y una apariencia no tan triste. Era Ashley quien estaba íntimamente unido a su cuerpo en ese momento. Era Ashley.

Se preguntó qué le depararía la mañana. ¿Otra proposición matrimonial? Ya se preocuparía por la mañana cuando llegara. Levantó las piernas para entrelazarlas con las de Ashley. No se avergonzaría de eso, aunque estaba segura de que se arrepentiría. Y siempre atesoraría el recuerdo de ese momento y la certeza de que había sido una experiencia maravillosa. Podría enterrar los recuerdos del dolor y la incomodidad, y también de la culpa. Y la sensación de fracaso. Su intención fue la de dar consuelo y solo provocó sufrimiento... a varias personas. En esa ocasión, la habían consolado. No se avergonzaría.

Ashley avivó el ritmo de sus movimientos e introdujo una mano entre sus cuerpos para tocarla con tanta delicadeza que sintió los efectos más que el roce de los dedos en sí. El deseo regresó, y ese anhelo doloroso. Y otra vez la tensión que aumentó hasta el éxtasis..., aunque no era exactamente dolor. Pero, en esa ocasión, no fue tan arrollador. Lo sintió quedarse inmóvil sobre ella, sin salir de su interior. Y, después, sintió que se relajaba y apoyaba todo su peso en ella.

Dejó que la paz la invadiera.

## 21

La abrazó durante una hora, tal vez. No quería arriesgarse a despertarla. Le había parecido desconsolada y, en ese momento, dormía tranquila. Se preguntó si se había dado cuenta, o si se daría cuenta al recordar el momento, de lo renuente que él se había mostrado al hacerle eso. Había intentado tranquilizarla, reconfortarla, sin forzarla. Había intentado aferrarse a lo que le dijo unos cuantos días antes, que la había invitado a Penshurst para verla feliz, para que fuera libre. No había querido esclavizarla de nuevo.

Emmy se había mostrado desconsolada, se aferró a él entre sollozos, pero se negó a que encendiera una vela. No quiso hablar. Él le había hablado, pero, claro estaba, ella no lo oyó. No quiso contarle lo que fuera que la había asustado. A la postre, supo que solo había una cosa capaz de reportarle un poco de consuelo. De modo que le ofreció lo que ella le entregó en Bowden Abbey. Se ofreció a sí mismo.

Al menos, le quedaba el consuelo, pensó mientras la abrazaba al terminar, de que el miedo no estaba provocado por lo que él había empezado a temerse. Era imposible que lo hubiera acogido tan gustosamente si la hubieran violado esa mañana.

Se apartó por fin de ella, sacando el brazo de debajo de su cabeza. Emmy masculló algo en sueños y enterró la cabeza todavía más en la almohada. Buscó la yesca y sopló con suavidad para prender la mecha y así poder encender una de las velas. La dejó en la mesa y se sentó en el sofá después de tapar a Emily con su gabán.

Tendría que encontrar varias respuestas, pensó mientras la observaba. Esa

noche, a ser posible. Desde luego que las tendría al día siguiente. A esas alturas estaba seguro de que el castigo iba con él allá donde fuera. El castigo era ver cómo todos sus seres queridos sufrían por su presencia, aunque intentase demostrarles amor. Tal vez fuera lógico que sucediera en Penshurst. No debería haber invitado a Emmy a la propiedad.

Había respuestas que obtener, pensó. Respuestas sobre la relación de Alice con Verney. Respuestas sobre la muerte de George Kersey. Respuestas sobre la jubilación de Ned Binchley... ¿Por qué se había jubilado tan pronto después de la muerte de Kersey cuando todavía era relativamente joven y era evidente que le encantaba su trabajo, y cuando la jubilación parecía haberlo empobrecido? Y debía obtener respuestas sobre los acontecimientos del día. ¿Qué le había pasado a Emmy?

Parecía no haber relación entre las preguntas, pensó. Y no estaba seguro de lo que obtendría con las respuestas, salvo que conocerlas por fin lo ayudaría a saber qué hacer por Emmy. No había relación alguna entre lo sucedido en Penshurst a lo largo de los años, hasta llegar a ese día, y lo sucedido en la India.

Y sin embargo, pensó, sentado en el cenador, rodeado por la oscuridad y el silencio mientras observaba dormir a Emmy, algo en su interior parecía insistirle en que todo *estaba* conectado. Era una idea absurda. ¿Cómo iba a estar relacionado el espantoso accidente en la India con el miedo que había sentido Emmy ese día? ¿O con la jubilación de Binchley? ¿O con la muerte accidental de Kersey?

¡Por Dios! Se dio la vuelta con la vista clavada en Emmy, cuyo rostro y hombros quedaban casi ocultos por el pelo alborotado. ¡Por Dios, la quería con locura! Otro recuerdo que había reprimido durante mucho tiempo afloró de repente. Recordó la despedida cuando se fue a la India. En el camino de Bowden Abbey. Emmy estaba apoyada en un árbol y él, delante de ella. Tocándola con el cuerpo. Besándola en los labios. Y deseándola. En aquel

momento se quedó espantado, razón por la cual había reprimido el recuerdo. Tuvo la sensación de que era un hombre que deseaba a una niña. Sin embargo, ella no era una niña. Era casi una mujer ya. Tenía quince años por aquel entonces.

Incluso en aquel momento, pensó, una parte de él supo que la quería de todas las formas posibles: como amigo, como hermano, como hombre. Sobre todo, como hombre. Un amor tan absoluto e inmenso lo aterraba. Y por eso lo había reprimido. Hasta ese instante.

Emily lo estaba mirando. No le sonrió, ni ella a él.

—No permitiré que sufras daño alguno, Emmy —le dijo, sin estar seguro de poder cumplir la promesa. Usó gestos además de palabras—. Siempre te protegeré, incluso con mi vida. ¿No vas a confiar en mí?

Sí, le dijo ella con un gesto de cabeza casi imperceptible.

—No me gusta verte asustada y vulnerable —continuó—. He llegado a considerarte una mujer de personalidad fuerte e indomable, Emmy. He llegado a creer que eres más fuerte que yo. Ha sido una experiencia dulce y seductora el poder consolarte esta noche de la misma manera que tú me consolaste no hace tanto. Pero, si es posible, preferiría eliminar lo que te ha causado miedo. ¿Pasó algo esta mañana?

No, le dijo ella con un leve gesto de cabeza.

—Pero ¿*podría* haber pasado algo? —le preguntó—. ¿Conseguiste escapar?

Ella siguió negando con la cabeza. No obstante, sus ojos le indicaron que, en esa ocasión, mentía. Se le habían nublado... con deliberación. ¿Por qué se negaba a decírselo? ¿Por qué no se lo decía a Luke? ¿Temía causar problemas? ¿Tal vez entre vecinos? ¿Acaso creía que era mejor guardar el secreto y contener el miedo todo lo que pudiera? Sería típico de Emmy hacer algo así.

—Empiezo a darme cuenta de que debería haberme quedado en la India —

le dijo— o, cuando menos, debería haberme quedado aquí y mantenerme alejado de Bowden Abbey. Habrías sido feliz, Emmy. A estas alturas, estarías preparando tu boda con Powell.

Ella se incorporó de repente, extendió una mano y le tocó la rodilla. Meneaba la cabeza.

—No —le dijo—. No, Aaashley. —No debía culparse, le decían sus ojos y sus manos. No debía culparse.

—En fin. —Le dio unas palmaditas en la mano—. Vamos, Emmy, te llevaré de vuelta a casa.

No, le dijo ella. No, iba a quedarse allí.

—¿Toda la noche? —le preguntó con el ceño fruncido.

—Sí.

Debería haberlo sabido, claro. ¿Dónde era lógico que Emmy se fuera cuando algo la inquietaba o la asustaba? ¿A un lugar donde hallaría el consuelo de otras personas? Desde luego, así había sido esa mañana: había ido corriendo en su busca. Sin embargo, lo más normal era que corriera hacia la fuente de todo lo que le había dado serenidad y felicidad a una vida que a muchos les habría resultado casi insufrible. Sí, si se conocía a Emmy, tenía sentido que pasara la noche allí arriba, en las colinas, en vez de en la seguridad de sus aposentos en Penshurst.

—Muy bien. —Cerró la mano en torno a sus dedos—. En ese caso, me quedaré contigo, Emmy.

Ella no discutió. Se puso en pie y lo instó a hacer lo mismo. Lo condujo al exterior. Tal como él había anticipado, en el cielo brillaban la luna y las estrellas. La luna creciente relucía sobre el río que corría más abajo. Se quedaron delante del cenador mucho rato, contemplando el cielo y la tierra, cogidos de la mano, hasta que él se la soltó, le echó un brazo por encima y ella le apoyó la cabeza en el hombro.

Se preguntó si el amor que evidentemente ella sentía por él podría alcanzar

esa dimensión extra. Claro que no era algo que hubiera que desear de todo corazón, supuso. No se había ganado su perdón y tal vez nunca lo haría. Su vida seguía llena de oscuridad y tal vez siempre lo estaría. Parecía haber sido un nubarrón sobre sus seres queridos desde su regreso de la India y tal vez nunca fuera capaz de causarle felicidad a otra persona. Sobre todo, a Emmy.

Aunque, claro estaba, sabía que tenía que proponerle matrimonio de nuevo. Cabía la posibilidad de nuevo de que ella llevara a su hijo en su seno. No sabía qué le gustaría más, que ella lo aceptara o que lo rechazara.

Sin embargo, esa noche parecía un sueño. Le enterró la cara en el pelo y la besó en la coronilla. Ella suspiró. Esa noche, pensó, Emmy estaba enamorada de él porque lo había necesitado y él le había dado consuelo... y placer. Nunca se había acostado con una mujer que obtuviera semejante placer de él hasta esa noche. Lo había maravillado. El día siguiente sería distinto. El día siguiente devolvería la seguridad de la luz del sol y sería otro día. El día siguiente, ella volvería a ser fuerte. Lo querría a su manera dulce y fuerte una vez más.

Sin embargo, esa noche parecía un sueño. Un momento en el que permanecer en silencio y en paz. En silencio... El silencio, advirtió, era mucho más que la ausencia de habla. Se podía estar en silencio y, al mismo tiempo, que la mente fuera un hervidero de palabras, de tal modo que el silencio explotaba por ese ruido interior. El verdadero silencio implicaba desentenderse de las palabras, tanto habladas como pensadas. Implicaba abandonarse al resto de los sentidos. Implicaba... ser, sin más.

Permaneció de pie con ella mucho rato mientras el ruido y el bullicio interiores reducían poco a poco su clamor y él se convertía en parte de la belleza de esa noche con Emmy. En parte de la belleza de ser.

—Volvamos dentro —le dijo a la postre con un suspiro, tras ladearle la cabeza con una mano bajo la barbilla para que ella pudiera verle los labios.

—Sí —convino ella.

Sabía que Emmy estaba consintiendo a una noche de amor. No a la apasionada búsqueda de consuelo por parte de alguno de los dos durante el resto de la noche. Una noche de entrega y aceptación mutuas. Una noche de amor, aunque el día siguiente llevara consigo el rechazo y la cruda realidad.

Fue muy mala suerte que Roderick Cunningham estuviera deambulando por el jardín esa mañana temprano y los viera regresar, aunque se dirigían a la puerta lateral en vez de a la principal.

Ashley, que tenía un brazo alrededor de la cintura de Emily, sintió que se tensaba y que se pegaba más a él. Claro que era imposible ocultar la verdad. La abrazó con más fuerza para tranquilizarla, le dio un beso fugaz en los labios y le abrió la puerta.

—Todo saldrá bien —le dijo en voz baja, y añadió, antes de que ella se diera la vuelta y corriera escaleras arriba—: No hay nada de lo que preocuparse.

Pobre Emmy. Le habría ahorrado la vergüenza y la humillación de haber podido. Por supuesto, ella no sabía que Rod era la discreción personificada. Se volvió para mirar con expresión guasona a su amigo, que le estaba sonriendo.

—De haber habido un árbol tras el que esconderme, Ash —le aseguró—, me habría valido de él con suma discreción. Confío en que hayas tenido una noche... reparadora.

Rod no lo entendía.

—Me necesitaba —replicó Ashley con más sequedad de la que pretendía—. No sé lo que sucedió ayer. Emmy no se asusta con facilidad. Pero pasó *algo*. No estamos manteniendo una aventura sórdida.

El mayor Cunningham adoptó una expresión contrita al punto.

—Ni se me había pasado por la cabeza que fuera así, Ash —le aseguró—. Parece una dama muy dulce. Una pena que sufra semejante afección. ¿Ha



sido incapaz de explicarte qué sucedió?

—Incapaz no —repuso él—, renuente. Aunque tengo toda la intención de conseguir varias respuestas hoy. Me temo que para ello tendré que abandonarte un par de horas esta mañana, Rod. Confío en que puedas entretenerme tú solo. —Le sonrió—. Pero ayuda a mi hermano y a mi cuñada a vigilar a Emmy, si no te importa.

—Será un placer —le aseguró el mayor—. Es muy agradable a la vista, Ash. A lo mejor es capaz de confiar en mí, un desconocido. ¿Tiene algún medio para comunicarse?

—Sabe escribir —le contestó Ash.

—De estar en tu lugar —le dijo su amigo a la vez que lo miraba de arriba abajo—, seguiría a lady Emily por esa puerta. Yo puedo considerar que esa ropa es apropiada para una cabalgada matinal, pero me dejó engañar fácilmente.

Ashley le dio una palmada en el hombro y soltó una carcajada.

—Cierto —repuso—. Pero desde luego que no se puede decir lo mismo de mi hermano.

Entró por la puerta lateral, echó un vistazo para asegurarse de que no había nadie a la vista y corrió escaleras arriba.

El duque de Harndon estaba repantingado en una butaca de la habitación infantil, viendo cómo su esposa amamantaba a su hijo. Llevaba allí apenas unos minutos.

—Todo está bien —le dijo—. Han vuelto.

—¡Todo está bien! —Ella levantó la vista y la clavó en sus penetrantes ojos grises—, ¿Fuimos tontos al acceder a traerla, Luke?

—Si no me falla la memoria, querida —repuso él con las cejas enarcadas—, a Emily la invitaron y aceptó la invitación, y a nosotros nos invitaron y aceptamos la invitación. No la trajimos como hemos traído a Joy, a George, a

James y a Harry.

—Ay, Luke —dijo ella—, ya sabes a lo que me refiero.

—Sí. —Él apoyó los codos en los reposabrazos de la butaca y unió las puntas de los dedos—. Pero me he dado cuenta de que Emily no es uno de nuestros niños. De hecho, no es una niña. Y de que Ashley ya no es un muchacho que necesite mi guía y mi disciplina. Son adultos, los dos.

—Pero... —comenzó ella.

—No podemos cargar con las responsabilidades de otros adultos sobre nuestros hombros, querida, por mucho que los queramos. No dejo de pensar que Theo ha orquestado todo esto, con su señora como cómplice entusiasta. Y no puedo sino preguntarme si no habrán sido muy sagaces. Hay algo entre ellos, Anna, algo que tienen que solucionar solos. Hasta alcanzar un final feliz, o eso espero.

—Ay, Luke —repitió ella—, ojalá...

—Pero nosotros no podemos hacer nada —sentenció él—. Nuestro hijo se va a poner muy gordo si sigues alimentándolo de esa manera.

Anna sonrió con ternura a Harry, que comía con ganas.

—Has dicho lo mismo con todos nuestros hijos —repuso ella—. Pero ninguno está gordo.

—Teniendo en cuenta que siempre les he tenido mucha envidia durante esta etapa —replicó Luke—, tal vez se me pueda perdonar la insignificante muestra de rencor.

Ella rio.

Lady Verney deseaba hablar de su salud y preguntar por la de los invitados de Ashley. Barbara Verney habló de Londres y de los eventos de la temporada social a los que su hermano y ella habían asistido. Sir Henry Verney se quedó sentado en silencio salvo para pronunciar lo mínimo que exigían los buenos modales. Ashley por fin se volvió hacia él. Al fin y al

cabo, era el objetivo de su visita.

—Me preguntaba si podría hablar con usted en privado —le dijo— sobre un asunto con el que no quiero aburrir a las damas. —Sonrió a las susodichas y lamentó profundamente el insulto a la inteligencia de la señorita Verney que implicaban sus palabras. Era una mujer que le caía bien, a la que respetaba.

—Caramba, si lo que desea es hablar de negocios, lord Ashley —repuso lady Verney—, Henry puede acompañarlo al jardín o al gabinete. Esos temas me provocan dolor de cabeza.

Sir Henry sugirió el jardín, dado que el día era soleado y cálido. Pasearon por un solitario sendero que los llevó a recorrer el perímetro de un pequeño prado. Dos perros, un collie y un terrier, no tardaron en pisarles los talones y en apartarse de vez en cuando para olisquear entre los árboles.

—Los perros son el mayor aliciente para Eric Smith —dijo sir Henry—. Hay uno más en el establo, con una camada de cachorros. Ayer no hubo quien lo separara de ellos.

Era su primer intento de entablar conversación, si bien no se esforzaba mucho en congraciarse con él, advirtió Ashley. Se alegró de que no fingieran una amistad que no existía entre ellos.

—Ayer —murmuró—. Estuvo en casa de Binchley. ¿Se cruzó con alguien de camino hacia allí o de vuelta a casa?

Sir Henry lo miró con expresión pensativa.

—No es una pregunta trivial, ¿verdad? —le preguntó—. No recuerdo, a menos que me esfuerce mucho, si me crucé con alguien. ¿Es importante que me esfuerce? Tal vez podría decirme con quién se supone que me crucé.

—Lady Emily Marlowe —le dijo. Miró a su vecino fijamente y, muy a su pesar, lamentó haber ido a Penshurst portando una carga tan pesada. De no saber lo que había hecho ese hombre de antemano, podrían haber sido amigos. Claro que dicha amistad podría haber sido engañosa. Algo le había

pasado a Emmy el día anterior.

—Ah. —Sir Henry no dijo nada más durante un buen rato. Su voz sonaba gélida cuando volvió a hablar—. Entiendo, Kendrick, tal como entendí cuando nos vimos en Londres, que es usted un hombre celoso y posesivo. No sé hasta qué punto es real o imaginaria esa certeza de ser el dueño del afecto de lady Emily, pero, sea como sea, compadezco muchísimo a la dama. ¿Le ha preguntado lo mismo a ella? ¿Le ha expresado su desagrado y su fría desaprobación? ¿Se imagina que por el mero hecho de que yo saliera temprano y, supuestamente, ella también, hemos disfrutado de un encuentro clandestino? Además, si lo niego, ¿supondría alguna diferencia para sus sospechas?

—¿Lo niega? —le preguntó Ashley.

—No —contestó sir Henry—. Ni lo admito. A menos que pueda asegurarme que está comprometido con la dama, Kendrick, o casado con ella, no reconozco su derecho a interrogarme acerca de sus movimientos o de los míos en lo que a ella respecta. Me había preparado para recibirlo en esta parte de Kent con toda la cortesía, incluso la amabilidad, que se le debe a un vecino y a un posible amigo. Creo que me absolvió de semejante deber la última vez que nos vimos en Londres.

Se estaban insultando de forma muy respetuosa. La idea de mostrarse abiertamente irrespetuoso le resultaba muy desagradable, sobre todo a plena luz del día y en el maravilloso paisaje de la propiedad de Verney. Sin embargo, había ido en busca de respuestas. Recordó la noche anterior y la desesperación de Emily, que lo había arrastrado a repetir la indiscreción que cometió en Bowden Abbey.

—No estoy casado con lady Emily ni comprometido con ella —replicó—. Pero la protegeré, como espero proteger a cualquier dama, del terror y de sufrir daño alguno. Más aún, es una invitada en mi hogar. Pienso descubrir qué le sucedió ayer por la mañana. Necesito averiguar hasta qué punto la

asaltó usted. —Mejor llamar a las cosas por su nombre.

—¿Terror? ¿Asalto? —Sir Henry se detuvo y se volvió para encararlo con una frialdad y una tensión en sus ademanes que imitaban las de Ashley—. Soy un caballero, milord. El instinto me indica que lo abofetee, se lo aseguro, porque es evidente que me cree responsable de ambas cosas. En cambio, el sentido común me indica que tal vez deba contestar la pregunta que me ha hecho. No, no me crucé con lady Emily Marlowe ni la vi ayer por la mañana. No la he visto desde que paseé con ella por el jardín en el baile de lady Bryant.

Ashley lo miró fijamente mientras los perros correteaban a su alrededor, con evidentes ganas de que reemprendieran la marcha. Maldito fuera, pensó Ashley, lo creía. Sin embargo, tampoco podía esperar que admitiera su culpabilidad de buenas a primeras. La expresión honesta y sincera de Verney tal vez fuera su mayor atractivo. Al fin y al cabo, Alice tenía que haber confiado en su cara.

—Debo aceptar su palabra de caballero —repuso él.

—Pero a regañadientes —replicó sir Henry, que enarcó una ceja—, y con la confianza por los suelos. Pues que así sea. Pero lamento profundamente que algo haya alterado a lady Emily. Si es incapaz de contarle qué le ha provocado el terror, comprendo muy bien su preocupación. Incluso tal vez pueda perdonar la conclusión a la que parece haber llegado, ya que estuve cabalgando por la mañana temprano, solo, hasta que me llevé a Eric conmigo. Pero no la vi. Quizá lo tranquilice saber que mi afecto ya está comprometido, y lo ha estado siempre, con otra dama, desde que era un niño. Y que parece que estoy avanzando en mi cortejo del afecto de la dama en cuestión.

Ashley echó la cabeza hacia atrás, casi como si lo hubieran golpeado. Caray, qué perversas eran esas palabras. ¿Lo había dicho con premeditación? ¿Verney había querido a otra mujer desde que era niño? ¿Nunca había querido a Alice? En fin, había ido en busca de respuestas y no pensaba dejar

que lo distrajeran.

—¿Por qué trató tan mal a mi esposa? —le preguntó.

Sir Henry lo miró un buen rato antes de apartar la vista e inclinarse para darle unas palmaditas a uno de los perros, que jadeaba. Echó a andar de nuevo y Ashley hizo lo mismo.

—Lamento la brusquedad con la que le hablé y la frialdad con la que la traté durante el último mes que estuvo aquí, antes de que se fuera a la India —dijo sir Henry—. Tal vez fui injusto. Desde luego, fui impulsivo. Debería haberme tomado cierto tiempo para pensar. Sin duda alguna, ella estaba destrozada por la fuerza de sus sentimientos y mis palabras solo empeoraron su situación. En aquella época, me dio igual. Cualquier afecto que le tuviera había desaparecido. Estaba preocupado por Katherine... y por mí mismo. No obstante, una parte de mí, la que se sentía culpable, fue incapaz de evitar la alegría por el regalo que Alice me había dado. De modo que me revolví contra ella para ocultar mi sentimiento de culpa. Lo siento... Qué palabras tan inapropiadas. ¿Fue permanente el daño que le hice?

—Creo que esa pregunta es retórica, Verney —le contestó. La había dejado, al parecer de forma abrupta y cruel, por Katherine Binchley. Y a su vez, Katherine lo había dejado a él para casarse con Smith. No le parecía justo que Verney tuviera una segunda oportunidad con Katherine en ese momento.

Sir Henry suspiró.

—Tal parece que la respuesta es que sí —repuso—. En ese caso, la frialdad que me dispensa es comprensible. Pero no dejo de preguntarme si ese daño permanente no se derivó más del sentimiento de culpa con el que ella cargaba que por lo que yo pudiera haberle dicho.

¿Sentimiento de culpa? ¿Por haberse acostado con el hombre que la sedujo, con el hombre a quien amaba? ¿Con el hombre al que había sido incapaz de olvidar? Comprendió el significado de la frase «verlo todo rojo» en ese

momento. El puño que golpeó la barbilla de sir Henry sorprendió al hombre por completo. Verney se tambaleó hacia atrás y consiguió a duras penas mantenerse en pie. Acto seguido, apretó los puños y lo miró enfurecido, echando chispas por los ojos. Sin embargo, no usó los puños, para absoluta decepción de Ashley. Le habría gustado una buena pelea.

—Era su esposa —dijo sir Henry con la respiración alterada—. Debo recordarlo. Lo siento. Siento todo el asunto tan sórdido y sus intentos, a todas luces dolorosos, de aceptarlo. Tal sea mejor, Kendrick, que nos mantengamos alejados el uno del otro en el futuro, que mantengamos la mera cortesía entre vecinos.

—Tal vez lo sea —replicó Ashley con frialdad—. Contésteme una última pregunta antes de que me vaya. ¿Mató usted a Gregory Kersey?

La pregunta quedó suspendida entre ellos casi como un ente tangible. Sin embargo, no la habría retirado de haber podido, pensó Ashley. Verney estaba en lo cierto: él intentaba aceptar el pasado, aunque dudaba mucho de que conocer toda la verdad pudiera liberarlo del sentimiento de culpa con el que cargaba. Quizá tenía la sensación de que el honor lo obligaba a comprender mejor, una vez muerta, a la esposa a la que había sido incapaz de salvar y a la que no había entendido mientras vivía. ¿Estaba también al tanto de que su amante había sido el asesino de su hermano? ¿Esa certeza había aumentado su tormento?

Sir Henry se quedó blanco y dejó de mover la mano con la que se había estado frotando la barbilla.

—¿Que si maté a Greg? —repitió con un hilo de voz, apenas un susurro. Cerró los ojos—. Por Dios. ¿Eso le dijo ella?

—Es una posibilidad que se me ha pasado por la cabeza —contestó Ashley—. ¿Descubrió Kersey la verdad? ¿Se enfrentó a usted?

—Siempre la supo —contestó sir Henry—. Discutimos amargamente por Alice, sí. Entre nosotros hubo una frialdad inconfundible hasta que murió,

aunque habíamos sido buenos amigos desde hacía mucho tiempo, y seguimos siendo vecinos, como para perder la relación por completo. Aquella mañana salimos a cazar juntos... con varios vecinos más. —Hizo una pausa para tomar aire—. No, no lo maté. Me pregunto si Alice creía que lo hice. Nunca me acusó de hacerlo. Pero si lo creía, eso significa que... En fin, ¿quién sabe? Es mejor dejar el pasado atrás, enterrado con ellos.

—¿Por qué se jubiló Ned Binchley de forma tan repentina tras la muerte de George Kersey? —le preguntó Ashley.

Sir Henry suspiró de nuevo.

—Tendrá que preguntárselo a él —respondió—. Aunque no se jubiló. Alice lo despidió.

—¿Por qué? —Ashley frunció el ceño.

—Creo que ella no estaba al tanto de que la casa era de su propiedad —respondió sir Henry—. Sir Alexander se la traspasó después de muchos años de fiel servicio. Supongo que Alice creyó que despedirlo sería la forma perfecta de deshacerse de Katherine para siempre. Ya está... Al final, he contestado su pregunta.

—Sí —dijo Ashley con sequedad—. Sí, ya lo entiendo.

Y lo entendía. Alice estaba enamorada de Verney y él, incapaz de ganarse el amor de Katherine Binchley, se había aprovechado de la devoción de Alice y se había acostado con ella. Ese hecho provocó el malestar y una brecha insalvable entre su hermano y su amante. Y después, al final, Verney la abandonó por Katherine. ¿Lo había incitado Katherine Binchley? ¿Se había mantenido distante con él un día y lo había animado al siguiente? El hermano de Alice había muerto, tal vez a manos de Verney; Verney la había abandonado, y Katherine seguía viviendo con su padre, el administrador de Penshurst. De modo que Alice intentó librarse de ellos y, al fracasar, se marchó a la India con su padre. Con razón había quedado emocionalmente herida para siempre.



—Me consuelo con la idea de que ya descansan los dos en paz —le dijo sir Henry—. Me refiero a Alice y a Greg. La idea no lo reconfortará tanto a usted, por supuesto. A él ni siquiera lo conocía, y Alice era su esposa. Y, por supuesto, está el niño, su hijo. Lo siento. Ojalá pudiera creerme. Pero comprendo que me culpa de algunas cosas y que jamás podrá verme con buenos ojos. Eso también lo siento. ¿Le parece que al menos seamos cordiales?

—Sí —contestó Ashley. Era lo único que podían hacer. Y sabía que tenía que dejar el asunto en paz. Ya tenía la verdad, o al menos toda la verdad que podría recabar. Había aprendido a vivir con la infelicidad del pasado, con el sentimiento de culpa del pasado. De alguna manera, debía continuar con su vida y encontrarle un nuevo sentido. Pensó en Emily. Ella se merecía algo mejor. Se merecía luz y un hombre íntegro. Tenía muy pocas cosas de valor que ofrecerle. Incluso el regalo de libertad que le había dado hacía menos de una semana había acabado mancillado. Habían tenido su noche de intimidad, una noche en la que la había unido a él con su cuerpo una y otra vez. Tenía que ofrecerle de nuevo la protección de su apellido. Y de un amor que lo ahogaba porque no podía ofrecerlo junto con el honor. Había perdido su honor cierta noche en la India.

Sir Henry Verney le tendía la mano. Ashley la estuvo mirando, sin verla en realidad, hasta que casi fue demasiado tarde.

—No —dijo con sequedad cuando vio que el puño se cerraba y que sir Henry empezaba a retirar la mano—. Por favor. —Le tendió la mano y se dieron un apretón—. El pasado, como bien ha dicho, pasado está.

Pocos minutos después regresaba a Penshurst, no muy seguro de haber conseguido algo. Aunque sí tenía algo claro, pensó..., si bien tal vez fuera un necio al creerlo. No fue Verney quien provocó el miedo de Emmy. Otra persona había sido la causante.

## 22

—¿Henry? —Barbara Verney salió a la terraza mientras Ashley se alejaba de las caballerizas. Miró a su hermano con gesto preocupado.

—Me he golpeado con la rama de un árbol —dijo con una nota triste en la voz mientras se tocaba el mentón.

—Supongo que sus nudillos han sufrido el mismo destino —comentó su hermana—. ¿Qué ha pasado? Conmigo y con mamá ha sido muy agradable, pero me he percatado de que os mirabais con furia.

—Ahora mismo, me encantaría ensartarlo con mi espada —replicó sir Henry—. Sin embargo, no puedo evitar compadecerlo, Barbara. Ha venido un año después de la muerte de Alice para intentar armar el rompecabezas, para encontrarles sentido a las piezas. Tal vez fue un matrimonio difícil. Es imposible saber lo que Alice le contó, las verdades que se guardó y las mentiras que pudo decirle. Me ha preguntado si maté a Greg.

—¡Ah! —exclamó ella, que hizo una mueca.

—He tenido que elegir mis palabras con sumo cuidado —siguió él—. No estoy del todo seguro de que entienda la verdad en su totalidad.

—¡Ah! —repitió Barbara—. Tal vez solo la sospeche, Henry. Tal vez le resulte difícil, si no imposible, preguntar directamente lo que quiere preguntar. Tal vez por eso parece siempre tan tenso. Necesita saber la verdad. Tal vez deberías contársela.

—¿Cómo? —le preguntó su hermano, que soltó el aire con brusquedad y se le inflaron los carrillos—. Ni siquiera nosotros estamos seguros. Y es algo que tú ni siquiera deberías saber, Barbara. Eres una dama.

—Y como poco debería desmayarme con delicadeza —repuso—. Pamplinas. Pero hay una pregunta que jamás será respondida... —Lo tomó del brazo y echó a andar para alejarse de la casa con él—. Nunca he sido capaz de decirte nada. Pero siempre me ha acompañado la duda. Y ahora lord Ashley te lo ha preguntado de otra forma diferente. ¿De verdad crees que *ella* lo mató? —Se mordió el labio después de hablar.

—¡Válgame Dios! —exclamó—. No tengo pruebas. No estoy seguro de querer tenerlas. Es impensable..., aunque la acusé de haberlo hecho en un primer momento, debido a la conmoción.

—O un suicidio —añadió su hermana—. Se barajó el asesinato, aunque las sospechas jamás recayeron sobre Alice. El suicidio fue una posibilidad también, aunque se comentó con mucha discreción, pero nadie pudo dar con un motivo que lo explicara. Claro que había uno muy poderoso.

—Es mejor no hablar de eso, Barbara —dijo sir Henry—. Es mejor olvidarlo todo. Los dos están muertos.

—Pero el pobre lord Ashley está vivo y atormentado —protestó su hermana—. Tal vez no deberías haber elegido tus palabras con tanto tiento, Henry. ¿Cuáles has pronunciado de forma apresurada? ¿Las que dijiste antes de golpearte con la rama del árbol?

Su hermano hizo memoria un instante.

—Creo que dije algo sobre que ella se sentía culpable —contestó—. Que, si fue infeliz en la India, tal vez se debiera a la culpa.

—¡Ah! —exclamó su hermana con tristeza—. En ese caso, lo sospecha, Henry. Pobre hombre.

—Debemos mantenernos al margen de todo esto —le aconsejó él—. Es mejor guardar silencio. Al fin y al cabo, es un asunto que no nos incumbe. Como tampoco nos incumbía en el pasado.

—Salvo que Greg era tu amigo —le recordó Barbara—, y que tú amabas a Katherine.

—Es mejor no remover el pasado —repuso.

Barbara le examinó el mentón.

—Me pregunto si mamá se creará el cuento del árbol —dijo.

—Lo hará cuando le diga que estaba persiguiendo a los perros —replicó él.

Barbara se echó a reír.

Cuando salió de su dormitorio, Emily sintió un gran alivio al descubrir que Anna no había salido a cabalgar con Luke y con los niños. No era normal que su hermana se quedara en casa, pero pronto comprendió el motivo, aunque Anna no lo admitió abiertamente. Se limitó a decir que le apetecía pasear hasta el pueblo y que quería que Emily la acompañara.

Por supuesto. Ashley había salido solo, lo más probable para ocuparse de algún asunto relacionado con la administración de la propiedad, y los niños estaban deseando hacer la salida matinal de todos los días con sus padres. Pero Anna había decidido, o había acordado con alguien, quedarse para vigilar a Emily. Todos sabían que algo la había asustado el día anterior.

Emily se sentía aliviada, aunque la soledad no era algo que la hubiera asustado antes. Un paseo le sentaría de maravilla, pensó. Estaba cansada, y a una parte de sí misma le habría encantado quedarse en su dormitorio o buscar un rincón oculto donde poder rememorar los eventos de la noche: todas las veces que habían hecho el amor, intercaladas con momentos de relajación o incluso de sueño. Una parte de ella quería reflexionar sobre el significado de lo que había sucedido y sobre las consecuencias para el futuro. No sabía si la noche anterior lo había cambiado todo o si no había cambiado nada. Pero otra parte de sí misma no quería enfrentarse a esos problemas, ni asustarse de lo que la acechara, o de quien la acechara. El ejercicio, el aire fresco y la compañía de su hermana la ayudarían a aclararse las ideas.

Pero la mañana no iba a ser tan agradable como esperaba. Mientras Anna y ella se preparaban para salir de la mansión, el mayor Cunningham se acercó a

ellas, descubrió sus planes y su destino y se ofreció a acompañarlas. Anna sonrió con afabilidad y accedió. Y así, una vez que emprendieron el camino, el mayor se colocó entre ambas y le ofreció un brazo a cada una.

Para más inri, pensó Emily mientras aceptaba su brazo, aunque por dentro se estremeció, los había visto esa mañana y hasta un imbécil habría adivinado que volvían después de haber pasado la noche juntos. Ashley todavía iba engalanado con la ropa de la cena, aunque la llevaba arrugadísima. Y, además, la llevaba abrazada por la cintura. Sintió la fuerza en el brazo del mayor y percibió su porte militar. La asustaba aun cuando estuviera sonriendo y conversando tranquilamente con Anna, aun cuando alguna que otra vez volvía la cabeza para mirarla con algún halago que no necesitaba réplica verbal.

Eric Smith estaba meciéndose en la verja de entrada de su casa, una actividad que al parecer era su preferida. Los saludó agitando la mano y empezó a parlotear en cuando se acercaron. Quería saber dónde estaban James y George. Emily no vio la respuesta de Anna.

—Voy a tener un perro —anunció—. El tío Henry y la tía Barbara me han dicho que puedo quedarme con uno de sus cachorros si mamá y el abuelo me dejan. El tío Henry se llevó anoche a mamá al jardín cuando me trajo a casa, y cuando volvió dijo que sí.

El tío Henry y la tía Barbara debían de ser sir Henry Verney y su hermana, pensó Emily, que aprovechó la oportunidad para zafarse del brazo del mayor y se adelantó para alborotarle el pelo a Eric mientras se agachaba para darle un beso en una mejilla. Debían de haber regresado de Londres, pues. Sintió un curioso hormigueo en el estómago al recordar lo que Ashley le había dicho sobre sir Henry en el baile de lady Bryant. Deseó que no se encontrasen cara a cara durante una temporada.

Katherine Smith había salido de su casa. Obsequió a Emily con una sonrisa fugaz, pero parecía muy pálida y nerviosa. Anna le presentó al mayor

Cunningham. La señora Smith le hizo una breve genuflexión, pero apenas lo miró a la cara. Lo que sí hizo, sin embargo, fue invitarlos a tomar una taza de té. El señor Binchley los aguardaba en el vano de la puerta y los invitó a pasar a la salita.

La visita fue más larga de lo que podía haber sido. Poco después de que la señora Smith regresara de la cocina con la bandeja del té, el mayor Cunningham alabó la belleza del jardín trasero, que podían ver a través de la ventana, y le preguntó si sería tan amable de enseñárselo. Ella se puso de pie en silencio y le mostró el camino sin invitarla a ella ni a Anna a acompañarlos.

Anna le estaba hablando al señor Binchley sobre Bowden Abbey. Emily observó la conversación, aunque usó la presencia de Anna como excusa para no prestarles atención. También observó a los que paseaban por el jardín. Esperaba que el mayor Cunningham no se hubiera encaprichado de Katherine Smith, que no imaginara que, porque vivía en el pueblo con su padre, una vida decente pero pobre, era la candidata perfecta para seducirla. Ese hombre le ponía el vello de punta.

—... ni en sueños imaginé que pudieras venir —estaba diciendo Katherine Smith—. Y a Penshurst en vez de venir aquí. —El sol le daba en la cara, lo que facilitaba la tarea de leerle los labios pese a la distancia.

El mayor se encontraba de espaldas a Emily.

—¿Cómo puedes ser su amigo? —le preguntó la señora Smith, que aún estaba muy pálida. Sus ojos miraban al hombre con intensidad—. ¿Lo sabe?

El mayor Cunningham hizo un gesto con un brazo para abarcar el jardín.

—No nos oyen —le aseguró ella—. La ventana está cerrada. —Sin embargo, volvió la cabeza mientras echaban a andar despacio entre los cuidados parterres de flores.

Emily los observó, desentendiéndose de la estancia en la que se encontraba y de sus ocupantes. Katherine Smith y el mayor Cunningham se conocían.

Qué raro que hubieran permitido que Anna los presentara como si fueran dos desconocidos. En ese momento, el mayor Cunningham se dio media vuelta, quedando de frente a la ventana.

—Es mejor que no hagas preguntas —dijo—. Es mejor que no sepas nada. Murieron de forma acc... —Volvió la cabeza.

¿De forma accidental? ¿Quién había muerto de forma accidental? Siguieron paseando hasta que Emily dejó de verlos, en el mismo instante en el que Anna se ponía de pie para despedirse del señor Binchley. Emily la imitó y, al cabo de unos minutos, habían retomado el paseo en dirección al pueblo. Anna le prometió a Eric, tras obtener el permiso de la señora Smith, que cuando regresaran, lo llamaría y lo llevaría a Penshurst para que jugara con los niños.

Emily observó cómo el mayor Cunningham le comentaba a Anna lo bonita que era la casa y halagaba la hospitalidad de sus ocupantes, pero no intentó seguir la conversación.

La señora Smith le había preguntado que por qué se alojaba en Penshurst en vez de alojarse en su casa. «¿Cómo puedes ser su amigo?» ¿A quién se refería? ¿A Ashley? «¿Lo sabe?» ¿El qué? ¿Y quién había muerto de forma accidental? ¿Por qué era mejor que la señora Smith no supiera nada? El mayor Cunningham había estado en la India y allí había trabado amistad con Ashley. Al parecer, estaba todavía allí cuando la esposa y el hijo de Ashley murieron. Habían muerto de forma accidental. ¿Qué era lo que Ashley a lo mejor sabía? ¿Que su amigo también conocía a Katherine Smith?

Pero, si se conocían, ¿por qué habían disimulado delante de Anna y de ella?

La mente de Emily se entretuvo con ese rompecabezas durante la siguiente hora, mientras visitaban los alrededores de la iglesia y el cementerio, hablaban con el párroco y su mujer, que salieron de la casa parroquial para darles los buenos días, y hacían algunas compras en la tienda local.

Para Emily supuso un alivio emprender el camino de regreso a casa. Cuando llegaron a la casa del señor Binchley y Eric salió a la carrera para

encontrarse con ellos, le dio la mano al niño mientras él parloteaba sin cesar y dejó que el mayor Cunningham se adelantara con Anna.

—Gracias. —Ashley le tendió la mano derecha al mayor Cunningham—. Eres un amigo de verdad, Rod. Estoy seguro de que no esperabas pasar tu primera mañana aquí dando un paseo hasta el pueblo y visitando a un vecino, pero a mí me tranquiliza saber que Emmy ha contado con la compañía no solo de mi cuñada, sino también de un hombre capaz de defenderlas a ambas de cualquier peligro con el que podrían haberse encontrado.

El mayor aceptó el apretón de manos y ambos guardaron silencio mientras contemplaban a través de la ventana de la biblioteca a Emily, que estaba jugando con George y con Eric, tirándoles por turnos una pelota que ellos atrapaban como mucho dos veces de cada diez.

—Ha sido un placer —dijo el mayor—. Una mujer bonita en cada brazo. ¿Qué más puede pedir un hombre?

Ashley rio.

—Es muy importante para ti —comentó su amigo en voz baja.

—Sí. —Ashley se la estaba imaginado mientras jugaba así con sus propios hijos. Con los hijos de los dos. Era una idea que lo conmovía y lo atormentaba.

—Ash, estás preparado para volver a vivir, es evidente —siguió el mayor—. ¿Has descubierto algo durante tus visitas matinales? ¿Has descubierto qué pasó ayer?

—No —contestó él—. No a tu segunda pregunta. Sí a la primera. Hay ciertos hechos que necesitaba saber. Cosas del pasado. Cosas que necesito conocer si quiero dejar atrás el pasado y adentrarme en el futuro. Ahora las sé. Pero lo que no cambiará nunca, por supuesto, es el hecho de que estaban en casa cuando se suponía que no iban a estar y de que yo no estaba donde debería haber estado. Podría haberlos salvado. ¡Ese pobre niño inocente!



Estaba saciando mi lujuria en la cama de una mujer casada. —Soltó una carcajada amarga.

—Siempre se puede obtener el perdón —le recordó el mayor—. Aun habiendo cometido las peores ofensas, Ash. Y siempre puedes redimir tus culpas. Tu forma de hacerlo está ahí delante en el prado, jugando con esos dos niños.

Sí, admitió Ashley. Había ido a Penshurst para redimirse. A través de Emmy, aunque en aquel entonces no fuera consciente. Pero esa era una respuesta muy simple. Si él redimía sus culpas gracias a ella, ¿qué ganaría Emmy en el proceso? Tenía muy poco que ofrecer más allá de lo material. Solo podía ofrecerle un alma herida.

—Tienes que casarte con ella —le aconsejó su amigo— y tener hijos con ella. Pero aquí no, Ash. Necesitas marcharte, dejar atrás todo lo que te recuerde a la difunta lady Ashley. Sería injusto para la nueva lady Ashley que la mantuvieras aquí.

Ashley respiró hondo. Tal vez eso fuera parte del problema, reflexionó. Tal vez debería marcharse. Tal vez la felicidad para él y para Emmy sería posible si se marchaba, si empezaba de cero en algún otro lugar. Sin embargo... Sin embargo, tenía la profunda convicción de que no podía huir de ese problema. De que no debía hacerlo. Porque estaría huyendo de algo que llevaba en su fuero interno. Debía enfrentarlo si quería tener un futuro. Si quería que en ese futuro estuviera Emmy.

—Véndeme Penshurst —le sugirió el mayor Cunningham—. Véndelo, olvídalo y vete a otro lugar.

Ashley estaba tan inmerso en sus pensamientos que tardó un instante en asimilar lo que su amigo le estaba proponiendo. Volvió la cabeza y lo miró sin comprender.

—¿Cómo? —preguntó—. ¿Estás dispuesto a comprar Penshurst, Rod?

El mayor pareció abochornado.

—Me gusta —dijo—. Y me he estado planteando seriamente dejar el ejército y establecerme en mi país. Ya sabes que me gusta apostar. He amasado una pequeña fortuna y prefiero invertirla comprando tierras antes que perderla de nuevo en las mesas de juego. Me gusta Penshurst. Y he pensado que podría hacerme un favor, y hacérselo a un amigo al mismo tiempo, si compro la propiedad.

Ashley seguía mirándolo sin comprenderlo del todo. ¿Roderick había llegado a Penshurst como su invitado y al cabo de un día le proponía comprarle la propiedad?

—Pero no está en venta —le recordó.

El mayor se encogió de hombros.

—Soy muy impulsivo —admitió—. Ash, no debería haber dicho nada. Al menos, no de momento. Pero no cambiaré de idea. Estoy seguro. Piénsalo. Y piensa en ella. —Señaló con la cabeza en dirección a la ventana—. Si cambias de opinión, hablaremos de dinero. Te haré una oferta concreta.

Ashley se echó a reír.

—Haces esto en aras de la amistad —dijo—. Rod, eres un hombre extraordinario. Te arrepentirías al cabo de un mes. De haber dejado el ejército, de sentar cabeza en una propiedad que no conoces, en una parte del país que te resulta ajena. Sin embargo, sé que lo harías sin pensar si dijera que sí. Aunque valoro tanto tu amistad que no diré esa palabra. Penshurst no está en venta.

El mayor se encogió de hombros de nuevo.

—Saldré a cabalgar —anunció—. Quiero explorar la campiña porque, tal como acabas de decir, no conozco esta parte del país. ¿Te apetece acompañarme?

—Discúlpame, pero no —respondió Ashley—. Luke y Anna han salido con los otros niños.

—Y no quieres dejar a lady Emily sola —concluyó su amigo—. Es

encomiable por tu parte. —Le dio una amistosa palmada en el hombro antes de echar a andar hacia la puerta.

—Rod —le dijo Ashley antes de que saliera de la estancia—, gracias.

Se preguntó cómo habría lidiado con la tragedia y la culpa si no hubiera contado con su apoyo en la India. Siempre había sido el mejor de los amigos. Rod había valorado su amistad, la había buscado y la había cultivado. Y, en ese momento, tenía la impresión de que su amigo siempre le había ofrecido más que lo que había recibido por su parte, y que eso no había cambiado. No podía haber otro motivo salvo la amistad para explicar la extraordinaria propuesta de comprar Penshurst.

Una propuesta tentadora.

Aunque no podía aceptarla. Jamás. De algún modo, percibía que, si su salvación era posible, debía producirse allí. Ni él mismo acababa de entenderlo. Ni siquiera sabía que pensaba así hasta que Roderick le ofreció una salida. Pero así era, no le cabía la menor duda. De lo que sí tenía sus dudas era en lo que a Emmy se refería.

Se volvió hacia la ventana para verla jugar con los niños. Pero vio que se acercaban a la casa. Los niños corrían delante de ella, sonrojados y felices. Ella sonreía. Ay, Emmy, siempre serena. O casi siempre. ¿Qué pasó el día anterior que le robó la serenidad? ¿Fue algo que podía repetirse? Tendría que ser muy cuidadoso y asegurarse de que estuviera protegida de la forma adecuada durante el resto de su estancia en Penshurst, o tal vez para siempre, si hacía caso a lo que sabía que debía preguntarle de nuevo.

Emily estaba pintando. No le resultaba sencillo, pero perseveró. Era una escena diferente de todas las que había intentado pintar antes. Aunque se encontraba en la colina y había numerosos árboles que pintar, sabía que no podía pintar ninguno de ellos. Los árboles siempre conseguían animarle el espíritu, pero ese día parecían guardar un extraño silencio. Eran las tierras de

labor que se extendían tranquilamente a sus pies las que la inspiraban. Pero no entendía el mensaje y, durante un buen rato, su pincel fue incapaz de expresarlo.

Aunque al final se abstrajo. Hasta tal punto que, cuando por fin se percató de su presencia, comprendió que llevaba un buen rato observándola. Estaba apoyado en el tronco de un árbol, con los brazos cruzados por delante del pecho. Lo bastante lejos como para no invadir su intimidad ni su necesidad creativa de pintar sin que nadie viera su obra. Ashley le sonrió cuando volvió la cabeza para mirarlo.

Sintió el deseo en las entrañas, aunque supo que no solo era una reacción física. Fue el amor lo que hizo que le flaquearan las piernas. Un amor que a esas alturas se manifestaba de todas las maneras posibles. Después de dejar a los niños en la habitación infantil para que jugaran a salteadores de caminos y héroes, había decidido que ya no lucharía más por suprimir dicho amor. Al menos, no lo haría durante las próximas dos semanas. Aceptaría ese periodo de tiempo como un regalo. Y fue una decisión liberadora.

—Hola, Emmy —la saludó. Se acercó un poco—. ¿Puedo verlo? —Señaló con la mano al mismo tiempo que hablaba.

—No —respondió ella, que miró un instante la pintura. Y añadió con arrojo—: Luegaaa.

Ashley le sonrió.

—Has estado aprendiendo palabras en mi ausencia —dijo—. Y las has aprendido mal. O, o, o, no a. Luego.

—O, o, o —repitió ella, que de forma obediente colocó bien los labios—. Luego. —Se llevó una mano a la garganta. Sí, percibió la vibración. No era tan difícil producir sonidos después de todo. Mientras practicaba delante del espejo de su dormitorio pensó que era casi como si recordara...

Ashley se sentó en el suelo a escasa distancia del caballete, pero sin mirarlo directamente. Después, se tumbó de costado, se apoyó en un codo y se colocó

una brizna de hierba entre los dientes.

Al principio, Emily creyó que sería incapaz de concentrarse con él sentado tan cerca. Esperaba que se mostrara inquieto, curioso. Sin embargo, su actitud fue la misma que la de la noche anterior, cuando salieron del cenador. Parecía tranquilo y relajado. Era muy posible que fuera el alma gemela que siempre había soñado encontrar. Al cabo de un minuto o dos, su mente consciente obvió su presencia y descubrió que el pincel por fin expresaba el significado de lo que estaba atascado en su interior.

Ashley tenía la mirada clavada en el paisaje cuando lo miró de nuevo. Parecía sosegado. Lo observó durante un buen rato, disfrutando del placer de ver sin ser vista.

—Ahora —dijo a la postre, articulando muy despacio la palabra.

Él no corrigió su pronunciación esa vez. Se limitó a mirarla, a sonreír, a ponerse en pie y a mirar su pintura en silencio durante mucho rato, con una expresión inescrutable. Emily buscó señales de burla, de sorna o de simple desconcierto, pero no encontró ninguna.

—Esta vez todo es horizontal —comentó Ashley a la vez que hacía un gesto con las manos. Emily se había percatado de que lo hacía muy a menudo, había ideado gestos nuevos y fáciles de interpretar, como si hubiera decidido que era injusto esperar que fuera ella siempre quien escuchara y aprendiera a usar palabras, cuando su mente estaba más acostumbrada a la comunicación visual que a la verbal—, en vez de vertical como en la otra pintura que vi. Todo se extiende hacia los lados en vez de hacerlo hacia arriba y se mezclan los colores de los campos y del cielo. No hay campos abajo y el cielo, arriba, todo está integrado. Explícamelo, Emmy. ¿Qué has visto tú que yo no he captado? Envidio tu capacidad para usar esa visión interior.

Le explicó usando las manos, los pies descalzos y su expresivo rostro que la tierra estaba debajo de ellos, el elemento del que se nutría la vida. Tierra, hierba y cultivos. Intentó explicarle que era a través de la tierra como se

aprendía todo lo que había que aprender sobre el misterio de la vida, el crecimiento, el tiempo infinito y la paciencia. Y sobre el amor y la paz también. No estaba allí arriba, tal como ella pensaba y le había dicho antes. El significado de todo no estaba allí arriba, inalcanzable para todos, como un anhelo constante, imposible de cumplir. Todo estaba allí mismo, si uno era capaz de reconocerlo y de aceptarlo. No en el futuro, sino en el presente. No a lo lejos, sino al lado, al alcance de la mano. Intentó decírselo también con palabras, porque sabía que no se estaba comunicando con claridad.

—Nooo, allí no —dijo, señalando hacia arriba—. Aquí. Ahora.

—Emmy. —A la postre, Ashley le cogió las manos que no habían dejado de moverse y las sostuvo contra su corazón mientras cerraba los ojos con fuerza—. Emmy —repitió al cabo de un rato, y Emily vio que tenía lágrimas en los ojos—. ¿Es verdad, entonces? ¿Es cierto que la paz no está tan lejos después de todo?

—No —contestó ella.

Hablaron sin palabras, sin gestos. Hablaron en silencio. Fue uno de los momentos más bonitos de la vida de Emily.

Ashley la besó con dulzura en los labios antes de soltarle las manos y plegar el caballete, mientras ella limpiaba el pincel y guardaba las pinturas y el lienzo. Después, caminaron en silencio hasta el cenador. Un silencio que para Emily era tierno y triste a la vez. Sabía que él le tenía cariño. También sabía que la paz era todavía inalcanzable para él. Se preguntó si sería posible encontrar la paz después de que la persona que más se había querido en el mundo muriera en circunstancias que se podían haber prevenido o, al menos, compartido.

Se volvió hacia él una vez que estuvieron en el cenador, después de soltar sus cosas. Ashley la estaba mirando. Fue lo más natural del mundo dar los dos pasos que la separaban de sus brazos, levantar la cabeza para recibir su beso y arrojarle los brazos al cuello. No pensaba analizar nada. No hasta que

estuviera lejos de Penshurst otra vez. Y no permitiría que ni la conciencia ni la noción del pecado la importunaran. Tal vez se estaba justificando, pensó. Tal vez eso era lo que hacía la gente cuando cometía de forma consciente uno de los mayores pecados de su vida. Sin embargo, no percibía que la relación que mantenía con él estuviera mal.

Ashley se sentó en el sofá, después de que se hubieran acariciado con los labios y las manos y hubieran sentido la necesidad de estar aún más cerca, y ella se quedó de pie delante de él, observándolo mientras se desabotonaba la bragueta de los calzones, tras lo cual le levantó la saya, dejándola expuesta.

—Ven —le dijo después de aferrarla por las caderas y atraerla hacia él.

Ella se arrodilló a horcajadas sobre sus caderas, y observó su expresión mientras la colocaba en la posición adecuada y la instaba a descender poco a poco, hasta haberlo acogido en su interior. La estaba mirando con la cabeza apoyada en el respaldo del sofá y los párpados entornados.

—Emmy —dijo.

La noche anterior, había aprendido una cosa. Dos, tal vez. Había aprendido que el amor físico era muy placentero. Y también había aprendido que era amor de verdad, que durante el acto físico, que podía tildarse de pecado si se realizaba fuera del matrimonio como en ese momento, el amor se ligaba al amor y era algo que surgía del corazón e incluso del alma en la misma medida que lo hacía del cuerpo. Lo amó por completo mientras él comenzaba a moverse con lo que ya era la familiar danza del amor físico, y ella se acopló a su ritmo. Lo amó con su cuerpo y con todas las partes de sí misma que su cuerpo encerraba.

Lo miró a la cara y vio que la estaba observando. Se observaron mientras recibían placer. Pero vieron más allá del placer. Vieron la esencia del otro, penetraron en el interior. No solo en el sentido típico del hombre penetrando a la mujer, sino en todos los sentidos. Se convirtieron en un solo ser y ambos ofrecieron en la misma medida que recibían.

Emily supo que Ashley la amaba durante esos minutos. Durante esos minutos tan intensos que duraba el acto físico del amor. Después, regresarían los recuerdos y levantaría de nuevo las defensas. Pero, de momento, no había defensa alguna. Ah, no. No lucharía contra lo que estaba pasando ni lo vería como algo pecaminoso. Y jamás se arrepentiría.

Ashley le inclinó la cabeza para besarla en la boca, explorando el interior con la lengua mientras que con la otra mano la inmovilizaba y ella sentía la calidez de su simiente en su interior. Suspiró al llegar al éxtasis y se relajó contra él. Le parecía muy natural, le parecía correcto amarlo así. Apoyó una mejilla en su hombro y se durmió un rato.



## 23

—Emmy —le dijo.

Ella estaba sentada a su lado, en silencio, con la cabeza apoyada en su hombro. Sin embargo, así no podía hablar con ella. De modo que se inclinó un poco hacia delante, de forma que la cabeza de Emily quedara apoyada en su brazo y él pudiera volverse para que le viera la cara.

Emmy lo miró con expresión risueña y él volvió a quedarse sin aliento al ver esa mirada, mucho más profunda que la sonrisa en sí. Era la misma expresión que tuvo mientras le hacía el amor, más profunda que la pasión física que a todas luces había experimentado. Era la expresión de serenidad y de paz típica de Emmy. Era la expresión de profundo afecto tan habitual en ella. Era la expresión de una mujer que acababa de recibir la simiente del hombre que le hacía el amor a su cuerpo. Era... Ah, era muchísimo más que todas esas cosas por separado, e incluso más que la suma de todas ellas. Era incapaz de expresar con palabras, ni siquiera mentalmente, lo que dicha expresión le comunicaba.

—Emmy. —Le rozó suavemente los labios con los suyos—. No voy a decir lo obvio, todavía no. Hemos sido amantes, anoche y hoy de nuevo. Los dos sabemos lo que eso significa y lo que debería significar. Bien podrías estar embarazada y, además de esa posibilidad, los dos deberíamos hacer lo que es apropiado y correcto. Sin embargo, he aprendido de ti desde la última vez. He aprendido que hay algo mucho más importante que lo que la sociedad considera apropiado.

Ella le tocó los labios con las puntas de los dedos. Ashley no tenía claro si

en su sonrisa había cierto asomo de tristeza.

—Quiero decirte algunas cosas —continuó—. Quiero cargarte con una verdad que solo debería ser mía. Quiero que conozcas al hombre al que le has entregado tu mayor tesoro como mujer. El hombre que se ofrecerá a ti para toda la vida en un futuro muy cercano... a menos que me indiques que, en ninguna circunstancia, me aceptarás. Antaño me conocías mejor que ninguna otra persona, o eso creo, cervatilla. Ya no me conoces. Me tienes cariño. Tal vez incluso creas que ese cariño basta para casarte conmigo. Pero no me conoces, Emmy. Y por eso debo contártelo.

—Te conozco —le dijo ella al tiempo que hacía con la mano el gesto que indicaba que hablaba de conocerlo con el corazón. Sin embargo, también pronunció las palabras.

Seguía sorprendiéndose cada vez que la oía hablar, pronunciando las palabras despacio y con tiento, con esa voz ronca y átona, pero extrañamente dulce.

—Hay muchas cosas que desconoces de mí —le aseguró—. Has estado siete años sin verme, Emmy. Y pasaron muchas cosas.

—No, no, no —lo corrigió ella. Le colocó una mano sobre el corazón—. Te conozco, Aaashley.

¿Cómo era posible que ella lo dejara tan a menudo al borde del pánico y también de la felicidad más absoluta que jamás había imaginado?, se preguntó. No había llorado después de la muerte de su mujer y de su hijo.

«Cuéntamelo», le dijo ella en ese momento con las manos y con los ojos.

—Aquí no.

Se puso en pie y la cogió de la mano. Debía conseguir que fuera más real para ella. Emmy tenía que comprender que no era el mismo hombre al que había querido con más compasión que la que le había demostrado su propia hermana a lo largo de la vida. Tal parecía que Emmy tenía que casarse con él a esas alturas. Sin embargo, necesitaba que ella comprendiese lo poco

merecedor del amor que era, lo despreciable que era. Ni siquiera podía volver a ofrecerse a ella con toda la oscuridad que albergaba en su interior. Emmy tenía derecho a saberlo todo.

No le dirigió la palabra mientras descendían la colina y se acercaban a la casa por un lateral. No vieron a nadie de camino, algo que él agradeció profundamente, y la escalera de la servidumbre también estaba desierta. Se detuvo un instante delante de la puerta de los aposentos de Alice y cogió la mano de Emily con fuerza.

—Eran sus aposentos —le dijo una vez que entraron en el vestidor y cerró la puerta—. Tal como los dejó. Nadie los vació cuando murió porque nadie dio la orden para que se hiciera. Tampoco he dado la orden para que lo hagan desde mi regreso, aunque he querido hacerlo y he estado a punto en muchas ocasiones. Esta era su ropa. —Le soltó la mano para abrir las puertas de un enorme armario—. Puedes oler su perfume si inspiras hondo.

Ella así lo hizo antes de quedarse inmóvil. Ashley abrió la puerta que daba al dormitorio y lo siguió al interior.

—Era una mujer muy femenina —continuó él—. Como puedes ver, le encantaban los tonos rosas y lavandas, y los encajes y los volantes y todas esas fruslerías. Era muy guapa, menuda, esbelta y de aspecto frágil. Despertaba el afán protector de los hombres. Hombres que se enamoraban de ella una y otra vez.

Emily tocó el dosel de satén con una mirada muy triste.

—Ven —le dijo, conduciéndola hacia la puerta por la que se accedía a una salita—. Aquí es donde se sentaba, escribía cartas y cosía. Una estancia que refleja la delicadeza que cabría esperar en los dominios de Alice.

La observó pasar una mano por la taracea del pequeño escritorio. Luego la vio abrir un cajón, algo que él había sido incapaz de hacer. Metió la mano al cabo de un instante y sacó dos miniaturas de marco ovalado, unidas por unas bisagras. Tras darles la vuelta, miró fijamente los retratos. Ashley dio un paso

hacia ella y tomó una honda bocanada de aire mientras miraba por encima de su hombro.

—Alice —le dijo, aunque ella no levantó la vista para ver lo que decía. Alice, tan guapa y tan alegre como la vio antes de que se casaran, cuando lo cuidó, cuando él estaba débil y necesitado.

Emily lo miró. Señalaba el otro retrato. Lo señaló a él y después el retrato una vez más.

«Se parece a ti», le estaba diciendo ella.

Era un joven, de pelo oscuro como Alice y de ojos azules. Debía de ser su hermano, Gregory Kersey, supuso Ashley. Y sí, pensó, tal vez hubiera un leve parecido.

—Gregory Kersey —le dijo—. El hermano de Alice.

Ella devolvió las miniaturas al cajón donde las había encontrado y lo cerró con cuidado. Lo miró.

—La odiaba, Emmy —le confesó.

Ella siguió mirándolo, sin expresión alguna en el rostro.

—Nos enamoramos a toda prisa —siguió—. Fue mi enfermera cuando estuve muy enfermo. Yo fui su paciente cuando ella estaba muy apenada, mientras se adaptaba a vivir en otro país. Yo la asqueaba. Se..., se negó a esforzarse por quererme. Me fue infiel en numerosas ocasiones. Supongo que yo también tuve parte de culpa. Rara vez la culpa es de una sola de las partes cuando un matrimonio fracasa. Llegué a odiarla. Cientos de veces deseé que muriera.

—No —dijo ella en voz alta.

—Mi mente se negaba a reconocer ese deseo —repuso él—. Pero estaba ahí. Ansiaba librarme de ella, librarme de la interminable pesadilla de estar atado a ella de por vida.

Emmy había abierto los ojos de par en par, estupefacta.

—Thomas no era hijo mío —continuó—. Me niego a contárselo a nadie

más, Emmy. Defenderé el honor de su recuerdo con la vida si alguien se atreve a poner en entredicho su parentesco. Lo reconocí como mío. Llevaba mi apellido. Era un niño inocente al que quise.

La vio fruncir el ceño.

—Emmy, la «reunión de negocios» que me alejó de casa la noche del incendio no fue tal. Pasé la noche en la cama de una mujer casada. —De repente, se preguntó si ella había comprendido el torrente de palabras que había pronunciado. Ni siquiera había intentado usar las manos para comunicarle el significado. Aunque parecía que sí lo entendía todo.

Emmy cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás. Esperó a que lo mirase de nuevo. Cuando lo hizo, vio sus ojos llenos de dolor. ¿Por ella misma? ¿Por él? Conociéndola como la conocía, no le cabía la menor duda de que había mucho de eso último.

—No hubo nada entre Alice y yo después de nuestra noche de bodas —le explicó—. La noche del incendio fue mi primer adulterio, aunque supongo que no habría sido el último. Además, tampoco es excusa: el adulterio es adulterio. Mi esposa y el hijo al que quería murieron mientras yo lo cometía.

La cara de Emmy había perdido todo rastro de color. Se preguntó si estaba a punto de desmayarse. Sin embargo, no dio un paso para sujetarla. Se mantuvo apartado de ella, presa de la rigidez.

—Ahora dime que me conoces, Emmy —le dijo en voz baja.

Ella volvió a cerrar los ojos y se tambaleó. No obstante, después de unos minutos, acortó la distancia que los separaba, lo abrazó con fuerza por la cintura y le pegó la frente a la corbata.

—Te conozco —le dijo en voz alta.

¿Por qué sus palabras le parecían una absolución? ¿Por qué le parecían un perdón? Emmy no tenía el poder para perdonarlo. Nadie lo tenía. Tal vez ni siquiera lo tuviese Dios, a quien nunca se lo había pedido. No había perdón posible.

Cerró los brazos en torno a ella, como bandas de acero, le enterró la cara en el pelo y se echó a llorar. Con sollozos desgarradores y dolorosos. Durante mucho rato, fue incapaz de controlarlos. Durante mucho rato, tocó el fondo de la desolación. Sin embargo, se aferró con fuerza a Emily, que se pegaba, cálida y dulce, a él. Y supo que se estaba aferrando a la única esperanza que tenía de alcanzar la paz y el perdón.

La mañana era húmeda y había una niebla cerrada. Sentía la hierba mojada y fría bajo los pies descalzos. Sin embargo, ascendió de todas formas a la cima de la colina, sin intentar siquiera observar el valle ni lo que tenía por delante, entre los árboles. Caminó para que la mañana le transmitiera tranquilidad.

Ashley estaba más atribulado de lo que había creído en un principio. La carga que suponía su sentimiento de culpa era mucho más pesada de lo que él había dejado entrever. Y, sin embargo, no podía sentirse totalmente desalentada. No había amado a Alice. Era egoísta deleitarse con ese hecho, pero le resultaba imposible no repetir esa idea una y otra vez en su cabeza. No había amado a Alice. Su terrible sufrimiento no se debía a la pérdida de su gran amor.

Recordó la expresión en los ojos de Ashley mientras le hacía el amor la tarde anterior. Y su determinación de asegurarse de que ella lo supiera todo antes de volver a proponerle matrimonio. Ashley no había intentado justificar su parte de culpa. Había intentado mostrarse ante ella tal cual él se veía: perverso e imperdonable. Recordó cómo se había echado a llorar entre sus brazos, como si el corazón se le fuera a romper, quizá porque ella había intentado decirle que seguía siendo Ashley, que no era distinto del que era hacía siete años. Solo estaba más herido. Profundamente herido.

Había esperanza esa mañana. Esperanza para él. Esperanza para ella. Sabía que, cuando volviera a pedírselo, le diría que sí. No tenían, ni mucho menos, la felicidad asegurada. Pero la infelicidad era algo seguro si se separaban...

para los dos, creía. Ashley la necesitaba tanto como ella lo necesitaba. Era la dependencia del amor. Ninguno necesitaba al otro como una especie de muleta. Se necesitaban porque se preocupaban por el otro, porque el mundo tenía mucho más sentido cuando el otro estaba cerca.

Ashley parecía muy contento la noche anterior, cuando todos asistieron a la velada en casa de un vecino. Si bien era cierto que había evitado la compañía de sir Henry Verney, los dos se habían tratado con suma educación. Sin embargo, había tratado a la señorita Verney y a todos los demás con su encanto de siempre. Tal vez con el tiempo esa nueva casa y esos nuevos vecinos, pese al hecho de que Alice hubiera vivido allí, por fin le reportarían estabilidad y paz a su vida. Tal vez ella podría ayudar. Tomó una honda bocanada del aire limpio y húmedo. Esa mañana empezaba a creer que ese sería su hogar para siempre. Y la idea la complació muchísimo. Ya no la atormentaba el fantasma de Alice.

Incluso le había perdido el miedo al mayor Cunningham. No había olvidado el desagrado, ciertamente, porque dudaba mucho de que alguna vez pudiera caerle bien ese hombre. Aunque tal vez fuera injusto. La noche anterior el mayor se las ingenió para hablar con ella a solas. Se había sentado con ella un poco apartados del resto de invitados, que se congregaban alrededor del piano para oír las piezas que interpretaban algunos de los presentes.

—Lady Emily —le dijo él, con expresión contrita y sincera en el rostro—, ¿podrá perdonarme alguna vez?

No supo muy bien cómo reaccionar. Con una miradita, se cercioró de que tanto Ashley como Luke no estaban muy lejos.

—Mi comportamiento fue imperdonable —continuó él—. Aunque hubiera sido usted la persona por quien la tomé, habría sido imperdonable. Ni siquiera intentaré justificar lo que le dije ni lo que sugerí. Solo puedo pedirle humildemente perdón, sin esperar que merezca recibirlo. ¿Podrá perdonarme?

Fue una disculpa muy formal y elaborada, y solo pudo ver vergüenza y sinceridad en sus ojos. Se apresuró a asentir con la cabeza.

—Se lo agradezco muchísimo —le dijo él—. Y permítame que le transmita mis mejores deseos. Ashley es un buen amigo, aunque no hace falta la intuición de un amigo para ver que le tiene mucho afecto, lady Emily. ¿Es de esperar, por su bien, que le corresponda?

Se negó a contestar eso. No era asunto suyo.

—Solo se lo pregunto porque mi mayor deseo es volver a verlo feliz, y creo que es usted la mujer para lograr que lo sea. Pero no aquí... En Penshurst, me refiero. En este lugar, el recuerdo de su difunta esposa siempre se interpondrá entre los dos, lady Emily. Le pido disculpas por hablar con tanta franqueza de un tema que no parece de mi incumbencia. Pero los amigos siempre deben desearse lo mejor. Me he ofrecido a comprar Penshurst. Me gusta. Así que también tengo motivos para no ser imparcial, como puede comprobar. —La miró con una sonrisa—. Convenza a Ashley para aceptar mi oferta. Será por su felicidad y la de él. —Volvió a poner expresión contrita—. Y por la mía.

No le resultó fácil entender todas las palabras; era evidente que el mayor no estaba acostumbrado a hablar con una persona sorda. Sin embargo, había comprendido el mensaje principal, o eso creía.

Todavía estaba sorprendida. Quería comprar Penshurst. ¿Acaso no era un oficial del ejército? Ojalá que Ashley no vendiera la propiedad. Había sentido una extraña conexión con Penshurst casi a primera vista.

Al menos, esa mañana podía sentir cierto respeto por el mayor. Haría un esfuerzo para que le cayera bien. Al fin y al cabo, las personas hacían cosas imperdonables a todas horas. ¿Cómo iba a ser útil el perdón si solo se reservaba para las ofensas perdonables? Además, ¿no creía Ashley, erróneamente, que había cometido algo imperdonable?

La niebla comenzaba a levantarse. Se detuvo para mirar hacia abajo, hacia el corto trecho de río que, por un instante, quedó a la vista. La niebla le había



humedecido el pelo. Levantó una mano para echárselo hacia atrás.

Y, en ese momento, sintió tal ramalazo de pánico que se quedó paralizada un instante. Sintió tal terror irracional que el corazón se le detuvo y se negó a seguir latiendo. Parecía habersele olvidado cómo se respiraba.

No sabía de dónde había surgido el pánico. Y, durante esos instantes, fue incapaz de volver la cabeza para descubrir el origen. Solo veía niebla y árboles... y una amplia mancha roja en el dorso de la mano que había levantado.

Se miró la mano como si perteneciera a otra persona, como si la herida fuera de otra persona. Pasaron varios segundos antes de reconocer que sus emociones se concentraban en una sola: dolor. Clavó la vista en el tronco que tenía justo detrás y lo miró. Su mente debía de estar muy abotargada, pensó de repente con gran lucidez. Llevaba mirando una bala incrustada en el tronco varios segundos antes de verla de verdad. En ese momento, la observó varios segundos más. Y luego se miró de nuevo la mano, de la que brotaba sangre que le manchaba la saya.

El pánico se apoderó de ella antes de lanzarse a ciegas colina abajo, entre la niebla, sollozando en voz alta sin ser consciente de que lo hacía. El silencio era un terror apabullante a su espalda.

Un criado del vestíbulo la miró boquiabierto, pero no reaccionó de otra forma. Luke bajaba la escalera. Se detuvo un instante para luego acercarse a ella a toda prisa. Emily se estrelló contra su pecho, al que se aferró con los dedos.

—Tranquila, tranquila, tranquila —le decía él, pero no le miró la boca. Luke le levantó la barbilla y le inmovilizó la cabeza—. ¿Qué te has hecho en la mano? Parece que sangra bastante. Tranquila. Tranquila, Emily. Te llevaré a tu dormitorio y te la curaremos.

Sin embargo, ella siguió clavándole los dedos en el pecho sin ver sus palabras. Y, después, otras manos la aferraron de los hombros con fuerza, por

la espalda. No se oyó gritar.

—Se ha hecho un corte muy feo —decía Luke—. También está conmocionada.

Una de las manos que tenía en los hombros se deslizó por su espalda hasta llegar a las corvas. La otra le rodeó los hombros. Ashley la levantó en brazos.

—Intenta no moverte, cariño —le dijo—, no quiero que te caigas. Luke, ¿puedes llevar a Anna a su habitación? Veremos si hace falta la presencia de un médico. Tranquila, cariño, no llores.

Emily seguía sollozando. Le enterró la cara a Ashley en el cuello mientras el rostro preocupado del mayor Cunningham aparecía ante sus ojos.

Ashley estaba en su gabinete, escribiendo varias cartas antes del desayuno. La pluma dejó un feo manchurrón en la hoja de papel y la salpicó de gotas de tinta al escuchar a Emmy. Sus gritos helaban la sangre y parecían inhumanos, más los de un animal herido que los de una mujer. Sin embargo, antes incluso de abrir la puerta de par en par y salir corriendo al vestíbulo, supo que se trataba de Emmy.

—Calla, amor mío, calla —le dijo mientras la llevaba escaleras arriba, aunque sabía que no podía oírlo. Los espantosos sollozos continuaban. Luke se adelantó, seguramente para ir en busca de Anna. Aunque no era necesario, porque Anna ya bajaba corriendo de la planta superior, alarmada y con los ojos como platos.

—¡Madre del amor hermoso! —exclamó ella—. ¿Qué ha pasado? ¡Emmy! ¿Qué ha hecho?

—Se ha hecho un corte en la mano —contestó Luke— y está muy conmocionada. —Se adelantó de nuevo para abrir la puerta del dormitorio de Emily.

Ashley la dejó en la cama, pero Emmy se aferró a él con renovado pánico. Los sonidos no se habían calmado en absoluto.

—Calla, cariño —repitió y, sin importarle la presencia de su hermano y de su cuñada, ambos en el dormitorio, se tumbó junto a ella en el colchón y la pegó a su cuerpo, meciéndola, canturreándole.

—Emmy. —A Anna le temblaba la voz—. Emmy, ¿qué ha pasado?

Luke estaba hablando con una criada, a quien debía de haber llamado o a quien habían enviado. Le estaba ordenando que llevase agua caliente y trapos, ungüentos calmantes y vendas. Su voz, tal como era de esperar en Luke, era firme y tranquilizadora.

Se trataba de un corte bastante feo, vio Ashley cuando le miró la mano que se aferraba a su levita. Y seguía sangrando. Debía de dolerle muchísimo, pensó. No obstante, ella estaba demasiado alterada como para sentir dolor en ese momento. La obligó a apartar la cabeza de su pecho y le sostuvo la barbilla con firmeza.

—Emmy —le dijo. Había cerrado los ojos con fuerza. Besó uno primero y después el otro, y luego la besó en la boca—. Emmy.

Sus ojos, cuando los abrió, estaban velados por el pánico. Ay, Dios, y él que había mirado por la ventana esa misma mañana, había visto el tiempo que hacía y había supuesto que a Emmy no se le ocurriría salir. No había estado a su lado para cuidarla.

—Calla, amor mío —le dijo—. Estás a salvo conmigo. Nadie va a hacerte daño. ¿Lo ves? Anna y Luke también están aquí.

¿Por qué tenía la sensación de que era incapaz de proteger a las mujeres de su vida?

Los sollozos por fin se calmaron. Emmy lo miró sin expresión y luego miró por encima de su hombro a Luke y a su hermana.

—Emmy —dijo Anna—. Ay, Emmy, ¿qué ha pasado?

—Déjalo todo junto a la cama —le ordenó Luke a la criada—. Ya puedes retirarte.

—Voy a soltarte, cariño —le dijo Ashley—, y a levantarme para que

podamos curarte la mano.

Emmy desvió la vista a su mano y la miró con expresión velada. Ashley se apartó de ella y se quedó, de pie, junto a la cama, pero la histeria no se apoderó de ella de nuevo. Emmy tenía los ojos y la cara blancos como la leche. Dio un respingo, aunque no emitió sonido alguno, cuando Anna extendió una toalla junto a ella y le movió la mano para ponerla encima.

—Oh, Emmy —musitó Anna.

—Parece peor de lo que es en realidad —aseguró Luke, que le puso una mano a Anna en el hombro—. Cuando le limpies la sangre, querida, verás que no es una herida mortal.

Anna pasó un paño mojado sobre el corte alargado del dorso de la mano, para limpiárselo.

—¿Emmy? —le preguntó Ashley cuando ella lo miró—. ¿Te has caído?

No, no se había caído.

—¿Te has cortado con algo? —le preguntó—. ¿Con un árbol? ¿Una piedra? ¿Una pared?

No. De repente, a Ashley se le ocurrió que un corte hecho en semejantes circunstancias, aunque fuera bastante profundo y aunque sangrara tanto, no la habría conmocionado de tal manera. No a Emmy.

—¿Qué ha pasado? —le insistió—. ¿Me lo puedes contar?

Ella lo miró un buen rato. Después, levantó la mano sana, aunque no parecía saber muy bien cómo explicarlo, y acabó formando la inconfundible silueta de una pistola para apuntar a la ventana que tenía enfrente.

—¡Caray! —exclamó Luke.

—¿Alguien te ha *disparado*? —De repente, Ashley tuvo la sensación de que la sangre se le había agolpado en los pies—. ¿Lo has visto, Emmy?

No. Negó con la cabeza.

Tampoco habría oído el disparo. En ese caso, ¿cómo podía saberlo?, se preguntó Ashley. Claro que ese tipo de heridas no aparecían por arte de

magia.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó. Se percató de que Anna, que había levantado la cabeza, estaba tan blanca como su hermana.

Había algo tras ella. Algo grande.

—¿Un árbol? —sugirió.

Sí, un árbol. Y algo pequeño y redondo, algo que formó con el índice doblado hacia la base del pulgar, contra el árbol.

—Una bala —dijo Luke en voz baja. Emmy no lo estaba mirando.

—¿Una bala? —le preguntó Ashley.

Sí, una bala. Incrustada en el tronco del árbol que estaba detrás de ella. Le había hecho un corte en el dorso de la mano. A pocos centímetros de su cuerpo. De su corazón..., ya que tenía herida la mano izquierda. Alguien le había disparado a Emmy y no la había matado por escasos centímetros.

—Pero ¿no has visto a nadie? —le preguntó—. ¿Ya fuera antes o después de que sucediera?

No, a nadie. Emmy dio otro respingo. Anna lloraba mientras le limpiaba el corte. Luke le dio un apretón en el hombro a su esposa antes de coger el tarro con el unguento.

—Apártate, querida —le dijo—. Yo termino de curarla y luego le vendaré la mano. Creo que un poco de láudano no estaría de más.

—Emmy, vas a tener que decirnos qué te asustó tanto hace dos días. Tenemos que saber quién desea hacerte daño —dijo Ashley.

¿Quién podría querer hacerle daño a Emmy?, se preguntó. ¿Verney? Pero ¿por qué? ¿Le habría disparado Verney a Gregory Kersey después de todo? ¿En la misma colina? ¿Con la misma arma? Pero ¿por qué a Emmy?

La vio cerrar los ojos y morderse el labio inferior mientras Luke le aplicaba una buena cantidad de unguento en la mano y empezaba a vendársela.

—Creo que no serán necesarios los servicios de un médico —anunció Luke—, a menos que la conmoción no se le haya pasado después de dormir un

poco. Pero las preguntas tendrán que esperar, Ash.

—Debo saberlo —replicó él—. Voy a matarlo, sea quien sea.

—Y yo te ayudaré —añadió Anna con ferocidad.

—Usted, señora, se va a quedar con su hermana mientras la necesite —le dijo Luke en voz baja y tierna—, y con nuestros hijos, que tienen derecho a recibir sus atenciones.

—Y así dejar el serio asunto de proteger nuestra seguridad en manos de los hombres de la familia —replicó ella con sequedad, echando chispas por los ojos—. Así está hecho el mundo. ¿Y qué pasa si los hombres fracasan?

Ashley observó, con cierta sorpresa, cómo su hermano y su cuñada, ideales del amor y el afecto conyugales, procedían a mantener una discusión. Luke, terminada la tarea que estaba realizando, miró a su esposa con expresión gélida.

—Que yo sepa, todavía no te he fallado ni una sola vez —repuso.

—Pero en una ocasión necesitaste mi ayuda —le recordó ella—. En una ocasión, te ayudé a matar a un hombre que necesitaba morir.

Luke enarcó las cejas y apretó los labios.

—Lo hiciste, sí —reconoció.

—Pues no me vuelvas a decir que mi única función en la vida es reconfortar a mi hermana y jugar con mis hijos —replicó ella.

Luke había matado al hombre que secuestró a Anna unos años antes, después de que él se fuera a la India. Hasta ese momento, Ashley no había oído nada acerca de que Anna participara de forma activa en dicha muerte.

—Te pido disculpas —le dijo Luke—. Si deseas continuar nuestro desacuerdo, Anna, estaré a tu entera disposición más tarde, en la intimidad de nuestros aposentos.

Anna se ruborizó, abrió la boca y la volvió a cerrar.

Ashley se sentó en el borde del colchón y le cogió la mano sana a Emily. Ella abrió los ojos y lo miró.

—¿Te duele? —le preguntó—. Ordenaré que traigan un poco de láudano. Ella negó con la cabeza.

—Pero ¿te quedarás aquí y dormirás? —le preguntó.

Emmy asintió con la cabeza, pero le apretó la mano con más fuerza.

—No tengas miedo —le dijo—. Me encargaré de que alguien te acompañe a todas horas, día y noche. Mandaré a una criada para que se quede contigo.

Se habría quedado él, pero tenía que guardar las apariencias. Se preguntó qué les parecía a Anna y Luke el hecho de que se hubiera tumbado en la cama con ella después de llevarla en brazos a su habitación. Además, ¿no la había llamado en varias ocasiones «amor mío» y «cariño»? Por el bien de Emmy, no quería despertar sus recelos. Tal vez ella volviera a rechazarlo cuando se lo propusiera de nuevo.

—Yo me quedaré con ella, faltaría más —repuso Anna—. Era mi intención hacerlo incluso antes de que me dijeran que es mi función en la vida. —Tenía un deje acerado en la voz—. Harry no me necesitará hasta dentro de unas horas.

—Tengo la fundada sospecha —repuso Luke, que sonó hastiado y altivo a la vez— de que acabo de crear un látigo con el que me azotarán sin compasión durante toda la eternidad, tal vez incluso durante más tiempo.

—Anna se quedará contigo —le dijo Ashley a Emmy—. Tanto Luke como yo estaremos en la casa... y seguro que Roderick también. Estará esperando para enterarse de lo sucedido. Es oficial del ejército, está acostumbrado a defender a los demás del peligro. Y hay muchos criados. Estás a salvo. ¿Me crees? —Si no lo creía, se quedaría con ella y al cuerno con el decoro.

Ella asintió con la cabeza.

Ashley se llevó su mano a los labios.

—Intenta dormir —le sugirió—. Más tarde hablaremos para llegar al fondo de la cuestión y enterarnos de qué ha estado sucediendo. Lo solucionaré todo por ti, para que nunca vuelvas a tener miedo. —Tal vez fuera una promesa

arriesgada, se dijo—. Te lo juro, cervatilla. Te lo juro por mi honor.

Ella sonrió, apenas el asomo de una sonrisa, por primera vez desde que la había cogido en brazos en el vestíbulo y la había llevado en volandas a su habitación. Y, después, cerró los ojos.

Luke, con una mueca furiosa en los labios y mirada seria, lo esperaba en el vano de la puerta después de haberla abierto. La cerró tras ellos una vez que salieron al pasillo.

Al hacerlo, vieron que Roderick Cunningham se paseaba de un lado para otro, con expresión muy preocupada.



## 24

Anna estaba dándole el pecho a Harry, que lloraba a pleno pulmón cuando ella entró en la habitación infantil. Hasta hacía poco rato, había estado jugando muy contento con su hermana, pero el estómago le indicó de repente que su madre llegaba tarde y que tenía hambre. En ese momento, mamaba la mar de satisfecho. El ama de llaves velaba a una dormida Emily, a quien al final habían logrado convencer de que tomara una pequeña dosis de láudano para aliviar el dolor de la mano.

Anna no alzó la vista cuando la puerta se abrió y se cerró, ni tampoco cuando su marido se sentó en una butaca, cerca de ella. Estaba enfadada con él, sobre todo porque le había señalado con unos de sus habituales circunloquios lo desagradable que resultaba discutir en público.

—Anna, no creo que tu única función en la vida sea cuidar de mis hijos —dijo Luke al cabo de unos minutos de silencio—. Ni tampoco creo que sea la de engendrarlos. Ni la de darme placer en la cama. Aunque realizas todas esas funciones a la perfección. Eres la alegría de mi corazón y la mitad de mi alma. Sin embargo, tu función no consiste en ser esas cosas. Consiste simplemente en que seas tú, una persona digna de mi respeto, independientemente de tu sexo o de la relación que tengas conmigo.

—¡Oh! —exclamó ella, aunque se negó a alzar la vista. Observó cómo Harry se acariciaba una oreja mientras mamaba—. Siempre has sido muy hábil en el uso de las palabras. Y has *ensayado* este discurso. No es justo.

—Los ensayos requieren tiempo y esfuerzo —señaló él—. Y compromiso y convicción. Te he menospreciado, te he hecho daño y te pido perdón.

Anna lo miró con el asomo de una sonrisa en los labios.

—Me encantaría que tus amistades parisinas pudieran oírte disculpándote con una mujer —dijo—. Con tu mujer.

—Supondrían que la cerveza y la ternera inglesas me han corrompido —repuso Luke—. Sería un motivo de enorme tristeza para ellos. ¿Me perdonas?

Ella sonrió, pero se puso seria al instante.

—Alguien ha tratado de matar a Emily —dijo—. ¿Quién puede desear hacer algo semejante?

—Tal vez —respondió él, que apoyó los codos en los brazos de la butaca mientras unía las puntas de los dedos— alguien que sepa que es muy importante para Ashley.

Anna frunció el ceño y levantó a Harry para colocárselo en un hombro, una posición en la que podía frotarle la espalda y darle suaves palmaditas para que soltara el aire que inevitablemente siempre tragaba.

—Pero ¿quién querría hacerle daño a Ashley? —preguntó—. Aquí no hay nadie que lo conozca desde hace mucho tiempo.

—Era el marido de Alice —le recordó Luke—. Me ha dicho que Alice despidió al señor Binchley como administrador antes de marcharse a la India. El señor Binchley y su hija viven ahora casi en la pobreza, al otro lado de la verja de Penshurst. Al parecer, alguien le disparó al hermano de Alice. Aunque se dictaminó que fue un accidente, nadie admitió jamás haber disparado. Ashley cree que fue un asesinato. Y ahora, poco después de la llegada de mi hermano, alguien se dedica a asustar a la mujer que ama.

—Intenta matarla —puntualizó ella.

—Lo dudo —replicó Luke, que guardó silencio un instante para reflexionar—. Esta mañana había niebla. Quienquiera que hizo el disparo debía de estar muy cerca de ella. La sordera de Emily le facilitaría la labor de acercarse mucho sin temor a ser descubierto. A menos que sea un pésimo tirador, es sorprendente que haya errado tanto el tiro, suponiendo que se encontraba

cerca y que apuntaba al corazón. Creo que la intención no fue otra que la de asustarla. Si estoy en lo cierto, el éxito ha sido rotundo.

Anna se estremeció. Se llevó a Harry al otro pecho, una vez que él soltó el aire de forma la mar de audible.

—Pero ¿quién? —preguntó—. Y ¿por qué? ¿Qué tiene Emily, o Ashley, que ver en lo que sucedió aquí antes de que él conociera a Alice?

—Querida —respondió Luke—, esperemos que Emily nos ilumine sobre la naturaleza del primer incidente que la asustó. Si vio a alguien y puede decirnos su identidad, ya sea hombre o mujer, tal vez podamos proceder.

—¿Ashley hablaba en serio cuando dijo que mataría al responsable? —quiso saber Anna.

—¿Hablabas tú en serio cuando te ofreciste a ayudarlo? —le preguntó él a su vez mirándola a los ojos.

—Sí —contestó ella después de una pausa.

—Querida —dijo Luke—, creo que Ashley tiene un motivo más fuerte que el tuyo para arriesgar su vida a fin de proteger la de Emily.

Anna guardó silencio y bajó la vista hacia Harry, que empezaba a cansarse y a perder el interés por la comida. Luke los observó desde la butaca, sin hablar. Prudentemente, no señaló en voz alta que un hombre estaría dispuesto a morir protegiendo la tranquilidad y la seguridad de su mujer y de los hijos que habían engendrado juntos por amor.

—Rod, ¿me acompañas? —dijo Ashley.

Estaban sentados en el gabinete, esperando. Esperando a que Emily despertara, supuso. Poco más podían hacer. Había recorrido la colina que se alzaba detrás de la mansión acompañado por su amigo mientras Luke se quedaba en casa por petición suya, y tuvo la impresión de que habían examinado todos y cada uno de los árboles. No habían encontrado bala alguna. Claro que tampoco sabía qué se habría solucionado de haberlo hecho.

El mayordomo apareció para informarle de que sir Henry Verney y la señorita Verney habían llegado para visitar a Su Excelencia la duquesa y a lady Emily, y que los había hecho pasar al salón recibidor. El primer instinto de Ashley fue el de comunicarles a través del mayordomo que las damas no recibían visitas ese día.

—Por supuesto. Será un placer. —El mayor Cunningham se puso en pie. Sin embargo, antes de llegar a la puerta le colocó una mano a Ashley en un hombro—. Ash, lo mejor es que mantengas la cabeza fría. A pesar de lo que me has contado, no hay nada que demuestre que Verney tiene motivos para hacerle daño a lady Emily o a ti. Además, me cae bien.

Barbara Verney se estaba poniendo de pie cuando ellos entraron por la puerta del salón recibidor. Sir Henry Verney se encontraba de espaldas a la ventana, de pie. Ambos parecieron sorprenderse al no ver ni a Anna ni a Emily.

—Señorita Verney —dijo Ashley a la vez que hacía una reverencia—. Verney. Su visita es un placer del que mi cuñada y lady Emily sienten no poder disfrutar.

—¡Oh! —exclamó la señorita Verney tras hacer sendas genuflexiones para saludarlo a él y al mayor—. No están en casa. Qué desilusión. ¿Lo ves, Henry? Te dije que es demasiado tarde ya para hacer visitas.

—Por favor, siéntese —le dijo Ashley a la vez que señalaba el sillón del que se había levantado cuando ellos entraron—. Pediré que preparen té. No han salido. Lady Emily está indispuesta y Su Excelencia la está atendiendo.

Ambos parecieron preocupados al instante.

—Espero que no sea una indisposición seria —replicó sir Henry.

—No —le aseguró Ashley—. No lo es.

—Creo que debo de haber pasado demasiado tiempo lejos de Inglaterra —dijo el mayor Cunningham, que sonreía con admiración sin apartar la vista de Barbara Verney—. Los peinados y los sombreros de las damas son mucho

más bonitos que los de antes. O tal vez se deba a que las pocas damas a las que he visto desde mi regreso son más hermosas y tienen mejor gusto.

La señorita Verney rio.

—Mayor —repuso—, si adula usted al enemigo como adula a las mujeres, no es de extrañar que derrotáramos a Francia en la última guerra.

Sin embargo, el mayor insistió en que le explicara cómo lograban las damas llevar unos peinados tan altos sin que se deshicieran.

—Postizos —dijo después de que ella se lo explicara—. Señora, qué ingenioso, y qué fascinante.

Disfrutaron del té y conversaron de un buen número de temas, todos de naturaleza frívola y todos elegidos por el mayor Cunningham.

—Henry —dijo la señorita Verney mientras soltaba la taza y el platillo, indicando que la visita llegaba a su fin—, menos mal que has entrado conmigo y que no te has marchado para recogerme después de hacer tus cosas. Habría sido un momento bochornoso para lord Ashley.

—En absoluto, señorita Verney —le aseguró—. Habría estado encantado de enseñarle el prado y el sendero del río. ¿Los conoce?

—Desde que era niña —contestó al mismo tiempo que se ponía en pie—. Siento mucho que lady Emily esté indispuesta. ¿Le dirá de nuestra parte que le deseamos una pronta mejoría, milord? Habríamos venido más temprano, pero Henry salió de casa al alba y no volvió hasta hace escasamente una hora. Ha sido de lo más irritante, porque me prometió que me acompañaría a hacer varias visitas además de esta. —Le sonrió a su hermano para indicarle que estaba bromeando y que no era una regañina seria.

Ashley tomó una lenta bocanada de aire.

—¿Dónde ha estado usted? —le preguntó a sir Henry.

—¿Cómo dice? —Sir Henry lo miró con las cejas enarcadas.

—Le preguntado que dónde ha estado esta mañana desde el amanecer hasta hace casi una hora —respondió Ashley—. Se lo preguntaré de nuevo. ¿Dónde

ha estado?

—Ash... —terció el mayor Cunningham, que le dio un leve toque en el brazo. Todos se habían puesto en pie.

Ashley se zafó de su contacto.

—¿Dónde ha estado? —repitió.

Sir Henry lo miró con los ojos entrecerrados.

—Kendrick, no estoy convencido de deberle una explicación a usted ni a ninguna otra persona sobre mis movimientos —respondió—. Si me disculpa, hay una dama presente. La acompañaré a casa.

—Ash —dijo el mayor Cunningham—, creo que sería mejor decirles lo que ha sucedido esta mañana.

—¿Lo que ha sucedido? —La señorita Verney parecía desconcertada y estaba muy pálida—. ¿Qué ha sucedido esta mañana?

—Tal vez *usted* pueda explicárnoslo —dijo Ashley, sin quitarle la vista de encima a sir Henry.

—Ash —dijo el mayor, con una nota autoritaria en la voz—, siéntate. Señorita Verney, por favor, siéntese otra vez. Alguien le ha disparado a lady Emily esta mañana en la colina.

Barbara Verney se llevó las manos a la boca.

—Por suerte —siguió el mayor—, salvo un arañazo en una mano y un buen susto, no ha sufrido más daños.

—Y usted cree que he sido yo —dijo sir Henry con un hilo de voz—. ¡Válgame Dios! Todavía cree que maté a Greg Kersey. Y ahora cree que he intentado matar a lady Emily. ¿Acaso piensa que quiero hacer una carrera matando gente aun cuando no hayan hecho nada para ofenderme? Kendrick, lo retaré a duelo por esto. —Aspiró el aire con fuerza por la nariz—. Pero esta no es una conversación adecuada para los oídos de una dama. Vamos, Barbara. Te llevaré a casa y después lidiaré con esto.

—No —dijo su hermana con voz temblorosa. Se sentó—. Vamos a lidiar

con esto ahora y sin ridículas conversaciones sobre duelos. Henry, lord Ashley está molesto. Lady Emily es su invitada y todos sabemos que, además de ese detalle, siente afecto por ella. Lo único que ha hecho ha sido hacerte una pregunta... que tú te has negado a responder. Creo que ha llegado la hora de las explicaciones.

—¡Bravo, señorita! —exclamó el mayor Cunningham—. Sir Henry, siéntese, si no le importa. Ash, siéntate. ¿Prefieren que me marche?

—No —dijo Ashley en voz baja—. Quédate, por favor.

—Henry, debes contarle a lord Ashley lo que sospechas —dijo Barbara Verney.

—Está relacionado con su difunta esposa —comenzó sir Verney con voz tirante—. Tal vez quiera oírlo a solas.

—No —reiteró Ashley, que había vuelto a sentarse. Sir Henry seguía de pie—. Sea lo que sea lo que vaya a decir, puede hacerlo delante del mayor Cunningham.

—Creo —comenzó sir Henry— que la muerte de Gregory Kersey no fue accidental. Es posible que se quitara la vida. Llevaba una escopeta que había sido usada recientemente... como las de todos los demás. Tenía motivos, tal vez. Pero creo que fue un asesinato. —Tomó una honda bocanada de aire—. Creo que Alice lo mató.

—¿Cómo? —susurró Ashley. La oscuridad amenazaba con apoderarse de su visión.

—Pero ¿por qué? —preguntó también el mayor Cunningham, que rompió el silencio con una voz extrañamente serena.

—Iba a casarse con Katherine Binchley el mismo día de su muerte —contestó sir Henry—. Había comprado una licencia especial y había hecho todos los arreglos para que la ceremonia se celebrara de forma discreta en otra parroquia.

Ashley solo atinaba a mirarlo.

—¿Y usted cree que lady Ashley, la señorita Kersey en aquel entonces, mató a su hermano solo porque iban a suplantarla como la señora de Penshurst? —preguntó el mayor—. Una medida un tanto extrema, ¿no le parece?

—No por ese motivo. —Sir Henry miraba a Ashley—. Kendrick, creo que usted lo entiende. Ella se lo contó todo, salvo tal vez los detalles incriminatorios que acabo de mencionar.

Pero no entendía nada. Nada en absoluto. Tenía la impresión de estar sumido en una pesadilla extraña.

—Dígame —dijo.

Sir Henry parecía muy incómodo. Miró al mayor Cunningham y a su hermana.

—Henry, yo ya lo sé —le recordó esta—. Te lo comenté como suposición y tú no lo negaste, ¿lo recuerdas? No hace falta que trates el tema con tacto.

—Alice estaba enfadada por la idea de la boda de su hermano —siguió sir Henry—. Lo quería. —Carraspeó, nervioso—. Lo quería más de la cuenta.

—¡Válgame Dios! —exclamó el mayor.

Pero Ashley había cerrado los ojos. A su mente acudió un recuerdo que tal vez había mantenido enterrado desde que conoció a sir Henry Verney. La mañana posterior a su desastrosa noche de bodas, Alice le había confesado que le recordaba mucho a su amante. Que por eso se había sentido atraída por él. Le recordaba a su amante... Sir Henry Verney. Pero Verney no se parecía a él en absoluto. Y, en ese momento, recordó uno de los gestos que Emily le había hecho el día anterior y que reverberó en su mente como si lo hubiera hablado. «Se parece a ti», le había indicado, mientras señalaba el retrato de George Kersey, colocado en un marco doble junto al de Alice. «Se parece a ti.»

—No parecía muy contenta cuando Gregory empezó a cortejar a Katherine —confesó sir Henry—. Yo tampoco lo estaba.



—Pero usted era su amante —replicó Ashley sin abrir los ojos.

—¿De Katherine? —puntualizó sir Henry con tirantez—. No. Siempre me he comportado de forma honorable con ella.

—No —dijo Barbara Verney—. Se refiere a Alice, Henry.

—¿A Alice? —Sir Henry parecía escandalizado—. ¿Que yo era el amante de Alice? ¿Eso fue lo que le dijo? ¡Válgame Dios! Como que me llamo Henry que no es cierto.

Sin embargo, Alice no era virgen, pensó Ashley. ¡No era virgen!

—Es evidente que todo esto es nuevo para usted, Kendrick —siguió sir Henry—. Lo siento. Lo siento mucho. Cuando me dijo que Alice se lo había contado todo, supuse que le había contado la verdad, aunque se hubiera guardado la parte más violenta e incriminatoria de todo el asunto.

—Su discusión con Kersey —repuso Ashley— estuvo motivada por el hecho de que amaban a la misma mujer. No fue porque él pensara que usted había deshonrado a su hermana.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Barbara Verney.

—No —dijo sir Henry en voz baja.

—¿El apego hacia su hermano era tal que prefirió matarlo antes que perderlo a manos de otra mujer? —quiso saber el mayor Cunningham—. Verney, ¿tiene alguna prueba de que ella le disparara? ¿O es una suposición sin fundamentos?

«Sí, el apego era así de intenso», pensó Ashley con convencimiento. Fueron amantes. Sus ojos tenían una expresión ferviente cuando le dijo a su marido, con el que se había casado veinticuatro horas antes, que todavía amaba al otro hombre, que siempre lo amaría. Siempre. Sí, lo había amado lo bastante como para matarlo. Y para vivir atormentada desde entonces.

—Alice estaba en la colina —dijo sir Henry—. La vi corriendo camino abajo cuando me detuve y miré hacia atrás después de oír el disparo. Cuando se lo dije más tarde, lo negó y después lo admitió. Afirmó que había salido

para unirse a la partida de caza, a veces lo hacía, que había oído el último disparo y que había visto a su hermano abatido. Afirmó sentirse demasiado horrorizada como para acercarse, y que corrió a la casa en busca de ayuda. Pero Alice poseía una entereza, un arrojo, que no acababa de encajar con esa explicación. Además, no envió a Binchley a ver lo que había sucedido hasta que pasaron varias horas. ¿Que si tengo pruebas de que mató a Greg? No. Quizá siempre me he alegrado de no tenerlas. Mantuve la boca cerrada. Barbara ni siquiera estaba al tanto de todo esto hasta ahora mismo. Ella ni siquiera sabía que vi a Alice aquella mañana hasta ahora mismo.

—¿Por qué podría haber sido un suicidio? —preguntó el mayor Cunningham—. ¿Por qué iba a suicidarse Kersey la mañana de su boda?

Ashley había apoyado los codos en las rodillas y tenía la cara enterrada en las manos.

—Su... amor por Katherine fue algo repentino —contestó sir Henry, con una nota amarga en la voz—. Y era un hombre infeliz. Siempre habíamos sido muy amigos. Pero antes de que me arrebatara a Katherine, ya había una barrera entre nosotros. Había algo de lo que no estaba dispuesto a hablar. Algo que yo solo podía suponer. Fue mucho después cuando descubrí que Barbara había hecho las mismas suposiciones que yo.

—Entonces ¿estaba tratando de darle... normalidad a su vida? —precisó el mayor.

—Eso creo. —Sir Henry se había alejado hacia la ventana, y le estaba dando la espalda a los presentes.

—A Henry le ha sorprendido, y también dolido, su hostilidad —dijo la señorita Verney en voz baja, dirigiéndose a Ashley—. Ahora está claro que todo ha sido un enorme malentendido. Creo que deberíamos marcharnos, Henry. ¿Mayor? Creo que está a punto de desplomarse.

—Yo me encargo de él, señorita —le aseguró el mayor Cunningham—. Soy su amigo.

—Sí —repuso ella—. Es evidente. Vamos, Henry.

Ashley fue consciente de que sir Henry se detenía un instante a su lado de camino a la puerta. Sintió un apretón en un hombro.

—Lo siento —le dijo sir Henry.

Ashley mantuvo la cabeza gacha y la cara enterrada en las manos. El hermano de su esposa había sido también su amante. Ella lo había matado porque él había intentado librarse de una relación incestuosa casándose.

—Henry —dijo Barbara mientras su carruaje se alejaba de Penshurst—, lord Ashley no lo sabía. ¡Pobre hombre!

—Hay una cosa en la que nadie parece haber reparado —replicó él—, aunque estoy seguro de que Kendrick caerá pronto en la cuenta. La persona que mató a Greg no puede ser la misma que le disparó esta mañana a lady Emily, no si nuestras sospechas con ciertas. Así que, ¿quién le disparó, y por qué lo hizo?

—Pensé que todos los conflictos relacionados con Penshurst acabaron con la marcha de Alice —confesó su hermana con un suspiro—. Pero parece que todo comienza de nuevo. Claro que, ¿crees que puede haber alguna relación? ¿Qué has estado haciendo durante toda la mañana?

Sir Henry esbozó una sonrisa un tanto torcida.

—¿Te estás preguntando si estaba en esa colina? —preguntó.

—Por supuesto que no —se apresuró a contestar Barbara—. Es simple curiosidad.

—He estado cabalgando casi toda la mañana —admitió—. Si me preguntas que por dónde he ido, no podré contestarte. No lo recuerdo. A primera hora, fui a ver a Katherine. Suelo hacerlo, para que lo sepas, antes de que Eric se levante y ya no tenga tiempo para mí. Por fin le he pedido que se case conmigo... He logrado reunir el valor de hacerlo. Pero me ha rechazado.

—Ay, Henry... —replicó ella, que se inclinó hacia él desde el asiento de

enfrente para colocarle una mano en el brazo en un gesto de apoyo—. Pero ¿por qué? Siempre te ha tenido cariño. Antes pensaba que te quería. De un tiempo a esta parte, he empezado a pensarlo de nuevo... Si acaso alguna vez dejó de quererte.

—Me ha dicho que no. —Apoyó la cabeza en el respaldo—. No me ha ofrecido explicación alguna. Solo me ha dicho que no.

—Lo siento mucho —le dijo ella.

Pero cuando llegaron a la verja de la propiedad, sir Henry se volvió para dar unos golpecitos en el carruaje que le indicaron al cochero que se detuviera delante de la casa de los Binchley. Como era habitual, Eric estaba meciéndose en el jardín. Sonreía mientras los saludaba con la mano.

—¿Qué es hoy? —le preguntó Barbara después de bajar el cristal de la ventanilla—. ¿Un caballo? ¿Un barco?

—¡Una nube! —contestó el pequeño—. Estoy volando por el cielo. El abuelo me ha contado la historia de un dios que surcaba el cielo con su carro. Pero yo voy en una nube.

—Eric —dijo sir Henry—, pregúntale a tu madre si puede salir un momento.

Eric se alejó brincando por el camino.

—No quiero molestarla —adujo sir Henry cuando vio que su hermana lo miraba con curiosidad—. Pero necesito hablar con ella.

Katherine apareció limpiándose las manos en un prístino delantal. En vez de mirar al carruaje, dejó la vista clavada en el suelo. Daba la impresión de que había estado llorando.

—Katherine —dijo Barbara—, como siempre, estás ocupada. Y como siempre, a tu lado me siento como una holgazana.

—Kathy —dijo sir Henry—, venimos de Penshurst. Alguien le ha disparado a lady Emily Marlowe esta mañana sin motivo alguno.

Ella alzó la vista y lo miró, consternada.

—No ha sufrido heridas de gravedad —siguió—. Está más afectada por el susto que por el disparo, creo. Te lo digo para que tengas cuidado. Para que te quedes cerca de casa a menos que tu padre te acompañe. Y para que vigiles a Eric. ¿Me lo prometes?

Se había quedado muy blanca.

—¿Kathy? —insistió él.

—La has asustado —repuso su hermana—. Katherine, de momento no hay razón para asustarse. Aunque tal vez sea mejor andarse con cuidado. ¡Qué bonitas tienes las flores! Siempre tan brillante y tan hacendosa.

Katherine Smith había abrazado a su hijo desde atrás. Bajó la cabeza para besarlo en la coronilla.

—Kathy —dijo sir Henry, que soltó un suspiro frustrado—. Ten cuidado. —Le hizo una señal a su cochero para que siguiera.

Katherine estuvo un buen rato sin moverse, abrazando a su hijo y observando el carruaje mientras se alejaba. Al final, Eric protestó y ella lo soltó para que siguiera jugando. Clavó la mirada en las flores sin ver nada.

## 25

Emily bajó a tomar el té al salón. Salvo por lo blanca que tenía la cara y por el grueso vendaje de la mano, nadie habría dicho que le pasaba algo, pensó Ashley cuando le hizo una reverencia en el salón antes de sentarse a su lado en un sofá. Llevaba un precioso y elegante vestido a la francesa de color verde claro, con delicadas flores bordadas en el peto y en los festones de la bata. Se había recogido el pelo con pulcritud bajo una cofia de encaje diminuta. Ashley resistió la necesidad de sentarse más cerca de ella de lo que marcaba el decoro y de entrelazar sus brazos.

Ella contestó todas las preguntas acerca de su salud con una sonrisa.

—Se ha negado a quedarse un minuto más en la cama —explicó Anna— o a tomar más láudano. Aunque debe de dolerle mucho la mano.

—A veces, el dolor es preferible a la sensación de estar drogado —repuso Luke—. Solo es un corte, Anna, aunque bastante feo, desde luego.

—El valor de lady Emily es ejemplar —dijo el mayor Cunningham—. Muchas de las damas a las que conozco se quedarían encerradas en sus aposentos varios días, incluso semanas, tras semejante incidente.

Emily sonrió todo el tiempo mientras tomaban el té. Ashley se percató de que no se molestaba demasiado en seguir la conversación.

Tras la marcha de sir Henry Verney y de su hermana, Ashley no tardó mucho en darse cuenta de que el misterio acerca de lo que le había sucedido a Emily esa mañana y dos días antes era mayor si cabía. Ojalá ella pudiera arrojar algo de luz..., pero ese momento no parecía el más apropiado.

Luke y Anna creían que debían llevársela, de regreso a Bowden Abbey, al

menos hasta que Theo y lady Quinn volvieran a Londres. Ashley solo podía darles la razón, aunque con el mayor de los pesares. Quería casarse con ella. Estaba casi convencido de que esa vez bien podría aceptar su proposición. Pero ¿cómo casarse con ella si se iba de Penshurst? ¿Cómo hacerlo si la propiedad no era un lugar seguro para ella?

Solo había una respuesta, por supuesto, y Roderick Cunningham se la había ofrecido en privado, después de la conferencia a cuatro acerca de la seguridad de Emily que había tenido lugar durante el almuerzo: Ashley tenía que vivir en otro lugar con ella. La oferta de comprar Penshurst seguía en pie.

Era una oferta que Ashley detestaba considerar siquiera. Penshurst era suyo. Ya sentía el afán posesivo. Emily y él se habían querido y habían encontrado la felicidad allí juntos. Una felicidad duradera, o eso esperaba. Quería sentar cabeza allí con ella, tener hijos allí con ella, envejecer allí con ella. No quería que lo echaran. No quería temer llevarla a esa parte del país. Además, ¿quién podía asegurar que esos extraños ataques no la seguirían a otra parte? Habría preferido encontrar a su asaltante en vez de huir de él... o de ella.

Sin embargo, le había dicho a Roderick que pensaría en su oferta.

Su amigo le puso una mano en el hombro.

—Sé que te romperá el corazón, Ash —le dijo cuando hablaron del tema—. Pero sé que renunciar a lady Emily te lo destrozará para siempre. Piénsate mi oferta. No hay prisa, ni presión. Somos amigos.

—¿Me acompañas a dar un paseo, Emmy? —le preguntó Ashley tras zanjar el asunto y después de tocarle la mano con los dedos para llamar su atención—. Ha dejado de llover. ¿Te asustará demasiado salir de la casa? ¿Aunque me tengas a tu lado?

No, le contestó ella, no tenía miedo. Se marchó y regresó con uno de sus preciosos sombreros de paja de ala ancha, inclinado sobre los ojos, y asegurado con un gran lazo en la nuca, bajo la cofia.

Sin embargo, él la detuvo en el vestíbulo antes de salir al exterior. Se aseguró de que no hubiera criados cerca que pudieran oírlo antes de decirle:

—Emmy, contéstame unas preguntas antes de irnos. Tal vez necesitemos pluma y papel. No viste a la persona que te disparó esta mañana. ¿Viste a la persona que te asustó hace dos días?

Se percató de que sí lo había visto, aunque a todas luces se mostraba renuente a admitirlo. No obstante, la vio asentir con la cabeza a la postre. Tomó una honda bocanada de aire, aliviado y satisfecho.

—¿Quién? —le preguntó— ¿Quién fue?

—No —le dijo ella antes de morderse el labio.

—Emmy. —La agarró de los brazos e inclinó la cabeza hacia ella—. Vamos al gabinete. Escríbeme su nombre. Debo saberlo. Debo ser capaz de protegerte para que no te hagan más daño.

—No —repitió ella, frunciendo el ceño.

Ashley inspiró hondo y luego suspiró.

—Pues dime una cosa —le suplicó—. ¿Crees que hay alguna relación entre los dos incidentes?

Emmy fue muy firme al responder. No, no había relación alguna. Pero ¿cómo podía estar segura?, se preguntó él.

—¿Estás segura? —le insistió—. ¿No te cabe la menor duda? —La miró fijamente.

—Sí —contestó ella.

Y así desapareció su última esperanza. Era frustrante no saber quién la había asustado tanto, pero ella parecía convencida de que quienquiera que hubiese sido no había intentado matarla esa mañana.

Pasearon por el sendero del río, Emmy cogida fuertemente de su brazo. Aunque solo la usaba en las veladas que requerían un atuendo formal, lucía la espada bajo la casaca. Y tenía una pistola cargada en el bolsillo. No era forma de estar en su propia casa, pensó. Quizás en otra casa se sentiría más al



mando, más capacitado para proteger a su mujer.

—Emmy —le dijo, inclinando la cabeza para que ella pudiera verle la cara por debajo del ala del sombrero—. Luke y Anna quieren llevarte de vuelta a Bowden Abbey. Tal vez mañana mismo.

Ella se detuvo y lo miró con los ojos abiertos de par en par.

—No puedo oponerme a ellos —continuó—. No tengo derecho a hacerlo. Y me preocupa tanto como a ellos tu seguridad. ¿Qué deseas hacer tú?

Emmy habló con mucho tiento.

—Tú quieeeres —le dijo ella.

A juzgar por la forma en la que enarcaba las cejas, Ashley supo que era una pregunta, no una afirmación.

El amor lo volvía egoísta. Titubeó, pero acabó por menear la cabeza.

—No —le contestó—. Pero aquí te han dado un susto casi mortal, Emmy. Tal vez debas irte. Puedo ir a Bowden Abbey cuando deje resueltas unas cuantas cosas aquí.

—No —repuso ella.

—¿No quieres que vaya? —le preguntó.

Ella ladeó la cabeza y lo censuró con la mirada.

«Me quedaré aquí», le dijo Emmy con gestos firmes.

—En ese caso, me aseguraré de que Penshurst sea seguro para ti —le dijo él—. Te lo prometo, Emmy. Y después podrás vivir aquí sin miedo... para siempre, si así lo deseas.

No era el momento apropiado para decir nada más, aunque ansiaba hacerlo. Y los ojos de Emmy parecían decirle que ella también lo ansiaba. Sin embargo, le parecía que la vida seguía demasiado llena de obstáculos... o tal vez hubiera más obstáculos que los que había el día anterior.

Inclinó la cabeza y la besó.

Emily se despertó con un mal presentimiento. El dormitorio estaba a oscuras

pese a que las cortinas de la cama estaban descorridas, al igual que las de la ventana. Todo estaba tranquilo. No se movía sombra alguna. Sin embargo, ¿por qué iba a esperar que sí se movieran? ¿Y a qué se debía esa sensación?

Solo cuando aferró la colcha y sintió el vendaje de la mano izquierda, dando un respingo por el repentino dolor, lo recordó todo. No le gustaba la sensación de indefensión que el miedo le provocaba. Había luchado toda la vida contra ella. Dada su sordera, tal vez fuera más susceptible al miedo que los demás. Sin embargo, nunca había permitido que el miedo la dominara. Había luchado con uñas y dientes para controlar sus emociones, para que la paz fuera la fuerza dominante en su vida. Lo intentó de nuevo cuando se acostó un poco antes. Se había negado a que Anna o una criada durmieran con ella en la habitación. Incluso se había negado a dejar las velas encendidas.

Tenía la sensación de que desde su llegada a Penshurst solo había experimentado un miedo tras otro. Quizá debería hacer lo que Anna y Luke querían que hiciera y lo que Ashley le había aconsejado. Quizá debería marcharse de Penshurst y volver a casa, a Bowden Abbey. Sin embargo, no quería marcharse. Quería quedarse con Ashley. Le había mencionado un «para siempre» mientras paseaban junto al río. Quería ese para siempre con él, o al menos para el resto de sus vidas. Incluso albergaba la esperanza de que él comenzara a quererla tanto como ella lo quería. Además, no quería huir de su miedo. Si huía en ese momento, tal vez se pasara huyendo el resto de la vida. Empezaría a considerarse una persona discapacitada.

Había cedido a la tentación de tomar una pequeña cantidad de láudano antes de acostarse, recordó. Le dolía demasiado la mano como para desentenderse de ella. Los efectos de la droga se le habían pasado. Sin duda alguna, la desorientación al salir del estupor del láudano era lo que la había llevado a despertarse presa de tal pánico que el corazón seguía latiéndole con fuerza contra las costillas. Costaba muchísimo desprenderse del miedo. No se

atreví a moverse. Pero ¿por qué?

Rodó para tumbarse de costado, moviéndose a un lado y a otro con la intención de encontrar una postura cómoda. Pronto conquistaría ese miedo, se propuso. Cerraría los ojos y volvería a dormirse.

Sin embargo, clavó la vista en la mesilla de noche. La familiar silueta de la vela en la palmatoria labrada quedaba oculta por algo de mayor tamaño. Intentó recordar de qué se trataba. Su libro de oraciones estaba en el borde de la mesilla, donde lo había dejado la noche anterior. ¿Qué era ese objeto? Su mente intentó darle una respuesta, intentó recordar... sin resultado alguno. A la postre, tuvo que incorporarse para inclinarse hacia el objeto y tocarlo. Lo cogió, pero siguió sin recordar. Era pesado, un marco de un retrato. No, dos marcos, unidos por una bisagra.

Y, en ese momento, lo supo. El mal presentimiento regresó con renovadas fuerzas. ¿Cómo había llegado hasta allí? No estaba en la mesilla cuando se acostó.

Se levantó de un salto de la cama, con las miniaturas pegadas al pecho. Echó un vistazo a su alrededor en busca de su bata, pero no la vio por ninguna parte. No recordaba dónde la había dejado. Soltó las miniaturas en la cama y entró en el vestidor para buscarla. Sin embargo, su mente estaba demasiado desasosegada como para recordar siquiera lo que estaba buscando. Abrió la puerta que daba al pasillo y lo recorrió a toda prisa.

La puerta de Ashley no estaba cerrada con llave. La abrió, entró corriendo y la cerró tras ella. Se quedó con la espalda pegada a la puerta, intentando recuperar el aliento, intentando tranquilizar su mente, intentando recordar por qué había ido allí. Y dónde estaba.

Después, su mirada se posó en la cama. Él se había levantado de la cama para acercarse a ella. Estaba desnudo, advirtió en la casi absoluta oscuridad. Le puso las manos en los hombros. Le estaba hablando, lo sabía, aunque no podía verle los labios con claridad. Sus manos la agarraron con fuerza y la

pegaron contra su cuerpo. Se estremeció contra su calidez.

Acto seguido, se descubrió en la cama sin saber cómo había llegado hasta allí. Era blanda y estaba calentita por su calor corporal. Él estaba sentado en el borde del colchón, cerca de ella, encendiendo una vela. Se había puesto un batín de seda rojo, aunque no lo había visto hacerlo.

—¿Emmy? —Se inclinó sobre ella—. Amor mío, ¿qué te pasa?

Le castañeteaban los dientes. Estaba en el dormitorio de Ashley, advirtió. ¿Por qué? Sus dedos le acariciaban el pelo de las sienes.

—¿Te has despertado y te has asustado por algo? —le preguntó él—. Deberías haber dejado que Anna se quedara contigo, o una de las criadas, al menos.

Sí, se había despertado asustada. Y sola. Vio una silueta...

Sintió los labios de Ashley sobre los suyos, cálidos, reconfortantes.

—¿Quieres que vaya en busca de Anna? —le preguntó. Sus ojos sugerían otra cosa.

No, le contestó ella sin palabras. No, no podría moverse de nuevo. No podría volver *allí*. Pero ¿adónde? ¿Y por qué no podría volver?

—¿Te duele? —quiso saber él—. Los efectos del láudano deben de haber pasado. Te ha dejado desorientada.

Le dolía la mano. Solo fue consciente de que así era cuando él se lo preguntó. No era un dolor insoportable. No quería más láudano. El láudano la volvía rara, la llenaba de miedos. Detestaba tener miedo. Todavía seguía aterrada a causa de la última dosis. Sentía cómo le castañeteaban los dientes.

—No.

En ese momento él se puso en pie, se desató el cinturón de la bata y la dejó caer al suelo. Se inclinó para apagar la vela. Era guapísimo, pensó ella, aunque estuviera más delgado de lo que debería. Seguía siendo muy musculoso y poseía una masculinidad muy elegante. Se tumbó junto a ella y la abrazó con fuerza, ofreciéndole su calidez y su fuerza, y para que pudiera

relajarse gracias a ellas. Cuando por fin le hizo el amor, se tumbó sobre ella y la penetró hasta el fondo, con rapidez, sin amarla antes con las manos y con la boca. Se movió con embestidas fuertes y firmes. Era como si reconociera la necesidad que ella tenía de perderse en él, de fusionarse con su fuerza y con su virilidad. Ella no participó. Se quedó relajada, receptiva y agradecida. Lo sintió muy adentró y permitió de buena gana, en esa ocasión, que la dominara.

El sueño se apoderó de ella casi en el mismo instante en el que sintió su cálida simiente derramarse en su interior.

Abrazarla mientras dormía, en su propia cama, en su propio hogar, tal como hacía en ese momento, hizo que la cruda realidad lo asaltara. Emmy estaba soltera, pero seguramente llevara a su hijo en su seno. Era una invitada bajo la protección de su techo. Su hermano y su cuñada estaban bajo el mismo techo. Sin embargo, ella se encontraba en su cama. Él había estado en su interior. Era inconcebible. No podía permitir que las cosas siguieran así.

Emmy tendría que marcharse de Penshurst. Era más que evidente en ese momento. Y si ella tenía que irse, él también. No podía vivir sin ella. Y no lo haría a menos que ella lo rechazara de plano. No creía que lo hiciera. Además, las opciones de Emmy eran muy limitadas. Calculó mentalmente la cantidad de veces en las que la había puesto en peligro de concebir. Emmy tenía que irse. Y él también lo haría.

La abrazó mientras él mantenía el sueño a raya. No la llevaría de vuelta a su propia habitación antes del amanecer. Sin embargo, la llevaría antes de que los criados se despertasen. Nadie podía saber que había pasado varias horas con él esa noche.

Dejó la mirada perdida en la oscuridad. Detestaba ver en qué se había convertido Emmy. Detestaba verla encogida por el miedo, aunque no hubiera motivos para que así fuera: esa noche estaba a salvo en su hogar. Había

intentado ser valiente. Todos le habían insistido para que consintiera en que alguien durmiese con ella, pero se había negado con tozudez, ya que no quería mostrar debilidad alguna. Su querida Emmy... Añoraba ver cómo la serenidad y la paz regresaban a su vida. La fuerza.

Se había percatado de su pasividad mientras le hacía el amor; Emmy se había limitado a entregar su cuerpo para que la penetrara. Así como su mente y sus emociones. Había tenido casi la sensación de que se había abandonado para que la usara, como si hubiera entregado su misma esencia a su dominación masculina. Él no había disfrutado del acto en sí. Le había dado lo que ella, a todas luces, deseaba y necesitaba, pero no lo había disfrutado. Lo había sobrecogido el dolor por la persona que ella había negado: Emmy. Su cervatilla.

Seguía sobrecogido de dolor por ella.

Esperó a que las primeras luces del alba hicieran retroceder la oscuridad antes de besarla en los labios y soplar con delicadeza sobre su oreja. Ella se removió, somnolienta, e intentó acurrucarse contra él. Tuvo que contener el deseo.

—Emmy —le dijo, y la besó de nuevo—. Despierta. —No podía oírlo, por supuesto, pero sus besos, así como el dedo que le recorría con delicadeza la columna arriba y abajo, la despertarían.

Tenía la mirada perdida cuando abrió los ojos. Lo miró y luego echó un vistazo por la habitación. Tal como había supuesto: Emmy se despertó del sueño inducido por el láudano asustada y desorientada, y había corrido en su busca sin pensar siquiera. Tal vez ni siquiera recordaría que le había hecho el amor.

—Viniste a mí en busca de consuelo —le explicó—. No pasa nada, Emmy. Siempre estaré aquí para ti. Como tú estuviste para mí cuando volví a Inglaterra. Te llevaré a tu dormitorio antes de que alguien se levante. No es conveniente que alguien se entere de que has estado aquí.

Emmy se levantó de la cama, obediente, y espero a que él se cerrara el batín con el cinturón. Acto seguido, Ashley abrió la puerta y se aseguró de que el pasillo estuviera desierto antes de rodearla con un brazo y acompañarla a su habitación. La cama estaba deshecha, tal como ella la había dejado. Ashley la pegó a su cuerpo y la besó.

—¿Estarás bien sola? —le preguntó.

Ella asintió con la cabeza.

—¿Me prometes que no saldrás esta mañana? —le pidió.

Ella volvió a asentir con la cabeza.

—Vuelve a la cama —le dijo—. Duerme un poco más, Emmy. Estás a salvo aquí, te lo prometo.

La soltó, y estaba a punto de echar a andar hacia la puerta cuando vio algo en la cama. Algo que reconoció al punto. Clavó los ojos en el objeto. Se le heló la sangre en las venas.

—¿Cómo ha llegado hasta aquí el retrato de Alice, Emmy? —le preguntó.

Ella volvió la cabeza para mirar la miniatura y puso los ojos como platos. Se quedó blanca. Parecía sorprendida cuando volvió a mirarlo a la cara.

—¿Te lo has traído tú? ¿Por qué?

La vio fruncir el ceño.

¿Por qué había entrado en esa estancia? ¿Por qué se había llevado el retrato de Alice? Estaba en la cama, unido por una bisagra al de George Kersey. En la cama de la que había salido para reunirse con él. Estaba muy asustada, con los ojos abiertos de par en par por el pánico, y le castañeteaban los dientes.

—Ven —le dijo en voz baja, mientras cogía las dos miniaturas y buscaba algo que echarle por encima de los hombros. Sin embargo, no había chal ni bata en el dormitorio. Le echó un brazo por encima y la pegó a él.

La puerta del vestidor de Alice estaba abierta de par en par. Al igual que las puertas que daban al dormitorio y a la salita. La ropa de cama estaba apartada, con las sábanas arrugadas y las almohadas, ahuecadas. Una bata de

satén yacía a los pies de la cama.

Emily levantó un brazo. Le temblaba la mano. Señaló la bata antes de señalarse a sí misma. «Mía», le dijo con ese gesto.

En el interior de la salita, el cajón del escritorio donde estaban las miniaturas se encontraba abierto. Ashley devolvió los retratos a su interior y lo cerró.

Instó a Emily a que se volviera hacia él y le alzó la barbilla. Estaba muy blanca.

—El láudano tiene efectos terribles en algunas personas —le dijo—. No debes alterarte, Emmy. No te estás volviendo loca, te lo aseguro. Voy a llevarte de vuelta a tu habitación y te voy a dejar allí unos minutos. Voy a ir en busca de Anna. No volverás a estar sola hasta que te vayas de Penshurst. No puedo verte así, siempre asustada, siempre pálida. Te enviaré lejos y, una vez que venda Penshurst, me reuniré contigo.

Ella gimió.

—Te veré feliz de nuevo, en paz de nuevo —le aseguró antes de abrazarla con fuerza unos segundos—. Te lo juro, amor mío.

La llevó de vuelta a su dormitorio y se apresuró a llamar a la puerta de los aposentos de Luke. Se vestiría después de hablar con ellos y de mandar a Anna con Emmy, y después hablaría con Rod, aunque para ello tuviera que despertarlo tan temprano. Tenían un asunto que tratar: la venta de Penshurst.



## 26

—¿Kathy? —Sir Henry Verney se quitó el tricornio cuando ella le abrió la puerta de su casa, a primerísima hora de la mañana—. ¿Querías hablar conmigo?

La noche anterior, Katherine le había mandado un mensaje a través de su administrador, que había estado en casa visitando a su padre. Aunque el administrador le entregó el mensaje la noche anterior, era demasiado tarde para ir a visitarla. Apenas había logrado pegar ojo en toda la noche. Pero si esperaba ver en su rostro algo que le diera esperanzas, se llevó una desilusión. Katherine tenía muy mala cara.

—Sí. —Se apoyó en la puerta—. No sabía con quién hablar. Papá se limitaría a enfadarse. Así que eras tú o lord Ashley Kendrick. Pero no puedo ir a verlo a Penshurst ni pedirle que venga aquí. Podría decir que... —Guardó silencio y lo miró con expresión atribulada.

Ah, no había cambiado de opinión. No lo había mandado llamar para hacerlo el hombre más feliz del mundo.

—Coge un chal —le dijo él— y saldremos a dar un paseo. ¿Eric sigue dormido?

—Y mi padre también —contestó ella.

Sir Henry le ofreció el brazo mientras paseaban en dirección al puente y le alivió que ella lo aceptara. Cruzaron el puente y enfilaron el sendero que discurría en paralelo al río, pero por la orilla opuesta a Penshurst.

—¿Por qué estás tan triste? —le preguntó una vez que vio que ella se había serenado—. ¿En qué puedo ayudarte, Kathy?

—No sé por dónde empezar —respondió, mirándolo con esos ojos castaños llenos de lágrimas.

—Por donde desees hacerlo —replicó él—. Tengo toda la mañana, todo el día, si lo necesitas.

Ella respiró hondo varias veces y, a la postre, empezó a hablar.

—Siempre pensé que nos casaríamos —dijo—. Tú y yo. Jamás se me ocurrió que la diferencia social que nos separa fuera un impedimento para ti y siempre he estado..., te he tenido cariño.

—Sí —convino él—. Yo también lo creía así. Te quería.

—No sé muy bien qué fue lo que sentí por él —siguió Katherine—. Por Gregory. De repente, parecía... necesitarme. No creo que me amara, pero me colmó de atenciones con firme determinación. No sé por qué respondí de aquella manera. Tal vez me sentí halagada. Al fin y al cabo, él venía de Peshurst. Papá *trabajaba* para él. O tal vez percibí su necesidad y respondí a ella. El amor que tú y yo compartíamos parecía algo silencioso. No me di cuenta hasta mucho después de lo profundo que era. No..., no sé por qué acepté a Gregory.

—Kathy —dijo sir Henry, que fue consciente de la nota dolida de su voz—, pensé que habías dejado de quererme. Que lo querías a él.

—Creo que me convencí de que lo quería —confesó—. Pero ya estaba segura de que no era así antes de que él muriera. Henry, no hubo ningún señor Smith. Nunca he estado casada.

—Lo sé —replicó él en voz baja.

—¿Lo sabes? —Ella alzó la vista para mirarlo y se mordió el labio.

—Mucho antes de que regresaras —le aseguró—. Y si no hubiera estado seguro, lo habría sabido en cuanto vi a Eric.

—Se parece a Gregory, ¿verdad? —le preguntó ella con tristeza.

—Kathy. —La esperanza comenzó a brillar suavemente en su interior otra vez—. ¿Por eso me rechazaste ayer? ¿Pensabas que no lo sabía? ¿Creías que

no te querría si descubría que nunca has estado casada? ¿Si me enteraba de la ilegitimidad de Eric? Esas cosas no me importan en absoluto. Tú serías mi esposa. Y él, mi hijo.

—Creo que soy culpable de haber hecho cosas terribles —siguió ella con voz trémula—. Mucho peores que esa.

—Pues cuéntamelas —la invitó él—. Ha llegado el momento. Antes no eras tan callada, no parecías tan triste como lo estás desde que regresaste. Es un niño precioso, Kathy, y tú eres una buena madre. No parece una razón para provocar una infelicidad perenne. ¿Qué son esas cosas espantosas de las que hablas?

—Me marché con mi familia materna —dijo Katherine—. Ellos me acogieron y me trataron con amabilidad. Tuve mucha suerte. Pero estaba enfadada y amargada. Había arruinado mi vida, había aceptado a Gregory movida por su necesidad y me había alejado de todo aquello que me habría hecho feliz para siempre. Incluso había perdido la oportunidad de llevar una vida respetable en el último momento, porque murió el día que íbamos a casarnos. Mi hijo, que habría sido heredero de Penshurst a la muerte de su padre, nació siendo bastardo. Y a mi padre, a mi pobre e inocente padre, que siempre se había enorgullecido de su trabajo, lo despidieron. Todo por culpa de Alice. No sé por qué me odiaba tanto, a menos que fuera porque solo era la hija del administrador. Pero siempre he sido una dama. Mi padre es un caballero por su nacimiento. Y, al fin y al cabo, Gregory se habría casado tarde o temprano. Supongo que Alice debió de caer en la cuenta de ese detalle. Pero a mí me odiaba. Y creo que también empezó a odiarlo a él una vez que le habló de mí. Creo... Henry, siempre he creído que ella lo mató. ¿Está mal por mi parte pensar eso?

—No —le aseguró él.

—Entonces, ¿es cierto? —Lo miró con los ojos desorbitados.

—Sí —respondió sir Henry—. Eso creo, Kathy.

—Conocí a un hombre —siguió ella—. Primo de una amiga. Poseía una enorme fortuna, ya que había heredado dinero de varios parientes, pero estaba descontento porque no poseías tierras. Era guapo, agradable, simpático y atento. Su interés fue un bálsamo para mí. Gregory había muerto, a ti te había perdido... Agradecí que él apareciera. Volqué toda mi amargura en él, todo mi odio, todos mis celos.

—Tal vez no fue una actitud elegante por tu parte —comentó sir Henry cuando ella guardó silencio, angustiada—. Pero es comprensible, Kathy. Ojalá hubieras acudido a mí.

—No —dijo ella—. No podía hacerlo. Te mostraste desagradable y amargado, Henry. Fuiste brusco conmigo..., pero no te culpo. Si después de todo lo sucedido te hubiera dicho que esperaba un hijo de Gregory...

—Sí —reconoció sir Henry en voz baja—. Sí, tienes razón. Te odié durante mucho tiempo.

—No sabía que ese hombre se estaba enamorando de mí —siguió ella—, que estaba enfadado por lo que me había sucedido, que estaba planeando vengarse en mi nombre. Oh, sí, hablaba mucho de vengar las injusticias que yo había sufrido. Era un oficial del ejército y creía posible que en el futuro su regimiento fuera destinado a la India, donde vivía lord Kersey, por supuesto. Me dijo que se aseguraría de que algún día Eric viviera en el hogar que le pertenecía por derecho y que yo, como su madre, también viviría con él. Para mí era un juego, un juego satisfactorio, el sueño de una mujer despechada. Lo animé.

—A irse a la India —dijo sir Henry en voz baja.

—Y después —continuó Katherine—, cuando ya casi lo había olvidado, a él y a la venganza, nos enteramos de la terrible muerte de Alice y de su hijo. Y al cabo de unos días me llegó una carta suya en la que me decía que estaba en la India, disfrutando de sus obligaciones. Nada más. Nada sobre Alice. Desde entonces, me carcomen las sospechas. Me paso los días

preguntándome, angustiada, si hizo algo, y sufro pesadillas.

—Kathy, fue una coincidencia —la tranquilizó él, que le cubrió la mano con la suya—. Fue una coincidencia, te lo aseguro. Debes olvidarlo. Alice y su hijo murieron en un incendio accidental.

—Pero ahora está en Penshurst —se apresuró a añadir ella—. Henry, es el amigo de lord Ashley. Su amigo de la India. El mayor Roderick Cunningham.

—¡Válgame Dios! —exclamó sir Henry, cuya caricia se convirtió en un apretón.

—Ha hablado conmigo —dijo Katherine—. Me ha dicho que pronto Eric y yo estaremos viviendo en Penshurst... con él. Y estoy aterrada, Henry. ¿Qué ha hecho por mi bien? ¿Y qué planea hacer... por mi bien? Ayer dispararon a lady Emily Marlowe. ¿Quién? ¿Por qué? Me temo que, al menos, conozco la respuesta a la primera pregunta.

—Has hecho lo correcto al contármelo —le aseguró sir Henry—. Yo me encargaré de todo, Kathy.

—Tengo miedo incluso por ti —le dijo—. ¿Y si me ve paseando contigo? No debería haber salido así.

—No debes temer por mí —la tranquilizó.

—Pero ¿y si soy culpable de asesinato? —le preguntó—. Si él lo hizo..., ¿lo soy?

—Por supuesto que no lo eres. —La volvió para que lo mirara y la aferró con fuerza por los brazos—. Por supuesto que no lo eres, Kathy. Tendré que decirle a Kendrick lo que me has contado. ¿Puedo hacerlo?

—¿No crees que le dirá algo al mayor Cunningham?

—No —contestó sir Henry—. No lo creo. Tengo motivos para que no me caiga muy bien, pero no es una mala persona. Kathy, ¿por qué me rechazaste ayer? ¿Porque estabas asustada? ¿Porque te crees culpable de alguna atrocidad? ¿Por tu condición de madre soltera? ¿O porque no me quieres?

A Katherine se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Tal vez por todo menos por lo último —admitió.

—En ese caso, te lo preguntaré de nuevo —dijo él—, cuando todo esté arreglado.

—Henry, ¿qué vas a hacer? —le preguntó.

—Tengo que consultarlo antes con Kendrick —contestó—. Pero te prometo una cosa, Kathy: Cunningham no volverá a asustarte. Y me apuesto lo que sea a que Kendrick dirá lo mismo con respecto a lady Emily Marlowe.

—No irás a... —Le aferró las solapas de la casaca, por debajo del gabán—. No lo soportaría si te pasara algo.

La besó por primera vez desde hacía años. Ella lo aferró con más fuerza, devolviéndole el beso con avidez.

—Una cosa más —le dijo sir Henry cuando levantó la cabeza—. No vivirás en Penshurst. Pero puedes empezar a preguntarte si te gustaría vivir en Willowdale Manor. Y si te parece que lady Verney suena mejor que «señora Smith». Y si crees que Eric Verney parece un nombre apropiado para un próspero abogado, hombre de negocios o clérigo.

—Henry, ten cuidado —le suplicó ella—. ¡Ten cuidado, por favor!

Luke, Ashley y el mayor Cunningham se llevaron a los niños para cabalgar y entretenerlos en el exterior durante una hora. Anna se quedó en casa con Emily, hablando alegremente mientras cosían. Después, las dos fueron a la habitación infantil para jugar con James y Harry. Luke estaba allí, ayudando a Joy, que estaba practicando caligrafía, y oyendo cómo leía George.

Emily dejó que James la montara como si fuera un caballo y juntos cabalgaron por la estancia. Después, se sentó al lado de Harry e hizo que le sonriera la mar de contento y que agitara piernas y brazos por la emoción. Examinó la letra de Joy cuando esta le enseñó lo que había escrito y sonrió para expresar su aprobación. Con la mano sana, ayudó a James a hacer un castillo con sus bloques de madera.

Al día siguiente se irían a Bowden Abbey. De no haber sido por la dificultad que entrañaban los preparativos para organizar la partida de los niños y su equipaje, más el de los adultos, se habrían ido ese mismo día, le había asegurado Anna. Pero se encargaría de que Emily no pasara ni un minuto del día sola. Esa noche dormiría con ella en su dormitorio y, cuando Harry la necesitara, le diría a la niñera que lo sacara de la habitación infantil y lo llevara a su lado.

No habían mencionado el incidente del dormitorio de Alice, aunque Emily estaba segura de que Ashley debía de haberlos informado de lo sucedido. Era demasiado bochornoso e inquietante analizarlo. Debió de levantarse sonámbula a causa de los efectos del láudano. Pero debió de *acostarse* en esa cama. Porque regresó a su dormitorio con los retratos. Y, después, fue al dormitorio de Ashley. No recordaba haberlo hecho. Solo recordaba que se había despertado por la mañana en su cama, cálida, cómoda y segura, y que no quería levantarse. En su memoria, solo había un único recuerdo de la noche anterior. Sí que recordaba que Ashley le hizo el amor.

Esa mañana era difícil sonreír, observar los labios de los demás en vez de recluirse en su solitario silencio, gastar energía y atender a los niños con alegría.

Detestaba sentirse así. Asustada, sin control, perseguida. Vigilada. Detestaba pensar en Anna y en Luke como guardianes que la privaban de su intimidad y que coartaban su libertad. Tenía miedo de quedarse sola, de salir, de correr colina arriba para ir al cenador. Sin embargo, quería hacer las tres cosas. Y ese miedo la enfurecía. Y de forma irracional, también la enfurecían las personas que la protegían de él. Las personas que más quería en el mundo.

Detestaba esa sensación.

Y detestaba la idea de marcharse. Y la de que Ashley abandonara Penshurst por ella. ¿Hablaban en serio esa mañana cuando dijo de vender la propiedad? No debía hacerlo. No por ella. Debía convencerlo para que no hiciera

semejante tontería. Jamás estaría dispuesto a llevarla de vuelta a Penshurst. Y seguramente a ella siempre le asustara la posibilidad de volver. Si él no la vendía...

No se creía capaz de vivir sin él. Era una idea que ya había pensado antes. Cuando él se fue a la India y, después, hacía algo más de un mes en Bowden Abbey. Había vivido sin él siete años. Había vivido sin él durante el mes pasado en Londres. Sí, se dijo con firmeza, podría hacerlo de nuevo. Pero la mera idea amenazaba con sumirla en la oscura vorágine del pánico.

En ese momento, se echó a reír porque la estilizada torre que había estado levantando con los bloques de James acabó derrumbándose..., y cuando alzó la vista, descubrió que Ashley estaba cerca. Cogió a James en brazos, lo arrojó hacia el techo y, después de cogerlo de nuevo, lo dejó en el suelo. Estaba sonriendo, pero en su rostro se percibían el recelo y la tensión.

—Me quedaré media hora con Emily —le dijo a Luke—. Después tengo que salir. Verney me ha mandado un mensaje porque quiere verme para tratar un asunto que, al parecer, no puede posponer más tiempo. Pero cuando vuelva, saldremos a dar un paseo en carruaje. Los niños también. Nos llevaremos comida y bebida, y merendaremos al aire libre. Rod está en la planta baja, engatusando al ama de llaves y a la cocinera y organizándolo todo por mí. Debemos disfrutar de nuestro último día en la propiedad.

Emily aceptó el brazo que le ofrecía y permitió que la llevara a la biblioteca, donde la invitó a sentarse en un mullido sillón de cuero, en cuyo brazo se sentó él. Después, le cogió la mano sana.

Se sintió avergonzada mientras estaba con él. ¿Qué pensaría de ella después de haber entrado la noche anterior en el dormitorio de Alice? ¿Después de haberse acostado en su cama? ¿De haberse llevado el retrato de Alice a su habitación? ¿Qué pensaría de ella por haber ido a visitarlo a su dormitorio en plena noche? Lo miró a los ojos.

En ellos, vio una inmensa ternura.



—Emmy —le dijo—, de alguna manera te recompensaré por todo lo que está pasando. Lograré que seas feliz y que encuentres nuevamente la paz. Tal vez así pueda compensar los mayores errores de mi vida.

Ella intentó sonreírle.

—Voy a hacerte una pregunta —siguió—. Una que ya te he hecho antes. Esta vez, espero obtener una respuesta distinta. Pero no te lo preguntaré todavía. No lo haré aquí. Penshurst se ha convertido en un lugar triste para ti y, por tanto, también lo es para mí. Emmy, voy a vender Penshurst. Compraré otra casa y espero que sea un lugar más alegre... para ti y también para mí.

—No —dijo ella, que movió también la cabeza—. No, Aaashley. —Tendría que añadir algo más para que él la entendiera.

Ashley le besó el dorso de la mano.

—Rod va a comprarla —le informó él—. Ya hemos llegado a un acuerdo entre nosotros. Solo necesitamos que nuestros abogados se encarguen de los detalles legales. Parece que la idea de vivir aquí lo hace feliz de verdad. Y a mí me alegrará saber que está en manos de un amigo.

Emily no entendió todo lo que le dijo, pero lo importante le quedó muy claro. A pesar de haberlo intentado, no soportaba al mayor Cunningham. Detestaba la idea de que Ashley le vendiera Penshurst precisamente a él.

—No —repitió.

—Rod será feliz aquí —afirmó—. No tiene recuerdos, malos ni buenos, que lo acompañen. Aquí es un forastero. No conoce esta parte del país, y tampoco conoce a nadie de la zona, salvo a mí. Emmy, es la mejor solución, créeme.

—No. —Frunció el ceño. No, eso no era cierto. Recordó la visita que hizo a los Binchley con Anna y con el mayor. Recordó que el mayor Cunningham invitó a la señora Smith a dar un paseo por el jardín y que ella los vio a través de la ventana. ¿Cómo podía explicárselo? ¿Qué importancia tenía que ella lo dijera? Claro que no quería que vendiera Penshurst. Mucho menos al mayor

—. Conoce a la señora Smith —dijo muy despacio. No sabía si había logrado decirlo en voz alta, pero era evidente que Ashley había oído algo.

—¿Quién? —preguntó—. ¿Rod?

—Sí —respondió ella.

—Imposible —replicó él—. Nunca ha estado en esta parte del país. A menos que la conociera cuando ella vivía en otro sitio con su marido, claro está. Pero sería raro que no haya comentado nada. ¿Estás segura?

—Sí —contestó Emily.

—Qué raro —dijo Ashley—. Debo preguntárselo.

Pero, en ese momento, Emily recordó que el mayor Cunningham y Katherine Smith no habían reconocido abiertamente su amistad. Salieron al jardín en el papel de anfitriona e invitado, y hablaron allí fuera. La ventana estaba cerrada. Desde el interior de la casa no se podía oír la conversación. Pero ella la había visto. Por algún motivo, esos dos no querían que se supiera que eran amigos. Emily sintió la ya familiar oleada del terror y del pánico.

—No —dijo mientras aferraba la bocamanga de la casaca de Ashley y negaba con la cabeza—. No. No. No le preguntees.

Ashley inclinó la cabeza y la miró fijamente.

—Emmy —dijo con el ceño fruncido—, no te cae bien Rod. ¿Por qué?

Ella se zafó de su mano y adoptó una expresión neutra. Negó con la cabeza.

—En ese caso, no diré nada —cedió él—. Debo llevarte de vuelta con Anna y Luke. Sir Henry Verney desea hablar conmigo. Emmy, te diría que me acompañaras para visitar a lady Verney y a la señorita Verney, te caen bien, ¿verdad? Pero Verney me ha pedido expresamente que vaya solo. Volveré lo antes posible para poder disfrutar de una larga salida esa tarde. Parece que necesitas disfrutar del aire fresco.

Emily sonrió.

Ashley inclinó la cabeza de nuevo y la besó con dulzura en los labios. Después, habló con las manos y la cara, y también con la voz.

—Emmy —dijo—, eres lo más importante de mi vida. Lo has sido desde el día que te conocí, pero hasta hace muy poco no me había dado cuenta de lo extraordinaria que es tu influencia en mi vida y de lo importante que eres para mi felicidad. ¡Que ciego he sido! ¡Y qué tonto!

No le dio opción a réplica. Se puso de pie, la cogió de la mano y entrelazó sus brazos. Después, la acompañó de vuelta a la habitación infantil, donde Luke sostenía a Harry sobre su cabeza y lo hacía reír mientras Anna le leía un cuento a los otros tres.

Tomaron asiento en la biblioteca de sir Henry Verney, en los sillones emplazados frente al fuego, como dos viejos amigos que intercambiaran noticias, opiniones y cotilleos. Pero sir Henry fue quien llevó el peso de la conversación. A la postre, guardaron silencio.

—Tengo intención de casarme con Katherine —confesó al final—. Tengo intención de darle mi apellido a su hijo. Tengo intención de retar a duelo al mayor Roderick Cunningham por la culpa y el terror que la ha obligado a experimentar.

—En ese caso, tendrá que esperar su turno —replicó Ashley, que puso fin a su largo silencio.

—Sí —reconoció sir Henry—. Ya lo suponía. Tengo la impresión de haber sido solo el heraldo de malas noticias durante los últimos días. Lo siento.

Ashley lo miró fijamente.

—Le debo un sinfín de disculpas —admitió—. Tantas que no sé por dónde empezar. Pero debo disculparme hoy, antes de perder cualquier oportunidad de hacerlo.

—Las acepto como si las hubiera enumerado todas —repuso sir Henry—. En similares circunstancias, yo tal vez no hubiera logrado contenerme ni habría sido tan educado como lo ha sido usted. Es posible que sigamos siendo vecinos durante muchos años. ¿Cree que podemos ser amigos?

Ashley se puso de pie y le tendió la mano derecha. Sir Henry se levantó y se la estrechó. Pese al firme apretón, aún había cierta incomodidad entre ellos. Pero ambos estaban dispuestos a superar el pasado y a empezar de cero.

Ashley se marchó sin decir nada más. De momento, no había nada que añadir. Ambos sabían que cabía la posibilidad de que no volvieran a verse.

Emily había vuelto a su dormitorio para descansar un poco antes de la merienda campestre. Al menos, ese era el motivo que le había dado a Anna. También le había indicado por señas que no necesitaba compañía. Estaban a plena luz del día. No podía haber peligro alguno. Anna, aunque no muy convencida, accedió a dejar a su hermana a solas.

Sin embargo, no era descanso lo que Emily necesitaba. Necesitaba estar a solas para poder pensar. Se había convertido en una prisionera del miedo. Se había convertido en alguien dependiente de Anna, de Luke y también de Ashley para sentirse segura. Entre los tres se habían hecho cargo de su vida. Iba a volver a Bowden Abbey, porque a ella le daba miedo quedarse en Penshurst. Ashley iba a vender Penshurst..., en fin, porque iba a volver a pedirle matrimonio, y porque creía que no podía tener ambas cosas, Penshurst y a ella.

Detestaba el miedo. Detestaba la dependencia. Y detestaba la idea de que Ashley vendiera Penshurst. Tenía la sensación de que, de alguna manera, Ashley necesitaba estar allí, necesitaba convertirlo en su hogar, necesitaba encontrar la paz allí. Y a ella también le encantaba la propiedad, pese a todo.

¿Cómo podía combatir el miedo? ¿Cómo sobreponerse a lo que fuera que se lo estaba provocando? Fue esa última pregunta lo que al final la llevó a buscar la soledad. Necesitaba pensar. O, mejor dicho, necesitaba analizar la extraña y desconcertante convicción que la había asaltado desde que hablara con Ashley: el mayor Cunningham era el causante de su miedo... De *todo* su miedo.

Era la causa principal, por supuesto. Había intentado violarla cuando la confundió con una sirvienta. Pero no se trataba solamente de eso. Le había disparado. Había entrado en su dormitorio la noche anterior. Le había llevado las miniaturas y se había llevado consigo su bata. Todavía tenía recuerdos muy vagos de la noche anterior, pero estaba casi segura de que se despertó y vio la silueta de las miniaturas en su mesilla de noche. Y estaba casi segura de que había buscado su bata antes de salir corriendo en busca de Ashley y olvidarse de todo en la sensación de seguridad que la asaltó en cuanto sus brazos la rodearon. El mayor Cunningham conocía de antes a la señora Smith, una relación que ambos querían mantener en secreto.

No tenía pruebas de nada. No entendía nada. Pero lo sabía. No tenía nada que mostrarle a Ashley. Él no la creería en absoluto o empezaría a sospechar de su amigo sin causa probable. Podría contarle lo de aquella mañana, claro. Eso bastaba para echar al mayor de Peshurst. Podría contárselo a Ashley, o podría...

Sintió el familiar latido del corazón en la garganta, el pánico tan conocido. Miró por la ventana y vio al mayor Cunningham, dando vueltas por las caballerizas y las cocheras. Estaba organizando el transporte para la merienda al aire libre.

Sería una locura bajar. Ese hombre le había disparado. Sería incapaz de enfrentarse a él con palabras. Temblaba de miedo. No conseguiría nada, porque era una mujer y sordomuda, además. No, *no* era muda. Y aunque era una mujer, también era una persona que siempre se había enfrentado a los aspectos sombríos de su vida y había arrojado luz sobre ellos. Su discapacidad podría haberla convertido en alguien pasiva, sumisa, tímida y dependiente. Ella la había convertido en su fortaleza. Hasta ese momento.

No, incluso en ese momento.

El mayor Cunningham estaba en las cocheras, solo, cuando ella llegó, pasando una mano por la rueda del carruaje abierto. El mayor levantó la vista,

sorprendido, antes de sonreír y hacerle una reverencia.

—Lady Emily —la saludó—. ¿Está preparada para la merienda campestre?

Sin embargo, ella no sonrió. Meneó la cabeza. El corazón le latía muy deprisa.

—¿Está sola? —le preguntó él al mismo tiempo que miraba por encima de su hombro—. Me sorprende que su hermana y Su Excelencia lo permitan. Permítame que la acompañe de vuelta, por su seguridad. —Solo había una cálida preocupación en su mirada.

Emily volvió a menear la cabeza.

—Lo sé —le dijo despacio. Era importantísimo que lo dijera bien.

—Por el amor de Dios. —El mayor sonrió—. Puede hablar. Ni me lo imaginaba la primera mañana.

—Sé lo de usted —le dijo. Ojalá que estuviera pronunciado bien las palabras.

—¿Lo mío? —Él se llevó una mano al pecho y enarcó las cejas.

Emily se había impuesto una ardua tarea. Lo sabía. ¡Cómo ansiaba contar con las palabras adecuadas! Sin embargo, de alguna manera se las apañaría para transmitir lo que quería decir.

—Usted. —Formó una pistola con los dedos de la mano y luego se señaló la mano herida—. Usted. —Él no reconocería ningún gesto—. Anoshe. Usted. Señora Smith.

Algo cambió en los ojos del mayor. Tal vez las personas con capacidad auditiva no sabían lo elocuentes que eran los ojos. Pero Emily supo por sus ojos que no se había equivocado.

Él sonrió.

—Le aseguro, lady Emily —repuso él—, que se equivoca. Tal vez me enfadaría de no ser porque nuestro primer encuentro sin duda alguna la predispone contra mí. Pero...

Ella negó con movimientos secos de la cabeza y él dejó la frase en el aire.

—No —replicó—. Lo sé. Sé lo suyo.

—Cabe esperar que no acuda a Ash con unas sospechas tan infundadas, lady Emily. Caray, bien podría creerla. Y es mi máspreciado amigo.

—Fuera —le dijo ella, con gesto imperioso. Ah, era demasiado largo y demasiado complicado decirle que no le permitiría a Ashley que le vendiera Penshurst—. Fuera. —Hizo un gesto más amplio con el brazo para indicarle que se refería a que se fuera de Penshurst... para siempre.

—Por el amor de Dios —murmuró él—, quiere asustarme.

No, *él* había querido asustarla a *ella*. Emily lo entendió por fin. Podría haberla matado con el disparo: era un soldado. Podría haberla matado en la cama la noche anterior. Quería asustarla para que Ashley le vendiera Penshurst y se la llevara a ella lejos de allí.

—Fuera —repitió ella.

El mayor la miró, sonriendo. Atisbó cierta admiración renuente en su expresión. Emily levantó la barbilla y no se acobardó.

—¿Ahora no tiene miedo? —le preguntó él—. ¿Al estar a solas conmigo?

Estuvo a punto de negar con la cabeza. Pero claro que tenía miedo. El pánico casi la paralizaba por completo. Y desdeñó el impulso de mentirle.

—Sí —contestó—. Fuera.

Podría matarla en ese momento, advirtió. No había nadie más a la vista. Si quería Penshurst con tanta ansia como suponía, bien podría matarla por la posibilidad de que ella se lo contara a Ashley y le estropeará los planes. Qué tonta había sido al ir a buscarlo. Sin embargo, sabía, aunque le temblaban las rodillas, que no le había quedado otra alternativa. La vida era algo más que respirar, comer y dormir. La vida tenía que ser de calidad, tenía que contar con dignidad.

—Ah, pero usted no es más que una sorda histórica —repuso él—. Una sorda que anda sonámbula y que está obsesionada con la difunta esposa de su amante. Una sorda que corre a él en busca de protección cada vez que tiene



miedo... y siempre tiene miedo. Vuelva a la casa, lady Emily. Sus acusaciones son absurdas.

El mayor le dio la espalda para seguir examinando la rueda.

Ella regresó a la casa, con un hormigueo provocado por el terror en la espalda durante todo el camino. Él tenía razón. Aunque pudiera escribirlo todo de forma coherente, carecía de la más mínima prueba. Y se había puesto histérica. Pero lo haría de todas formas. No permitiría que Ashley vendiera Penshurst. Y no permitiría que Luke y Anna la llevaran de vuelta a Bowden Abbey a la mañana siguiente.

Se quedaría a pelear. Por Ashley y por ella.

El criado que estaba en el vestíbulo y el mayordomo, que se reunió con él tras el regreso de Ashley, no sabían dónde se encontraba el mayor Cunningham, aunque creían que estaba en algún lugar del exterior. El mayordomo creía que seguramente estaba en las cocheras, supervisando en persona los preparativos para esa tarde.

—Irás a buscarlo —le ordenó Ashley con voz seca— y le indicarás que se reúna conmigo en el salón de baile a la mayor brevedad posible. —Se dio media vuelta y subió los escalones de dos en dos.

Pocos minutos después, mientras salía de la habitación de Roderick Cunningham, se topó con Luke.

—Ah, el vagabundo ha vuelto —le dijo Luke—. Y la celebración está a punto de comenzar. —Bajó la vista a la espada que Ashley llevaba en la mano y después la desvió a la otra espada que lucía al cinto. Apretó los labios y enarcó las cejas. Acto seguido, la clavó en la puerta del mayor con expresión pensativa.

—Voy al salón de baile —repuso Ashley—. Se reunirá conmigo allí. Ve con las damas, Luke, si tienes la bondad, y asegúrate de que no se inmiscuyen.

—¿Debo entender que hay un motivo de peso? —le preguntó Luke, que miró de nuevo las espadas.

—*Me sobran los motivos* —contestó él.

—En ese caso, yo también estaré en el salón de baile, querido —le dijo Luke—. Después de haber hablado con Anna y con Emily, por supuesto. — Se dio media vuelta y se alejó sin añadir nada más.

El mayor Cunningham estaba en el salón de baile cuando Ashley llegó a la estancia. Se encontraba en mitad de la habitación, con la vista clavada en el alto techo abovedado.

—Por el amor de Dios, es magnífico —dijo el mayor, que miró de reojo a Ashley—. No levanté la vista cuando me enseñaste la casa, Ash. ¿Piensas celebrar un baile? ¿Tal vez un baile de despedida? Estaré encantado de ayudarte.

—No —contestó Ashley.

—En ese caso, ¿a qué viene reclamar mi presencia aquí? —Su amigo lo miró con una sonrisa—. Es todo muy misterioso. El salón de baile en plena tarde. —Sin embargo, ya había reparado en la espada, la suya propia, que Ashley llevaba en la mano. Después, reparó en la espada que Ashley llevaba al cinto. Y por fin se fijó en la expresión seria de Ashley—. Ah, ¿esto quiere decir que lady Emily ya ha hablado contigo?

—Me has tomado por tonto —le dijo Ashley.

—No, Ash. —El mayor Cunningham no se movió de donde estaba—. Te he tomado por mi amigo. Y lo sigues siendo.

Ashley vio que el mayor desviaba la vista, a algún punto por detrás de su hombro, y supuso que Luke acababa de entrar en el salón de baile. Él no miró hacia atrás y Luke no hizo ademán de entrometerse.

—Mataste a mi esposa —siguió Ashley—. Y a mi hijo.

—No era tu...

—Mataste a Thomas Kendrick, mi hijo —insistió Ashley—. Mataste a lady Ashley Kendrick, mi esposa.

—Ash. —El mayor Cunningham extendió los brazos a ambos lados del cuerpo—. Era una mujer perversa. Tú mismo te has enterado a lo largo de esta última semana. Mató a su hermano, por quien sentía una pasión antinatural, para evitar que se casara con una mujer a la que consideraba inferior y para evitar que el hijo de dicha mujer se convirtiera en su heredero. Te hizo desdichado. ¿Crees que no lo sabía? Era *amigo* tuyo. Te liberé de una cadena perpetua.

—Por eso buscaste mi amistad —replicó Ashley—. Para poder acercarte a ella.

—Pero pronto sentí verdadera amistad hacia ti —le aseguró el mayor Cunningham—. Hice por ti lo que tú ni siquiera te atrevías a soñar que pudieras hacer tú mismo, Ash.

—¿Por qué estaba en casa aquella noche? —le preguntó Ashley.

El mayor se encogió de hombros y lo miró con expresión contrita.

—No me soportaba —le explicó—. Se puede conseguir mucho con el desprecio, Ash. La atracción puede brotar del desprecio. Le resultaba atractivo.

—Y tú sabías que yo estaría fuera de casa aquella noche —dijo Ashley—. ¿También lo orquestaste tú?

—Unas palabritas supuestamente pronunciadas por la señora Roehampton para tus oídos, unas cuantas palabritas supuestamente pronunciadas por ti para los suyos... —El mayor se encogió de hombros una vez más—. Me limité a ayudarlos a reconocer una atracción mutua, Ash. Perdóname por el dolor que sentiste después. Sé que has sufrido mucho. Pero te rescaté de un mal mayor. Me alegro de que hayas descubierto la verdad. Sí, me alegro de verdad. Ahora podrás olvidarte de una vez por todas de tu dichoso sentimiento de culpa. Ahora podrás reconocer que no tuviste la culpa de nada

de lo que sucedió.

—Asesinaste a mi esposa y a mi hijo —insistió Ashley.

—Asesinar... —repitió el mayor en voz baja—. Es una palabra muy dura, Ash. Soy soldado. He matado cientos de veces..., más incluso. Nunca me he considerado un asesino. Si te sirve de consuelo, tuvieron una muerte rápida, los dos, y la niñera también... Murieron antes de que comenzara el fuego. Al menos, les ahorré eso.

—Intentaste matar a lady Emily ayer por la mañana —lo acusó Ashley.

—Ah, no, Ash. —El mayor Cunningham levantó una mano para silenciarlo—. Soy un excelente tirador. Estaba cerca. Me aseguré de acertar en el blanco que me había fijado. Si pudiera oír, ni habría tenido que rozarle la piel.

—¿Y anoche? —le preguntó Ashley—. Has intentado aterrorizarla deliberadamente. Estuviste en su dormitorio. Cogiste su bata. Dejaste allí las miniaturas. ¿Por qué? Claro que tampoco hace falta que te lo pregunte, ¿verdad? Has adivinado a la perfección lo que siento por ella. Has decidido librarte de ella y, por ende, de mí. Casi lo has conseguido.

—No podrías ser feliz aquí, Ash —repuso el mayor—. No con el fantasma de tu esposa atormentándote día tras día. No con la certeza de que el pequeño Eric debería estar viviendo aquí como el legítimo propietario. Unas cuantas horas más, y su madre se habría casado con su padre. Véndeme la propiedad. Me casaré con Katherine y adoptaré al niño. Estará en el sitio que le corresponde, y ella también.

—Dime qué pasó la mañana que llegaste —replicó Ashley—. ¿Qué hiciste para asustar tanto a lady Emily?

—¿No te lo ha contado? —El mayor Cunningham soltó una carcajada bastante seca—. Te pido disculpas, Ash. La vi con lo que ahora comprendo que es un atuendo habitual. Pero, en aquel momento, la confundí con una lechera. No pasó a mayores... Por suerte para todos, es muy rápida. Desde que descubrí su verdadera identidad, he sido la discreción personificada.

Además, tengo otros intereses mucho más serios como para dejarme arrastrar por lecheras. Vamos, Ash, dame la mano. No tiene sentido que nos peleemos por esto. —Le tendió la mano derecha y dio un paso al frente.

—Uno de los dos va a morir hoy —le dijo Ashley—. Si soy yo, mi propiedad pasará a manos de Harndon. Él te dirá lo que quiere hacer con ella. Si eres tú, enterraré nuestra amistad contigo y consideraré que las muertes de mi esposa, de mi hijo y de la niñera, así como el pánico al que has sometido a lady Emily Marlowe, han sido debidamente vengadas. Como puedes ver, he traído tu espada conmigo.

—Es una tontería, Ash, y del todo innecesario —protestó el mayor Cunningham—. No tengo deseos de matarte.

—En ese caso, no te defiendas y muere —repuso Ashley—. Sugiero que nos quedemos en camisa y calzones.

Dejó la espada del mayor en el suelo y se alejó para prepararse. Luke estaba inmóvil junto a la puerta, con los labios apretados y sin apenas color en el rostro.

—Ash —dijo en voz baja mientras su hermano se quitaba la casaca—, deja que yo ocupe tu puesto. Tengo reputación de buen espadachín, y me la he ganado a pulso, quiero creer.

La sonrisa de Ashley era agridulce.

—En la India tenía que hacer algo para ejercitarme —comentó—. Practiqué la esgrima. Además, Luke, eran mi esposa y mi hijo. Y Emmy es mi mujer.

—Sí —convino Luke con cierta tristeza—. Te quiero, hermano.

Ashley sonrió.

—Caray, que sepas que te voy a echar en cara esas palabras el resto de la vida —le dijo mientras dejaba caer la chupa sobre la casaca. Ya no sonreía cuando se enderezó y desenvainó la espada—. Luke, dile que la quiero. Cuídala si está encinta.

—Sí —le aseguró Luke—. Lo haré por ti y porque es casi mi hermana, casi

mi hija. Siempre contará con mi amor y con mi protección. Al igual que cualquier hijo suyo... y tuyo. —Acto seguido, fue al centro del salón de baile para hablar en voz baja con el mayor Cunningham, que ya estaba en mangas de camisa con la espada desenvainada. Un par de minutos después, Luke miró a Ashley y asintió con un gesto seco de la cabeza—. Es, según entiendo —dijo cuando Ashley se acercó y los dos hombres estuvieron frente a frente, con las espadas cruzadas—, un duelo a muerte. Sea como sea, no empezareis hasta que dé la señal y ninguno de los dos, por cuestión de honor, atacará al otro por la espalda ni cuando esté en el suelo.

Ashley no se había dado cuenta de que Luke también llevaba su espada. En ese momento, la desenvainó y la colocó por debajo de sus dos espadas cruzadas. El mayor Cunningham tenía la mirada clavada en Ashley, fría, calculadora y pesarosa. Era un amigo, pensó Ashley, que lo había traicionado a cada paso de su amistad. Un amigo que debía morir en ese instante o matarlo a él. No era momento para sentimentalismos, para remordimientos, para sentimientos heridos por la traición.

Luke levantó la espada y, con un tintineo acerado, las espadas de ambos contrincantes se separaron.

—Adelante —les dijo Luke.

El mayor Cunningham era de constitución fuerte, musculoso y atlético. Era un soldado; como oficial, solía llevar espada. Conducía a sus hombres a la batalla con la espada en alto. Sin embargo, eso no lo convertía en un experto en un duelo cara a cara. Ashley era delgado en comparación, más alto, y también atlético. Nunca había levantado una espada en un combate real. Sin embargo, tal como acababa de decirle a Luke, había aprendido y practicado el arte de la esgrima.

Además, Ashley contaba con la ventaja de la motivación. Su rabia era fría y controlada. Alice había sido muchas cosas. Tal vez, seguramente, también una mujer perversa. Desde luego, había sido una mujer atormentada. Pero

también era su esposa y estaba bajo su protección. Thomas era el hijo de otro hombre, concebido en pecado. Pero era un bebé inocente, un bebé al que Ashley le había brindado la protección de su nombre. Emily era, simple y llanamente, su amor. Luchaba por los tres, de modo que dos de ellos pudieran descansar en paz por fin, y que la tercera persona pudiera vivir de nuevo en paz. Y también luchaba, aunque no lo pensó de forma consciente, por recuperar su honor, perdido cuando su esposa y su hijo murieron mientras él estaba en brazos de otra mujer.

La práctica de la esgrima, descubrió, era muy distinta de un duelo real. Las prácticas se llevaban a cabo según reglas estrictas de caballerosidad y de honor. El duelo no. Y en un duelo un toque hacía sangrar. El mayor Cunningham fue el primero en hacer sangrar a su oponente tras varios minutos en los que estuvieron girando el uno alrededor del otro, haciendo entrechocar las espadas para medir las fuerzas del rival. El mayor hizo algo con la mano izquierda que distrajo a Ashley de su espada apenas una fracción de segundo y, en lo que duró ese instante, se coló entre la defensa de Ashley y le pinchó el hombro derecho.

Sintió dolor y sorpresa, y Ashley vio con el rabillo del ojo cómo una mancha roja se extendía deprisa por la tela de su camisa.

—Ya basta, Ash —le dijo el mayor Cunningham con la respiración alterada—. Has dejado clara tu postura. Se ha cumplido con el honor. Ya basta.

—A muerte —replicó él con frialdad. Aunque le dolía, la herida no lo incapacitaba. En cambio, lo volvió precavido. Lo volvió muy consciente, con todo el cuerpo, de lo que su mente ya sabía: uno de los dos iba a morir. Terminó el parón momentáneo del duelo y obligó a retroceder a su oponente con su impetuoso ataque.

Lucharon hasta llegar a lo que se antojaba un punto muerto inevitable. Lucharon mucho rato hasta que tuvo la impresión de que el agotamiento acabaría con el duelo antes que la muerte. Sin embargo, el mayor

Cunningham perdió antes la paciencia. Se abalanzó hacia delante para aprovechar lo que parecía una abertura. Sin embargo, a Ashley le bastó con girar un poco el cuerpo para que la espada del mayor pasara junto a él sin causar daño, mientras que su propia espada, sujeta con firmeza, ensartaba a su enemigo.

El mayor se quedó muy quieto mientras su espada caía estrepitosamente al suelo. Miró a Ashley a los ojos, y una sonrisa muy extraña asomó a sus labios. Un hilo de sangre comenzó a brotar de una de las comisuras y le corrió por la barbilla. Ashley le sacó la espada y el cuerpo inerte del que fuera su amigo cayó a sus pies.

Ashley miró la espada ensangrentada que tenía en la mano y la dejó caer al suelo. No lo embargaba el alivio por haber sobrevivido. No lo embargaba el triunfo por ser el vencedor, ni tampoco la culpa por haber matado a un hombre. No sentía nada en absoluto. Clavó la vista en el suelo.

—Necesitas que alguien te atienda la herida del hombro, Ash. Estás perdiendo sangre. —La voz de Luke. Fría y tranquila, como cabría esperar en él.

—Sí —convino.

—Ha sido una pelea justa. Y necesaria —le dijo su hermano.

—Sí.

—Y como te vuelva a ver apartar la vista de la espada de tu oponente, aunque sea una fracción de segundo durante una sesión de prácticas —añadió Luke con voz trémula—, pienso azotarte tan fuerte que no podrás moverte en un mes, Ash. Con un látigo.

—Sí —repuso él.

—Me ocuparé de todo por aquí —continuó Luke—. Ordenaré que venga el magistrado más cercano y que se encarguen del cuerpo. Ve a que te corten la hemorragia, Ash. Anna tiene un estómago fuerte. Ve a buscarla, está en la habitación de Emily. Les ordené que esperasen dentro. No me habrá



desobedecido. ¿Necesitas ayuda con la casaca? —Volvía a ser el frío y práctico duque de Harndon.

—No —le contestó Ashley. Fue hasta el montón de ropa y se puso la casaca, haciendo caso omiso del dolor y de la sangre. Se volvió para marcharse.

—Ash —lo llamó Luke.

Él miró a su hermano.

Luke se quedó callado un instante. Apenas si asintió con la cabeza.

—Lo de antes lo dije en serio —repuso—. Por si alguna vez lo dudas. Ashley abandonó el salón de baile.

No había ni una nube en el cielo. Su color sería azul claro cuando el sol saliera. El día sería caluroso. Emily paseó primero por el río, contemplando su plácida y cristalina superficie y observando a otra pata —o tal vez se tratara de la misma —guiando a la hilera de patitos por el mismo centro del río. Después, subió por la colina, sin rumbo fijo, tocando los troncos de los árboles, sintiendo la hierba y la tierra bajo los pies descalzos, respirando el fragante y fresco aire.

Se detuvo en un árbol en particular y vio que la bala seguía incrustada en la corteza, justo por debajo de sus ojos. Ni siquiera miró hacia atrás. Ya no tenía miedo. La noche anterior había dormido sola en su habitación, pese a las súplicas de Anna. No sintió miedo.

El día anterior fue espantoso. Primero, la amenaza de tener que dejar Penschurst y de saber que Ashley planeaba vender la propiedad por ella. Después, la absurda confrontación que mantuvo con el mayor Cunningham. Más tarde, la llegada de Luke para ordenarles, a Anna y a ella, con expresión seria y una autoridad que ni siquiera Anna se atrevía a desafiar, que entraran en el dormitorio de Emmy y que se quedaran allí hasta que Ashley o él fueran a buscarlas. Y la larga espera, durante la cual ambas fueron conscientes de que estaba sucediendo algo terrible. Y, por último, la llegada de Ashley, lívido, para decirles que todo había salido bien, que no había nada más que temer. Tras lo cual, trastabilló hacia delante, se agarró a una silla, la volcó y acabó postrado de rodillas en el suelo. Y fue entonces cuando vieron la sangre.

El mayor Cunningham estaba muerto. Ashley lo había matado. Ni él ni Luke entraron en detalles, pero les explicaron que el mayor había matado a Alice y a Thomas y que, en su determinación por conseguir Penshurst, había aterrorizado a Emily con la esperanza de que el temor la alejara de la propiedad y así convenciera a Ashley para venderla.

Ayudó a Anna y entre ambas medio levantaron, medio arrastraron a Ashley hasta la cama y le quitaron la casaca manchada de sangre, tras lo cual le cortaron la camisa. Ella misma fue quien le limpió y le vendó la herida mientras él la observaba con los párpados entornados.

Detestaba pensar en el duelo a espada en el que había perdido la vida el mayor Cunningham. Pero ya no tenía miedo. Miró al cielo y empezó a girar y girar. El mundo era una peonza preciosa. Sobre todo, la naturaleza. Si se formaba parte de ella, como una simple criatura entre muchas otras, con los pies bien plantados en el suelo, la felicidad era posible. Y la paz. Esa mañana era feliz. Se sentía en paz con el mundo.

Quería ver cómo el sol salía al otro lado del río. Quería ver los colores del amanecer reflejados en el agua. Tal vez algún día pintaría la escena, pero no lo haría esa mañana. Esa mañana había demasiada belleza que contemplar en la naturaleza como para estropearla sacando las pinturas y analizando su significado. Esa mañana se contentaba con ver y sentir. Con ser, sin más. Siguió andando hasta el cenador.

Se detuvo en la puerta para contemplar el paisaje que se extendía a los pies de la colina, los campos de labor que llegaban hasta el horizonte, cuando percibió que su mañana iba a ser completa. Volvió la cabeza y sonrió. Ashley llevaba el brazo en el cabestrillo que ella le había hecho el día anterior. Había recuperado el color. Y en sus ojos, que la miraban con expresión risueña, ya no se veía el sufrimiento ni la oscuridad que se reflejaba en ellos desde su regreso de la India. Era evidente que, al menos, estaba en paz consigo mismo.

Se acercó a ella y le pasó el brazo sano por la cintura. Ella apoyó la cabeza

en su hombro y juntos observaron cómo el sol surgía por el horizonte con un cegador y glorioso estallido de luz. Emily lo miró y le sonrió. Sus ojos reflejaban el brillo del sol. No dijeron ni una palabra. La paz, la silenciosa comunión, era perfecta.

El día anterior no hablaron mucho. Tanto él como Luke pasaron mucho rato con el magistrado que fue a Penshurst a investigar la muerte. Y luego pasaron casi el mismo tiempo con sir Henry Verney, que también apareció en Penshurst. Al final, Luke adoptó el papel de hermano mayor e implacable cabeza de familia, según sus propias palabras, y mandó a Ashley temprano a la cama.

Pero Emily se alegraba de que hubieran tenido pocas oportunidades para hablar. El día anterior no era el momento adecuado. Necesitaban ese nuevo día. El corazón empezó a latirle más rápido, y en contra de su voluntad, pese a saber que en el fondo era cierto, se puso nerviosa.

—Emmy —dijo él al mismo tiempo que movía el hombro y volvía la cabeza para que pudiera verle los labios, que estaban muy cerca de los suyos —, es una mañana cálida y despejada. Tal vez así fue la primera mañana del mundo. ¿Crees que así fue como se sintieron Adán y Eva? ¿Es esto el Edén?

Le encantaba el cariño y la alegría que transmitía su sonrisa. Lo demás había desaparecido. Le acarició una mejilla con los dedos.

—Al menos, ahora siento que tengo algo que ofrecerte —siguió, mirándola de nuevo, con una expresión que se suavizó hasta irradiar una ternura que derritió su nerviosismo, como la calidez del sol que acababa de asomar por el horizonte—. Mi honor. No voy a decir que fui inocente. Te he confesado que cometí adulterio. Un delito deplorable. Pero creo que existe el perdón para ese tipo de pecados. Ya no me siento tan responsable por sus muertes, y los he vengado. Siento que he recuperado el honor.

—Sí —dijo ella. Qué tonto era. De todas formas, ella lo había querido igual. Pero sabía que él había sido incapaz de perdonarse y que, por tanto, el

amor que ella le ofrecía jamás habría sido suficiente. Jamás habrían podido ser plenamente felices.

—Mi amor siempre ha sido tuyo —confesó Ashley—. Tal vez resulte extraño, cuando estuve a punto de olvidarte por completo durante los años que estuve ausente. Pero ese mismo hecho me dice que te borré de forma deliberada de mi memoria porque los sentimientos que albergaba hacia a ti me inquietaban. Emmy, solo tenías quince años. Incluso después de volver, luché contra ese amor. En mi mente, los años no habían pasado, seguías siendo una niña. Pero siempre has sido una mujer, ¿verdad? ¿Incluso el día que nos conocimos? ¿Con catorce años?

—Sí —respondió Emily.

—Ah, Emmy. —La besó con ternura y durante un instante no importó nada más, salvo que estaban juntos a la luz del sol, sin sombras que los perturbaran o los helaran—. Emmy, amor mío. Perdóname por haberte olvidado. Perdóname por negar tu madurez.

Ella le tomó la cara entre las manos y le sonrió.

—Sí —le dijo. No sabía si sería capaz de hablar, pero lo intentó—. Te quiero. —Sabía que Ashley todavía se mostraba inseguro. Inseguro de merecer la felicidad y la paz—. Te quiero.

La sonrisa de Ashley se suavizó y recuperó la serenidad. Volvió la cabeza y le cubrió una mano, la herida que le dolía bastante porque se había quitado la venda, con la suya, pero disimuló la mueca de dolor mientras él le besaba la palma.

—Gracias. —Le sonrió. Era la sonrisa de Ashley, traviesa, radiante y alegre—. Si te apetece —siguió—, puedes decirme todas las formas en las que me quieres y así podemos convertir este momento en una lección.

Emily rio y él la abrazó y la meció con el brazo sano.

—Ay, Emmy —dijo, soltándola lo justo para que pudiera leerle los labios—. Tienes la risa más contagiosa que he oído en la vida. Amor mío, cástate

conmigo. ¿Lo harás? No porque te hayas acostado conmigo y puedas estar encinta, sino porque es lo único que podemos hacer para sentirnos completos y felices. ¿Te casarás conmigo? —Sus ojos adoptaron una expresión nerviosa de nuevo.

—Sí —contestó Emily—, Aaashley.

Se limitaron a mirarse sonrientes durante un buen rato. Emily no veía sombras en los ojos de Ashley, no veía preocupaciones, ni siquiera dudas. Solo una felicidad y una paz similares a las que ella sentía. Su cara estaba iluminada por la luz del sol.

—¿Nos quedaremos en Penshurst? —le preguntó—. Emmy, si quieres, venderé la propiedad. Podemos vivir en cualquier otro sitio. No importa el lugar siempre que estemos juntos.

Sin embargo, ella le colocó los dedos en los labios y usó las manos para hablar.

«No— le dijo—. Viviremos aquí. Este es nuestro hogar.»

Y después de mirarla fijamente a los ojos y de cerciorarse de que hablaba en serio, pareció feliz de nuevo. En Penshurst habían sucedido cosas feas, reflexionó Emily. Cosas que habían culminado con la muerte de un hombre el día anterior. Pero ya habían acabado. Penshurst solo era un lugar, una casa situada en un entorno natural precioso con vecinos amables, algunos de los cuales podían convertirse en buenos amigos, como sir Henry Verney y su hermana, Katherine Smith o el señor Binchley. Era un lugar donde Ashley y ella podían establecer su hogar, un lugar donde nacerían y crecerían sus hijos, un lugar donde envejecerían juntos. Lo convertirían en un buen lugar, lleno de buenos recuerdos.

—Sí —dijo él, que usó la mano libre para gesticular—, este es nuestro hogar. Porque tú estás aquí conmigo, Emmy. Pero mañana te mandaré de vuelta a Bowden Abbey.

La sonrisa de Emily desapareció mientras abría los ojos de par en par.

—Deberíamos casarnos en Bowden Abbey, no aquí —le explicó él—. Y deberíamos casarnos pronto, Emmy. Porque deseamos hacerlo, y también porque debemos hacerlo. Hoy mismo se lo notificaremos a tu familia y a la mía, y mañana, cuando te vayas a Bowden Abbey con Anna y Luke, yo partiré hacia Londres para conseguir una licencia especial. Creo que podremos casarnos dentro de dos semanas.

Emily se mordió el labio. ¿Tendría que estar dos semanas sin él?

—Una eternidad —dijo él con una sonrisa renuente—. Este cabestrillo es meramente decorativo, ¿sabes? Lo llevo para dar lástima y que así la gente se vea obligada a ayudarme. No me incapacita para hacer ninguna actividad importante.

Lo vio quitárselo y dejarlo caer al suelo, tras lo cual movió el hombro e hizo un pequeño gesto de dolor.

—Como hacer el amor, por ejemplo —siguió, mirándola con una curiosa mezcla de sonrisa traviesa y ojos abrasadores.

—Sí. —Emily le acarició la mejilla de nuevo—. Sí.

Parecía importante que hicieran el amor esa mañana. No por miedo o por necesidad de consuelo, motivos que habían ensombrecido sus anteriores encuentros, sino en aras del amor, de la entrega y del placer.

Ashley la cogió de la mano y la llevó hasta el interior del cenador, donde la brillante luz de la mañana entraba a raudales. Una vez dentro, se volvió y tiró de ella para acercarla a su cuerpo. Se sonrieron antes de que capturara sus labios.

—Vamos, niña —dijo lady Quinn, que besó a Anna con cariño en las mejillas—, que nos habrás tomado por locos. ¡Por Dios, si es que lo estamos!

—Muchacho, es un lugar magnífico, desde luego que sí —añadió lord Quinn, que se frotó las manos mientras le echaba un vistazo al vestíbulo de Penschurst, dirigiéndose a Luke—. Le dije a Marj que se vería espléndido con

el sol de la mañana.

—Pero no había visitado nunca este lugar —replicó lady Quinn, poniendo los ojos en blanco—. Verás, Anna, cariño mío, anoche brillaban la luna y las estrellas, y estuvimos contemplándolas. —Lord Quinn se rio entre dientes en ese momento—. Y a Theo se le ocurrió que deberíamos dejar la ciudad nada más haber puesto un pie en ella y venir a desayunar con vosotros. Hemos viajado durante casi toda la noche.

—Y como que me llamo Theodore que me muero de hambre —añadió lord Quinn—. Ahora mismo podría comerme una vaca. A ver, ¿dónde está mi sobrino pequeño? ¿Todavía no se ha levantado para recibir a sus tíos en su propia casa? ¡Que me aspen, pero me dan ganas de subir y sacarlo de la cama echándole un jarro de agua fría en la cabeza! Ojalá supiera dónde están sus aposentos. —Soltó una carcajada estentórea.

—Ashley ha salido, Theo —le informó Luke—, a tomar el aire.

—¿A esta hora? Ese muchacho se parece a mí —afirmó lord Quinn.

—¿Y cómo está mi querida Emily? —preguntó lady Quinn—. Te aseguro que estoy deseando llevármela de vuelta a la ciudad. A menos que... —Miró con expresión esperanzada, primero a Anna y, luego, a Luke—. A menos que tenga algo más importante que hacer, claro está.

Luke miró a su esposa, que le sonrió, y enarcó las cejas al mismo tiempo que hacía un mohín.

—Tía, da la casualidad de que Emily también ha salido a tomar el aire —dijo.

Lord Quinn se golpeó el muslo con el tricornio que se había quitado de la cabeza.

—¡Válgame Dios! —exclamó—. Ha funcionado, Marj, querida. No nos hemos casado en vano. —Se echó a reír a carcajadas.

—Theo —lo reprendió su esposa—, me temo que vas a conseguir que Anna y Luke piensen lo peor. En realidad, pensamos que si nos casábamos y



nos íbamos de luna de miel, y si Emily venía a Penshurst con Anna para pasar unos días, y si Ashley no era tonto de remate...

—No han salido *juntos* —puntualizó Anna—. Luke los ha visto salir, pero lo han hecho por separado. —Y añadió, ruborizándose—: Sin embargo, esperamos que...

—Se me ha alentado a espiar a mi hermano y a mi cuñada, una actividad apropiada para mi senectud —la interrumpió Luke con su tono de voz más altivo y distante—. Mi duquesa me ha animado a hacerlo.

Lord Quinn se golpeó de nuevo el muslo con el sombrero.

—¿Y ha habido mucho que espiar, muchacho? —le preguntó.

—Oh, desde luego —respondió Luke—. Tía Marjorie, Theo, será mejor que desayunéis. Si esperamos a que Emily y Ashley regresen, tal vez estemos aquí hasta la hora de la cena. Podríamos morir de hambre. ¿Señora? —Le hizo una reverencia a lady Quinn y le ofreció el brazo.

—Mi querida Emily —dijo ella con un suspiro—. Y el querido Ashley.

—Marj —repuso lord Quinn con voz estentórea mientras le ofrecía el brazo a Anna y echaba a andar detrás de su esposa—, te garantizo que, dentro de nueve meses exactos, estará dando a luz a un varón.

—Esperemos que sean nueve meses exactos desde el *día de la boda*, Theo —lo corrigió su esposa con voz plácida mientras Anna se ruborizaba y Luke enarcaba las cejas y torcía el gesto de nuevo.

Luke le había desaconsejado ir a Bowden Abbey hasta la víspera de su boda. Además, Ashley había descubierto, para su consternación, que sus familiares se movían por Inglaterra a paso de tortuga. A pesar de haber adquirido una licencia especial solo un día después de que Emmy le diera el sí, pasaron más de dos semanas antes de que le permitieran ir a Bowden Abbey a desposar a su prometida.

Cuando por fin llegó y la vio de nuevo, la descubrió rodeada, protegida por

una muralla formada por sus hermanas, cuñadas y demás parientes, de manera que lo único que pudo hacer fue saludarla con una reverencia formal, preguntarle que cómo estaba y charlar con ella del tiempo y de otros temas igual de emocionantes. Después, se la llevaron a pasar la noche a Wycherly Park con su hermana Agnes. Anna y Charlotte se trasladaron allí la mañana de la boda.

¡De su boda!

—¡Caray, me siento como un petimetre parisino! —exclamó una vez que estuvo listo para partir hacia la iglesia. Frunció el ceño al ver su imagen en el espejo de pared de su vestidor. Estaba espléndido con una casaca plateada de satén y una chupa bordada, también plateada, calzones grises, medias y camisa blancas, y zapatos de tacón con hebilla. Se había empolvado el pelo de blanco, y lo llevaba primorosamente enrollado en los laterales y recogido con una bolsa de seda negra en la nuca.

Luke enfrentó su mirada a través del espejo.

—Ash, ¿tienes algo en contra de la moda parisina?

Ashley sonrió. Como era habitual en las grandes ocasiones, Luke, que iba vestido de verde, dorado y blanco, causaría furor incluso en la avenida más elegante de París.

Llegaban temprano a la iglesia. O Emmy llegaba tarde. No podría precisarlo. Pero tuvo la impresión de que esperaba una eternidad delante de la iglesia del pueblo, intentando mantener una apariencia solemne, intentando aparentar tranquilidad. ¿Y si Emmy había cambiado de opinión? ¿Y si lo dejaba plantado? ¿Le enviaría un mensaje? ¿O se quedaría allí plantado, sintiéndose el centro de todas las miradas de los invitados que ocupaban las bancas, mientras el día avanzaba y caía la noche?

Y, en ese instante, llegó.

Su belleza le parecía increíble. La observó mientras recorría el pasillo de camino al altar, del brazo de Royce. Llevaba un vestido a la francesa de un

claro tono dorado con una pequeña cola. Los anchos festones que ribeteaban los bordes de la bata eran de un dorado más oscuro, acordes con el tono de la saya, adornada con volantes, y con el del peto, cubierto por intrincados bordados. Las mangas de pagoda del vestido también iban rematadas con encaje dorado. Llevaba un alto recogido en la cabeza, logrado gracias a los postizos y adornado con rosas doradas y hojas verdes. Lo llevaba sin empolvar.

Era la otra Emily. La que vio y admiró sin reconocerla la noche de su regreso a Bowden Abbey. La que vio y admiró en Londres. Sin embargo, lo miró a los ojos y, cuando sonrió, su sonrisa radiante, afectuosa y serena se convirtió en su Emmy. En su cervatilla de vestido holgado, pies descalzos y melena al viento. Era cada una de ellas y las dos a la vez. Lo era todo. Le devolvió la sonrisa.

Empezó la misa, el rito nupcial que los convertiría en marido y mujer, que los uniría mediante el amor durante el resto de sus vidas. El reverendo Jeremiah Hornsby fue el encargado de celebrar la ceremonia, algo que hizo con cierta pompa hasta que le llegó el turno a Emmy de pronunciar sus votos. Tenía que leer los labios de Hornsby y asentir con la cabeza para dar su consentimiento a las palabras. Sin embargo, Emmy y el reverendo intercambiaron una mirada, un gesto cómplice. Como si lo hubieran planeado.

—Yo, Emily Louisa, te tomo a ti, Ashley Charles —dijo Hornsby.

—Yo, Emily Louisa, te tomo a ti, Aaashley Charles —repitió Emmy.

Ashley supuso que ambos habían practicado hasta la saciedad. Sabía que Emmy pronunciaría su parte completa de principio a fin para que él la oyera. Para que todo el mundo la oyera. También sabía que debían de haber practicado en secreto, porque captó los jadeos y los murmullos de sus parientes, pero no los miró. Solo la miró a ella. A la profundidad de sus ojos, cada vez que Emmy volvía la cabeza después de leer los labios de Hornsby.

Apretó con más fuerza las manos de Emmy, que tenía entre las suyas.

Y le sonrió.

—Hasta que la muerte nos separe. Con la ayuda de Dooos.

Más tarde se burlaría de ella por haber pronunciado mal la última palabra.

—Dios —repitió Emmy, que se corrigió al instante y sonrió, triunfal.

Ashley no prestó atención a lo que quedaba de la ceremonia hasta que Hornsby los proclamó, a ojos del Dios y del mundo, marido y mujer. Era suya... durante el resto de su vida. ¿Cómo había acabado mereciendo semejante felicidad? Por supuesto que no la merecía. Lo único que había hecho era amarla... y dejar que ella lo amara. Tan sencillo... y tan complicado.

Inclinó la cabeza y la besó. A su esposa. A su amor. A su serenidad, su paz y su alegría.

Los ojos de Emmy, cuando él levantó de nuevo la cabeza, le transmitieron lo mismo que él sentía.

Estaban casados.

Habían decidido quedarse en Bowden Abbey a pasar la noche y marcharse a Penshurst a primera hora de la mañana para poder realizar el trayecto en un solo día.

Se retiraron temprano a los antiguos aposentos de Ashley entre sonrisas cómplices, lágrimas —las de Anna, Agnes y Constance— y los escandalosos comentarios de lord Quinn. Se acostaron de inmediato e hicieron el amor con una lentitud y una ternura exquisitas. Ashley le dijo que era su esposa, susurrándole las palabras sobre los labios; al menos, Emily creyó que eso fue lo que había dicho cuando él levantó la cabeza y al parecer lo repitió para que ella pudiera verle los labios a la luz de la vela.

Después, yacieron en silencio, abrazados, e hicieron el amor de nuevo con languidez, hasta que Ashley le dijo que ya no se oía nada, que estaba seguro

de que todos se habían acostado, incluso el último criado. En ese momento, se sonrieron con complicidad, se vistieron y bajaron la escalinata para escabullirse de la mansión.

Y, por fin, estaban donde habían planeado estar desde que se quedaron a solas durante unos minutos en el carruaje después de la boda. En la cascada, de pie en la roca más alta, la que sobresalía del agua. Estaban cogidos de la mano, con los dedos entrelazados. Era una noche preciosa y cálida. Las estrellas parecían poder tocarse si se estiraba el brazo. Eran como lámparas en el firmamento, de modo que, aunque no hubiera luna, si bien esa noche estaba casi llena, habría habido casi tanta luz como si fuera de día.

—Bueno, cervatilla —dijo Ashley, invitándola a girarse para que lo mirara y cogiéndole la otra mano—. Hemos vuelto adonde empezó todo.

—Sí —dijo ella. Se vieron por primera vez en el salón de Luke, pero allí fue donde hablaron por primera vez, sentados en esa roca, con los pies de Emmy metidos en el agua. Lo recordó como era aquel día, tan joven y tan inquieto. Y se recordó a sí misma, volcando en él todo el amor y la devoción de su corazón adolescente. Se recordó allí tumbada bocabajo, sola, sufriendo el terrible dolor de su partida hacia la India. Y su regreso, y todo lo que sucedió después.

—Pero no adonde acabará —siguió Ashley—. Mañana nos iremos a casa. A Penshurst. A nuestra nueva vida. Emmy, he ordenado que vacíen esos aposentos. Todo ha desaparecido. Y quiero que cambies todo lo que no te guste. Quiero que sea tu hogar. Nuestro hogar. Pronto iremos de boda, a la de Henry Verney con Katherine Smith. Y estoy animando a mi administrador para que me abandone, tal como él lo describe, y regrese al norte del país, donde está el hogar que tanto añora. Le ofreceré su puesto a Binchley.

Emmy le sonrió y, después, usó su lenguaje privado para replicar.

«Soy muy feliz», le dijo.

«Yo también soy muy feliz, —le aseguró él sin usar palabras. Se dio unos

golpecitos con un puño sobre el corazón—. Lo digo de verdad. Lo siento de verdad.»

Pero había algo más que Emmy quería decir con palabras, aunque podría habérselo hecho saber con gestos. Aunque quería *decirlo*.

—Aaashley —dijo.

—Emmy —replicó él con una sonrisa—. Me encanta oír mi nombre en tus labios más que en los de ninguna otra persona.

—Aaashley —repitió, usando también las manos—. Tú. Yo. Un bebé.

No estaba del todo segura, claro, y le había resultado imposible preguntarle a Anna. Pero estaba casi segura... porque se lo decía su cuerpo. Con el corazón, lo sabía sin el menor género de duda.

Vio cómo se le llenaban los ojos de lágrimas. Y, después, lo vio morderse el labio. Al instante, la levantó en brazos y la estrechó con fuerza. Le estaba hablando, lo sabía. Pero daba igual que no oyera las palabras ni las viera. Las palabras no eran importantes.

Mantuvo los ojos abiertos y alzó la vista hacia el vasto cielo y las estrellas. El firmamento entero y la tierra también, el universo al completo estaba cantando. ¿Importaba acaso que ella no pudiera oírlo? La melodía, el baile y la alegría estaban en su corazón. Y en el de Ashley.

Y en ese momento dejó de ver además de no poder oír. Ashley capturó sus labios y ella cerró los ojos.

Los envolvió una melodía silenciosa.